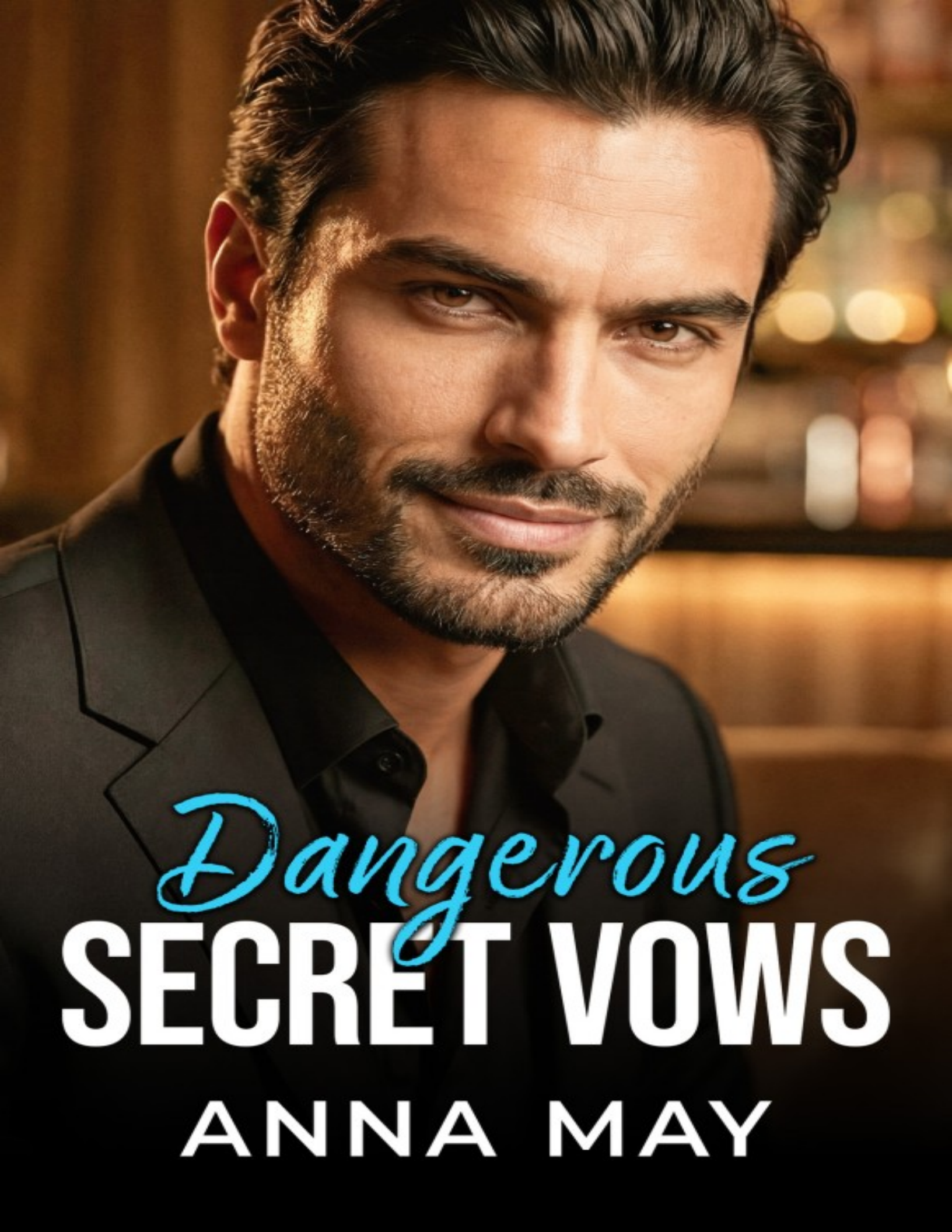

Dangerous
SECRET VOWS
ANNA MAY

Dangerous Secret Vows

Una historia de pasión y traición

Anna May

Anna May

1ª edición 2026

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing

Traducción y redacción: Luv & Lee Publishing

Para estar al día de mis novedades y promociones, sígueme en mi página de autora de Amazon: https://www.amazon.es/stores/Anna-May/author/B08Q4HFPK3

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
3833 Powerline Road Suite 101
Fort Lauderdale, FL. US 33309

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Gracias

Capítulo 1

Frankie

—No pasa nada, pequeño —acaricié al perro que habían abandonado en los escalones de la clínica veterinaria donde trabajaba habitualmente. El pobre animal tenía una laceración irregular en el costado que, por suerte, solo había rozado sus prominentes costillas.

Riesgo de infección. Riesgo de tétanos. Riesgo de inanición también. Probablemente había tenido suerte de encontrar sobras en algún cubo de basura.

La determinación ardía en mi interior. Por esto mismo me había hecho veterinaria, pero coser a perros callejeros y trabajar para el ayuntamiento los fines de semana durante sus programas de esterilización no era suficiente. Merecían un refugio, un hogar.

Negué con la cabeza y volví a centrarme en la tarea que tenía entre manos. Ya le había limpiado la herida; ahora tocaba darle los puntos. Me apreté la coleta.

—Pórtate bien y habrá un premio para ti —le dije al perro.

Era mono, de tamaño mediano, con un pelaje de color marrón chocolate claro. Probablemente tuviera algo de collie, a juzgar por su hocico alargado y el pelaje blanco que rodeaba su boca y subía en un triángulo torcido entre sus ojos marrones. Tres de sus cuatro patas también eran blancas. O lo habrían sido, de no estar tan sucias.

El perro me lamió la cara y, no por primera vez, me alegré de no haberme molestado en maquillarme del todo para ir a trabajar; solo un poco de rímel y bálsamo labial con color para no parecer un zombi.

Cambié la posición de mis rodillas, intentando encontrar una postura estable para trabajar en un espacio tan reducido. El almacén no era mi lugar de trabajo preferido, pero todas las consultas estaban ocupadas con clientes de pago. O era esto o el pasillo, y allí no solo estorbaría, sino que también sería mucho más fácil que mi jefe me encontrara.

Al Dr. Treadwell no le gustaba que atendiera a «clientes que no pagan». A mí no me gustaba que los animales sufrieran.

El pelaje del chucho era un desastre de nudos, suciedad y abrojos, pero ni siquiera se inmutó cuando pasé la aguja a través de la piel desgarrada. Se limitó a quedarse allí tumbado en el suelo, entre estanterías de sacos de pienso y cajas de collares antipulgas,

jadeando suavemente, con los ojos entrecerrados. El pobre había aprendido en algún momento que no valía la pena protestar por el dolor.

Un flexo era mi única luz. Intensa y amarillenta, envolvía todo lo demás en sombras. El fluorescente fundido del techo zumbaba con inútil rebeldía. Llevaba semanas pidiendo que cambiaran la bombilla, pero cuando la puerta estaba abierta, solía haber suficiente luz para ver. Solo era un problema cuando hacía trabajos extraoficiales.

Me dolían las rodillas contra la baldosa, mi pijama sanitario estaba manchado de sangre y pelo de perro, y mi estómago llevaba rugiendo dos horas; pero el resto del mundo se había reducido al ritmo lento y constante de coser, anudar, cortar.

—Ya está —le susurré al perro mientras trabajaba. Había un ritmo y un tono a los que la mayoría de los animales respondían. Bajo, constante, seguro. Ojalá las personas fueran tan fáciles de tratar.

Me aparté un mechón de mi pelo cobrizo de los ojos con el antebrazo. Un minuto más y este buen chico estaría cosido del todo.

—¿Doctora Hayes? —La voz de mi jefe llegó amortiguada a través de la puerta. Era lo suficientemente débil como para suponer que estaba al final del pasillo.

—Casi termino —le dije al perro. Si estaban a punto de pillarme —otra vez—, al menos podría terminar mi trabajo antes de descubrir si esta era la gota que colmaba el vaso y si mi jefe iba a despedirme por fin.

Dos puntos más. Fácil.

—¡Doctora Hayes! —su voz estaba más cerca ahora.

Justo acababa de terminar la última lazada cuando la puerta se abrió de golpe.

—Doctora Hayes.

No necesitaba levantar la vista para imaginarme su ceño fruncido. Lo había visto muchísimas veces.

—Casi he terminado —murmuré, guiando el hilo a través de la última punzada.

—Esto no es una consulta —dijo el Dr. Treadwell.

Dejé la aguja y le sostuve la mirada—. Estaba sangrando. Y las consultas están llenas.

El Dr. Treadwell rondaba los cincuenta y tantos, tenía el pelo entrecano, una barriguita que iba desapareciendo gracias a sus recientes clases de Peloton y unas cejas pobladas. Era bueno con sus pacientes y los clientes, tanto humanos como animales, lo adoraban, pero siempre ponía los beneficios por delante.

—Esa no es la cuestión —se cruzó de brazos—. Estoy seguro de que fuera no hay ningún cliente esperando para pagar por esto.

—No lo he comprobado —dije, aunque sabía que solo estaba retrasando lo inevitable.

—El perro ha entrado solo, ¿verdad? —me miró desde arriba. Desde este ángulo, podía ver la pequeña mata de pelos de la nariz que se le había pasado al recortarse. Solo esperaba que esa no fuera la impresión que me quedase de él cuando perdiera mi trabajo.

—Lo siento, pero no podía dejar que se desangrara en la puerta —añadí, aunque rebajarme probablemente habría sido una estrategia mejor. Me puse de pie.

Por favor, no me despida, por favor, no me despida. No podré conseguir ese préstamo sin este trabajo. Estoy tan cerca.

—La medicación cuesta dinero. El equipo cuesta dinero. La electricidad de esa lámpara cuesta dinero. Nada de esto es gratis.

Me limpié las manos enguantadas con una toallita de papel, totalmente consciente del latido de mi pulso en mis oídos—. Me hice veterinaria para ayudar a los animales, no para rechazarlos porque no vienen con una tarjeta de crédito.

—Y yo dirijo esta clínica para mantener las luces encendidas para todos ellos —replicó él—. ¿Y sabe qué hace falta para eso?

—¿Tener buena mano con los pacientes? —ofrecí con una sonrisa burlona.

Su mirada no denotaba que le hiciera ninguna gracia.

—Francesca —me reprendió, usando mi nombre completo y sonando demasiado parecido a mi padre para mi gusto.

—Frankie, por favor —le corregí—. Si va a despedirme, preferiría que nos dejáramos de formalidades.

El Dr. Treadwell suspiró, pero su expresión airada se suavizó—. No voy a despedirla. No todavía, al menos. Tiene mucho corazón, Frankie. Admiro eso. Pero esto es un negocio. Hacemos un buen trabajo aquí, y hay que pagar el sueldo de todo el mundo. Eso también importa.

—Lo entiendo —dije, quitándome los guantes y reprimiendo un suspiro de alivio—. Cárgueme todo lo que he usado a mi cuenta. Pagaré lo que sea que necesite.

Él arqueó las cejas—. ¿Otra vez?

Miré al chucho, ya totalmente cosido y respirando rítmicamente—. Otra vez.

A estas alturas, mi cuenta de cliente de este mes se iba a comer una quinta parte de mi sueldo, pero valía la pena apretarse un poco el cinturón si eso significaba salvar más vidas.

—No sé por qué no llama simplemente a uno de los refugios para que se encarguen de estos casos, que para eso están —dijo él, sacudiendo la cabeza como si yo fuera una niña empeñada en ser testaruda y recalcitrante.

—Están desbordados, y usted lo sabe tan bien como yo —dije, alisándome el pijama sanitario. El Dr. Treadwell prefería pantalones de traje y camisa bajo la bata para trabajar. Yo solo quería comodidad y una tela de la que la sangre y otros fluidos corporales salieran con facilidad.

—Lo sé, pero algún día tendrá que darse cuenta de que no puede salvarlos a todos —me dedicó una sonrisa amable, como si estuviera impartiéndole sabiduría a una jovencita que aún no conoce cómo funciona el mundo.

No sabía que yo estaba íntimamente familiarizada con las penurias de la vida. Precisamente por eso iba a hacer algo al respecto. No podía borrar el pasado, pero no iba a permitir que los verdaderos inocentes de este mundo sufrieran.

—Puedo intentarlo —respondí.

Él se limitó a negar con la cabeza.

En cuanto se fue, me incliné sobre el perro y le rasqué suavemente detrás de la oreja, con cuidado de no tocar las zonas en carne viva. Fuera lo que fuese lo que le había pasado, no había sido agradable. Dio un golpe débil con la cola, como si no estuviera seguro de si yo era aún digna de confianza.

—Lo sé, pequeño —murmuré—. Te dejan hecho polvo y el mundo decide que no vale la pena arreglarte.

Sus ojos se cerraron, lentos y pesados, y por un segundo, el peso en mi pecho se duplicó. Quizá si seguía reparando cosas rotas, eso

compensaría las piezas que yo destrocé hace mucho tiempo.

—Volveré en un rato con algo de comida, ¿vale? —le dije al perro—. Hay sitio en las jaulas del fondo para que descanse mientras se cura. Después intentaré buscar un refugio que lo acoja.

Él no podía entenderme, pero me hacía sentir mejor explicárselo todo. Quería quedármelo, pero mi minúsculo apartamento no admitía mascotas.

Con suerte, eso no sería un problema por mucho tiempo. Si mi reunión de mañana salía bien, estaría en camino de montar un refugio donde no se sacrificara a los animales, con mucho espacio para perros y otras criaturas, justo como este.

—Creo que te llamaré Asher —dije, dándole otra caricia. Mi anciana vecina me contó, tras el nacimiento de su nieto, Asher, que el nombre significaba «bendecido y feliz» en hebreo.

Eso era exactamente lo que deseaba para este perro. Quizá si hacía lo suficiente con mi vida, yo también podría tener eso.

Capítulo 2

Frankie

He vuelto a ver cómo estaba Asher al terminar mi turno. Le he puesto un collar isabelino para evitar que se arranque los puntos. Entre eso y que se le estaba pasando el efecto del sedante, no estaba nada contento conmigo.

Al acercarme a la jaula, ha soltado un gruñido de advertencia. Por su rabo entre las piernas y su postura encogida, me he dado cuenta de que tenía miedo y quería que me mantuviera alejada. Me he sentado frente a la jaula y me he quedado observándolo, con los hombros relajados y una sonrisa tranquila.

Los gruñidos han cesado, así que he sacado de mi bolsillo un trozo de salchicha apta para perros y se lo he lanzado. Lo ha atrapado al vuelo rápidamente, masticando con ganas.

—Mucho mejor, ¿a que sí? —le he preguntado mientras cortaba otro trozo, dejando esta vez que se acercara a los barrotes de la jaula para cogerlo. Se lo ha llevado volando, rozándome los dedos con los dientes como si temiera que fuera a quitárselo—. No pasa nada, Asher. No vas a volver a pasar hambre nunca más.

Ha movido el rabo, apenas un rápido bandazo antes de recordar que aún no tenía claro si podía confiar en mí.

—Como siga dándote chuches así, apuesto a que me querrás en un abrir y cerrar de ojos —he dicho, pasándole otra entre los barrotes. La ha engullido al instante.

Unos pasos han llamado mi atención y he levantado la vista para ver a Santana, nuestra peluquera jefa.

—Ya podrían los tíos ser así de fáciles —ha resoplado ella, con las manos en las caderas.

Tenía mi misma edad, treinta y tres años, y solía lamentarse de que todos los hombres que valían la pena ya estaban pillados. Yo no podía sentirme muy identificada; hacía mucho tiempo que no tenía una cita.

—¿Es que no lo son? —he bromeado, poniéndome en pie—. Les haces un poco de cena, les das una alegría después y ya está, los tienes en el bote.

Ella ha echado la cabeza hacia atrás con una carcajada. —¿Con qué clase de hombres sales tú? Es una buena forma de conseguir una segunda cita, pero no vas a hacer que se enamore de ti.

Me he encogido de hombros. Yo no salía con ningún tipo de hombre. —Cierto. Los humanos son mucho más complicados.

—Y los perros mucho más leales —ha suspirado. Ha habido una breve pausa mientras miraba a Asher. Se había acurrucado al fondo, cerca de su cuenco de agua, asumiendo correctamente que el momento de las chuches se había acabado—. El Dr. Treadwell ha dicho que habías recogido a otro callejero.

—Más bien me lo han encasquetado —la he corregido—. Ya me conoces...

—Lo sé. —Ha sonreído—. Es precioso, a pesar de tener el pelo hecho un asco.

—A que sí —he dicho. No podía encariñarme. Pasaba lo mismo cada vez que llegaba un perro abandonado. Conectaba con él, deseaba poder adoptarlo yo misma y luego tenía que llevarlo a un refugio. Intentaba hacer un seguimiento en la medida de lo posible y contactar con la gente que los adoptaba, pero no siempre se podía. Siempre me alegraba el alma saber de las nuevas vidas de los rescatados, mascotas felices con familias felices. Me ayudaba a recordar por qué hacía todo esto.

—¿Quieres que le dé un baño mañana? Y quizá un esquilado, si esos nudos no salen con el cepillo —ha dicho, torciendo el gesto por lástima hacia la pobre criatura—. Gratis, por supuesto.

—Eres un sol —he dicho, llevándome la mano al corazón—. Gracias.

—No hay de qué —ha sonreído—. Deberíamos irnos ya. El Dr. Treadwell quiere cerrar.

He mirado la hora. No me había dado cuenta de cuánto tiempo había pasado con Asher.

—Sí, solo tengo que cambiarme —he dicho, cogiendo mi bolso—. He quedado para tomar algo y a este paso voy a llegar tarde.

—¡Uy! ¿Una cita? —Santana ha arqueado las cejas esperanzada.

—Solo una amiga —he negado con la cabeza.

Se ha desinflado dramáticamente. —Algún día, Frankie, me vas a contar por qué eres tan anticitas.

Los familiares hilos de la culpa se han enredado en mi corazón. He forzado una débil sonrisa. Aquella no era una historia que quisiera compartir con nadie. No soportaría ver sus caras cuando se dieran cuenta de lo mucho que la había pifiado.

—¿No puedo ser simplemente una mujer fuerte e independiente? —he preguntado ladeando la cabeza con una sonrisa autocrítica.

—¿Porque salir con un hombre implica que no puedes ser fuerte ni independiente? —me ha espetado—. Eso me suena a falta de pericia.

Me he limitado a reír. —Buenas noches, Santana.

—Sí, hasta mañana.

He entrado rápidamente en el baño del personal y me he quitado el uniforme para ponerme unos vaqueros y una camiseta ajustada. No iba a ganar ningún premio de moda con mi atuendo, pero al menos no estaba cubierto de pelos de perro.

Me he puesto la chaqueta para protegerme del frío otoñal y le he enviado un mensaje a mi amiga Maria, diciéndole que iba con retraso. Una caminata a buen paso de tres manzanas era más rápido que intentar conseguir un Uber en plena hora punta y, para cuando llegué al bar, solo me había retrasado diez minutos.

He localizado a mi amiga en una mesa en una esquina. La Dra. Maria Santos era compañera veterinaria y había sido mi mentora antes de convertirse en mi amiga. A sus cuarenta y cinco años, tenía más de una década de experiencia más que yo, y me había ayudado a conseguir el trabajo con el Dr. Treadwell.

—Siento llegar tarde —me he disculpado al sentarme en la silla frente a ella.

—No pasa nada —ha sonreído, con sus labios carnosos teñidos con un leve toque de rojo—. Ya he pedido por ti.

Maria ha empujado un Moscow mule sin alcohol hacia mí. Sabía que nunca me salía de mi pedido habitual. Dejé de beber cuando dejé de ir de discotecas. Penitencia, o evitar tentaciones futuras, era difícil saberlo.

Llevaba su pelo azabache recogido en un moño más pulcro de lo que yo jamás podría aspirar. El mío nunca duraba más de una hora antes de que los mechones empezaran a soltarse, sin importar cuántas horquillas usara.

—¿Día difícil? —ha preguntado, dando un sorbo a su mojito.

—Lo habitual —me he encogido de hombros—. Un par de gatos que necesitaban desparasitación, con dueños demasiado asustados para hacerlo ellos mismos; una cachorrita de labrador monísima que necesitaba sus vacunas y, ah, alguien ha abandonado a un perro con un tajo en el costado en la puerta.

Sus ojos se han agrandado. —Creo que te estás ganando una reputación; ¿cuántos van ya, tres callejeros este mes?

—Mejor así, quiero que la gente sepa que hay opciones en lugar de dejar que los animales sufran. —He rodeado la taza de cobre con las manos, pasando el pulgar por el metal frío—. Por eso tengo tantas ganas de montar ese refugio.

—¿Has encontrado ya un local adecuado? —Maria había sido mi única defensora en este sueño, y me habría vuelto loca sin su hombro en el que apoyarme.

—Hay un almacén abandonado en Crown Heights por el que tengo una oportunidad real —he dicho, apretando los dedos alrededor de mi taza. Lo deseaba tanto que a veces lo sentía como un dolor físico en el plexo solar—. No es bonito, pero los metros cuadrados son más de los que podía haber esperado.

—Suena a que necesita una reforma integral —ha dicho, inclinándose hacia delante—. ¿Y el préstamo?

No he podido contener la sonrisa. —Ayer transferí la cantidad final que necesitaba para la fianza. Todo lo que falta es el sello oficial.

Decirlo en voz alta lo hacía real de una forma que mis extractos bancarios no podían.

Se le han iluminado los ojos. —¡Frankie, eso es increíble! Te has estado matando por esto durante... ¿qué, diez años?

—Año arriba, año abajo. —Me he encogido de hombros, pero el nudo en mi pecho se ha aflojado un poco.

—Estoy orgullosa de ti. —Me ha dado un toquecito en el dorso de la mano, bajando la voz como si estuviéramos conspirando—. Pero ya sabes lo que voy a decir a continuación.

—No —he dicho, aunque lo sabía perfectamente.

—Necesitas algo de equilibrio. Trabajo y vida. Ambas cosas.

He reprimido un gruñido. Maria llevaba con este tema unos meses, como si no tuviera suficiente de qué preocuparse con dos hijos preadolescentes. Al parecer, mi vida personal era su próximo proyecto.

He negado con la cabeza. —Cuidar animales son las dos cosas.

—No es lo mismo y lo sabes. —Ha dado un sorbo a su café—. ¿Cuándo fue la última vez que saliste? ¿Con amigos? ¿En una cita? ¡Tienes treinta y tres años, deberías tener una vida!

—¿Qué le pasa a la gente hoy con preguntar por mi vida amorosa? —he preguntado, intentando desviar el tema.

Pero la respuesta afloró antes de que pudiera detenerla: hace diez años, Miami.

Calor y música por todas partes. Mi vestido pegado a la piel húmeda de tanto bailar. Luces lo bastante bajas como para desdibujar todo menos a él. Estaba apoyado en la barra como si fuera el dueño del local, observándome como si yo fuera lo único en la sala que mereciera la pena mirar. Sus ojos oscuros tenían esa clase de atención lenta y deliberada que se sentía como una mano deslizándose sobre la piel desnuda. Cuando cruzó la sala, la multitud pareció apartarse a su paso sin pensarlo, como si la gravedad se curvara alrededor de un planeta.

El olor del aire salino y una colonia cara. Una palma en mi zona lumbar. El roce de su aliento en mi oreja mientras me preguntaba mi nombre. Las mejores cuarenta y ocho horas de mi vida. Seguidas por las peores.

Por milésima vez, he deseado no haber hecho lo que hice. Pero no podía borrar el pasado. Solo me quedaba esperar que, al final de mi vida, el bien que había hecho fuera suficiente para compensarlo.

He reprimido el recuerdo, rápido y con fuerza. —No importa. He tomado la decisión de no tener citas por el momento.

Ese momento había durado diez años, pero bueno, ¿quién llevaba la cuenta? Cuando empecé a trabajar como veterinaria, fui a un par de citas organizadas por mis compañeros de trabajo, pero ninguna cuajó. Al final me rendí.

Maria ha ladeado la cabeza. —¿Por qué no?

Me he quedado mirando el remolino de mi café. —Porque todavía tengo... karma que saldar antes de poder pensar en esas cosas.

Ha fruncido el ceño. —Frankie...

—Hablo en serio. No soy precisamente una joyita con un historial impecable.

—Sea lo que sea por lo que te estés castigando, no hay forma de que sea tan malo como crees —ha intentado tranquilizarme—. Te conozco.

He apretado los labios. —Intento ser una buena persona, pero le hice algo a alguien que no estoy segura de que pueda perdonarse.

—¿Fuiste infiel? —me ha preguntado.

—¿Qué? No, jamás lo haría —he dicho, echándome hacia atrás.

—Ya, porque eres una buena persona —ha dicho, y sus labios se han curvado en una sonrisa de suficiencia.

—No vas a convencerme con tu lógica —he puesto los ojos en blanco—. Quizá una vez que el refugio esté en marcha, por fin habré logrado lo suficiente como para borrar lo que hice.

—¿De verdad crees que no eres digna de amor hasta que compenses lo que sea que hiciste? —ha preguntado con un gesto de compasión.

Me he encogido de hombros. —¿No es ese el punto? ¿Ser digno de tu pareja?

Ha estirado el brazo por encima de la mesa, poniendo su mano sobre la mía en el gesto reconfortante de una madre.

—Ay, cariño, el amor no es algo que se tenga que ganar —ha dicho con suavidad—. No tienes que borrar ni expiar tu pasado. El amor real, el amor bueno, ve lo que vales incluso en los días en los que tú misma no puedes verlo.

He tragado saliva. —No lo sé, todo lo demás en esta vida hay que ganárselo. A la mayoría de la gente no le regalan nada. ¿Por qué el amor iba a ser diferente?

—Pero es que es diferente —ha dicho, negando con la cabeza—. Algún día, te despertarás en el futuro y te darás cuenta de que has construido el refugio de tus sueños porque eres una buena persona, no porque necesitaras compensar ningún error. Y espero que eso sea suficiente para que te abras al tipo de amor que te mereces, antes de que sea demasiado tarde para encontrarlo.

He forzado una sonrisa, pero por dentro, ese futuro se sentía como si perteneciera a otra persona. Construiría el refugio, de eso estaba convencida. Pero, ¿lo demás? No parecía ser mi camino.

Capítulo 3

Frankie

Al día siguiente, cogí el metro hacia Crown Heights con el papeleo pesándome en el bolso.

Había llegado el momento. El instante para el que me había estado preparando durante toda mi carrera. Si el dueño aceptaba vendérmelo, por fin podría darles a los perros callejeros como Asher un lugar cálido y lleno de cariño donde vivir mientras esperaban ser adoptados. Mi granito de arena para hacer algo bueno en este mundo tan duro.

—Tú puedes con esto —murmuré entre dientes al salir de la estación de metro a las calles del barrio que estaba a punto de convertirse en el hogar de mi nuevo refugio.

Crucé los dedos.

Crown Heights era una mezcla de lo viejo y lo nuevo. Algunas zonas mostraban signos claros de revitalización, con edificios nuevos y relucientes brotando por todas partes, y suficientes cafeterías para hípsters y cooperativas como para atraer a un público más joven y adinerado. Con suerte, el tipo de residente que querría adoptar un perro o dos. Otras secciones estaban más desgastadas y necesitaban un poco de atención y cariño. El almacén que quería comprar estaba justo en el límite de la zona más prometedora. No podía creer que ningún promotor inmobiliario se me hubiera adelantado todavía.

Tenía una cita con el señor Chen, el propietario. No trabajaba con ninguna inmobiliaria, lo cual quizá fuera la razón por la que el almacén había pasado desapercibido.

Cuando giré por la calle correcta, otra razón se hizo evidente. Las fotos no le hacían justicia al almacén; era una verdadera pocilga. Todas las ventanas estaban rotas, las puertas metálicas estaban oxidadas y abolladas, y las paredes cubiertas de grafitis. Decir que «necesitaba reformas» se quedaba muy corto. Me sorprendía que el ayuntamiento no hubiera ordenado su demolición.

Pero me negaba a desanimarme. Estaba dispuesta a trabajar todo lo que hiciera falta para poner en marcha el lugar. Y quizá pudiera convencer al señor Chen para que rebajara unos cuantos miles de dólares del precio de venta, que irían destinados a renovar el destartalado edificio.

Llamé a la puerta y se abrió con un chirrido tan fuerte que di un respingo por el ruido. Riéndome de mí misma, escudriñé en la

penumbra. El interior no estaba mejor que el exterior. El lugar había sido despojado de todo, y el suelo de hormigón estaba plagado de grietas profundas y escombros. Una escalera de metal a la izquierda de la puerta conducía a una oficina pequeña un piso más arriba, con ventanas que daban a la planta del almacén.

—¿Señor Chen? —llamé. Se suponía que se encontraría conmigo allí.

A través del cristal polvoriento de las ventanas de la oficina, vi movimiento. Un hombre apareció en la puerta del despacho, en el rellano de la escalera.

—¿Sí? ¿Es usted la señorita Hayes? —preguntó. No le corregí que, técnicamente, era la doctora Hayes.

—Sí, soy yo —respondí, dirigiéndome hacia las escaleras.

—Por favor, por favor, suba —me dijo, haciéndome señas.

Mis pasos resonaban en los peldaños de metal por todo el almacén vacío. Por suerte no estaban oxidados como las puertas.

La oficina del señor Chen olía ligeramente a aceite de motor y a papel viejo. El escritorio estaba sepultado bajo pilas desiguales de archivos, una taza desconchada llena de bolígrafos y un bagel de sésamo a medio comer. Apenas hube entrado, mis ojos se dirigieron a la ventana que había detrás de él. Unos cristales anchos ofrecían una vista completa del interior del almacén.

Verlo desde aquí arriba me daba una perspectiva totalmente diferente.

Incluso a través del cristal cubierto de polvo, podía ver el potencial. Techos altos, la luz del sol acumulándose en amplias y abiertas extensiones de hormigón, ladrillo viejo que mantendría el calor en invierno.

«Tiene buena estructura», como habría dicho mi padre. Unos cimientos sobre los que podía construir algo. Había espacio suficiente para docenas de perreras en el interior, incluso para una pequeña sala de examen al fondo. Los perros no tendrían que estar encerrados aquí.

—Le agradezco que se haya reunido conmigo —dije, sentándome frente a él con la espalda tan recta como una vara.

—Faltaría más —contestó él, recostándose en su asiento.

—Me hizo mucha ilusión ver este anuncio, es perfecto para el refugio de animales que no sacrifica especímenes que quiero montar —dije, lista para sacar mis papeles y entrar en detalles—. No puedo creer que nadie más haya presentado una oferta todavía.

—Sobre eso... —dijo, y se me hundió el estómago. Golpeó el escritorio con un bolígrafo—. Tengo otro comprador que vendrá más tarde para echar un vistazo.

Por favor, no. No permitas que me quiten esto justo cuando por fin puedo permitirme dar el salto.

—¿Ah, sí? —Intenté que la ansiedad que burbujeaba en mi interior no se reflejara en mi cara. No quería parecer poco preparada o poco profesional, aunque la idea de poseer cualquier propiedad me hubiera parecido un sueño inalcanzable durante la mayor parte de mi vida. Pero esto no se trataba de mí, se trataba de los animales que lo necesitaban.

—Este tipo tiene los bolsillos llenos —dijo con un silbido que no me causó más que pavor.

—¿Quién es? —pregunté, esperando no estar enfrentándome a un promotor inmobiliario. Ellos podrían superar mi oferta sin pestañear, y mi sueño se arruinaría antes incluso de empezar.

—Palazzo Nero. —Se encogió de hombros—. ¿Ha oído hablar de ellos?

El nombre cayó como una losa en mi pecho. Obligué a mi rostro a mantenerse neutral, pero mi pulso había pasado de ser constante a un staccato acelerado. Palazzo Nero era dueño de locales nocturnos en media ciudad y de hoteles por todo el país. Incluyendo uno en Miami, donde un hombre de ojos oscuros y sonrisa peligrosa había cambiado el rumbo de mi vida en cuarenta y ocho horas.

¿Era una señal? ¿Un presagio de que estaba apuntando demasiado alto, de que nunca estuve destinada a alcanzar mis sueños, o un castigo por lo que había hecho en aquel hotel de Palazzo Nero hacía diez años? El nombre significaba «palacio negro». Muy apropiado.

Pero aunque estuviera fastidiada, no me iba a rendir sin luchar.

Me incorporé en la silla. —Señor Chen, entiendo que quiera sacar el máximo dinero posible de este trato, cualquiera lo querría. Pero, por favor, considéreme a mí antes de decantarse simplemente por el mejor postor. Como ya sabe, quiero convertir este almacén en un refugio para animales. Se trata de salvar vidas. He trabajado en tres empleos durante diez años para llegar hasta aquí. Cada dólar que tengo va destinado a convertir esto en un lugar donde los animales abandonados puedan encontrar esperanza.

Además de mi trabajo como veterinaria y mi contrato estacional con la ciudad, también trabajaba como paseadora de perros antes y después de mis horas en la clínica. Había escatimado y ahorrado cada céntimo para intentar hacer esto realidad. El único dinero que gastaba en mí misma era para lo estrictamente necesario, mientras que mis conocidos se compraban apartamentos y coches.

No podía haber sido todo para nada, y una propiedad como esta no volvería a aparecer pronto. El sector inmobiliario era cada vez más caro y, si tenía que mudarme fuera de la ciudad para construirlo, se perdería el propósito inicial.

Me observó por encima de la montura de sus gafas, con ojos afilados, como si estuviera sopesando algo más que mis palabras. Mi valía estaba sobre la mesa y eso era lo que más me preocupaba.

—Por favor, señor Chen. —Junté las manos. Por esto, no me importaba suplicar.

—Tendré en cuenta ambas ofertas —dijo finalmente—. Heredé esta propiedad de mi difunto padre. En este almacén era donde guardaba la seda que importaba. Estábamos aquí todos los días después del colegio ayudándole. Había un perro callejero al que solíamos

alimentar. —Sonrió, perdido en un recuerdo—. Se le rompió el corazón cuando el negocio fracasó. Estaba muy orgulloso de él. Pero los mercados se hundieron y ya era demasiado mayor para recuperarse.

—Lo siento mucho —dije, empatizando de verdad con él—. Sé lo que es tener padres que se dejaron la piel trabajando para que uno tuviera una vida mejor, solo para que fallecieran antes de poder ver lo que lograron por ti.

Lo último que esperaba hoy era estar a punto de llorar en el despacho del señor Chen. Me aclaré la garganta lo más silenciosamente que pude, recuperando la compostura.

—Es muy difícil —suspiró. Y ahí estaba otra vez esa mirada, como si pudiera ver una lista de mis rasgos buenos y malos y estuviera a punto de dictar sentencia. Asintió, como si hubiera tomado una decisión—. Hay una razón por la que este lugar ha estado vacío tanto tiempo. Los permisos de urbanización son complicados en esta zona. Usted me agrada, pero no puedo permitirme hacer caridad. Siempre que iguale el precio de venta y obtenga la aprobación del ayuntamiento, el almacén será suyo. No quiero que este lugar siga abandonado por más tiempo. Es muy triste.

El alivio, la esperanza y el temor luchaban en mi interior como una tormenta que me empujaba de un lado a otro. Tenía una oportunidad. Una oportunidad *real* de hacer que esto funcionara. Pero la palabra «complicados» destacaba como una señal de advertencia. *Cuidado, desprendimientos.*

Si el edificio había estado vacío tanto tiempo, el proceso de permisos probablemente era algo más que complicado; era francamente

difícil.

—Gracias, señor Chen —dije, poniéndome en pie. Le estreché la mano—. Haré todo lo que esté en mi mano para que esto funcione. De verdad, le agradezco su oferta.

Sonaba mucho más segura de lo que me sentía. Me enfrentaba a Palazzo Nero, una empresa enorme que probablemente podía navegar por la burocracia con los ojos cerrados.

¿Tengo siquiera alguna posibilidad?

Capítulo 4

Gio

De pie en mi despacho del ático, la ciudad se extendía ante mí en una maraña de cristal, acero y luces. Manhattan a mis pies y Brooklyn justo al otro lado; lo bastante cerca como para tocarlo, lo bastante lejos como para sentir que era un desafío.

La maqueta a escala del hotel boutique descansaba en el centro de mi escritorio. Líneas limpias y detalles cuidados, justo como a mí me gustaba. Me ajusté los puños de la americana. De diseño italiano, por supuesto. Un miembro de la familia Moretti nunca se presentaba descuidado, ni siquiera en la intimidad.

—¿Qué os parece, chavales? —les pregunté a mis dos amigos, Silas Drake y Griffin Chase.

Silas estaba apoyado contra el ventanal, con los brazos cruzados y la mirada recorriendo el horizonte como si le perteneciera. Aún no había dicho ni una palabra, pero su silencio era deliberado. Así era Silas: sabía que la gente se ponía más nerviosa cuando él no hablaba. Era un hombre capaz de reducir una junta directiva a cenizas con solo arquear una ceja.

Griffin, por su parte, se repantigaba en una silla frente a mí como si la hubiera reclamado como su trono. Con un tobillo apoyado en la rodilla contraria y la chaqueta abierta, lucía su sempiterna sonrisa burlona. Era el tipo de persona que entraba en el caos y echaba más leña al fuego, porque de lo contrario no le resultaba lo bastante emocionante.

—Esta ubicación en Brooklyn es perfecta —dije, deslizando un fajo de brillantes fotografías del almacén sobre el escritorio—. Es la mayor superficie que he encontrado en la ciudad. Esto establecerá el Palazzo Nero en la Nueva York propiamente dicha, no solo en los clubes.

Poseía discotecas por todo el país, con el porcentaje más alto concentrado en Nueva York.

Griffin dio unos golpecitos en una de las fotos con un dedo perezoso. —¿Por qué Brooklyn? Podrías haber elegido lo que quisieras en Manhattan. Joder, si ya tienes la mitad de la vida nocturna bajo control. ¿Por qué no poner tu pica en la Quinta Avenida, donde los de rancio abolengo no puedan ignorarte?

—Porque el rancio abolengo se está muriendo —repliqué con suavidad—. Brooklyn es donde la ciudad crece. Los creativos, los innovadores, los que marcan las tendencias que Manhattan se

desvive por copiar tres años después. Esa es la energía de la que quiero que el Palazzo Nero se adueñe.

Griffin soltó un silbido bajo, sonriendo de oreja a oreja. —Haces que suene noble. Pero a ti lo que te gusta es la caza.

No le faltaba razón. La caza era la mitad de la diversión, y el resto consistía en amasar más dinero del que mi padre podría haber soñado jamás.

Dirigí mi mirada hacia Silas, que seguía sin moverse. —¿Y tú? ¿Vas a honrarme con una opinión?

Sus labios se curvaron, apenas un milímetro. —Creo que no quieres enfrentarte a la competencia con los Hoteles Sullivan.

Puse los ojos en blanco. —La cadena Sullivan no me preocupa; tenemos mercados completamente diferentes.

Por supuesto, siempre que me encontraba con los hermanos Sullivan en algún evento, intercambiábamos algunas pullas amistosas. Pero aquello era parte del juego, no la rivalidad que Silas pretendía pintar. Pero claro, Silas lo veía todo en los negocios como una competición. Ha amasado su fortuna a través del capital riesgo y la inversión privada, jugando con los mercados tan bien como juega con las personas.

Él se encogió de hombros. —Brooklyn es volátil. Un paso en falso y perderás dinero a espuertas. Pero… —sus ojos finalmente se cruzaron con los míos, fríos y evaluadores—, si alguien puede hacer que el mercado se doblegue, ese eres tú.

Aquello era lo más parecido a un elogio que Silas solía conceder. Y lo aceptaba.

—Porque es auténtico —dije sin dudarlo—. No es un hotel de cadena con una capa de barniz de lujo. Tiene carácter real. Eso no se puede fingir. La gente lo siente en cuanto cruza la puerta.

No añadí el resto en voz alta: que quería algo que me sobreviviera. No otro patio de recreo para ricos. Algo que importara. Un legado que me diferenciara de la carrera política de mi padre.

Griffin se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, y giró la maqueta para que la luz incidiera en los bordes. —Has jugado con la perspectiva aquí —murmuró, como si estuviera estudiando un plano cinematográfico—. Los ángulos dirigen la vista hacia arriba; hacen que el edificio parezca más alto de lo que es en realidad. Como un truco de cámara.

Griffin empezó como director antes de pasarse a la producción. Compró un montón de estudios moribundos y lanzó una empresa de medios y un servicio de *streaming* que, de algún modo, entretenía a las masas y a la vez generaba expectación por los Oscar. Ahora se dedicaba por completo a dirigir la empresa, pero a veces su instinto artístico aún afloraba.

Me ajusté los gemelos, con movimientos precisos y calculados. —La apariencia importa. La altura es poder en esta ciudad.

La mirada de Griffin subió hacia mí, con un destello de respeto rompiendo su habitual desorden. —No es solo poder. Es cinematográfico. Has construido una historia antes incluso de que alguien entre por la puerta.

Donde yo veía control, Griffin veía significado. Donde yo esculpía orden a partir de acero y cristal, él buscaba la belleza en la luz refractada. Y, sin embargo, de algún modo, me hacía creer que ambos enfoques tenían peso.

Las palabras de Griffin aún flotaban en el aire cuando Silas habló por fin, con una voz tan afilada como el horizonte de la ciudad a sus espaldas. —La apariencia y las historias están muy bien, pero nada de eso se paga solo. ¿Cuál es tu previsión de ingresos por metro cuadrado una vez que se abran las puertas?

Ese era Silas: siempre profundizando más allá de la visión para llegar a los números. Incluso en la universidad, cuando los demás estábamos ebrios con la embriagadora emoción de la juventud y la ambición, Silas era el que tenía un libro de contabilidad en la mano, diseccionando cada idea descabellada en términos de ganancias y pérdidas. Había crecido rodeado de riqueza pero nunca se escondió tras ella; en su lugar, la blandía como una espada.

Esbocé una sonrisa burlona, porque esa era la razón por la que nosotros tres —junto con Dante y Theo— nos habíamos unido tanto en aquel entonces. Queríamos poder, dinero, control, y lo queríamos a nuestra manera. La Dominion Society había empezado como una broma de borrachos y se convirtió en la base de nuestros imperios. El hedonismo era la excusa; la dominación era el verdadero credo.

También habíamos planeado seguir solteros. Silas, Griffin y yo seguíamos firmes. Dante y Theo estaban tan empalagosamente enamorados que ni siquiera podía enfadarme porque hubieran roto su promesa de soltería eterna. Seguíamos siendo amigos íntimos, pero ya no frecuentaban los clubes como antes. Dante ya tenía dos hijos con su mujer, Josie, y el anuncio de Theo hace un mes de que su esposa, Aster, estaba embarazada no fue ninguna sorpresa.

Sin embargo, yo no pensaba caer en esa trampa. La única vez que me planteé algo más con una mujer acabó en traición, y no soy el tipo de idiota que mete los dedos en el enchufe dos veces.

Silas arqueó una ceja. —¿Y bien? Números, Gio. No me digas que te estás volviendo blando.

Dejé que una lenta sonrisa tirara de las comisuras de mi boca, sabiendo que eso siempre hacía que Silas rechinara los dientes. —¿Ocupación prevista? El ochenta y cinco por ciento en el primer año. Las vías de ingresos no incluyen solo las habitaciones, sino también la restauración, la vida nocturna y las experiencias personalizadas. Para el tercer año, los márgenes de beneficio superarán a los de los clubes de Manhattan.

Griffin soltó un silbido bajo. —Ya has hecho las cuentas.

—Por supuesto que he hecho las cuentas. —Enderecé la maqueta sobre mi escritorio; la fachada de cristal en miniatura captó la luz de la ciudad—. Los sueños son inútiles si no generan efectivo.

Silas asintió brevemente, con la aprobación oculta en el gesto. Griffin parecía impresionado, pero esa era su forma de ser: ver la belleza en la visión, mientras Silas diseccionaba los huesos. ¿Yo? Yo vivía en el medio, donde la visión y los números se encuentran con el poder.

Me ajusté la corbata, un gesto que era tanto una señal como un hábito. —Ahora, si me disculpáis, caballeros, tengo una cita. El dueño del almacén llegará pronto y pienso hacerle una oferta que no podrá rechazar.

Griffin sonrió con sorna. —Intenta no asustar al pobre hombre.

—Ese es el juego de mi padre, no el mío. —Negué con la cabeza—. Si la ofensiva de encanto no funciona, tengo suficiente dinero para tirar por ahí como para superar la oferta de cualquiera.

Este sería mi primer hotel en Nueva York. Todo lo demás que había construido —Vegas, Miami, Roma, Dubái— estaba lejos de casa. Lejos del alcance de mi padre. Las discotecas no habían necesitado recalificación, así que había pasado desapercibido.

¿Pero el almacén? Eso era diferente. No estaba preocupado; una vez que fuera el dueño de la propiedad, los permisos serían fáciles de obtener.

Los permisos, el ayuntamiento, la política... esos eran sus juegos. Esos que siempre ganaba atajando por el camino sucio, comprando favores y cerrando tratos en la sombra.

Yo no necesitaba las sombras. Tenía visión, dinero y el tipo de encanto al que ningún concejal podría resistirse.

Él había construido su imperio con mugre bajo las uñas. Yo construiría el mío tan limpio que reluciría.

Y cuando se cortase la cinta de inauguración, la ciudad conocería la verdad: Giovanni Moretti no solo pertenecía a Nueva York.

Nueva York le pertenecía a él.

Quince minutos después de que Silas y Griffin se marcharan, sonó un golpe en la puerta de mi despacho, seco y educado.

—El señor Chen está aquí —anunció mi asistente, Ben, manteniendo la puerta abierta con una sonrisa ensayada.

Chen entró con la espalda erguida y un traje viejo pero bien conservado, con las manos cruzadas detrás de la espalda y los ojos recorriendo mi ático con una mezcla de curiosidad y cautela. La ciudad se extendía bajo nosotros en una cuadrícula resplandeciente; Manhattan al oeste y Brooklyn justo al otro lado del East River, listo para ser conquistado.

—Señor Moretti —dijo Chen, con voz calmada pero comedida. Nos estrechamos la mano. Tenía un apretón firme.

Señalé la silla frente a mi escritorio. —Póngase cómodo. Hablemos del almacén.

La mirada de Chen se detuvo en la maqueta de mi hotel boutique y luego volvió a mí. Asintió levemente, como si respetara la autoridad cuando la veía... y como si yo acabara de ponerme en su punto de mira.

Las fotos del almacén estaban extendidas entre nosotros como cartas en una partida.

—Está en completo estado de abandono —dije como maniobra de apertura. A mí no me importaba, iba a demoler el lugar. Pero un buen negociador nunca abre con toda su estrategia.

La comisura de la boca de Chen se contrajo. Sabía cómo funcionaba esto.

—Comprenderá usted —dijo, juntando las yemas de los dedos— que he tenido más de una oferta.

Sonreí como si no hubiera esperado menos. Una propiedad como esta no aparecía todos los días. La superficie por sí sola era una mina de oro. Cada día, los inversores se lanzaban sobre las propiedades de Brooklyn como perros callejeros peleándose por un hueso. La única razón por la que esta seguía disponible era la zonificación. —Entonces se lo pondré fácil. Un veinte por ciento por encima del precio de venta.

Sus cejas se arquearon, la mínima concesión de que le había sorprendido.

—Generoso —murmuró.

—No es generosidad —dije inclinándome hacia delante, señalando la esquina de la foto donde la hiedra trepaba por el ladrillo desmoronado—. Ese edificio es un lastre para usted. Para mí, es un legado. Todos ganamos.

La expresión de Chen no capituló como yo esperaba. En todo caso, se afiló, como si estuviera sopesando algo de más peso que el dinero. —La otra parte... lo quieren para una buena causa.

Solté una risita queda. —Todo el mundo cree que su causa es buena. —Pero la forma en que lo había dicho, sin ironía e incluso con respeto, me hizo dudar. Chen no me parecía un hombre que se dejara impresionar fácilmente. Quienquiera que fuera ese postor, se había ganado algo más que un asentimiento cortés.

—¿Qué causa? —pregunté.

Él negó con la cabeza. —No importa si los permisos no salen adelante. Ese edificio ha sido un horror para la vista durante demasiado tiempo. No se lo venderé a alguien que deje que se pudra. Como le dije al otro comprador, se lo venderé a quien consiga los permisos.

Permisos. Ese era el reino de mi padre: tratos de trastienda, sobornos y favores comprados con promesas de reciprocidad. Me tragué la amargura. Bien. ¿Chen quería papeles limpios? Le daría los malditos permisos más limpios que esta ciudad hubiera visto jamás.

—¿Y ese buen samaritano? —insistí—. ¿Contra quién estoy pujando?

—No estoy seguro de si debería decirle eso —dijo él, removiéndose en su asiento.

—No confía en mí —dije; era una afirmación, no una acusación.

—No quería decir... Es decir... —Chen intentó aflojarse el cuello de la camisa con los dedos. La honestidad tenía una forma de desarmar a la gente.

—Solo quiero saber a qué me enfrento —expliqué, recostándome en mi silla para quitarle algo de presión a Chen. Parecía un buen tipo. La gente como él respondía mejor a las peticiones de ayuda que a las exigencias—. Me acabaré enterando de todos modos. Y tiene mi permiso para decirles que yo soy el otro postor.

La sonrisa de Chen fue leve. —Frankie Hayes.

El nombre no me decía nada. Lo cual significaba que era un novato con más corazón que cabeza... o alguien que volaba bajo el radar.

Saqué el móvil del bolsillo y busqué el nombre. No apareció nada notable mientras revisaba titulares y perfiles empresariales por debajo de la mesa. Quienquiera que fuera ese tal «Frankie», no había causado sensación. Sin imperio, sin escándalos, sin influencia en esta ciudad.

No era una amenaza. O al menos no una que yo pudiera ver.

Guardé el teléfono y le dediqué a Chen una sonrisa. —Entonces, que gane el mejor.

Capítulo 5

Frankie

Al día siguiente, en las oficinas del ayuntamiento, el vestíbulo bullía como un avispero, lleno de gente ocupada haciendo cosas importantes. El aire estaba demasiado cargado de colonia, perfume y el olor a tinta de las fotocopiadoras que zumbaban en algún lugar al fondo.

Me ajusté la solapa de la americana —comprada en una tienda de segunda mano, bien cepillada, pero que aún conservaba un tenue aroma al detergente cítrico de otra persona— y apreté la carpeta contra mis costillas. Las hojas se doblaban bajo mi agarre, con las esquinas desgastadas de tanto manosearlas. Deseaba que parecieran oficiales, deseaba parecer oficial yo misma, aunque los nervios me traicionaran a cada paso.

—Busco las, esto, ¿las solicitudes de permisos para desarrollo comercial? —Mi voz apenas llegó hasta la administrativa que estaba en su cabina de cristal. No levantó la vista; se limitó a señalar con una uña impecable hacia una hilera de ascensores.

Detrás de mí, unas suelas de cuero golpearon las baldosas con un ritmo demasiado seguro, demasiado dueño de sí mismo para pertenecer a alguien de mi lado del barrio. Entonces, una voz —grave, pulida, lo bastante familiar como para dejarme al descubierto — se deslizó por el espacio.

—¿Solicitudes de permisos para desarrollo comercial?

Las mismas palabras que yo había usado, pero en su boca sonaban como una orden.

Se me tensaron los hombros. Me di la vuelta.

Y el tiempo se fracturó.

Gio Moretti estaba allí, enmarcado bajo el tragaluz del atrio; la luz arrancaba destellos de los hilos de un traje que, desde luego, no era de confección industrial, y mucho menos de segunda mano como mi ropa. Negro, cortado a la perfección, lucido como una segunda piel.

Los diez años transcurridos desde la última vez que lo vi habían sido generosos con él. Lo que a los veintisiete años era un atractivo juvenil, a los treinta y siete se había transformado en un sexapil arrollador. Tenía la mandíbula aún más cincelada, los pómulos altos algo más esculpidos. Y ahí seguía la cicatriz que le atravesaba la ceja derecha, igual que siempre. Blanca, descolorida, dejando un levísimo

hueco en sus espesas cejas negras. Sus ojos —oscuros, concentrados— se clavaron en los míos. Por un instante, el reconocimiento brilló de forma tan cruda en esa mirada que casi se me doblan las rodillas.

Miami regresó de golpe: el calor pegado a mi piel, el toque salado del océano mezclándose con el dulce aroma del jazmín de noche. Recordé cómo la ciudad se había vuelto borrosa a su alrededor aquel fin de semana, como si todo lo demás se hubiera desvanecido en un segundo plano.

Vacaciones de primavera con mis amigos ricos de la universidad. Me había esforzado tanto por encajar con ellos, saliendo de fiesta y dejando de lado la prudencia. Mi hermano mayor, Jake, se había acoplado, sabiendo que ellos tenían contactos con los camellos de allí. Pero los perdí de vista a todos en cuanto Gio apareció en la barra del bar.

No llevábamos mucho tiempo en el club cuando el mundo se redujo solo a nosotros dos. Cada risa susurrada, cada roce de su mano, me prendía fuego. Corrimos desde los bares de las azoteas hasta sus restaurantes favoritos —manteles blancos, cubertería de plata, copas de cristal que captaban las luces de neón, platos cuyos nombres yo no sabía ni pronunciar—, pero me daba igual lo que comiéramos. Solo me importaba que él se inclinara hacia mí, que sus ojos oscuros me recorrieran, el roce de sus labios contra mi sien cuando se reía de algo que yo decía.

Las noches eran galaxias privadas de calor. Sus manos me conocían como un mapa, memorizando cada curva, cada escalofrío que me delataba. No hablábamos mucho; no nos hacía falta. El mundo solo existía en el ritmo de nuestros cuerpos, en los jadeos y susurros compartidos que se desplegaban sobre las sábanas de satén. Nunca

había sentido el deseo y la seguridad entrelazados hasta que lo conocí a él.

Aún podía oír el rasgueo susurrado de su voz mientras se deslizaba dentro de mí.

—*Eres mía esta noche... y no voy a soltarte, ni por un segundo.*

Me enseñó su Miami: las galerías de arte ocultas, los diminutos cafés cubanos con el mejor cafecito que jamás había probado. Me dejó entrar en su vida sin fingimientos. Y yo también me dejé llevar, olvidando por un momento quién se suponía que debía ser, a quién debía fingir ser delante de mis amigos. Esos dos días fueron los más felices de mi vida.

—*Quiero quedarme en este momento para siempre.* —Eso es lo que le dije a Gio justo antes de que bajara a encargarse de unos asuntos de negocios de los que nunca llegué a conocer los detalles.

Ahora, estaba frente a mí y yo no tenía adónde huir.

—Francesca.

Mi nombre restalló en el aire, cargado de significado. Por un instante, la sorpresa en su voz me reconfortó. Pero desapareció en un parpadeo, engullida por la máscara gélida que se deslizó sobre sus facciones como persianas que se cierran ante una tormenta.

—Gio. —Mi garganta raspeó al pronunciar su nombre. Seca, renuente—. ¿Qué haces aquí?

—Solicitando permisos —dijo. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo, afilados y evaluadores: la americana demasiado apretada en los hombros, los bordes desgastados de mi carpeta, mi postura tensa como si la huida aún fuera una opción. Su boca se curvó. No fue una sonrisa, sino más bien una diversión que se tornaba en desdén—. Para un almacén en Brooklyn.

Las palabras cayeron como un mazazo. Se me encogió el estómago.

—No me lo puedo creer. —Negué con la cabeza—. El señor Chen dijo que el dueño del Palazzo Nero había pujado por el edificio.

—Así es. —Me miró con los ojos entrecerrados—. Y eso te convertiría a ti en... ah, Frankie. Diminutivo de Francesca. Ya veo. Siempre me pregunté si habías usado un nombre falso conmigo.

Ay.

No tenía derecho a ofenderme. No después de lo que había hecho.

Me quedé sin aire.

—Pero eso significa que eras el dueño del hotel donde...

—¿Donde me robaste?

El recuerdo se abrió paso entre nosotros, feo y descarnado.

Jake apareció aquella noche. Mi hermano mayor, desaliñado y presa del pánico, con los ojos moviéndose de un lado a otro como si estuviera huyendo para salvar la vida. Se apoyó en el umbral de mi puerta, con la voz temblorosa mientras me hablaba de los camellos a los que debía dinero.

—Me van a matar si no pago.

Se me cayó el alma a los pies. No podía dejar que muriera.

Y entré en pánico.

El dinero en efectivo en el cajón de la mesilla de Gio —apilado, perfecto, tentador— y el reloj antiguo que él llevaba como un amuleto, allí dentro de su caja de terciopelo...

Los cogí con las manos temblando. Cada segundo me parecía un cuchillo clavado en el pecho. Me juré que se lo devolvería, me juré que se lo explicaría. Solo podía pensar en salvar a Jake.

Entregué el dinero yo misma, en una zona turbia de la ciudad. Jake estaba demasiado puesto de drogas, e insistí. El karma nunca había sido tan rápido. Llegué justo a tiempo para que me pillara una redada policial. Salí con una falta leve y servicios comunitarios. Deberían haberme castigado más.

La culpa me impidió volver con Gio; regresé directamente a Nueva York. No solo le había robado. Había destrozado una confianza que nunca podría estar segura de que él perdonara. Y, sin embargo, cada recuerdo de él —el calor, las risas, la forma en que sus dedos se

entrelazaban con los míos, el peso de su cuerpo sobre el mío mientras el mundo desaparecía— me seguía atormentando.

El calor me subió por el cuello, con la vergüenza enroscándose en mis costillas como alambre de espino. Las palabras que podía ofrecer —explicaciones, justificaciones— sonaban a excusas incluso en mi propia cabeza. Cerré la boca con fuerza, con los dedos blanqueando por la presión sobre la carpeta.

En su lugar, me oí decir:

—¿Por qué no llamaste a la policía?

Una pregunta temeraria, nacida de una necesidad desesperada de saber si, bajo todo aquel acero, él había sentido alguna vez lo que yo sentí, antes de que lo arruinara todo. Había pasado años preguntándome si la policía vendría a buscarme. Pero, por lo que yo sabía, Gio nunca me había denunciado.

—¿Por esa miseria de dinero? —Se mofó, despectivo. El sonido hirió más hondo de lo que debería. Diez mil dólares. Suficientes para salvar a Jake, suficientes para condenarme a mí. Para Gio ni siquiera supusieron un contratiempo.

Y el reloj —de su padre, quizá, o más antiguo aún— que no había sido capaz de empeñar, seguía al fondo de mi cajón como una marca en mi conciencia.

Pero Gio ni siquiera lo mencionó.

Su mofa flotó en el aire como humo, empalagosa e imposible de ignorar. Desdeñosa. Insultante. La vieja culpa se retorció más, pero en lugar de doblegarme ante ella, sentí que mi espalda se enderezaba.

—Entonces no deberías tener problemas para encontrar otro local para tu hotel —espeté, levantando la barbilla—. Ya que tus bolsillos son tan profundos. Yo intento proporcionar un refugio para animales necesitados.

Por un instante, creí ver algo vacilar en sus ojos. Vacilación, tal vez incluso preocupación. Pero se cerró rápidamente. La línea de su boca se endureció, afilada como el granito.

—Curioso, supuse que tu historia de que estudiabas para ser veterinaria también era mentira —dijo, entrecerrando los ojos.

—Jamás te mentí —dije, como si eso sirviera de algo. No sabía por qué me estaba defendiendo. Le había robado. Que me considerara también una mentirosa era el menor de mis problemas—. Y pienses lo que pienses de mí, estos animales se merecen un lugar seguro donde alguien los cuide.

—No me voy a dejar manipular —dijo con desdén—. Tendrás que ganar esto limpiamente.

Una risa amarga me raspó la garganta.

¿Y se supone que debo confiar en que tú juegues limpio, cuando puedes permitirte tirar el dinero como si no fuera nada?

El silencio se prolongó. Su mirada me mantuvo clavada como a una rana en clase de ciencias, lista para ser diseccionada.

—Yo no soy el ladrón aquí —dijo finalmente. Las palabras cayeron como una guillotina sobre mi cuello culpable.

El calor me subió al pecho, un nudo enredado de vergüenza y desafío. No retrocedí, pero mis dedos se cerraron con tal fuerza sobre la carpeta que los bordes se me clavaron en las palmas. Había otra razón por la que me importaban tanto los perros abandonados, además de su inocencia y desamparo. Me sentía identificada con ellos. Eran supervivientes, de cabo a rabo. Si Gio quería pelea, la tendría.

El aire entre nosotros chisporroteaba, pero antes de que pudiera replicar, la administrativa tras el mostrador se aclaró la garganta.

—Perdonen —dijo, con voz cortante pero profesional—. Si ambos están solicitando permisos para la misma propiedad, debo informarles de cómo funciona el proceso.

Aparté la vista de Gio, forzando mis manos a aflojar el agarre sobre la carpeta antes de que la hiciera trizas.

—Diga —dije, con la voz más firme de lo que me sentía.

—En casos de solicitudes enfrentadas, la decisión no depende de esta oficina. Pasa al ayuntamiento. Hay cinco concejales. Necesitarán una mayoría de tres votos para asegurar el permiso.

—Tres de cinco —repitió Gio, con la mirada clavada en mí como si ya estuviera calculando mis probabilidades. La comisura de su boca se elevó, en el eco de una sonrisa afilada como una cuchilla.

Se me revolvió el estómago. Conocía esa expresión: la de un depredador evaluando a su presa. Siempre había tenido un talento exasperante para hacerme sentir expuesta y acorralada al mismo tiempo. En Miami, resultaba excitante. Apasionado. Ahora estaba en el bando contrario, y no estaba segura de mis posibilidades.

Crucé los brazos, forzando la barbilla hacia arriba.

—Entonces supongo que es sencillo —dije—. Uno de nosotros gana. El otro pierde.

Sus ojos se oscurecieron y la diversión dio paso a algo más frío.

—Ay, Francesca —murmuró, y mi nombre rodó por su lengua como un desafío—. Perdiste en el segundo en que saliste de aquella habitación de hotel.

La vergüenza me abrasó, pero no dejé que se notara. Me incliné lo justo para que viera el fuego chispeando en mis ojos.

—Eso ya se verá.

No podía dejar que me viera acobardarme; llámalo instinto de supervivencia, llámalo estupidez, pero me mantuve firme. A pesar de que mis entrañas eran un torbellino. Porque si Gio utilizaba la

información sobre mi robo contra mí, no era solo el refugio lo que podría perder.

Toda mi frágil vida podría desmoronarse.

Capítulo 6

Frankie

Aquel fin de semana, me preparé para mi turno en la clínica municipal de esterilización animal con un nudo en el estómago.

Los gatos maullaban desde sus transportines y los perros gimoteaban mientras sus dueños rellenaban el papeleo. Y yo caminaba de un lado a otro como un tigre enjaulado. Mis zapatillas chirriaban sobre el linóleo mientras recorría el estrecho pasillo entre los quirófanos.

—Frankie —la voz de Maria llegó desde la sala de preparación, amortiguada por su mascarilla quirúrgica. Levantó sus manos enguantadas, con los codos doblados, esperando a que le atara la bata—. Vas a hacer un agujero en el suelo. ¿Qué te pasa?

Le até las cintas con los dedos torpes. —No estoy segura de poder hacer esto.

Maria arqueó una ceja. —¿Las cirugías de esterilización?

—No, me refiero al refugio —suspiré. Había hablado con mucha seguridad delante de Gio, pero la realidad se estaba imponiendo.

—¿A qué te refieres? Llevas años trabajando para esto; no puedes rendirte ahora —incluso bajo la mascarilla quirúrgica, Maria parecía horrorizada.

—Lo sé, lo sé. —Levanté las manos—. Pero se ha vuelto... complicado. ¿Sabes que el señor Chen dijo que le vendería el local a quien consiguiera los permisos? Bueno, pues el tipo contra el que compito... tenemos un pasado.

—Parece que hay una historia ahí —dijo ella, preocupada pero con un deje de interés en la voz—. Cuenta, cuenta.

Maria se acercó a la mesa, donde un terrier soñoliento esperaba la anestesia. Me miró por encima del pelaje del perro, con la mirada firme.

—Es complicado —esquivé la respuesta. No quería contarle a Maria lo que había hecho. No quería que nadie lo supiera—. Gio Moretti tiene los bolsillos llenos y trapos sucios sobre mí.

Me froté las manos en el fregadero, evitando sus ojos. El olor del antiséptico me quemaba la nariz.

—¿Gio Moretti, te refieres a *el* Giovanni Moretti? —Su voz subió tanto de tono que asustó al terrier—. ¡Frankie, sale en la portada de *Forbes*! Estaba leyendo el artículo ayer..., bueno, es un decir.

Sacó su teléfono y, tras un par de toques, agitó la portada frente a mí. —Es guapísimo. Si no fuera una mujer casada..., y el artículo sobre él era fantástico.

—Bueno, pues eso es... genial. —Me sequé las manos, apretando la toalla con tanta fuerza que se rasgó.

—¿Qué trapos sucios podría tener contra ti? —preguntó, ladeando la cabeza—. ¿Le conoces?

Guardó el teléfono y acarició la cabeza del terrier.

—Podría decirse que sí —dije. No había forma de evitar todos los detalles, aunque no fuera a contarle a Maria toda la historia—. Nos acostamos juntos hace diez años.

Ella soltó un silbido bajo. —Bueno, eso complica las cosas.

—Es una forma de decirlo. —Me puse los guantes quirúrgicos—. Y digamos que, si le cuenta a la gente lo que sabe de mí —mi pasado —, todo mi sueño del refugio podría esfumarse. Quizá mi trabajo también. No dejo de preguntarme si esto me queda grande. Quizá debería... dejarlo estar.

—Llevas años hablando de este refugio. No dejes que un multimillonario engominado te amedrente. Especialmente si lo único

que tiene son unos pómulos de infarto y una cuenta bancaria abultada.

Solté una carcajada, demasiado cortante. —Es fácil para ti decirlo. Tú no estabas allí cuando prácticamente me retó a fracasar. Monté un espectáculo como si no me afectara, pero por dentro... —Tragué saliva—. Por dentro, estoy aterrorizada.

Maria conectó la vía, eficiente y tranquila. —Pues ten miedo. Pero hazlo de todos modos. ¿Esos animales a los que quieres ayudar? A ellos no les importa lo rico que sea. Solo necesitan que sigas luchando.

Sus palabras significaron mucho para mí. Acaricié la oreja del terrier, dejando que su suave pelaje me devolviera a la realidad. El nudo de mi estómago se aflojó solo un poco.

—Esos trapos sucios que tiene contra ti..., ¿es algo sexual? —preguntó, sin rastro de juicio en sus ojos.

El calor me subió a las mejillas.

—No fue así. —Se me cerró la garganta ante el peso de los recuerdos—. Sabes, solo pasamos un fin de semana juntos, pero entre medias hablamos de todo: de sus sueños, de los míos. Él también quería construir algo hermoso. —Se me quebró la voz en la última palabra y me abracé con fuerza, como si pudiera contener el arrepentimiento antes de que se derramara por todas partes—. Y entonces lo arruiné.

Maria ladeó la cabeza, intentando captar mi mirada. —Hicieras lo que hicieras, no puede ser tan malo.

Me ocupé de preparar el equipo que necesitaríamos para la cirugía, intentando serenarme. La vergüenza se retorcía ardiente en mi estómago. —Confía en mí, no está nada bien.

—Confío en ti —su voz era firme, testaruda. Ajustó la bolsa de suero —. Por eso no puedo creer que lo que sea que hicieras fuera tan grave. Y estoy segura de que tuviste una buena razón.

Solté una risa temblorosa y autocrítica.

—Las razones no cambian los hechos —dije. Me mordí el labio. La idea de enfrentarme a Gio de nuevo —la forma en que me había mirado, como si ya estuviera condenada— me encogía el pecho—. No lo sé. Quizá pueda buscar otro edificio, así no tengo que correr este riesgo y el refugio podrá seguir adelante.

Maria se irguió. —No te eches atrás ahora. Puede que no tengas su dinero ni sus contactos, pero tienes corazón y una buena causa, y eso tiene que significar algo. Te costó una eternidad encontrar un edificio adecuado a tu presupuesto. Lugares así no salen a la venta todos los días.

Sus palabras fueron como una mano en mi espalda, sosteniéndome antes de que pudiera derrumbarme. Me volví hacia ella.

—Tienes razón. Es esto o... —Tragué saliva—. Podrían pasar años antes de que encuentre otro lugar para albergar el refugio, si es que lo encuentro.

—¿Gio te amenazó realmente con contárselo a la gente si no te retirabas? —preguntó.

Tuve que pensarlo un momento.

—Primero dijo que quería una pelea justa, pero luego dijo que yo perdí en el momento en que salí de la habitación del hotel hace diez años. —Me encogí de hombros.

—Parece que a lo mejor se refería a algo personal más que a una amenaza —sugirió.

—Tienes razón —admití.

—Entonces tienes que preguntarte: ¿Vas a renunciar a tus sueños para huir y esconderte de tu pasado, o vas a seguir adelante y dejar que pase lo que tenga que pasar?

Me tomé un momento para reflexionar seriamente. El miedo seguía recorriendo mis venas, pero la idea de rendirme... ¿De verdad iba a poner la ilusión de mi seguridad por encima de las vidas de todos esos animales? Perros como Asher, a quien había curado en el veterinario, no tenían tiempo. Necesitaban ayuda ahora.

—No puedo rendirme —dije en voz baja, más para mí que para ella.

Maria asintió con firmeza, como si hubiéramos sellado un pacto. A través de la puerta, los sonidos de ladridos y maullidos se elevaron como un coro desigual. Respiré hondo e intenté creer que todavía podía ganar, incluso contra un hombre como Gio.

—Va a ser una pelea dura; un hombre como Gio debe de tener muchos contactos —observé.

—¿Cuándo te has acobardado tú ante un reto? —preguntó ella, con los ojos arrugados por la sonrisa bajo la mascarilla—. Eres como un rottweiler cuando se trata de una buena causa.

—Sabes que los rottweilers son unos bebés, a pesar de las apariencias —reí.

—Y *tú* sabes que tienen un instinto protector inmenso y darían la vida por los que aman —rebatió—. La comparación se mantiene. Porque, al igual que ellos, tú también tienes un corazón tierno.

—Touché. —Negué con la cabeza.

Me dio un momento para recomponerme antes de volver a hablar.

—Bueno, ¿vamos a castrar a este o no? —preguntó.

—¿Te refieres al terrier o a Gio? —resoplé.

—¿Por qué no a los dos? —Cogió un bisturí y lo agitó en el aire.

Me concentré en la cirugía, siguiendo los pasos de forma mecánica. Los había hecho miles de veces, lo que permitió que mi mente deambulara.

—Tendré que ganarme los votos de los miembros del consejo —dije mientras operábamos.

—Pues búscalos, averigua dónde van a estar —dijo ella, como si fuera así de fácil—. ¿No hay una gran gala benéfica la semana que viene? Puedo averiguar con la coordinadora de la ciudad si van a asistir. Trabajé mucho con ella cuando montamos esta clínica.

—¿Y se supone que voy a presentarme allí y empezar a engatusar a los miembros del consejo? —pregunté; la idea me resultaba más que intimidante.

—¿Por qué no? —Actuaba como si fuera tan sencillo como la cirugía que estábamos realizando.

—Para empezar, no tengo nada que ponerme —observé, porque admitir que me intimidaba la perspectiva de la gala era demasiado.

—Tienda de segunda mano —se encogió de hombros—. ¿Vas a hacerme perder el tiempo con más objeciones absurdas o vas a ser la Frankie que siempre he conocido, la que no se detiene ante nada para hacer lo correcto?

No era solo el refugio lo que pesaba sobre mí; era Gio. Diez años, y verle me había desmoronado como si no hubiera pasado el tiempo. Seguía siendo increíblemente atractivo, todo líneas marcadas y presencia imponente, pero aquellas noches cálidas de risas que compartimos habían sido emponzoñadas por el recuerdo de lo que hice.

No podía permitirme olvidarlo, no cuando la culpa me había estado corroyendo todo este tiempo. Él nunca me perdonaría, y quizá no debería hacerlo. Y tras lo de ayer, por la forma en que me miró por encima del hombro, como si fuera una molestia a la que tuviera que espantar, no estaba segura de que fuera el hombre que creí que era en aquel entonces.

—Voy a hacer lo correcto —asentí.

Me aclaré la garganta como si eso pudiera expulsar la vergüenza, el dolor y ese estúpido destello de anhelo. En lo que quiera que se convirtiera esta lucha por el almacén, tenía que recordar una cosa: ya no se trataba de él.

Se trataba de los animales, de salvar vidas. Y quizá, si me esforzaba lo suficiente, podría dejar de sentirme por fin como la chica que lo arruinó todo.

Capítulo 7

Gio

Alcohol, amistad y encontrar a alguien en quien perderme durante la noche. Eso era lo que necesitaba para olvidar el destello de determinación en los ojos verdes de Francesca.

Silas y Griffin habían aceptado sin dudar venir a mi club. El *Oro* bullía a nuestro alrededor. El bajo profundo hacía vibrar los tablones del suelo, las risas se escapaban de los reservados VIP y el brillo de la luz dorada besaba cada copa. Se suponía que era mi santuario, un templo al exceso donde podía olvidarme del estrés y los negocios. Esta noche, simplemente me resultaba ruidoso.

Silas se recostó en el banco de cuero, saboreando su whisky como si tuviera todo el tiempo del mundo. Griffin tamborileaba los dedos con inquietud sobre la mesa, con la mirada saltando entre nosotros dos como si oliera sangre en el agua.

—Muy bien —dijo Griffin finalmente, después de que Silas le arqueara una de esas malditas cejas—. ¿Qué te pasa? Estás tan taciturno que hasta las bailarinas te están dejando espacio.

Hice girar el whisky en mi copa, observando cómo el ámbar captaba la luz. Mis amigos no estaban acostumbrados a que estuviera callado. Normalmente, la sala era mía; esta noche apenas soportaba estar en ella.

—No estoy taciturno —mascullé, aunque las palabras sonaron vacías incluso para mí—. Estoy trazando una estrategia.

Silas soltó una carcajada profunda. —Si trazar una estrategia tiene un aspecto tan lúgubre, no quiero ni verte cuando estés perdiendo de verdad.

Lo ignoré y posé el vaso con un golpe seco. —Hay otro comprador que quiere el almacén. El que consiga los permisos para la recalificación se queda con el edificio.

Griffin se quedó quieto y dejó de tamborilear. —¿Eso es lo que te tiene tan alterado? ¿Un trozo de propiedad inmobiliaria?

—No es solo propiedad inmobiliaria. —Mi voz se afiló, captando toda su atención—. Se suponía que este iba a ser mi legado: empezar por fin las obras de un hotel en Nueva York.

—Vale… —Griffin se inclinó hacia delante, con la curiosidad encendida—. ¿Y quién es tu oponente? ¿Alguien por quien debamos preocuparnos?

Dejé que el whisky me quemara la garganta antes de responder. —Francesca Hayes. La mujer que desapareció después de lo de Miami con el reloj de mi abuelo y un fajo de billetes.

Griffin soltó un silbido bajo. —Vaya, joder. No sabía que fuera tan emprendedora.

—No lo es —repliqué—. Quiere el almacén para construir un refugio de animales, si os lo podéis creer.

—Vaya, una fiera en la cama, ladrona y ahora, ¿qué?, ¿paladina de los derechos de los animales? —Griffin sacudió la cabeza—. Esta chica tiene un currículum impresionante.

—Yo nunca he dicho que fuera una fiera —me mofé. A pesar de que los recuerdos de follármela seguían siendo nítidos. La forma en que había rodeado mi cintura con sus piernas, como si quisiera mantenerme dentro de ella para siempre. Los ruidos que hacía. Dios, me podría poner duro aquí mismo solo de pensarlo.

—Ya, ya —se rió Griffin—. Se te están quedando los ojos vidriosos. Y, a ver, estuviste bastante jodido durante meses después de que desapareciera, y no me digas que fue solo por lo del reloj. Tenía que ser un ligue de cuidado para que te pusieras así de tonto.

—Vete a la mierda. —Le dediqué una peineta a Griffin para rematar.

Silas me estudió por encima del borde de su vaso, entornando los ojos como si me estuviera desguazando. —¿Y estás nervioso porque... qué? ¿Crees que ganará ella?

—No —dije, demasiado rápido. Me eché hacia atrás, extendiendo el brazo sobre el respaldo del banco como si tuviera todo el poder del mundo, aunque sentía el pecho apretado—. Pero es lo bastante testaruda como para complicarlo todo. Y a la gente le encanta volcarse con una buena causa.

Griffin sonrió con sorna, disfrutando claramente del momento. —Te estás dejando algo fuera.

No quería decirlo, pero tenía que hacerlo. —El consejo vota los permisos. Y mi padre forma parte de ese consejo.

Eso los dejó mudos a ambos por un momento.

Silas silbó suavemente. —Así que tendrías que ir a pedirle favores.

—No voy a ir a rastras a ninguna parte —solté. La palabra me supo a ceniza.

La sonrisa de Griffin fue afilada y cómplice. —Pero si quieres el almacén, tendrás que hablar con él. Y teniendo en cuenta que vosotros dos no habéis compartido ni una copa en, ¿cuánto? ¿Diez años?

—Quince. —La cifra dolió; pesaba más que el whisky.

Silas levantó su copa en un brindis simulado. —Bueno, hermano, parece que tienes una pelea de mil demonios por delante.

Griffin se acercó con la mirada aguda. —Y la mujer de Miami que nunca has superado del todo es tu competencia. Esto va a ser un combate épico. Alien contra Predator. Rocky contra Apollo.

—Ya la he superado —salió de forma más defensiva de lo que me hubiera gustado. Bajé la voz mientras dejaba el vaso—. Lo que no he superado es lo que hizo. Me robó. Dinero en efectivo y el reloj de mi abuelo.

Silas silbó bajo, con los labios curvados. —Entonces esto debería ser fácil. Úsalo contra ella.

Me dolía la mandíbula de tanto apretarla. —No es tan sencillo.

—¿Por qué no? —insistió Griffin, tan inquieto como siempre.

Porque todavía podía oír su risa si bajaba la guardia, podía ver cómo se le iluminaban los ojos cuando hablaba de salvar animales, como si el mundo no estuviera ya demasiado perdido. Porque todavía recordaba el calor de su piel, la forma en que se fundía conmigo como si ese fuera su lugar. Nada de eso encajaba con la imagen de una ladrona metiendo fajos de billetes en su bolso, quedándose con un pedazo de la historia de mi familia como si no significara nada.

O era la mejor estafadora en la que jamás había caído, o había algo más que se me escapaba.

—Quiero ganar esto de forma limpia —dije en su lugar, con las palabras cortantes—. No soy como mi padre. Yo no hago tratos sucios.

Silas se inclinó hacia delante, con una sonrisa sagaz que atravesaba la neblina de humo y luz dorada. —Entonces céntrate en los miembros del consejo. Una ofensiva de encanto. Infórmate sobre sus proyectos personales. Hazte indispensable. De esa forma, no necesitarás el voto de tu padre.

—Ya me os he adelantado —dije. Los había investigado a todos antes de venir al club—. Margaret Winters: le importan los animales y la justicia social. Será mi venta más difícil, dada mi oponente, pero quizá si apoyo a un refugio local y destaco el factor del empleo, se ponga de mi lado. A Robert Torres solo le importa el crecimiento empresarial, así que tengo preparadas unas proyecciones que le mostrarán las cifras que quiere ver. Jennifer Liu está muy volcada en el impacto ambiental, así que he preparado iniciativas de construcción ecológica. ¿David Murphy? —Solté una carcajada sin rastro de humor—. Es un seguidor. Si me gano a los demás, él me seguirá la corriente.

Griffin arqueó una ceja. —Esos son cuatro.

Me quedé inmóvil, sintiendo el pulso acelerarse en la garganta. —Sí. Al quinto... no me ha hecho falta investigarlo.

Silas sonrió como un tiburón. —Antonio Moretti no va a saber ni por dónde le han venido los golpes.

—Por eso no puedo perder —sentencié. No eran solo mis planes para el hotel lo que estaba en juego; se trataba de demostrarle a mi padre que yo era mejor que él.

Me froté la muñeca izquierda. No me había comprado otro reloj después de que Francesca me robara el de mi abuelo, pero la

costumbre de tocármelo seguía viva. Superarla a ella no había formado parte del plan, pero debería contar como un tanto a mi favor.

Era una ladrona, ni siquiera había tenido la decencia de disculparse o mostrar remordimiento. Pero por alguna razón, cuando pensaba en ella, todo lo que veía era a la mujer que había tenido en mi cama y que, durante dos días, me había hecho creer en algo más grande que yo mismo.

Capítulo 8

Frankie

Maria ya estaba esperando en la esquina cuando el móvil me vibró en el bolsillo. El nombre de Jake iluminó la pantalla y vacilé antes de responder, ansiosa por terminar cuanto antes con esta tarde de compras. Pero nunca podía ignorar a mi hermano.

—Hola, Jake —dije, intentando sonar ligera—. ¿Qué pasa?

—Dímelo tú —dijo él—. ¿Has comprado ya el local? El del refugio.

Apreté los labios, abriéndome paso entre la multitud del sábado. —Todavía no. Es complicado. Alguien más quiere comprar el lugar, alguien con mucho dinero, y el dueño solo se lo venderá a la persona que consiga los permisos para el local.

No le dije quién, todavía no. Ya estaba bastante estresada teniendo que enfrentarme a Gio yo misma como para meter a Jake en el asunto. Intentaba no hablar con él de aquella noche en Miami.

—¿Así que es una competición? —Su voz se tensó con preocupación —. Frankie, no puedes dejar que nadie se interponga en esto. Llevas soñando con ello toda la vida. Te ayudaré en lo que sea. Sabes que lo haré.

La determinación de su tono me conmovió. Normalmente era yo quien ayudaba a Jake, no al revés. —Lo sé —dije en voz baja.

—Lo digo en serio —continuó—. Y vas a ganar. De hecho, he estado pensando. Quizá podrías asociarte con mi antiguo centro de rehabilitación. Los pacientes de allí necesitan algo real en lo que volcarse. Los animales serían perfectos: rutina, compasión, responsabilidad. Se curarían mientras ayudan a curarse a los perros y gatos. Así tendrías voluntarios que ayudarían y no tendrías que contratar personal. Todo el dinero podría ir destinado a ayudar a los animales.

Me detuve en seco un momento, con un nudo en la garganta. Maria me miró de reojo, con las cejas arqueadas, pero le hice un gesto para que siguiera.

—Jake… —Mi voz flaqueó—. Es una idea preciosa, de verdad.

—Hablo en serio, Frankie. —Su voz se suavizó ahora, firme de una manera que no siempre lo había sido—. No te rindas solo porque un imbécil tenga dinero o contactos. Ya me has cambiado la vida a mí. Me salvaste. Diez años sobrio gracias a ti. Eso es real. Puedes con cualquier cosa.

La opresión en mi pecho aumentó. Apreté el teléfono con más fuerza, mientras el recuerdo de todo lo que le había quitado a Gio rozaba los bordes de mi conciencia. Pero la voz de Jake era tan segura, tan agradecida, que por un momento me permití disfrutar de ese calor.

—Gracias, Jake —susurré—. Ya encontraré la manera.

Terminé la llamada y volví a guardarme el teléfono en el bolsillo, forzando una sonrisa a Maria cuando me cogió del brazo. Una cosa buena había salido del peor acto de mi vida: mi hermano había sobrevivido.

Y podía vivir conmigo misma —a duras penas— gracias a eso.

—¿Lista para entrar? —me preguntó Maria, señalando la tienda con la cabeza.

—Sí —dije, porque no podía acobardarme ahora.

La sección de vestidos de la tienda de segunda mano albergaba percheros de minivestidos de lentejuelas —un eco de mis años de fiesta— y vestidos de dama de honor olvidados, amontonados unos junto a otros.

Maria se lanzó al caos como si fuera una búsqueda del tesoro, tirando de mangas, frunciendo el ceño ante los tejidos y lanzando los descartes sobre un brazo como si estuviera organizando una exposición de arte.

Yo la seguía, con los nervios a flor de piel.

La gala. La palabra en sí parecía pesada, como si debiera venir envuelta en terciopelo y oro, no en poliéster de segunda mano. Esta era mi oportunidad de enfrentarme al consejo, de demostrar que el refugio merecía el terreno, los permisos y el futuro por el que había estado luchando. Pero la idea de codearme con gente que tenía el poder de matar mis sueños en el acto, con lo que le había hecho a Gio pendiendo sobre mi cabeza, era suficiente para helarme la sangre.

Maria arrancó un vestido de una percha y lo levantó. Naranja chillón. Brillante. Sacudí la cabeza tan rápido que soltó una carcajada.

—¿Segura? He oído que los colores fluorescentes están de moda —bromeó.

—No voy a ir a una gala benéfica vestida de calabaza radiactiva —dije tajante, incapaz de encontrar mi sentido del humor.

—Vale, vale —dijo, desapareciendo en la siguiente fila.

Mientras Maria hacía lo suyo, me entretuve buscando los nombres de los miembros del consejo a los que tendría que impresionar. Las dos sabíamos que yo sería incapaz de encontrar un buen vestido en una boutique de lujo, y mucho menos en una tienda de segunda mano. Si buscásemos el mejor conjunto informal, ganaría de calle, pero me rendí al mejor juicio de Maria a pesar de su broma con el vestido naranja.

Deslicé el dedo por los nombres y las fotos de los miembros del consejo en la web municipal. No daban mucha información sobre ninguno. Pero un nombre me llamó la atención: Antonio *Moretti*.

—Eh, ¿Maria? —llamé, y un segundo después asomó la cabeza por detrás de uno de los percheros.

—¿Qué pasa? —preguntó. Traía unos cuantos vestidos en los brazos y caminó hacia mí.

—Estaba mirando a los miembros del consejo y he visto esto… —giré mi móvil hacia ella para que pudiera leer el nombre.

—No puede ser. —Sacudió la cabeza, pero se le formó un surco de preocupación entre las cejas.

—Si son familia, podría perder esta batalla antes de que empiece —dije sintiendo un vacío en el estómago.

—No saquemos conclusiones precipitadas —dijo ella, apretando los vestidos—. ¿Dice la web si tiene hijos?

Volví a leer el perfil por encima.

—Solo dice que tiene esposa —confirmé—. Y en algunos de los otros perfiles de los concejales sí mencionan que tienen hijos. Leíste el artículo de Forbes sobre Gio, ¿mencionaba algo de su familia?

—Nada —dijo ella. Relajó el agarre sobre los vestidos—. Y se supone que mencionarían algo tan importante como que su familia se dedica

a la política.

—Cierto. —Pero me reconcomía—. ¿Pero el mismo apellido? No puede ser solo coincidencia.

—Si estuviéramos, qué sé yo, en Mobile, Texas, a lo mejor te daría la razón —se encogió de hombros—. Pero es Nueva York, aquí hay montones de italoamericanos. Yo no soy italiana, pero te juro que me encuentro con gente con mi apellido todo el tiempo con la que no tengo parentesco. El apellido Santos está por todas partes, y si alguien sugiriera que todos son mi familia, me ofendería.

—Tienes razón —suspiré, intentando dejar de lado la preocupación.

—Claro que la tengo. —Sonrió—. Ahora, ¿qué te parecen estos vestidos?

Me enseñó tres vestidos, uno por uno. El primero era un modelo de color crema hasta el suelo. Tenía mucho encaje.

—Ese parece un vestido de novia —señalé.

Se lo acercó para volver a evaluarlo. —Vale, buen punto. ¿Y este?

Apreté los labios mientras sostenía un vestido multiforma de color gris.

—Definitivamente es de dama de honor, y el gris me apaga —dije.

—Sí, para ser sincera, yo tampoco estaba muy convencida. Hay… muchos vestidos de estos en el perchero de ahí atrás, este era simplemente el mejor —dijo.

El tercero era de color rosa pálido y por la rodilla.

—Nadie me tomará en serio con esto —dije, aunque el color y el corte eran bastante bonitos.

—Uf, probablemente tengas razón —suspiró—. Seguiré mirando.

Pasaron los minutos mientras Maria sacaba vestido tras vestido. Algunos eran bonitos, pero no apropiados para una gala, y los pocos que no me importaban o me quedaban muy pequeños o demasiado grandes.

Para cuando me arrastró al probador con un vestido largo de color esmeralda, casi había perdido la esperanza.

La tela se deslizó sobre mi piel, un satén fresco que quedaba ajustado en la cintura y más suelto en los hombros, donde los tirantes eran un poco largos, a menos que quisiera enseñar muchísimo escote. Cosa que no quería.

No era nuevo, probablemente de tres temporadas atrás, pero me realzaba donde debía. Me quedé mirando mi reflejo, con los dedos moviéndose nerviosos contra la tela como si pudiera planchar los años que habían pasado desde la última vez que me puse algo tan glamuroso.

—¿Estás bien? —preguntó Maria a través de la cortina.

—Júzgalo tú misma —dije, descorriendo la cortina.

Maria entró y me ajustó los tirantes hasta que quedaron bien puestos, salvándome del riesgo de que se me asomara un pezón. En el espejo manchado, su reflejo sonreía detrás del mío.

—Estás preciosa —dijo sin vacilar.

—Gracias —respondí, incapaz de mirarme a los ojos en el espejo.

—Deberías llevar vestido más a menudo, sobre todo largos como este; te sientan de maravilla —dijo, sonando igual que mi madre. Una nostalgia dolorosa me golpeó, como un mazazo en la nuca.

La última vez que me puse un vestido fue en mi graduación de veterinaria. Mamá se había deshecho en elogios diciendo cuánto le gustaba verme con vestido, que papá estaría muy orgulloso. Él murió un año antes de que yo me titulara, cuando yo tenía veinticinco años. Un ataque al corazón por una vida demasiado dura. Mamá falleció hace cuatro años por una enfermedad respiratoria. Años trabajando como limpiadora para los más afortunados la habían expuesto a muchos productos químicos, debilitando sus pulmones. No tuvo ninguna oportunidad.

—¿Estás bien? —preguntó Maria.

Asentí. —Sí. Solo pensaba en mi madre. Siempre quería que llevara más vestidos. Yo solía decirle que no eran prácticos cuando me

pasaba el día peleándome con perros. Decía que no quería tener que esperar hasta mi boda para verme con otro vestido.

—Lo siento mucho, Frankie —dijo ella, abrazándome por detrás. Me apoyé en mi amiga y mentora.

—Gracias —dije cuando me soltó.

—Sabes que estaría muy orgullosa de ti —me frotó la espalda.

Asentí, con el nudo en la garganta. —Creo que este es el vestido.

—Sin duda. —Me sostuvo la mirada en el espejo—. ¿Estás segura de esto?

Me estaba dando una salida, mi última oportunidad para echarme atrás. Una vez que me comprometiera en esta lucha con Gio por los permisos, no habría vuelta atrás hasta que uno de los dos ganara. Pero ambas sabíamos que era solo un gesto. Yo ya lo había decidido.

Inspiré temblorosamente, mirándome en el espejo como si fuera una extraña. —Tengo que intentarlo. Estos animales se merecen a alguien que luche por ellos, aunque eso signifique meterme en un mundo al que no pertenezco.

Los ojos de Maria se entrecerraron, cobrando una fuerza feroz. —Tú perteneces a cualquier sitio en el que elijas estar, Frankie. No dejes que te digan lo contrario.

Quería creerla. Para la gala, tal vez tendría que hacerlo si quería tener éxito.

Capítulo 9

Frankie

El Museo Metropolitano brillaba como si lo hubieran bañado en oro. La luz se derramaba de las lámparas de cristal, reflejándose en diamantes, lentejuelas y copas de champán. El aire vibraba con ese tipo de risa cortés que significaba que se estaban cerrando tratos detrás de las sonrisas.

Me quedé esperando justo al lado de la entrada; el vestido esmeralda se sentía sedoso contra mi piel y el pulso me latía con tanta fuerza que temí que pudiera retumbar bajo los techos abovedados. Adentrarse en la multitud era como caminar por un campo de minas de insuficiencia. Con sus vestidos de alta costura y sus trajes a medida, la gente de esta gala encajaba allí. Yo solo estaba jugando a disfrazarme.

Un camarero que pasaba se detuvo a mi lado, ofreciéndome una bandeja con copas de champán. Su sonrisa amable no vaciló cuando negué con la cabeza.

—¿Es tu primera vez en algo así? —preguntó en voz baja, cómplice.

—¿Tan evidente es? —logré decir, mientras apretaba los dedos contra mi bolso de mano.

—No para la mayoría —dijo, echando ya un vistazo a otro invitado—, pero veo a muchos primerizos con esa cara de susto.

Me guiñó un ojo, rápido y amable, antes de seguir su camino.

Mi lugar estaba con gente como él, no con el tipo de personas que asistían a galas benéficas. Había aprendido la lección tras ir de fiesta con los niños ricos en la universidad. Sabía cuál era mi sitio, pero eso no importaba esta noche. Estaba aquí en una misión.

Escaneé de nuevo el mar de desconocidos. Había memorizado las fotos de los miembros del ayuntamiento que encontré en internet, pero la vida real difuminaba los bordes nítidos. Demasiados esmóquines, demasiadas sonrisas impostadas. ¿Era aquel el concejal Murphy, riendo junto a la fuente? ¿O simplemente otro hombre de pelo cano, con la misma sonrisa de político? Se me revolvió el estómago. Estaban aquí, lo sabía, y si quería conseguir esos permisos, tenía que encontrarlos.

Repasé mi discurso mentalmente: bienestar animal, el bien de la comunidad, los beneficios económicos de mantener a los animales

abandonados fuera de las calles. Conciso, claro, profesional. Mi armadura.

Y todo aquello se me escapó de entre los dedos como arena en el segundo en que vi a Gio de pie junto a la barra.

Su esmoquin tenía un corte tan afilado que podría haber hecho sangre; tenía la cabeza ligeramente inclinada mientras hablaba con un grupo de personas cuya sola postura gritaba poder. No es que encajara allí; es que aquel lugar era suyo. Y cuando su mirada recorrió la sala y me encontró, el mundo se redujo solo a él.

Como un oscuro reflejo de la noche en que nos conocimos, sus ojos se cruzaron con los míos desde el otro lado de la estancia. En lugar de hordas de universitarios de fiesta, había un mar de la alta sociedad interponiéndose entre nosotros. El bajo retumbante había sido sustituido por música clásica suave. Y el fuego en la expresión de Gio no era deseo; era una advertencia.

Cortó su conversación a mitad de frase. Las risas, la música, el tintineo de las copas... todo se atenuó hasta que solo quedamos nosotros dos, observándonos.

Luego se despidió, con un encanto natural que suavizó su salida, y caminó directo hacia mí. Cada paso era firme, sin prisas, con los ojos clavados en los míos mientras se acercaba.

—Has venido. —Levantó una ceja, con la diversión entrelazada con la sorpresa en su voz, como si hubiera esperado que me desmoronara bajo el peso de toda esta competencia.

Se me secó la boca, pero mantuve la espalda erguida. —No puedo marcharme sin dar batalla.

La comisura de su boca se curvó en esa exasperante cuasi-sonrisa. Parecía estar saboreando el momento, como si toda la noche hubiera valido la pena solo por ver si yo aparecía.

—Que gane el mejor, entonces.

Un calor prendió en lo bajo de mi pecho, agudo y obstinado. —Va a ganar la mejor.

No sabía qué tenía él que sacaba a relucir mi lado competitivo, pero no iba a rendirme sin luchar, incluso si Gio poseía información que podría arruinar mi carrera.

Gio

Por un segundo, la sala se redujo únicamente al fuego de sus ojos y a la curva obstinada de su barbilla.

Maldita sea.

No me había preparado para ver a Francesca con un vestido de gala. La tela se ceñía a ella como si la hubieran cosido pensando en su cuerpo; el verde captaba la luz de tal forma que su piel parecía cálida, resplandeciente. Realzaba sus ojos y hacía que su cabello cobrizo pareciera más ardiente.

Se me encogió el estómago, tal como me había pasado diez años atrás, la noche en que nos conocimos.

Pero a diferencia de entonces, ahora sabía que ella era como una fruta venenosa: tentadora al probarla y portadora de pura ruina.

—Eso ya lo veremos. —Dejé que la sonrisa permaneciera en mis labios lo suficiente para que pareciera que no me había alterado, luego di media vuelta y regresé al círculo de hombres trajeados que esperaban cerca de la barra.

—Ah, aquí está —tronó la voz de Porter Sullivan, cortando el estruendo como siempre hacía. Alto, ancho, moreno... destacaba en cualquier lugar, incluso cuando no lo intentaba. Cosa que solía intentar.

—¿Ya estás planeando la fiesta de después, Gio? —Porter me dio una palmada en el hombro, sonriendo. Su alianza de boda captó la luz de la lámpara cuando levantó su copa—. Estabas mirando a esa mujer como un hambriento ante un bufé.

Sentí un hormigueo de calor en la nuca. Mantuve una expresión neutral y di un sorbo pausado a mi bebida. —Estaba haciendo contactos.

—Claro —dijo arrastrando las palabras, sin creérselo ni por un segundo. Su sonrisa era lobuna pero más suave que la del hombre que había conocido años atrás. El matrimonio había pulido algunas de sus aristas más afiladas.

Los demás soltaron una risita y Porter se inclinó, bajando la voz lo justo. ——Sea quien sea, tenéis química. Te has iluminado como Times Square cuando ha entrado.

No respondí. Porque si lo hacía, tendría que admitir que tenía razón, y admitir eso significaba darle a Francesca más poder del que ya tenía.

Así que dirigí la conversación hacia donde debía ir.

—Lo único en lo que tengo puesta la vista es en el hotel que voy a construir en la ciudad —dije, posando mi copa en la barra—. En Brooklyn. Empezaremos las obras en primavera. Una propiedad boutique. Vistas desde la azotea, experiencias a medida, nada de diseños en serie.

Eso captó la atención del grupo. Porter soltó un silbido bajo. —¿Brooklyn? Mírate, por fin jugando con los mayores. Es tu primer proyecto en Nueva York, ¿estás seguro de que puedes manejarlo?

Sonreí con suficiencia. —El tamaño no lo es todo. Vosotros construís complejos para albergar ejércitos. Yo prefiero la exclusividad. La intimidad.

Porter se rió, tan fuerte que algunos se giraron a mirar. —Cuidado, Gio. Esta ciudad se desayuna los sueños de hoteles boutique. Pero bueno, si alguien está lo bastante loco para hacerlo funcionar, ese eres tú.

Sus palabras eran un desafío y un cumplido a la vez. El clásico Porter.

Levanté mi copa en señal de reconocimiento, pero mis ojos me traicionaron, deslizándose por encima de su hombro, buscando entre la multitud.

Francesca no se había alejado mucho. La encontré al instante.

Madura, jugosa, letal.

Pero cualquiera que hubiera jugado al póker conmigo sabía que me gustaba arriesgarme. Quizá la competición por estos permisos fuera divertida, después de todo.

Capítulo 10

Frankie

Aparté la mirada de Gio, sintiendo un hormigueo de calor en la nuca como si toda la sala lo hubiera visto acorralarme para luego marcharse como si hubiera ganado algo. Mi pulso seguía descompasado, pero bajo la turbación, algo más afilado ardía. Determinación.

Bien. Que sonría con suficiencia, que piense que me ha puesto nerviosa. No estaba aquí por él. Levanté la barbilla, cuadré los hombros y me adentré más en la resplandeciente multitud, escudriñando rostros, buscando a los concejales cuyas firmas podrían salvar o hundir el refugio.

Me abrí paso entre grupos de personas que hablaban de cosas importantes. Los pocos que repararon en mí no me dedicaron más que una mirada despectiva, como si supieran que no era nadie y que

no pintaba nada allí. Pero no pensaba irme sin conseguir algo. Intentaba no ahogarme en los nervios, ensayando mi discurso en mi cabeza por décima vez, cuando una voz suave rompió el estrépito.

—Se parece un poco a como estaba yo en mi primera gala. Abrumada.

Me di la vuelta. La mujer que estaba a mi lado estaba impecable. Una seda de color champán acariciaba su figura, su cabello rubio estaba recogido en un moño perfecto y un broche de diamantes brillaba en su hombro. Parecía mayor, de casi sesenta años, pero envejecía con elegancia. Era hermosa, pero lo que me atrapó fueron sus ojos: de un azul pálido y desvaído, con una tirantez a su alrededor que delataba dolor. Había visto esa expresión en cada animal abandonado, el cansancio de haber sido maltratada.

—Sí, me siento un poco fuera de lugar —me reí para disimular los nervios.

—No se preocupe por eso, la mayoría de la gente aquí está demasiado centrada en sí misma como para preocuparse por los demás —confió en voz baja.

—Lo tendré en cuenta —dije, agradecida por su amabilidad—. ¿Suele venir a eventos como este a menudo?

Inclinó la cabeza en respuesta. —Sí, más veces de las que podría contar. Desde que mi marido se convirtió en concejal, parece que pasamos más tiempo en lugares como este que en casa.

La sorpresa burbujeó en mi estómago. Quizá la suerte estuviera de mi lado esta noche.

—¿Su marido es concejal?

Sonrió con una especie de elegancia ensayada. —Antonio Moretti. Probablemente esté absorto en alguna conversación cerca de la barra; siempre lo está. Por cierto, soy Elena.

—Frankie Hayes —dije, tendiéndole la mano para estrecharla. Su apretón fue más débil de lo que esperaba.

Antonio Moretti. Era uno de los concejales que podían decidir mi futuro. Me quedé pensativa ante el apellido y me pregunté si el universo estaba a punto de darme una patada en el culo. Busqué cualquier parecido con Gio en su rostro, ya que sus rasgos no podrían ser más diferentes. Él tenía el pelo y los ojos castaños oscuros, y Elena era todo lo contrario.

—¿Es un diminutivo de algo, Frankie? —preguntó ella. Parecía el tipo de mujer que solo usa los nombres completos de las personas.

—Francesca —le dije.

—Qué bonito. —Su sonrisa fue cálida y sincera, aunque un poco breve.

—De hecho, esperaba hablar con su marido esta noche —admití—. Estoy trabajando en un proyecto para el que me encantaría obtener su apoyo. Un refugio de animales que quiero abrir. Como veterinaria,

he atendido a muchos animales abandonados que necesitan un buen hogar.

Algo se suavizó en su expresión, y las leves líneas alrededor de sus ojos se relajaron. —Eso suena... importante. Demasiado importante para que se pierda entre charlas sobre acciones y hándicaps de golf. Me aseguraré de presentarla, querida.

—Gracias. —El alivio y los nervios se enredaron en mi pecho. Había ensayado este discurso hasta que las palabras se me antojaban grabadas en los huesos, pero estando aquí, de repente importaba más que ella, precisamente ella, no me tomara por tonta.

Su mirada se demoró en mí un momento más, pensativa, casi nostálgica. —Me recuerda a alguien. Por la forma en que se mantiene firme, incluso cuando parece que preferiría estar en cualquier otro lugar.

Parpadeé, pillada por sorpresa. —¿Ah, sí? ¿A quién?

—A mi hijo —dijo, con un rastro de tristeza cruzando su rostro—. Giovanni. Es testarudo como él solo.

Cielo santo.

El nombre cayó como una chispa en hierba seca. Intenté mantener la voz firme. —¿Giovanni... Moretti?

Mierda, no había nada en el perfil del concejal que mencionara a un hijo. Todos los demás mencionaban a sus hijos.

Ella soltó una risa suave, casi cariñosa, casi dolida. —Sí. Aunque prefiere Gio.

La sala pareció inclinarse, y el aire empezó a faltarme. Todo lo que me había dicho a mí misma, que Moretti no era un apellido raro, que compartirlo era solo una coincidencia, no eran más que delirios. Debería haber confiado en mi instinto.

Me quedé helada. *Oh, Dios mío.* Si Antonio Moretti, un hombre con voto en el concejo, era el padre de Gio, mi causa estaba más que muerta antes incluso de abrir la boca.

Forcé mis labios en una curva educada. —El mundo es un pañuelo —logré decir, mientras mis pensamientos daban vueltas. Su madre. Estaba cara a cara con la mujer que había criado al hombre con el que no dejaba de chocar.

—¿Perdone? —preguntó ella.

—He coincidido con su hijo. Un par de veces —dije, esperando que no me pidiera detalles.

Una mirada melancólica cruzó su rostro, pero se recompuso rápidamente, como si estuviera guardando algo preciado tras la pesada puerta de una cámara acorazada.

—Eso explica por qué parece que ha visto a un fantasma —dijo Elena suavemente, casi a modo de disculpa.

Intenté recuperarme, forzando una sonrisa cortés. —No esperaba... este tipo de conexiones.

—Poca gente lo espera. —Vaciló y luego añadió—: Gio no forma parte de la familia desde hace algún tiempo. —Las palabras fueron cautelosas, pero el peso que arrastraban era lo suficientemente fuerte como para dejar marca.

Mi corazón dio un vuelco. Una ruptura. Interesante. Quizá tuviera una oportunidad después de todo. Esta noche tenía más altibajos que una montaña rusa.

—¿Entonces no ha hablado con él esta noche? —preguntó, sintiendo lástima por la frágil mujer.

—¿Está aquí? —Sus ojos se iluminaron por un momento mientras miraba a su alrededor, pero de nuevo, apareció esa tristeza incipiente.

—Sí, acabo de hablar con él hace unos minutos —le dije.

—Supongo que sabe que estoy aquí. Si quisiera hablar conmigo... —Su voz se apagó, dejándome preguntándome qué clase de hombre era Gio para ignorar a su propia madre. No podía imaginarme no hablar con la mía, si todavía estuviera viva.

—Ah, ahí viene Antonio —dijo antes de que pudiera responder a su comentario sobre Gio. Me cogió del brazo.

Antes de que pudiera arrepentirme, me guio a través del suelo de mármol; su perfume era ligeramente floral, de una elegancia de otro tiempo. Se me revolvió el estómago cuando nos detuvimos frente a un hombre alto con una presencia que llenaba el espacio incluso antes de hablar. Distinguido cabello entrecano, hombros anchos y un aura de mando curtida por años de poder.

Antonio Moretti se volvió hacia nosotras y me quedé sin aliento. No por admiración, sino por reconocimiento. El parecido con Gio era innegable, como dos retratos pintados por la misma mano con décadas de diferencia. La foto de la página web tenía demasiado grano para mostrar detalles, pero ahora lo veía claramente.

Compartían las líneas marcadas de la mandíbula, la nariz altiva y la forma en que su mirada parecía medir el mundo antes de revelar nada. Pero donde los ojos de Gio albergaban un incendio forestal, inquieto y devorador, los de Antonio eran de acero frío: controlados, deliberados, un arma afilada para la política en lugar del caos. Su sonrisa, si se la podía llamar así, era precisa y ensayada, diseñada para encandilar a una sala sin revelar ni un solo pensamiento verdadero. Puede que Gio fuera peligroso a su manera, pero Antonio irradiaba un tipo de poder diferente y más amenazador.

—Antonio —dijo Elena, con voz firme pero baja—. Esta es Francesca Hayes, veterinaria. Tiene algo importante que contarte.

Le tendí la mano, con el pulso acelerado en la muñeca. —Señor Moretti, estoy trabajando para abrir un refugio de animales sin sacrificio en Brooklyn. Un lugar que sea algo más que jaulas. Quiero convertirlo en un santuario, con servicios de adopción y programas comunitarios. He encontrado el edificio adecuado, pero necesito apoyo para sacarlo adelante. Con su ayuda, podríamos salvar a

incontables animales y convertirlo en algo de lo que todo el barrio pueda sentirse orgulloso.

El apretón de Antonio fue firme; su palma se sentía cálida contra la mía, como si tuviera todo el tiempo del mundo para mí. —Una labor muy noble —dijo, con una sonrisa tan impecable como el mármol—. La ciudad necesita a más personas como usted.

Sentí el peso de su atención, la cadencia ensayada de un hombre que se ha labrado una carrera convenciendo a los demás de que importan mientras están en su órbita. Aun así, había algo halagador en la forma en que me miraba, como si la idea de mi refugio no fuera simplemente otro asunto más en su agenda.

—No veo por qué iba a tener oposición alguna para una causa como esa —comentó, y percibí la pregunta subyacente: *¿Qué necesitas de mí?*

—Bueno, la cuestión es... —Tomé aire rápida y profundamente para calmarme—, que necesito los permisos de zonificación adecuados para el refugio. Y hay otra solicitud que compite con la mía.

—Ah, ahora lo entiendo. —Parecía divertido—. ¿Sabe algo de su competidor?

Vacilé. Acabaría enterándose pronto, supongo.

—Eso es lo extraño, y no he sabido de la conexión hasta hace unos minutos —dije, esperando que no pensara que todo esto era una especie de emboscada o manipulación. Nunca me habría acercado a pedirle su voto si hubiera sabido su relación con Gio desde el

principio—. Su hijo es el otro solicitante. Quiere construir un hotel allí.

Elena soltó un grito ahogado, atrayendo mi atención. Se llevó la mano a la boca y me sentí mal por no habérselo dicho antes.

Por encima del hombro de Elena, a través de la resplandeciente extensión del salón, divisé a Gio cuando la multitud se abrió. Estaba apartado de un grupo de hombres, con una copa en la mano, observándonos con una mirada que parecía lo suficientemente afilada como para cortar el satén y la piel. Tenía la mandíbula tensa y una postura alerta.

Antonio siguió la dirección de mi mirada y encontró a su hijo. Por un instante, la calidez desapareció de su expresión, sustituida por algo más frío y duro, aunque se desvaneció tan rápido que pude haberlo imaginado. Los dos hombres intercambiaron una mirada a través de la sala, tan cargada que me hizo contener el aliento. Entonces Antonio se volvió hacia mí, con su sonrisa de nuevo colocada como una máscara.

—Su hijo parece tener mucha determinación —dije con cautela, tanteando el terreno.

—Giovanni siempre ha sido... idealista —la pausa antes de la palabra pesaba más que la palabra en sí—. Levantó su copa, agitando el líquido ambarino con soltura ensayada. A veces eso le impide ver las realidades prácticas.

Nunca se me habría ocurrido describir a Gio como un idealista, pero apenas lo conocía. Un fin de semana de sexo y romance no era suficiente para calibrar el carácter de una persona.

—Pero usted comprende la importancia de las soluciones prácticas, ¿verdad, doctora Hayes? —La mirada de Antonio se mantuvo en la mía, firme, expectante.

—Sí —dije, aunque en realidad yo siempre había sido la soñadora. La que creía en luchar por lo imposible incluso con todo en contra. Aun así, en una sala como esta, con hombres como él, el pragmatismo parecía más seguro que la convicción.

Su sonrisa se acentuó, cortés pero fría en los bordes. —Bien. Esa es una cualidad que esta ciudad necesita.

Asentí con la cabeza, apretando los labios en una sonrisa forzada, aunque una espiral de inquietud había empezado a enroscarse en mi estómago.

—Tengo entendido que necesito al menos tres votos para que me concedan los permisos. Esperaba hablar con algunos de los otros concejales esta noche.

Antonio soltó una risita baja y suave, como si yo hubiera dicho algo tierno. —Doctora Hayes, una gala es el peor lugar para estas conversaciones. Hay más de quinientas personas aquí esta noche. Esos hombres y mujeres hablarán con cien personas antes de medianoche, cada una de ellas vendiendo una causa con ojos desesperados y una copa en la mano. Para mañana, apenas recordarán quién dijo qué.

Mis mejillas se encendieron. —¿Entonces no debería molestarme?

—No he dicho eso. —Su forma de sujetar la copa cambió, y sus anillos captaron la luz de la lámpara—. Lo que necesita es tiempo a solas con ellos. Un almuerzo, un café, una visita tranquila al despacho. Así es como se acordarán de usted.

Asentí forzadamente, incluso cuando la inquietud se cerraba con más fuerza en mi pecho. —¿Y qué me sugeriría?

Se inclinó más cerca, bajando la voz como si me ofreciera una ventaja que pocos recibían. —Margaret Winters, le caerá bien. Ama a los animales, sufre por cada causa perdida. Háblele de programas de rescate, vincúlelos con la justicia social, y la tendrá de su parte.

Asentí y Antonio continuó.

—Robert Torres es de otra calaña. Quiere números, proyecciones, retorno de la inversión. No hable de salvar cachorros; hable de revitalizar barrios, de atraer donantes, de efectos económicos en cadena.

—Entiendo —dije, preguntándome si algún día conseguiría poner de mi lado a un hombre como Robert Torres. Gio era más de su tipo.

—Jennifer Liu preguntará por el impacto ambiental. Le preocupa la gestión de residuos, el drenaje, las zonas verdes. Convénzala de que su refugio no será una carga, sino un activo. En cuanto a David Murphy... —Antonio sonrió levemente—. A David le gusta que le digan lo que ya piensa. Si logra saber hacia dónde sopla el viento, él la seguirá.

Le sostuve la mirada, intentando que mi expresión no delatara el chispazo de inquietud por ser tan frío y estratégico. Aun así, no podía negar que aquello era útil.

—Gracias —dije, con voz cuidadosamente neutra.

—No me dé las gracias todavía. —Su sonrisa era casi amable, si es que la amabilidad pudiera tener el filo de una cuchilla—. Soluciones prácticas, recuerde. El concejo admira la determinación, pero premia la estrategia.

Mi oportunidad. Mi pie en la puerta.

—Ha sido de gran ayuda —dije, antes de dirigirme a Elena—. Y también tengo que agradecérselo a su maravillosa esposa; me vio perdida entre la multitud y vino en mi auxilio.

Elena se sonrojó. —Ha sido un placer conocerla, querida.

—Sí, mi mujer es muy útil para esas cosas —dijo Antonio—. Tome, aquí tiene mi tarjeta. Envíeme un mensaje mañana y la ayudaré a concertar algunas reuniones.

Estaba claro que me estaba despidiendo. Cogí la tarjeta que me ofrecía.

—Gracias, lo haré sin falta.

Al otro lado de la sala, Gio no se había movido. Seguía mirando. Seguía esperando.

El calor me subió por el cuello, traicionero y espontáneo, porque aquella mirada no era la de un rival evaluando a su competencia. Era más pesada, más afilada... como si todavía pudiera saborearme en su lengua y quisiera que yo también lo recordara.

Guardé la tarjeta de Antonio en mi bolso de mano, apretando los dedos contra el cierre, y me obligué a respirar a pesar del repentino latido en mi bajo vientre. Este no era el lugar para derrumbarse, no con la mitad de la élite de la ciudad moviéndose a nuestro alrededor entre perfumes y burbujas de champán.

Pero Gio no necesitaba palabras para desarmarme. No cuando su silencio me desafiaba a tropezar. No cuando el recuerdo de su boca sobre mi piel se negaba a desvanecerse, por mucho que me recordara que estábamos en bandos opuestos.

Así que levanté la barbilla, aparté la vista de su mirada y regresé a la multitud como si no acabara de quedar atrapada en un juego que no estaba segura de poder ganar.

Capítulo 11

Frankie

Antonio no perdió el tiempo. En cuestión de días, su oficina organizó una reunión con la concejala Winters, el nombre que yo había rodeado y subrayado dos veces en mi investigación.

Si el ayuntamiento tenía conciencia, esa era Margaret. Había defendido programas juveniles, presionado para crear espacios verdes y su historial de votaciones indicaba que realmente se preocupaba por la gente que vivía aquí.

Sabía que Antonio me lo estaba poniendo fácil para empezar. Me ponía en contacto con alguien empático antes de que tuviera que enfrentarme a los tiburones. Aun así, tenía un nudo en el estómago mientras me alisaba el jersey y me recordaba a mí misma que no estaba pidiendo caridad. Era justicia, plasmada en ladrillos, cemento y perreras.

Margaret Winters vivía en una casa de ladrillo visto que parecía sacada de un cuento: hiedra trepando por la fachada y cortinas de encaje suavizando las ventanas. Me sudaban las palmas de las manos mientras subía los escalones, aferrada a mi carpeta de planos como si fuera un escudo.

La puerta se abrió antes de que pudiera arrepentirme. Margaret estaba allí, con su cabello plateado recogido con pulcritud en la nuca y una sonrisa lo bastante amplia como para aliviar parte de la tensión acumulada en mis hombros.

—¡Doctora Hayes! —dijo afectuosamente, como si llevara toda la semana esperándome solo a mí—. Pase, pase. Los gatos son unos fisgones, no les haga caso.

No bromeaba. En cuanto puse un pie dentro, tres gatos convergieron hacia mí: uno negro y elegante, una bola de pelo naranja de pelo largo y una pequeña carey que se lanzó directa a por los cordones de mis zapatos.

Margaret se rio, apartándolos suavemente con el pie. —Se creen que todo el mundo viene aquí para adorarlos. ¿Café? ¿Galletas? Acabo de sacar una hornada.

El aroma a mantequilla flotaba en el aire, mezclándose con el tenue olor a arena para gatos y el reconfortante rascado de garras sobre postes de sisal. Logré esbozar una sonrisa.

—Me encantaría un café. Y... —Me agaché para acariciar a la carey, que me miró parpadeando como si hubiera pasado alguna prueba tácita—. ...no puedo decirle que no a las galletas.

Los ojos de Margaret se dulcificaron ante la escena. —Es una chica dura. Llegó a mí medio muerta de hambre, pero sigue gobernando esta casa como una reina. —Me condujo a una sala de estar bañada por el sol donde los libros y las camas para gatos competían por cada superficie disponible. Dejó una bandeja con dos tazas y un plato de galletas doradas, y se acomodó en un sillón con un gato atigrado tuerto en su regazo, como si no hubiera otro lugar en el mundo donde debiera estar.

Yo me senté en el sofá, guardando con cuidado mi carpeta a un lado. —¿Cuántos tiene? —pregunté, mirando al gato negro apostado ahora en el alféizar de la ventana, moviendo la cola perezosamente.

—Demasiados —dijo con una carcajada, acariciando la cabeza con cicatrices del atigrado—. Pero todos necesitaban un lugar donde caer. Y supongo que yo también.

Sus palabras me tocaron la fibra sensible. Me incliné hacia delante. —Esa es exactamente la razón por la que quiero construir este refugio. Un lugar donde los animales no sean vistos como algo desechable. Donde puedan curarse y luego encontrar familias que los quieran para toda la vida.

La expresión de Margaret se agudizó con interés. Bebió un sorbo de café, estudiándome por encima del borde de la taza. —Continúe.

—Bueno, esto es lo que tengo hasta ahora —comencé, dejando mi carpeta a un lado—. El presupuesto es... modesto, pero suficiente para empezar. Tengo otro amigo veterinario dispuesto a donar horas cada semana, y un par de negocios locales se han comprometido a aportar suministros.

Margaret arqueó las cejas. —¿Donaciones ya? Eso no es moco de pavo.

—Llevo mucho tiempo planeando esto —dije, radiante por su elogio —. Y tengo voluntarios —estudiantes, jubilados, incluso un par de tipos de la construcción— listos para arrimar el hombro una vez que consigamos el local.

Margaret echó mano de su taza, sin dejar de mirarme. —¿Y está coordinando todo esto usted sola?

—Sí —admití, casi sin aliento—. Cada pieza es frágil, pero está encajando. Lo que quiero es algo más que simples perreras; un verdadero santuario. Zonas exteriores, salas de recuperación, tal vez incluso una pequeña clínica en el lugar. —Mis dedos dibujaron formas sobre la mesa de centro, un plano invisible.

Margaret emitió un suave murmullo, acariciando al atigrado tuerto acurrucado en su regazo. —Ambicioso. Pero el tipo de ambición adecuado.

—Gracias —dije, sonriendo. Mi corazón seguía acelerado—. Por eso necesito los permisos. La ciudad no necesita otro hotel; necesita cuidados y una comunidad para los más vulnerables. Y no hay nada más vulnerable que los animales necesitados.

—Por fin —dijo ella, con voz cargada de convicción—, alguien que entiende que los animales no son objetos desechables. —Le dio un beso a la oreja maltrecha del gato—. Tiene mi voto.

Pareció que todo el aire salía de mis pulmones; el alivio y la gratitud se entrelazaron. No me había dado cuenta de lo tensa que estaba hasta que esa presión desapareció.

Margaret se recostó en el sofá de flores, con el gato atigrado tuerto extendido sobre su regazo como una estola de piel. —Por supuesto, un proyecto como el suyo no estará exento de oposición —dijo con voz suave pero mirada afilada—. Promotores inmobiliarios, sobre todo. Gente que preferiría ver ese almacén convertido en algún negocio lucrativo en lugar de en un refugio.

Asentí, aunque se me revolvió un poco el estómago. Gio se me pasó por la cabeza. Si se tratara de pura economía, él ganaría siempre.

Margaret cogió su café, con el vapor subiendo de la taza. —Pero la oposición no me asusta. Lo que importa es si ha pensado en cómo mantener este refugio a largo plazo. La pasión es maravillosa, Frankie, pero la pasión por sí sola no paga las facturas.

Dos gatos eligieron ese momento para saltar a los sillones, moviendo las colas como si fueran su jurado gatuno. Me incliné hacia delante, con las palmas de las manos calientes contra mis rodillas. —Lo sé. Pero entre mi trabajo con las clínicas de esterilización de la ciudad y la pequeña campaña de donaciones que he empezado por internet, creo que tengo el apoyo necesario. La gente quiere esto, Margaret. Solo necesitan a alguien que lo organice.

Su sonrisa se amplió, aprobando pero todavía evaluando. Acarició al gato, que ronroneaba como un motor al ralentí. —Me recuerda a mí misma a su edad. Todo el mundo me decía que perdía el tiempo luchando por programas de vivienda asequible. «Demasiado idealista», decían. Oí esa palabra cien veces.

—Idealista —repetí; la palabra tenía un sabor diferente en mi boca ahora. Era como Antonio había llamado a Gio, como si fuera un defecto—. ¿Pero les demostró que se equivocaban?

—Les sobreviví. —Los ojos de Margaret brillaron con un fuego sereno—. El idealismo no es debilidad. Es resistencia. El truco está en casarlo con la estrategia. —Se inclinó hacia delante, posando una mano ligeramente sobre mi muñeca—. Y creo que usted tiene ambas cosas.

Una calidez me inundó el pecho. Durante días, me había debatido entre la duda y la determinación, preguntándome si alguien en ese consejo me tomaría en serio. Y aquí estaba ella, diciendo que sí sin vacilar.

—Gracias, no sabe cuánto significa para mí su apoyo —dije—. Creo que ya le he quitado bastante tiempo.

Margaret se levantó, quitándose pelos de gato de la falda, y me acompañó a la puerta. —Tiene mi voto, Frankie. Y más que eso, tiene una aliada. No deje que los que tienen la lengua tan larga como Antonio Moretti la engañen: Él siempre está jugando su propia partida.

Aquello me dejó desconcertada. Tenía mis dudas sobre Antonio, la precaución lógica con la que trataría a cualquier político de carrera, pero hasta ahora él me había apoyado. Su advertencia me hizo preguntarme cuáles serían sus motivaciones.

Sus palabras se quedaron grabadas en mi mente mientras salía al aire fresco, con el aroma de las galletas recién horneadas siguiéndome por el porche. Por primera vez en días, la esperanza no

parecía una apuesta arriesgada; parecía el comienzo de una lucha que realmente podría ganar.

Me despedí de Margaret con un abrazo, con su perfume impregnando sutilmente mi jersey, y bajé los escalones con la cabeza llena de adrenalina y pelos de gato. El aire del atardecer era fresco, lo suficientemente cortante como para espabilarme.

Cuando la puerta se cerró tras de mí con un clic, levanté la vista y me encontré directamente con los ojos oscuros de Gio. Estaba apoyado en la barandilla de hierro, con la chaqueta del traje oscuro desabrochada y el teléfono colgando despreocupadamente de una mano. Parecía exasperantemente relajado, como si tuviera todo el tiempo del mundo para verme naufragar.

—Bueno —dije, entornando los ojos mientras bajaba los escalones—, si estás aquí para encandilar a Margaret, llegas tarde.

—¿Encandilar? Me ofendes —dijo con voz arrastrada, dando un paso adelante para que su sombra cayera sobre mí—. Solo estaba... asegurándome de que recordara quién tiene la influencia real. —Su mirada me recorrió de arriba abajo con ese aire de evaluación que me sacaba de quicio.

Me puse tensa, dejando que mi hombro se acercara un poco más al pasar. —¿Influencia, eh? Curioso, porque Margaret acaba de prometerme su apoyo. Lo que significa que... —dejé la frase en el aire, encontrando su mirada—. ...¿esta ronda? Es mía.

Él sonrió con superioridad, reduciendo el espacio entre nosotros con un paso cauteloso y depredador. —Un punto no gana el partido, Francesca.

—Y aun así, soy la única que ha marcado —le espeté, dejando que mis dedos rozaran su brazo: un toque ligero, burlón, pero deliberado —. No se puede ganar si no se anota.

Su risa oscura resonó profunda, vibrando contra mis costillas.

—Atrevida —murmuró, inclinándose lo justo para que pudiera sentir el calor que emanaba de él—. Me gusta un buen juego. Pero no se gana en el primer cuarto; lo que cuenta es quién tiene más puntos cuando suena el silbato final.

Levanté la barbilla, sosteniéndole la mirada deliberadamente, con el corazón martilleando. —Entonces, intenta remontar. Pero no te sorprendas si me mantengo en cabeza.

Los ojos de Gio bajaron a mis labios por una fracción de segundo y luego volvieron a los míos. No se movió, no se acercó más, pero la tensión vibraba entre nosotros como una corriente eléctrica: una promesa y una amenaza en el mismo latido.

—Diviértete siguiéndome los pasos —dije con una sonrisa burlona mientras me alejaba—. Disfruta de las vistas.

Marcador: Frankie uno, Gio cero... por ahora.

El corazón me latía con fuerza mientras bajaba por la calle y me hizo falta toda mi fuerza de voluntad para no mirar atrás.

Capítulo 12

Frankie

Más tarde ese mismo día, Asher trotaba un poco por delante de mí, con sus orejas desiguales rebotando a cada paso. La cálida luz del atardecer se extendía sobre el cemento agrietado, haciendo que las malas hierbas que brotaban del pavimento parecieran casi bonitas. Su cola se agitaba con un ritmo incierto, como si quisiera creer que el mundo no iba a volver a fallarle. Pero ni siquiera su nerviosismo podía reprimir la energía propia de un cruce de collie.

Maria caminaba a mi lado con un vaso de café helado en la mano, y sus pulseras tintineaban cada vez que balanceaba el brazo. Se agachó para acariciar la cabeza de Asher cuando este ralentizó el paso, y su sonrisa se suavizó. —Tiene buen aspecto. Has hecho magia con él, Frankie.

—No ha sido magia —dije, dando un tironcito de la correa cuando intentó meter el hocico en una bolsa de basura junto al bordillo—. Solo comida, medicinas y alguien a quien le importe un bledo.

Maria me lanzó una mirada de reojo, con los ojos afilados a pesar de la sonrisa. —¿Y bien? ¿Cómo va tu cruzada con el ayuntamiento? ¿Ha picado alguien?

Exhalé por la nariz, observando el balanceo de la cola de Asher. —Mejor de lo que pensaba, la verdad. Antonio es... bueno, es complicado, pero creo que está dispuesto a ayudar. Aún no ha comprometido su voto; ha dicho que tendrá que esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Pero ¿Margaret Winters? Ella está conmigo. Por completo. Me ha dado un abrazo y poco más que ha firmado con sangre.

Maria se rió. —Esa es una. Necesitas al menos dos más, ¿verdad?

—Sí. La siguiente es Jennifer Lui. Está muy concienciada con los temas medioambientales, así que si puedo demostrarle que un refugio de sacrificio cero está ligado a la sostenibilidad y al bienestar de la comunidad, quizá tenga una oportunidad.

—La tendrás —afirmó Maria sin dudarlo—. Si alguien puede convencer a un concejal con buenas palabras, esa eres tú.

Resoplé. —¿Buenas palabras? Por favor. Apenas me acuerdo de quitarme los pelos de perro y gato del jersey antes de las reuniones.

Maria dio un sorbo a su café y luego ladeó la cabeza mirándome. —¿Y qué hay de Gio Moretti?

Puse una mueca. —¿Qué pasa con él?

—Iba a preguntarte si está progresando con su campaña para conseguir votos, pero algo me dice que hay algo más —dijo con las cejas arqueadas.

Ladeé la cabeza, intentando ocultar mi sonrojo. —¿A qué te refieres?

—Venga ya, Frankie. Cada vez que sale su nombre, se te pone esa cara —le dio un toquecito suave a Asher con el pie, como si el perro pudiera confirmar sus sospechas—.

—Sí, cara de frustración —me mofé.

—Es mucho más que eso —resopló ella.

Negué con la cabeza. —Es solo... fricción. Fricción profesional. Eso es todo.

La sonrisa de Maria se ensanchó, aguda y sagaz. —Ya, claro. Fricción. Admítelo: se te mete bajo la piel.

—Es... —vacilé, buscando palabras que no me traicionaran—. Es exasperante. Y arrogante. Y... —exhalé, intentando calmar los latidos de mi corazón—. ... es exactamente el tipo de persona a la que debería ignorar.

Maria soltó una carcajada. —Traducción: estás totalmente perdida. —Se inclinó hacia mí, bajando la voz—. Mira, lo entiendo. Te van los retos.

—El único reto al que me enfrento es el de los permisos —dije con firmeza—.

—Hay millones que te creerían. —Sacudió la cabeza.

Detuve a Asher y dejé que el perro olfateara un montón de basura particularmente aromático mientras yo me cruzaba de brazos. —Es un pesado. No me interesa. Fin de la historia.

Maria enarcó una ceja, impasible. —Claro, no te interesa. La negación es una monada, pero tú eres más lista que eso. Tenéis un pasado y el tío está cañón. Si no estuviera felizmente casada...

—¡Maria! —dije, escandalizada.

—Oh, calla, ya sabes que bromeo. —Puso los ojos en blanco—. Lo que intento decir es que nunca te he visto mostrar mucho interés por ningún hombre, pero cuando sale Gio, se te pone esa carita. Tienes que estar intrigada, preguntándote si todavía queda algo ahí.

Me mordí el labio y volví a negar con la cabeza. —Estar intrigada no significa nada. Estoy centrada en el refugio. Eso es todo.

Maria sonrió con sorna, echándose un mechón de pelo sobre el hombro. —Claro. El refugio. Y Gio Moretti. Entendido.

Asher ladró una vez, como si lo hubiera ensayado, y me reí a mi pesar, tirando de él para que volviera a caminar. Quizá Maria tuviera razón. Quizá había algo en Gio que hacía que concentrarse solo en el refugio fuera mucho más difícil de lo que quería admitir.

—No cambia nada —dije rápido, demasiado rápido—. Seguimos siendo rivales. Y voy a ganar yo.

Maria se limitó a sonreír con picardía, bebiendo su café como si acabara de descubrir el mejor cotilleo del año.

Caminamos en un silencio agradable durante un momento; Asher olisqueaba cada farola como si estuviera haciendo un inventario del barrio. Se me encogió el pecho al mirarlo. Estaba tan ansioso, tan agradecido por cualquier muestra de cariño. Él era exactamente la razón por la que necesitaba que mi sueño se hiciera realidad, para que perros como Asher no tuvieran que enfrentarse a un mundo cruel.

Maria me miró, leyéndome la cara como solo ella sabía hacerlo. —Mañana toca refugio, ¿eh?

—Sí. —Se me cerró la garganta—. Se ha recuperado lo suficiente como para no poder seguir más en el veterinario. Necesitan el espacio de la jaula. Así que... mañana.

Maria ralentizó el paso, con expresión dulce.

—Ojalá no tuviera que entregarlo —dije, y las palabras sonaron más crudas de lo que pretendía—. Perros como Asher... merecen algo mejor que ir de un lado a otro como si fueran equipaje. Merecen un lugar que sea suyo. Seguro. Permanente.

Asher me miró entonces, con la lengua fuera, como si entendiera cada palabra.

—Por eso tengo que hacer esto, Maria —murmuré, apretando el agarre de la correa—. Necesito ese refugio. No solo por él, sino por todos ellos. El único que tiene sitio para él sacrifica a los animales si no los adoptan en seis meses.

Esa era exactamente la razón por la que no podía permitirme pensar en Gio como algo más que un rival. Por supuesto, todavía pensaba en aquellos dos días que pasamos juntos. Los recuerdos habían alimentado más de una de mis fantasías a altas horas de la noche, cuando bajaba la guardia. Pero incluso si me interesara, que no era el caso, Gio nunca me perdonaría por haberle robado, y tendría toda la razón.

El refugio era mi única y absoluta prioridad. Tenía que serlo.

Capítulo 13

Gio

Puede que Francesca se hubiera ganado a Margaret Winters, pero ese era el único tanto que se había anotado de forma segura. El resto, aparte de mi padre, seguían en juego. Lo cual significaba que yo tenía que esforzarme aún más para asegurarme a los miembros del consejo.

Su maldita prepotencia por haber conseguido la primera promesa de voto todavía me hacía hervir la sangre.

Incluso ahora, horas después, sus ojos verdes rondaban los rincones de mi mente. Probablemente no era más que resentimiento, un resquicio de irritación de aquel fin de semana en Miami y el robo que no le había perdonado. Siempre había tenido ese fuego, ese magnetismo que me atrajo hacia ella en un principio, pero se suponía que no debía desearlo. No después de lo que hizo.

Sin embargo, cada vez que cerraba los ojos, sentía el rastro de su presencia. La inclinación de su barbilla, la forma en que sus labios se habían curvado en esa sonrisa tan exasperantemente satisfecha de sí misma. Deseché el pensamiento, diciéndome que sería la estrategia, y no el deseo, lo que ganaría la siguiente ronda.

Y ya tenía mi primer objetivo en el punto de mira: Robert Torres.

El suave murmullo del salón del *Oro* nos envolvía; las paredes de color negro mate amplificaban la banda de jazz del rincón por encima del parloteo de voces adineradas. Robert estaba sentado frente a mí en un reservado de cuero; sus manos gruesas hacían que el vaso de cristal tallado con el whisky de primera calidad que le había pedido pareciera minúsculo. Hizo girar el líquido ambarino y lo olfateó como si estuviera en una cata. Pero era a mí a quien estaba evaluando.

—Este lugar es impresionante —dijo, recorriendo la sala con la mirada.

Yo ya me había fijado en dónde se detenía su atención. Le gustaban los detalles sutiles: sus dedos pasaban por los asientos tapizados a mano, su mirada valoraba el arte local que adornaba las paredes, y había dedicado un asentimiento de aprobación a los camareros, que se movían con una precisión coreografiada. Torres era el tipo de hombre que respetaba la eficiencia y el lujo. Y ahí era exactamente donde residía mi especialidad.

Francesca, no tienes ninguna posibilidad.

—Brooklyn necesita más cosas así —afirmé, recostándome como si todo el barrio ya me perteneciera—. Esto no es un proyecto hotelero

más; significa puestos de trabajo, turismo e ingresos fiscales. Incluso las zonas más degradadas de Brooklyn están empezando a ver una tendencia alcista. No voy a limitarme a aprovechar la ola, voy a ser yo quien la dirija.

Los labios de Torres se curvaron, con la aprobación asomando en las comisuras. —Entiende usted de negocios, Moretti. Eso es lo que necesitamos: no simples soñadores con buen corazón, sino gente de acción con números.

La forma en que lo dijo me hizo pensar en Frankie. En cómo se le iluminaban los ojos cuando hablaba de su refugio, en la forma en que sus manos dibujaban pasión en el aire. Corazón. Dios, de eso le sobraba. Lástima para ella que el corazón no ganara votos.

Sonreí y deslicé una carpeta por la mesa. —Datos del impacto económico, cifras de creación de empleo, proyecciones fiscales... Todo verificado. Este hotel traería más de trescientos puestos de trabajo: personal cualificado y contrataciones locales.

Torres hojeó las páginas, asintiendo mientras leía por encima. —Muy detallado.

La banda del rincón pasó a un tema de jazz lento; el contrabajo vibraba en lo profundo de mi pecho. Por un segundo, imaginé a Frankie aquí, acurrucada en uno de estos asientos, felina y desafiante, con los brazos cruzados mientras intentaba no demostrar cuánto le gustaba el sitio.

—¿Puedo contar con su voto? —pregunté, pues no soy de los que se andan con rodeos.

—Sí, sin duda. Prefiero un hotel a un refugio lleno de animales sarnosos cualquier día de la semana, especialmente si viene del mismo hombre que ha construido un club como este.

Esbocé una sonrisa de suficiencia y levanté mi copa hacia Torres. —Por el progreso.

Él chocó la suya con la mía sin vacilar. —Por el progreso.

Torres se levantó y me dio una palmada en el hombro con una sonrisa cargada de confianza. Era el vivo ejemplo del político interesado, pero resultaba útil tenerlo de mi lado. —Un placer hacer negocios, Moretti. Nos vemos en la votación.

Asentí mientras lo veía marcharse y luego me recosté, permitiendo que la tensión de mis hombros se relajara. Recorrí el club con la mirada. Solo había una forma en la que me gustaba celebrar una victoria así: sexo con una mujer hermosa.

En el Oro las había a montones, pero una en particular me llamó la atención al otro lado del salón. Con curvas pero esbelta, con una melena cobriza que le caía sobre un hombro. Me sonrió de forma lenta y deliberada, y sentí ese cosquilleo familiar.

Exactamente mi tipo.

Aparté la silla y crucé el espacio que nos separaba, dejando que mis ojos se posaran en ella de forma intencionada, para que supiera exactamente lo que buscaba.

¿Disfruta de la música? —pregunté con voz baja y una media sonrisa en los labios. Ella soltó una risa suave y melodiosa, inclinándose un poco más hacia mí, y por un momento, la idea de una noche que se alargaría entre susurros y algo más rondó mi mente.

—La disfrutaría más con compañía —dijo. Sus ojos castaños brillaban con emoción, quizá con demasiadas ganas.

Me senté a su lado e hice una seña a mi personal para que nos trajeran más copas. Pero a medida que la mujer se acercaba, en lo único que podía pensar era en Francesca. En la inclinación de su barbilla, en el fuego de esos malditos ojos verdes, en la forma en que siempre parecía saber exactamente cómo desafiarme. Se me oprimió el pecho con una mezcla de frustración y la necesidad irresistible de regodearme.

Me incorporé, dejando que mi sonrisa se suavizara en una cortesía distante.

—Lo siento —le dije a la pelirroja con voz casual y desapegada—, tengo que encargarme de una cosa.

Ella arqueó una ceja, con una pregunta en la mirada, pero dejé que se quedara con la duda mientras me dirigía de nuevo hacia la barra, agradeciendo internamente a Frankie por ser más fascinante que cualquier tentación pasajera. La emoción de la caza, el juego... eran suyos, e intentaba jugarlo mejor que nadie.

Saqué el teléfono. Me alegraba haberla buscado y haber encontrado su número en la lista de veterinarios de urgencia. Sabía que me resultaría útil. Escribí mi mensaje.

Gio: Espero que lleves la cuenta, pelirroja. Torres es mío.

Su nombre brilló en la pantalla mientras pulsaba enviar.

Capítulo 14

Frankie

—He venido a ver al señor Moretti —le dije a la joven que estaba en el escritorio frente al despacho de Antonio.

—Está atendiendo una llamada en este momento, pero le recibirá en cuanto termine —dijo ella—. Puede tomar asiento.

No tenía ni idea de por qué quería esta reunión. Antonio era la única mano firme en todo esto. Si necesitaba verme en persona, o bien significaba buenas noticias o una complicación para la que no estaba preparada.

Me senté en el sillón de cuero verde que la asistente me indicó, con la espalda recta, resistiendo el impulso de moverme nerviosa. Junto a mí, una mesa de madera oscura que debía de ser una antigüedad

sostenía una única y perfecta orquídea blanca. Las paredes estaban decoradas con unos cuantos cuadros de paisajes melancólicos y un retrato de Antonio y Elena.

¿Habrá algún retrato de Gio así por algún lado? ¿O no lo incluyeron debido al distanciamiento entre él y sus padres?

Podía imaginar cómo sería: Gio pintado al óleo e imponente. Posaría con la barbilla inclinada hacia arriba, como un desafío, todo intensidad y dominio.

Miré mi teléfono por lo que debía de ser la décima vez desde que me había despertado. El mensaje de Gio seguía allí, brillando con suficiencia en la pantalla. Ni siquiera sabía cómo había conseguido mi número.

Espero que lleves la cuenta, Pelirroja. Torres es mío.

Pelirroja. No era un nombre que me hubiera dado antes. En Miami, todo era *«nena»* por aquí y *«bella»* por allá. Sin embargo, de alguna manera, su nuevo apodo hizo que mi estúpido corazón diera un vuelco igual que en Miami.

El mensaje había llegado anoche, ya tarde, despertándome cuando debería haber estado profundamente dormida. Después de aquello, fue inútil intentar conciliar el sueño. No había parado de dar vueltas en la cama, con la mente rebotando entre hojas de cálculo de financiación, plazos de subvenciones y la exasperante satisfacción en las palabras de Gio Moretti.

Era el refugio lo que me mantenía desvelada. Su futuro. Solo eso. No él. Definitivamente no él.

Bloqueé la pantalla y metí el teléfono en el bolso como si me hubiera quemado, luego forcé un suspiro pausado cuando la puerta de Antonio se abrió con un clic.

—Francesca —me saludó Antonio con una sonrisa satisfecha—. Pase, por favor.

—Hola, señor Moretti —dije, poniéndome en pie y sintiendo ya que estaba metiendo la pata en algo. Era como si me hubieran llamado al despacho del director y no estuviera segura de por qué.

Su despacho olía ligeramente a cedro y libros antiguos. Una de las paredes estaba forrada de estanterías que albergaban lo que parecía una biblioteca de libros anteriores al siglo XX. Los ventanales de suelo a techo enmarcaban el horizonte como un cuadro, con las torres de cristal destellando bajo el sol de la mañana. Jugueteé con la correa de mi bolso al entrar, intentando no pensar en el mensaje que aún me quemaba en el bolsillo.

Torres es mío. Bastardo engreído.

Antonio se sentó tras su escritorio, moviéndose con esa clase de soltura refinada con la que nacen hombres como él. Me indicó una silla frente a él.

—Siéntese, por favor. Dígame, ¿cómo le trata la campaña?

Me hundí en el asiento de cuero, que soltó un ligero suspiro bajo mi peso.

—Bien, creo —dije con una risa que sonó más ligera de lo que me sentía—. Margaret Winters ha comprometido su voto, tal como usted esperaba. Pero..., eh..., creo que Gio tiene a Torres de su lado.

No sabía si mencionar al hijo de Antonio era una buena idea, pero los hechos eran los hechos.

Sus ojos se afilaron, interesados. —Eso era de esperar. Torres se centra en los negocios. No tiene importancia.

Asentí, esperando que Antonio tuviera razón.

—Sé que no puedo ofrecer nada tan llamativo como Gio, pero...

Antonio me interrumpió con un gesto de la mano. —No se infravalore. Si consigue a otro miembro del consejo de su lado, puedo garantizarle el voto de David Murphy.

Parpadeé. —¿Puede garantizarlo?

Juntó las yemas de sus dedos, siendo la viva imagen de la calma y la confianza. —David busca impulsar su carrera política. Irá hacia donde sople el viento.

Capté inmediatamente el subtexto. Puede que Antonio me estuviera apoyando ahora, pero no iba a votar a favor de mi propuesta hasta que le demostrara mi valía.

Era tan diferente de Gio, a pesar del parecido físico. Gio jugaba con números y ostentación. Antonio jugaba con susurros y contactos. ¿Y yo? Yo estaba atrapada intentando construir puentes con sentimientos.

Antonio se inclinó hacia adelante. —¿Le importa el refugio, verdad?

—Por supuesto —dije rápidamente. La idea de esos perros y gatos abandonados me oprimió el pecho, y apreté las palmas de las manos contra mis rodillas para no inquietarme.

—Bien. Porque también puedo ayudar con eso. Mi iniciativa de mejora de la ciudad tiene fondos reservados para proyectos comunitarios. Y tengo amigos a los que les encantaría donar a una organización benéfica. ¿Conseguir que la registren oficialmente? Considérelo hecho. Siempre que consiga los votos.

Solté el aire de golpe. —Antonio, yo... gracias. Significa más de lo que imagina.

Él sonrió, indulgente, como un hombre satisfecho con su propia generosidad. —Brooklyn necesita más gente como usted.

El calor me subió por el cuello. Los cumplidos de hombres poderosos siempre me hacían desconfiar, pero el halago surtió efecto. Alguien con tanta riqueza, con tantos contactos, creía en mi visión lo suficiente como para ayudarme. Claro, venía con estipulaciones y condiciones, pero eso era natural. No podía comprometer su apoyo a un refugio que aún no se había construido.

Me levanté cuando él lo hizo, alisándome el pantalón con las manos. —No desperdiciaré la fe que ha depositado en mí.

Mientras me acompañaba a la puerta, se detuvo, con la mano apoyada en la madera pulida. Su voz se volvió más suave, casi conspiradora. —Una cosa más, Francesca. Tenga cuidado con Giovanni.

Levanté la cabeza de golpe. —¿Por qué?

—Hay una razón por la que estamos distanciados. —Su boca se tensó, aunque sus ojos permanecieron fríos—. A mi hijo no le importa la lealtad. Solo le importa ganar.

Las palabras resonaron en mi cabeza mientras salía de nuevo al pasillo. Mi mano fue hacia el teléfono en mi bolsillo. El mensaje de Gio cruzó mi mente, tan afilado como la sonrisa que sabía que habría lucido al enviarlo.

Dos días no eran suficientes para conocer a alguien de verdad, pero antes de todo esto, no habría podido imaginar a Gio como el hombre desalmado que su padre describía. Y, sin embargo, se las había ingeniado para conseguir mi número solo para regodearse en mitad de la noche.

Tal vez Antonio tuviera razón. Pero maldita sea si una parte de mí no seguía sintiéndose atraída por un hombre del que debería estar huyendo.

Capítulo 15

Gio

Cuando llamé para concertar una cita con el siguiente miembro del consejo que tenía en el punto de mira, esperaba ir a su oficina o impresionarla con una velada de cortesía en uno de mis locales.

Pero la concejala Liu tenía otros planes. Podía reunirme con ella en Central Park durante su carrera del sábado por la mañana, o podía olvidarme del asunto. La elección fue pan comido.

Ya tenía a Torres en el bolsillo, con su voto asegurado, y ahora era el momento de aprovechar mi ventaja. Podía tener el tablero a mi favor antes de que Frankie se diera cuenta siquiera de que estaba jugando a las damas contra un gran maestro del ajedrez.

Central Park vibraba con la energía del sábado. Los corredores golpeaban el camino, los perros tiraban de las correas y el saxofón ocasional gemía en algún lugar cerca de la fuente. Divisé a Jennifer Liu, con su impecable coleta balanceándose a lo lejos, su ritmo constante y sus zapatillas de colores de neón destellando con cada zancada.

Me había vestido para la ocasión: pantalones de chándal ligeros, camiseta transpirable, todo el conjunto. Si Jennifer quería hablar de política mientras hacía sus kilómetros matutinos, yo le seguiría el paso.

Para lo que no estaba preparado era para Frankie.

Apareció en el camino como si la hubieran dejado caer allí solo para irritarme, con sus botas golpeando el asfalto en un flagrante desprecio por los corredores. Vaqueros, chaqueta, el pelo recogido de forma rápida y descuidada. No era precisamente el estilo atlético de Central Park. Y aun así, las cabezas se giraban a su paso. La mía incluida.

—No sabía que íbamos a convertir esto en un trabajo en grupo —dije, aflojando el paso para igualar su caminar pausado.

Su boca se curvó en esa media sonrisa exasperante. —¿Qué pasa, Gio? ¿Miedo a un poco de competencia?

—¿Competencia? —Le eché un vistazo de arriba abajo, dejando que mi mirada se detuviera deliberadamente en sus botas—. Parece que vas de camino a un brunch, no a una carrera.

Ella levantó la barbilla. —Algunos no necesitamos zapatillas carísimas para causar impresión.

—¿Impresión? —esbocé una sonrisa burlona—. Jennifer Liu es una atleta. Respeta la disciplina, la preparación, la concentración. Que te presentes en vaqueros no es precisamente... persuasivo.

Frankie se cruzó de brazos, imperturbable. —Qué curioso. La última vez que lo comprobé, los miembros del consejo no votaban por marcas de zapatillas. Votan por la integridad. Por quién se preocupa de verdad por la comunidad.

Se me tensó la mandíbula. Integridad. Hacía que sonara como si yo no supiera el significado de la palabra. Solo uno de nosotros es un ladrón aquí.

—Cuidado, Francesca —murmuré, inclinándome más para que solo ella pudiera oírme por encima del golpeteo del paso de los corredores—. Jennifer no necesita un discurso de caridad. Necesita a alguien que pueda demostrar resultados. Números. Impacto. Ese soy yo.

Sus ojos buscaron los míos, firmes, ilegibles. —O quizá necesite a alguien que crea de verdad en lo que dice.

Por un momento, el ruido del parque se convirtió en estática: el golpe de las zapatillas, el silbato lejano de un entrenador, el parloteo de los turistas. Solo veía a Francesca, desafiándome a contraatacar con más fuerza.

La coleta de Jennifer se balanceaba cada vez más cerca.

Frankie fue la primera en romper el contacto visual y se sacudió un polvo invisible de la manga. —Intenta no tropezar con tu propio ego mientras corres, Moretti.

Reprimí una carcajada mientras un calor se encendía en lo bajo de mi pecho. Que Dios me ayude, pero pelear con ella era casi tan divertido como ganar. Casi.

Jennifer Liu redujo el paso lo justo para vernos a los dos allí parados, y luego se quitó un auricular inalámbrico. —Si queréis venderme vuestra propuesta —dijo, respirando con regularidad a pesar de la carrera—, vais a tener que seguirme el ritmo.

Y así, sin más, volvió a lanzarse hacia delante, con la coleta azotando tras ella.

—No sabía que esta cita fuera doble —comenté mientras empezaba a correr, ajustando mi zancada a la suya. Frankie, con sus pesadas botas y su chaqueta, miró la figura de Jennifer alejándose, masculló algo entre dientes y luego arremetió hacia delante. Hay que reconocerle que no dudó. Corría como alguien que jamás retrocedería ante un desafío, aunque le costara la vida.

—He pensado que lo justo es escucharos a los dos al mismo tiempo —dijo Jennifer, entre jadeos constantes. Estaba en forma, pero seguirle el ritmo era fácil—. ¿No es un problema, verdad?

—Por supuesto que no —dije, desviando la mirada hacia Frankie. No era corredora, desde luego. Sonreí.

Jennifer miró de uno a otro. —Entonces, ¿quién empieza? ¿Qué proyectan para este espacio?

Abrí la boca, pero Frankie se me adelantó, y su voz se impuso al chasquido de nuestros pies contra el suelo.

—Ante todo —dijo ella, con la respiración ya algo entrecortada—, este proyecto no puede pisotear los valores de la comunidad. Eso incluye los derechos de los animales. Proporcionar un lugar seguro para los animales abandonados y callejeros es algo que le importa a la gente.

Jennifer asintió, aunque su expresión se mantuvo neutral. —Es importante, sí. Pero esos grupos no tienen la mayoría de los votos en esta ciudad.

Casi me río. Ventaja para mí.

—Entiendo la postura de Frankie —dije con fluidez—, pero la visión general es la sostenibilidad. Si apoya mi hotel, no será simplemente levantar otro edificio. Estamos implementando los últimos objetivos de certificación ecológica: el nivel platino. Integración solar, recogida de aguas pluviales, cubiertas vegetales. No solo cumplirá con los estándares ambientales, sino que los establecerá.

Eso captó la atención de Jennifer. Giró la cabeza, con la mirada aguda. —¿Platino?

—Nada menos —dije con un toque de suficiencia—. Supongo que conoce el trabajo de Dante Callahan.

—¿Quién no? —dijo ella, arqueando las cejas. Me arriesgué a mirar a Frankie. La forma torpe en que se mordió el labio me indicó que ella era de las que nunca habían oído hablar de Dante.

—Precisamente —dije, sintiendo ya el cosquilleo de la victoria en el pecho—. Dante es un viejo amigo. Haré que su empresa se encargue de toda la obra. Acabamos de terminar un proyecto en Lake Placid el año pasado, ha sido un éxito rotundo.

—Parece que de verdad le importa el medio ambiente —dijo Jennifer con un gesto de aprobación.

Frankie tropezó por un instante, su bota se enganchó en el borde del camino, pero se recuperó rápido, lanzándome una mirada fulminante como si fuera culpa mía. Luego apretó más, con la respiración ya sonora pero la voz firme.

—Reconvertiremos el almacén actual en lugar de derribarlo y desperdiciar materiales de construcción nuevos, por muy ecológicos que sean. Además, el terreno es lo bastante grande como para albergar algo más que el refugio —afirmó ella—. ¿Qué tal reservar un espacio verde comunitario? Un pequeño parque público dentro del recinto. Niños, familias, ancianos... la gente necesita un lugar donde reunirse. Mejora la calidad de vida, añade valor al desarrollo y demuestra que esto no se trata solo de dinero.

Jennifer frenó un poco, pensativa. —Un parque, mmm. Es interesante.

Frankie me lanzó una mirada que decía: *Tu turno*.

Entorné los ojos, con el pecho bombeando rítmicamente mientras llegábamos a una cuesta. Dios, era implacable. Incluso subiendo una colina con botas militares, seguía siendo capaz de asestar golpes.

Coronamos la cima, con los pulmones trabajando a fondo ahora; la zancada de Jennifer seguía siendo irritantemente uniforme. Nos miró a ambos, con los labios curvados lo justo para hacerme saber que estaba disfrutando del espectáculo.

—Estoy impresionada con ambas propuestas —dijo diplomáticamente, con voz serena a pesar del sudor en sus sienes—. Tengo que pensarlo.

—Por supuesto —dije.

Frankie estaba demasiado sofocada para responder de palabra. Se limitó a asentir.

—¿Sabéis que el consejo requiere una petición formal, en la que presentéis vuestros casos ante los cinco en las cámaras del consejo? —preguntó, pero no esperó respuesta—. Tomaré mi decisión después de eso.

Y con eso, aceleró el paso, más rápido que antes, desapareciendo tras un recodo del sendero como si se hubiera librado de nosotros a propósito.

Frankie fue la primera en aminorar. Respiraba en bocanadas ásperas, con las botas pesadas contra la tierra, hasta que se rindió y se dejó rezagar.

Aflojé el paso y finalmente me detuve, inspirando un aire que escocía un poco, pero ni de lejos tanto como a ella.

—Sabes —dije, secándome la nuca—, pensaba que alguien con un cuerpo como el tuyo estaría más en forma.

Soltó una carcajada seca e incrédula. —No tengo tiempo para trotar por senderos pintorescos cuando compagino tres trabajos y doy el biberón a cachorros huérfanos en mis noches libres. —Se dobló por la cintura, con las manos en las rodillas, y luego se enderezó, con las mejillas encendidas—. Tengo fuerza por luchar con perros todo el día, no por dar saltitos con zapatillas de running.

No pude evitarlo; la miré, la miré de verdad. Su pecho aún subía y bajaba rápidamente, el sudor humedecía los mechones sueltos de pelo en sus sienes. Había tenacidad en cada una de sus líneas. Y, maldita sea, me la creía.

—¿Luchas con perros? —pregunté, con una media sonrisa tirando de mi boca.

—Más grandes, más fieros y mucho más fuertes que tú. —Se irguió, limpiándose el sudor de la mejilla con el dorso de la mano—. Pero al menos ellos no me miran como si fuera el enemigo en cuanto cometo un error. —Durante un breve instante, algo vulnerable asomó a sus ojos. Luego se puso recta, desechándolo con un bufido —. Así que créeme, Gio, puedo contigo.

Sus palabras me golpearon como un directo, pero mi cerebro ya se estaba deslizando hacia otro lugar. Había visto esa misma vulnerabilidad en sus ojos antes.

Miami. El calor subiendo desde el agua, su piel resbaladiza contra la mía, sus uñas clavándose en mis hombros como si quisiera marcarme. También estaba sin aliento entonces, con los labios entreabiertos y el cuerpo arqueándose hacia mí como si no pudiera estar lo bastante cerca. Recordaba la sal en su clavícula, la forma en que le temblaban los muslos cuando la inmovilizaba, el sonido que emitía cuando bajaba mi boca.

Maldita sea. Al estar aquí ahora, con ella sudorosa y sofocada, resultaba demasiado fácil borrar las líneas entre el recuerdo y el presente, imaginar que volvíamos a esa cama de hotel donde la rivalidad no había importado un bledo.

—Sé que puedes —dije.

Mi mano se agitó a un costado, inútil contra el estallido de memoria muscular que quería alcanzarla. Su aroma, el brillo de su piel, esos malditos ojos verdes que albergaban tanta pasión... todo se me clavó bajo las costillas como una hoja.

Se acercó más sin pretenderlo y, por un latido imprudente, su brazo rozó el mío. El calor quemó el contacto, rápido y brutal. Ella no se inmutó. Yo tampoco. No fue nada, apenas un toque, pero mi cuerpo reaccionó como si lo fuera todo.

Esta era la mujer que había conocido en Miami, llena de sueños y esperanza. La oía en cada súplica apasionada que hacía sobre el refugio, la veía en el gesto de sus labios carnosos y en el fuego de su mirada. Ahí estaba ella. Dos días con ella no habían sido suficientes, ni de lejos.

Sus ojos buscaron los míos, agudos pero... no del todo hostiles. El aire se tensó. Demasiado.

¿Qué diablos impulsa a alguien que parece tan honrado a robarme?

Me aclaré la garganta y di un paso atrás, recuperando mi máscara de naturalidad. —Bueno. Para que conste, te has defendido bien.

Ella levantó la barbilla. —Ya lo creo que sí.

—Eres una oponente digna —dije, llevándome los dedos a la muñeca izquierda por hábito. El dinero podría perdonárselo. Pero el reloj...—. Va a ser divertido ganarte.

—Seguimos en tablas —señaló.

—Los empates como este rara vez duran mucho —le dediqué una media sonrisa arrogante, y *ahí* estaba: sus ojos entrecerrándose, sus puños apretándose. Era tan divertido provocarla—. Nos vemos en las cámaras del consejo, Pelirroja.

Me di la vuelta y me marché, con la sonrisa ensanchándose al oír su bufido de frustración.

Capítulo 16

Frankie

Fui directa al refugio al que había llevado a Asher después de salir de Central Park, con la sangre todavía bombeando y no solo por la carrera. Tenía la cabeza hecha un lío por culpa de Gio, de todas las personas posibles.

El arrogante e imposible Gio, con su sonrisa de suficiencia y esa clase de confianza que te daban ganas de pegarle un puñetazo solo para ver si se inmutaba. Ni siquiera me había tocado y aun así podía sentirlo bajo mi piel, el fantasma de su boca contra mi garganta como si hubiera sido anoche en lugar de hace años.

Odiaba que mi cuerpo recordara lo que mi orgullo quería olvidar.

El refugio olía a lejía y a pelaje mojado, pero eso no era nada comparado con el sonido. Ladridos agudos resonaban en las paredes de bloques de hormigón, agudos gañidos provenientes de la sala de los cachorros y los lamentos bajos y guturales de los perros más viejos que sabían que era mejor no malgastar sus energías.

Me dirigí al mostrador de recepción, forzando una sonrisa para la voluntaria del polo de talla grande. —Hola. Dejé aquí a un cruce de collie hace un par de semanas. Es grandote, se llama Asher. Quería ver cómo está.

La mujer, en edad universitaria, con una coleta morena y los ojos brillantes de una forma que solo la juventud puede otorgar, consultó el ordenador. —Asher, veamos... sí, todavía está aquí. Perrera doce.

Sentí un pinchazo en el pecho. —¿Ha habido algún interesado?

No sabía qué tenía Asher que me llegaba al corazón. Había dejado a montones de perros en el refugio, teniendo que acorazar mi corazón con cada uno de ellos, pero me había entrenado para dejarlos ir y confiar en que encontrarían el hogar adecuado sin torturarme haciendo un seguimiento. Simplemente no podía sacar a Asher de mi cabeza ni de mi corazón.

—Es muy dulce, pero... la mayoría de la gente quiere cachorros. Los perros más pequeños salen rápido. Los adultos, especialmente los grandes como él, tardan más. —Hizo una mueca. Ambas sabíamos exactamente lo que eso significaba.

Necesito esos permisos. Necesito ser capaz de salvarlo.

En menos de seis meses, si no había encontrado una familia, lo sacrificarían para dejar espacio a otro perro no deseado que se enfrentara al mismo destino. No podía permitir que eso ocurriera.

Apoyé la mano en el mostrador para estabilizarme. —¿Puedo verlo?

—Por supuesto. —Cogió un juego de llaves que tintineaba y me guio por un pasillo estrecho, mientras el sonido de las garras correteando contra el cemento aumentaba a nuestro alrededor.

Los perros saltaban contra las vallas a nuestro paso, moviendo la cola furiosamente, con ojos suplicantes. Demasiadas perreras, demasiados cuerpos. El refugio estaba a punto de estallar y se notaba en la forma en que amontonaban a los perros de dos en dos, en la forma en que el aire parecía vibrar de necesidad.

Nos detuvimos frente a la perrera doce.

Asher estaba allí, acurrucado en la esquina, con el pelo un poco más apagado de lo que recordaba. Sin embargo, aguzó las orejas al verme y se levantó de un salto, presionando todo su peso contra los barrotes.

—Hola, peque. —Se me quebró la voz al decir las palabras. Me agaché, dejando que me lamiera a través del metal—. ¿Sigues aquí, eh?

La voluntaria sonrió con tristeza. —Se anima cuando te ve. Es buena señal.

—Ya —me dolió la garganta—. Pero no es señal suficiente, ¿verdad?

No respondió. No hacía falta.

—¿Quieres que lo saque para que puedas jugar un rato con él? —preguntó amablemente.

—Sería estupendo —respondí, asintiendo.

Abrió la puerta de su jaula y Asher saltó hacia mí, casi derribándome. Me senté en el suelo y él se subió a mi regazo, apoyando la cabeza en mi muslo con un suspiro de alivio.

—Limpiaré su jaula mientras está fuera —dijo la voluntaria, antes de caminar hacia la habitación trasera para coger lo que necesitaba.

Me quedé allí sentada un rato, acariciando el lomo de Asher, mientras mi cerebro daba vueltas al mismo problema como un perro que se persigue la cola. Si Jennifer no me elegía a mí, si se decantaba por el impecable plan multimillonario de Gio, Antonio no tendría ninguna influencia sobre David Murphy. Y sin el voto de David Murphy, el cambio de zonificación no se aprobaría. Y sin eso...

Todo por lo que había trabajado se esfumaría.

Cerré los ojos y apoyé la mejilla contra la cabeza de Asher. Por un segundo, lo único que vi fue a Gio corriendo por delante en el sendero hacía un rato, con sus piernas largas devorando la distancia, su camiseta pegada en todos los sitios adecuados. Ni siquiera le faltaba el aire. Solo estaba engreído. Maldito sea.

Torcí el gesto. —Encima, el muy desgraciado tiene que estar guapo mientras me dan ganas de ponerle la zancadilla.

La voluntaria regresó en ese preciso momento y me lanzó una mirada de desconcierto. —¿Perdona?

—Nada —mascullé. Las mejillas me ardían.

La atracción no estaba en la lista de tareas pendientes. Ganarme a Jennifer sí lo estaba. Salvar a Asher también. Asegurarme de que todo este trabajo no se desmoronara bajo el peso de la zancada perfecta y la sonrisa irritante de Gio Moretti, por supuesto.

Pero que se lo digan a mi estúpido corazón.

Gio

Después de salir de Central Park, pasé por mi ático para ducharme antes de subirme a mi jet privado rumbo a Nueva Orleans. La fiesta de bebé de Theo y Aster no era un evento que pensara perderme, aunque hubiera tenido que meter con calzador la reunión con Jennifer Liu.

Ahora, volando sobre las nubes con un vaso de escocés en la mano, debería haber estado centrado en la estrategia, en reforzar mi control donde más importaba. En cambio, cada pensamiento volvía a Frankie.

Esa boca que no podía dejar de echar chispas contra mí. Ese cuerpo, encendido y desafiante, retándome a presionarla más. Creía que podía conmigo; demonios, puede que incluso se lo creyera. Y que Dios me ayude, porque quería ponerla a prueba. Despojarla de esa armadura pieza a pieza hasta que no quedara nada entre nosotros más que el calor que ya había catado una vez.

Me había robado, me había mentido y, aun así, la sangre me hervía con más fuerza cada vez que me plantaba cara con esos penetrantes ojos verdes. Debería haberla descartado por ser un lastre. En lugar de eso, no dejaba de repetirme el recuerdo de ella presionada bajo mi cuerpo, el sonido que hizo cuando la tuve suplicando sin palabras. Un sonido que me encantaría volver a arrancarle.

Sacudí la cabeza. Debería haberme follado a aquella mujer en el bar, para calmar los ánimos. Hacía unas semanas que no estaba con nadie. Concentrarme en poner en marcha este hotel había hecho mella en mi calendario social.

La fiesta de bebé estaba en pleno apogeo cuando aterricé en Nueva Orleans y entré en casa de Theo. El lugar olía a buñuelos y azúcar glass, con las risas rebotando en las paredes. Saludé a los invitados, un apretón de manos para Dante y un abrazo para su esposa, Josie. Silas recibió un asentimiento y Griffin un medio abrazo.

Aster estaba cerca de la cocina, con una mano en el vientre, radiante de esa forma que solo las futuras madres consiguen. Theo merodeaba cerca, con el aspecto de ese bastardo sobreprotector que todos sabíamos que era.

—¡Gio! —Theo me dio una palmada en el hombro, sonriendo—. Lo has logrado.

—No me lo perdería por nada. —Le entregué la caja envuelta que había comprado meses atrás, en cuanto me enteré del embarazo de Aster. La abrió allí mismo. Dentro había un delicado sonajero de plata de Tiffany's, grabado con las iniciales de su bebé; el tipo de cosa que nunca vería el interior de un parque infantil, sino que se quedaría en un estante durante años, más como una reliquia que como un juguete. Cuando lo compré, Frankie aún no había vuelto a mi vida, pero me acordé de ella al ver un anillo de rubí. El color rojo solía hacerme pensar en ella.

Sí, porque ella era como un capote rojo para un toro conmigo.

Debajo estaba escondida una primera edición de *El Principito*, encuadernada en cuero, con la dedicatoria de mi puño y letra: *Para el niño que crecerá sabiendo que fue deseado, fervientemente y desde el principio.*

Josie, que estaba de pie con un vaso de agua con gas, se llevó una mano al pecho. —Dios, Gio, vas a hacerme llorar.

—Tenías que ser tú el que le regalara al niño algo que ninguno de nosotros pueda superar —masculló Dante, aunque la comisura de su boca se movió como si estuviera intentando no sonreír.

Sonreí con suficiencia. —¿Qué pasa? ¿Vosotros habéis sido prácticos? ¿Pañales y calienta biberones?

Josie le dio un manotazo en el brazo a su marido. —Le hemos abierto un fondo fiduciario entero, para que te enteres.

—Típico de Dante —dije con sorna—. Nunca sentimental, siempre transaccional.

—Alguien tiene que mantener el equilibrio en este grupo —replicó Dante.

Por supuesto, todos sabíamos que Dante se había ablandado desde que estaba con Josie y tenía hijos. Pero a los que conocíamos a Dante desde la universidad nos gustaba mantener el mito.

Theo volvió a acercarse, bajando la voz. —¿Alguna vez piensas en ello, Gio? ¿En sentar la cabeza? ¿En todo esto? —Señaló a Aster, al montón de regalos para el bebé que había detrás de ella.

Sopesé la pregunta, aunque mi reflejo era decir que no.

Hubo un tiempo, cuando era joven y todavía lo bastante estúpido para creer en los cuentos de hadas, en el que pensaba que quería esto. Una esposa. Hijos. Una casa llena de ruido y caos. Solía imaginármelo con ese tipo de certeza ingenua, como si fuera algo seguro, parte de la hoja de ruta de la vida. Pero eso fue antes de ver cómo era realmente un matrimonio.

Mi madre, sonriendo para las cámaras mientras la mano de mi padre descansaba sobre su hombro, pesada como un grillete. Era la viva imagen de la esposa de un político, perfectamente silenciosa, perfectamente anulada. Vi cómo él iba mermando su espíritu hasta que a la mujer que una vez me cantaba para que me durmiera apenas le quedaba voz. Ella había intentado protegerme del juicio y la rabia de mi padre, pero él también se lo había extirpado a golpes.

¿Por qué no pudo simplemente haberme escuchado?

Le había suplicado que lo dejara y me había ganado un puñetazo traicionero de mi padre en el proceso. Todavía recordaba lo que se sentía al mirar su expresión llena de rabia, con la sangre nublándome la vista mientras me corría por la cara.

La había odiado por quedarse. Me odié más a mí mismo por dejarla cuando cumplí los dieciocho, cuando me alejé del imperio familiar y del asfixiante legado que me esperaba. Me dije que era pura supervivencia, que estaba forjando algo propio, pero sabía la verdad. La abandoné porque no podía verla desvanecerse hasta convertirse en nada.

La única otra vez que me permití imaginar un futuro como este, lo que tenían Theo y Aster, fue con Frankie. Por un momento imprudente, pensé que tal vez ella podría ser la excepción. Había sido joven y pensaba con la polla. Esa fantasía duró cuarenta y ocho horas y me costó el reloj de mi abuelo.

Dante y Theo habían tenido suerte, pero dudaba que el rayo cayera una tercera vez. Y no iba a dejarme arrastrar por una fantasía cuando el amor solo había significado dolor y control para mí.

—¿Gio? —insistió Theo.

Me saqué de la espiral y forcé una sonrisa. —¿Yo? ¿De verdad puedes verme recorriendo el pasillo a las tres de la mañana con un bebé al hombro?

Theo me estudió, con ojos agudos como si pudiera ver todos los fantasmas que había detrás de la broma. Sabía lo suficiente como para adivinarlo. —Cosas más raras se han visto.

—No es mi estilo —dije finalmente, levantando mi vaso—. Yo construyo imperios. Deja que otros hombres construyan guarderías.

Theo me miró como si no se creyera ni una palabra, pero no insistió.

Más tarde, encontré a Silas apoyado en la barandilla del porche trasero, dando un sorbo a un vaso de whisky. Griffin estaba dentro, flirteando con una de las amigas de Aster, con su risa cortando el ruido.

Silas me saludó con el vaso. —Así que, Moretti. ¿Cómo va la construcción del imperio? Lo último que supe es que estabas intentando someter a la ciudad.

Me apoyé junto a él, aflojándome la corbata. —Torres está de mi parte. Eso ya está cerrado. Jennifer Liu todavía está sopesando sus opciones, y esa es la incógnita. Frankie me ha estado siguiendo los pasos como una maldita sombra.

Silas enarcó una ceja. —¿Frankie?

—Francesca —corregí.

—¿Y te tragas todo eso del «borrón y cuenta nueva»? ¿Crees que va en serio? —preguntó—.

—Sería una estafa muy rara. —Me encogí de hombros. La verdad era que cada vez que estaba cerca de Frankie, me sentía igual que la primera vez que nos conocimos. Que era especial, que podía confiar en ella. Mi instinto nunca me había fallado tanto. Por eso no podía quitarme de la cabeza la idea de que había algo más en su historia.

—Todavía no entiendo por qué nunca la denunciaste —dijo, encogiéndose de hombros. Silas era un tipo duro. Pero tenía que serlo. Perdió a sus dos padres cuando era adolescente y se había quedado completamente solo, sin más familia. Por muy disfuncional que fuera la mía, al menos yo no había tenido que pasar por eso.

—No valía la pena el lío ni la mala prensa —dije, porque era más fácil que explicar que no quería hacerle eso a Frankie, incluso después de que me robara.

—¿De verdad está dando tanta guerra? Pensé que ya tendrías los permisos en el bolsillo —dijo, antes de dar otro sorbo a su bebida.

—Ya. —Me reí entre dientes—. Diez años después y todavía sabe cómo estropearme los planes.

—¿Estropearlos, eh? —Su boca se curvó—. Pareces más divertido que cabreado.

Pensé en su cara encendida por la carrera, en ese fuego obstinado de sus ojos cuando le presentó su idea a Jennifer. Pensé en lo condenadamente bien que se veía incluso cuando le faltaba el aire.

—Es un grano en el culo —dije tajante—. Pero es persistente. Eso se lo concedo.

Silas soltó una carcajada. —Parece que disfrutas de la pelea.

—Ya me conoces. —Ladeé la cabeza—. Ganar no tiene gracia si es fácil.

Pero tal vez lo estaba disfrutando un poco más de la cuenta.

Capítulo 17

Frankie

La semana siguiente, justo cuando estaba terminando mi turno en mi trabajo diurno, el móvil vibró sobre el escritorio. El nombre de Antonio iluminó la pantalla.

No había hablado con él desde mi reunión con la concejala Liu. Si llamaba con la esperanza de oír que había conseguido otro voto, se llevaría una decepción. Respondí a la llamada.

—Francesca —dijo él, tan sibilino como siempre, como si fuera una simple llamada informal para ver cómo iba todo—. He estado pensando en ti y en el refugio. Has hecho todo el trabajo preliminar, pero lo que necesitas ahora es impulso. Visibilidad. Quiero ayudarte a conseguirlo.

No era en absoluto lo que me esperaba.

Enrosqué el cordón de mi sudadera en el dedo. —¿Cómo que visibilidad?

—Una rueda de prensa. Tú y yo, juntos. Respaldaré tu organización benéfica, anunciaré mi apoyo públicamente. Y entre bastidores, ya he hablado con amigos que están dispuestos a invertir. Ellos pondrán el dinero, yo me encargaré de la logística. Tú tendrás libertad para centrarte en lo que más importa.

Aquellas palabras deberían haberme tranquilizado, pero se me encogió el estómago. Su apoyo era más de lo que me había atrevido a soñar jamás, pero exponerme a un foco tan brillante hizo que se me disparara el pulso.

Yo no estaba hecha para estas cosas. Yo era la obrera, la que hacía el trabajo. No tenía experiencia hablando con la prensa ni siendo ningún tipo de autoridad. La gente como Antonio y Gio estaba hecha para eso. Habían nacido para ello. Yo era hija de un mecánico y una asistenta. Nosotros nos quedábamos en segundo plano.

—¿Una rueda de prensa? —pregunté con cautela—. Antonio, no sé si soy la cara adecuada para...

—Eres exactamente la cara adecuada —me interrumpió, con voz tranquila pero firme—. La comunidad necesita ver quién impulsa esto. Necesitan a alguien en quien confiar. Y una vez que lo vean, el resto vendrá rodado.

Vacilé y luego hice la pregunta que me corroía desde mi último encuentro con él. —¿Significa esto que votará a favor de los permisos? No pude conseguir el voto de Jennifer.

La ansiedad me produjo un hormigueo en la piel.

Hubo una pausa y luego el sonido de su exhalación profunda. —Jennifer aún no se ha comprometido, pero creo que cederá. Especialmente cuando vea cuánto apoyo público estás cosechando. Y David Murphy... él seguirá la corriente si la comunidad hace suficiente ruido. Esta rueda de prensa inclinará la balanza a tu favor. Si haces esto, me demostrarás lo comprometida que estás de verdad. Yo no apuesto por perdedores, Francesca.

Me mordí el labio, dividida entre los nervios y un repentino destello de esperanza. La reunión con Jennifer había sido una decepción; su sonrisa era educada pero su respuesta evasiva. Necesitaba una victoria. Y Antonio me estaba entregando una, envuelta en una confianza que yo no terminaba de compartir. Pero si aceptaba, el refugio tendría una oportunidad real.

—De acuerdo —dije finalmente, con la voz más suave de lo que pretendía—. Si es lo que hace falta... lo haré.

—Buena elección —dijo él con aprobación—. Haré que un coche te recoja mañana por la mañana. La rueda de prensa empieza a las once.

A la mañana siguiente, el elegante coche oficial negro esperaba al ralentí junto a la acera, frente a mi apartamento, con las lunas tintadas tragándose la luz matinal. Me quedé en el portal un instante más, con las palmas de las manos húmedas a pesar del aire fresco.

No se suponía que esto fuera una pelea ante cámaras y micrófonos; se suponía que era un trabajo silencioso y constante con animales a los que no les importaba si te trababas al hablar. Pero la voz de Antonio aún resonaba en mi cabeza: *Yo no apuesto por perdedores, Francesca.*

El chófer bajó, un hombre alto de traje oscuro que abrió la puerta con un gesto que pareció más una orden que una invitación. Me deslicé en el interior, con el cuero de los asientos frío contra mi piel, y entrelacé las manos para detener el repiqueteo inquieto de mis dedos.

El trayecto transcurrió en silencio, salvo por el zumbido del motor. Vi pasar la ciudad borrosa; las fachadas de ladrillo daban paso a torres de cristal y los peatones se convertían en figuras anónimas. A cada manzana que avanzábamos, se me oprimía más el pecho y mi respiración se volvía más superficial. Intenté imaginar el objetivo final: el refugio erigido con orgullo, las perreras llenas pero de forma temporal, perros y gatos encontrando hogares de verdad. Un lugar que yo habría construido, ladrillo a ladrillo.

Pero la implicación de Antonio, la de cualquiera, no había formado parte del plan. Había previsto una batalla cuesta arriba para conseguir financiación, pero ahora me la estaban entregando en bandeja de plata. Y no sabía si eso me hacía sentir agradecida o inquieta.

Cuando el coche finalmente se detuvo frente al ayuntamiento, el grupo de cámaras ya estaba esperando. Me alisé con manos temblorosas la blusa de seda de color púrpura oscuro que María me había regalado por mi cumpleaños, me armé de valor y salí a la luz de los focos.

Incluso con mi ropa más formal, me sentía lamentablemente mal vestida. La asistente de Antonio se acercó como si me estuviera esperando.

—El señor Moretti está por aquí —dijo, llevándome detrás del podio provisional a una sección acotada donde Antonio me aguardaba. Escribió algo en su móvil y lo guardó antes de alzar la vista.

—Francesca —me saludó con un asentimiento de aprobación—. ¿Vamos?

Señaló los escalones que llevaban al podio. Abrí los ojos de par en par. Ni siquiera iba a tener tiempo para respirar antes de enfrentarme a las cámaras. Pero no es que tuviera mucha opción.

—Por supuesto, señor Moretti —dije, tragándome la creciente náusea de la ansiedad.

—Por favor, creo que ya puedes llamarme Antonio, ahora que vamos a ser socios en cierto modo —dijo—. Tengo grandes planes para ti, Francesca Hayes.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Esto se me estaba yendo de las manos por completo. Pero ya no podía echarme atrás; los perros y los gatos de esta ciudad dependían de mí.

—Gracias... Antonio —dije. ¿Habría sido esto lo que causó la ruptura entre Gio y sus padres? Antonio era como una apisonadora que imponía su voluntad con una fuerza innegable. No me imaginaba a Gio llevándolo bien. Él también tenía su propio punto de terquedad.

Simplemente estaba agradecida de que Antonio hubiera elegido trabajar conmigo en lugar de contra mí. Odiaría tenerlo como adversario.

Me puse al lado de Antonio y él apoyó la mano suavemente en la parte baja de mi espalda, guiándome por los escalones hacia el podio como si aquel fuera mi lugar. Los flashes de las cámaras saltaron y se me cayó el alma a los pies. No estaba hecha para esto. Los trajes impecables, los micrófonos relucientes, los reporteros a empujones por un sitio... nada de esto era mi mundo. Mi lugar estaba suturando animales abandonados, poniendo vacunas a gatos ansiosos, engatusando a un perro asustado para que saliera de debajo de una camilla. Nunca debí estar bajo los focos.

—Estás nerviosa —murmuró Antonio, inclinándose más cerca, con una sonrisa de foto para la prensa—. No lo estés. No tienes que decir ni una palabra. Deja que yo me encargue.

Asentí, intentando ignorar que tenía las palmas de las manos húmedas aunque no fuera yo quien iba a hablar. La tentación de salir corriendo hacia el coche oficial me tiraba con fuerza, pero Antonio ya nos estaba haciendo avanzar, rebosante de carisma y control.

Cuando nos colocamos ante los micrófonos, el murmullo de la multitud se calmó. Antonio levantó una mano a modo de saludo, con una sonrisa deslumbrante. Parecía haber nacido bajo un foco, como si aquel fuera su hábitat natural.

—Buenas tardes —comenzó, con voz fluida y segura—. Hoy me enorgullece prometer mi apoyo a una causa digna y cercana a mi corazón y, lo sé, al de muchos de ustedes también.

—A través de la iniciativa benéfica de la ciudad que fundé cuando asumí el cargo, me entusiasma anunciar los planes para la creación de un nuevo refugio de animales. Esto no va de política. Va de invertir en los más vulnerables de nuestra comunidad: aquellos que no tienen voz propia.

La multitud se inclinó hacia delante, absorbiendo cada sílaba. Hizo un gesto hacia mí y sentí el calor de decenas de ojos clavándose en mí. Me puse rígida, sonriendo con torpeza, deseando poder fundirme con el decorado.

—Esta mujer que está a mi lado —continuó Antonio— es un baluarte incansable por los animales olvidados de nuestra ciudad. No pide reconocimiento, no busca aplausos; simplemente se presenta cada día con compasión y determinación. Francesca Hayes y su refugio encarnan el tipo de fuerza y corazón que hace que esta comunidad se sienta orgullosa.

Estallaron los aplausos. Los reporteros escribían frenéticamente. Se me cerró la garganta y el pecho me dio un vuelco con una mezcla de orgullo y pánico. Me hacía sonar como una santa, cuando yo siempre me había sentido manchada por malas decisiones y por errores de los que nunca había podido escapar del todo.

Aplaudí débilmente con las mejillas ardiendo. No me aplaudían a mí, no realmente. Aplaudían por los perros y gatos sin hogar, por la gente que ofrecía horas de voluntariado que no tenía, por cada vida salvada por alguien más valiente y mejor que yo.

Antonio se empapó de los aplausos como si fueran luz solar, rozándome el codo con la mano como para sostenerme. Se inclinó lo suficiente para que solo yo pudiera oírle: —¿Ves? Ya te quieren.

Pero yo no sentía eso. Los elogios del público resbalaban sobre mí sin llegar a calar. El pecho me dolía por la culpa, un peso familiar que me oprimía. No conocían a la chica que yo solía ser. La que huyó con el dinero de Gio en el bolsillo. Si lo supieran, no aplaudirían. No vitorearían.

Sonreí a las cámaras de todos modos. Por el refugio, no por mí.

Gio

Estaba sentado en mi despacho con Silas frente a mí. Me eché hacia atrás mientras él hablaba de las últimas fluctuaciones del mercado de valores, asesorándome sobre mi cartera actual.

—Las empresas de baterías de litio son una buena inversión hoy en día, pero las minas lo son aún más —dijo Silas.

Mi móvil vibró con un mensaje y le eché un vistazo por si era algo importante.

Antonio: Quizá quieras poner las noticias.

Se me encogió el estómago. Era el primer contacto que tenía con mi padre en años. La última vez fue cuando fue elegido concejal de la ciudad. Jactándose y haciéndome sentir culpable de un solo golpe. Fuese lo que fuese lo que tramara, no era bueno.

—¿Gio? —preguntó Silas. Había estado diciendo algo antes de que me distrajera. No tenía ni idea de qué.

—Lo siento, tengo que comprobar una cosa —dije, dejando el móvil sobre el escritorio.

Abrí el portátil y elegí una de las cadenas de noticias más importantes, buscando una emisión en directo. Fue fácil de encontrar.

—El concejal Antonio Moretti anuncia una nueva iniciativa animal—.

Apreté los dientes mientras subía el volumen. El teletipo de noticias se desplazaba por la parte inferior de la pantalla mientras una señal en directo mostraba a Antonio en el podio, con el brazo por encima de la espalda de Frankie como si fuera su trofeo.

Se me oprimió el pecho al verla junto a mi padre mientras este daba un discurso sutilmente egocéntrico. Ella sonreía, de forma tenue e insegura. Quería apartarla de él, advertirle de que se estaba metiendo en la cama con el mismísimo demonio. No porque tuviera más posibilidades de ganar con Antonio Moretti a su lado, sino por el precio que aquello le iba a costar.

No debería importarme. Era mi competidora. Un estorbo. Una ladrona de mi pasado. Y aun así...

—Tramas algo —murmuré, entornando los ojos hacia la pantalla. Silas rodeó mi escritorio y miró la pantalla, alzando una ceja.

—Quizá simplemente le guste su causa más que la tuya —sugirió Silas con indiferencia, aunque la sonrisa que asomaba a sus labios decía que sabía que me estaba picando.

Resoplé. —Mi padre no hace nada si no le saca tajada.

Silas se echó hacia atrás con las manos detrás de la cabeza, haciendo crujir su espalda. —Bueno, si tiene un plan, le está funcionando. Mírala... Frankie Hayes, robando el protagonismo. Tu vieja chispa de Miami está cogiendo impulso.

—Ni siquiera me dejó tener un perro cuando era pequeño —hice un ruido de frustración—. Decía que eran demasiado sucios.

Rechiné los dientes. Mi prioridad debería ser pensar en cómo poner a los demás miembros del consejo de mi lado antes de que mi padre los tuviera a todos comiendo de su mano. Pero no podía quitarme de encima la preocupación *por ella.*

Porque allí arriba, en el podio con mi padre, no parecía la mujer que se interponía en el proyecto de mi hotel. No parecía una ladrona que se había llevado una reliquia familiar después de pasarse el fin de semana follándome. Parecía la mujer que yo había tenido en mi cama, la forma en que se acurrucaba a mi lado por la mañana, con los ojos llenos de inquietud mientras decía que ojalá pudiéramos quedarnos así para siempre.

No le había preguntado por qué. Me limité a besarla y a sumergirme bajo las sábanas para otro asalto que terminó con ella gritando mi nombre. Quizá si hubiéramos hablado más, sabría por qué me robó.

—¿Tienes alguna posibilidad ahora que tu padre ha tomado partido? —preguntó Silas, devolviéndome al presente. La rueda de prensa había terminado y la cobertura informativa pasó al tiempo. Pronosticaban lluvia.

—El juego aún no ha terminado —dije, sacudiendo la cabeza como si pudiera expulsar a Frankie de mi mente. No era mi responsabilidad preocuparme por ella. Tenía que mantener la mirada en el objetivo. El hotel era lo que importaba. No iba a permitir que mi padre me venciera.

—Ya, pero se ha puesto mucho más difícil —dijo Silas, cruzándose de brazos.

—O sea que ella tiene dos votos en el bote y yo tengo uno asegurado. Aún quedan otros dos por los que luchar —murmuré. Aunque ya había presentado mi propuesta a Jennifer Liu junto a Frankie, seguía sin saber por qué bando se inclinaría.

Silas se rió entre dientes. —Estás preocupado, admítelo.

—¿Preocupado? —le espeté—. No. Estoy... recalibrando mi estrategia.

Sí, era eso. Recalibrar. No obsesionarme con la forma en que parecía un ciervo deslumbrado por los faros en aquel podio, con sus preciosos ojos color esmeralda muy abiertos, ni por la forma en que se me revolvieron las tripas cuando la mano de mi padre se detuvo en su espalda. En absoluto.

—Mañana presentaremos nuestros casos ante los miembros del consejo —le dije—. Una ofensiva de carisma y un plan de negocio sólido es todo lo que necesito.

—Claro —dijo él con escepticismo, volviendo a su lado del escritorio.

Retrocedí unos minutos en la emisión en directo, pausando la imagen cuando la cámara enfocaba el rostro de Frankie al concluir la rueda de prensa.

Frankie Hayes estaba en las garras de mi padre y, por primera vez desde que esto empezó, no estaba del todo seguro de que fuera a ganar.

Capítulo 18

Frankie

Horas después de la rueda de prensa, todavía tenía los nervios a flor de piel mientras entraba en el restaurante para reunirme con mi hermano. Jake y yo no nos habíamos visto en meses, para mi propia vergüenza. Entre el trabajo, los intentos de poner en marcha el refugio y más trabajo, los días se me habían escapado sin darme cuenta. Me había hecho mucha ilusión que me contactara para ir a cenar.

—Hola —dije, encontrándolo al fondo del restaurante.

—Hola a ti también —respondió él con una media sonrisa.

Los cojines del reservado chirriaron cuando me deslicé para sentarme frente a él. Había suficiente ruido en el local como para

que nuestra conversación se difuminara con el murmullo de fondo, el tintineo de los cubiertos y las jugadas destacadas de deportes que parpadeaban en un televisor colgado. El aire estaba cargado con el olor a cebolla frita y filete a la brasa. No era exactamente alta cocina, pero era el tipo de sitio al que papá y mamá nos habrían llevado a Jake y a mí cuando éramos niños. La nostalgia resultaba reconfortante.

Le observé al otro lado de la mesa mientras repasaba el menú. Tenía el pelo más largo de lo que recordaba, rozándole el cuello, y tenía ojeras, pero su piel estaba limpia y sus movimientos eran seguros. Tenía buen aspecto. Sano. Y eso era algo que nunca daba por sentado.

—¿Y bien? —Me incliné hacia delante, con los codos sobre la mesa —. ¿A qué se debe esto? Has sido tú el que me ha llamado, lo que significa que pasa algo.

Jake dejó el menú y cruzó las manos sobre él. —Es el aniversario.

Se me encogió el pecho. —Del fallecimiento de papá.

Recordaba con total claridad la llamada de mamá. Yo estaba en la facultad de veterinaria, a punto de ayudar en el parto de una camada de cachorros. Salí de allí disparada y conduje más de cinco horas para llegar a casa, en Rochester, y estar con mamá y Jake. Nos preocupaba mucho que Jake recayera. Por aquel entonces solo llevaba algo más de un año limpio, y papá era su héroe. Pero logramos que Jake superara aquel momento tan duro.

Me dedicó un leve asentimiento, y la culpa me golpeó como un tsunami. —Oh, Jake. Dios. Se me ha olvidado. He estado tan absorta

en el trabajo, el refugio y los permisos del ayuntamiento y... —Me mordí el labio con fuerza, sintiendo el calor del bochorno—. He perdido la noción de la fecha.

Él le quitó importancia con un encogimiento de hombros y una sonrisa que no le llegaba a los ojos. —No pasa nada. De verdad. Solo pensé... que tal vez deberíamos conmemorarlo de alguna forma. Cenar juntos. A mamá y a papá les habría gustado.

La mención de ambos hizo que se me cerrara la garganta. —Les habría gustado —susurré.

Habíamos perdido demasiado en muy poco tiempo.

Durante unos instantes, dejamos que el silencio se asentara entre nosotros, pesado pero no insoportable, como si ambos necesitáramos ese peso para recordar lo que de verdad importaba.

Jake fue el primero en romperlo. —Sabes, todavía pienso en ello a veces. En cuánto estrés le causé a papá. Las noches en vela, las llamadas de la policía, mamá llorando en el porche. Me pregunto si todo aquello hizo que su corazón fallara antes de lo debido.

Alargué la mano por encima de la mesa y le di un cachete suave, lo justo para sacarlo de ahí. —No. No te hagas eso. Su dolencia cardíaca estaba ahí mucho antes de que tú te tomaras la primera cerveza, Jake. Estabas enfermo. Y te recuperaste. Eso es lo que importa.

Al final había sido algo más que alcohol. Ninguno de nosotros se dio cuenta de lo grave que era la situación hasta lo de Miami. Yo no

sabía que Jake consumía coca, ni que mis supuestos amigos de la universidad le ayudaban a conseguirla.

Me dedicó una pequeña sonrisa torcida, pero la culpa seguía nublando su mirada. Ya éramos dos.

—Y bien —dijo, cambiando de tema—. ¿Cómo va la cruzada? Te he visto en las noticias. Por cierto, te veías muy seria.

Solté una risa corta, poniendo los ojos en blanco. —Lo que estaba era de los nervios. No esperaba tener que hacer campaña para conseguir votos en el ayuntamiento cuando me metí en esto. Dos de los concejales me han dado su apoyo, pero una de ellas, Jennifer Liu, no se ha comprometido, así que todavía me faltan votos. Puede que la rueda de prensa con Antonio haya convencido a algunos. Mañana tengo una reunión en el pleno municipal para presentar mi caso, así que crucemos los dedos.

—Eres incansable —su voz denotaba tanto admiración como resignación—. Mamá y papá estarían orgullosos.

Se me encogió el corazón. Esperaba que fuera así. Nunca se enteraron de lo que le robé a Gio ni de mi arresto. Jake y yo decidimos ocultárselo.

—Ellos también estarían orgullosos de ti —le repliqué—. ¿Trabajar en la clínica de rehabilitación? ¿Ayudar a la gente cada día? Eso es increíble, Jake.

Él bajó la mirada hacia la mesa. —Estoy seguro de que habrían preferido que siguiera con la ingeniería, como se suponía que iba a

hacer. Antes de que me echaran de la facultad.

—No es demasiado tarde —dije suavemente—. Aún podrías volver si quisieras.

—¿Te lo imaginas? Tengo treinta y cinco años; estaría sentado en una clase llena de críos de dieciocho diciendo: «¿qué tal va eso, chavales?». —Sacudió la cabeza con una mueca irónica asomando a sus labios—. Qué va. Un triunfador por familia es suficiente. Ese es tu papel, Frankie. El mío es simplemente aplaudir desde la barrera.

Aquellos elogios me hicieron sentir incómoda y noté el calor subiéndome por el cuello. Abrí la boca para rebatirlo, pero él me arrolló con una sonrisa pícara.

—Hablando de enorgullecer a mamá y papá... ¿cómo va tu vida amorosa?

Solté un quejido. —¿En serio? ¿Es de esto de lo que quieres hablar en la cena del aniversario de papá?

—Oye, es una pregunta legítima. Te mereces algo más que trabajo y perros. Tiene que haber algún tipo por ahí que esté a la altura de mi hermana.

No respondí de inmediato, pero el rostro de Gio surgió sin previo aviso en mi mente; el perfil afilado de su mandíbula, la forma en que sus ojos ardían cuando me miraba.

Removí el agua con la pajita, contemplando los cubitos de hielo mientras se derretían. —No es... nada. No hay nadie.

—¿Estás segura? Porque ese silencio ha sido bastante revelador, joder —se rió.

—Cállate —gruñí. ¿Por qué estar con la familia te hacía sentir como si tuvieras dieciséis años otra vez?

—Venga, ¿de verdad no hay nadie? ¿Ni un solo dueño de perro soltero en el veterinario que no pueda dejar de ponerte ojitos? ¿O un vecino que siempre te ayude con la compra pero que no haya reunido el valor para pedirte una cita porque impones un respeto que te mueres?

—Sabes, es curioso, pero por lo general los tíos no tienen ganas de ligar mientras tienes un termómetro metido en el culo de su perro —dije, solo para ver la mueca de Jake—. Y mis vecinos son una señora judía mayor que me cocina una babka increíble y un profesor de música gay que toca la flauta de maravilla; no los cambiaría por nadie, ni siquiera aunque Chris Evans cayera de alguna manera en desgracia y terminara viviendo precisamente en Queens.

—Madre mía, Frankie, eso es muy triste —sacudió la cabeza—. Quiero decir, hasta a mí me va mejor en el terreno romántico, y soy un exadicto.

—Ya, bueno... —Cómo iba a decirle a mi hermano que el único hombre que tenía en mi radar era el tipo al que le había robado dinero para proteger a Jake de unos traficantes. No es que pasara nada entre Gio y yo, aparte de esa atracción omnipresente hacia él que no parecía capaz de sacudirme—. Supongo que soy una triste.

—¿Sabes lo que diría mamá? —preguntó él.

—¿Has probado a ponerte un vestido? —bromé.

—Ja, ja. —Me lanzó una mirada fulminante—. Ella diría... —agudizó el tono de voz—. ...Francesca, si mantienes tu corazón bajo llave como si fuera Fort Knox, ¿cómo quieres que alguien encuentre la llave? No puedes ganar la lotería si nunca compras un boleto, cariño.

—Eso es inquietantemente exacto —dije, mirando a mi hermano—. Mamá siempre decía que enamorarse de papá fue como ganar la lotería.

—Sí, y él siempre le compraba un boleto por su cumpleaños. —Jake sonrió ante el recuerdo, pero la sonrisa se desvaneció rápidamente bajo la misma tristeza que me llenaba el pecho.

—Yo también los echo de menos —dije. Me pregunté qué pensarían de Gio. Probablemente nada bueno. Suspiré.

—¿Qué pasa? —preguntó Jake.

—Nada —mentí—. Solo estoy nerviosa por la reunión del ayuntamiento de mañana. Pero no quiero pensar en eso ahora. Cuéntame tú lo de tu vida amorosa, ya que tanto sabes, ¿eh?

—Bueno, hay una enfermera que trabaja en la clínica...

Escuché con una sonrisa la historia de Jake sobre cómo se conocieron. Se merecía ser feliz después de todo lo que había

pasado. En el fondo de mi mente, la reunión del ayuntamiento acechaba. Realmente estaba nerviosa por ello. Pero cuando pensaba en lo que haría mañana, una cosa destacaba por encima de las demás. Volvería a ver a Gio mañana. Y eso me dejaba con una clase de mariposas en el estómago totalmente diferente.

Capítulo 19

Gio

Entré en la sala del consejo a la mañana siguiente con un traje negro conservador, mis zapatos de vestir menos llamativos, una corbata azul relajante y una camisa con puños de botón en lugar de gemelos.

Una competición como esta se ganaba tanto por la imagen como por los números sobre el papel, y lo último que necesitaba era parecer un gigante rico arrollando al más débil.

La sala olía a madera barnizada y a café, con solo un toque del desinfectante que usaban en los micrófonos. Me froté la muñeca izquierda, sintiendo el peso de cada lente de cámara en la sala sin siquiera mirarlas. Mi padre había convertido una simple petición de licencia en todo un circo mediático. La sala estaba abarrotada de prensa y de algunos curiosos, pero mi atención se centraba

únicamente en el estrado del consejo. O, al menos, debería haber sido así.

Frankie merodeaba cerca del podio reservado para las peticiones ciudadanas, aferrando su carpeta como si fuera un salvavidas. Tenía los hombros tensos y la pillé tomando un resuello rápido y tembloroso. Estaba preciosa incluso estando nerviosa.

Tenía que admirar su audacia. Ella era lo que se interponía entre mis planes de irrumpir por fin en el mercado hotelero de Nueva York. Mi padre la apoyaba, lo que me daba aún más motivos para despreciarla. Lo supiera o no, había hecho un pacto con el diablo. Pero cuando ocupé mi lugar a su lado, dispuesto a debatir las ventajas de los hoteles frente a los refugios de animales, me descubrí sonriendo.

—¿Qué? —preguntó ella, mirándome de reojo.

—Espero que hoy hayas traído tu mejor versión —le dije, con el corazón latiéndome un poco más rápido. Algunos hombres practicaban deportes de contacto por la descarga de adrenalina. No era un pasatiempo que yo pudiera apoyar si acababa con una nariz rota o un diente menos; no iba a privar a las mujeres del mundo de mi buena apariencia.

Otros hombres cazaban, algo que siempre me había parecido de mal gusto. Matar a Bambi me parecía más una cobardía que una prueba de hombría. No, yo buscaba mis emociones de otra manera. No por el mero hecho de ganar dinero, aunque fuera una buena medida del éxito, sino por la construcción de imperios. Al igual que mis ancestros romanos, no se trataba solo de la dulzura de conquistar;

se trataba de la expansión. De alcanzar nuevas metas y de la lucha por la victoria que conllevaba.

¿Y Frankie? Era una adversaria sorprendentemente digna, a pesar de que mi padre se le hubiera pegado como una sanguijuela.

—Y yo espero que tú hayas traído corazón —dijo ella, y su energía nerviosa pareció disolverse bajo el fuego de la competición—. Porque si solo tienes números fríos de tu parte, no tienes ni la más mínima oportunidad de ganar.

—Muy tierno, pero el corazón no paga las facturas. —Le ladeé la cabeza de forma condescendiente solo porque sabía que eso la sacaría de sus casillas.

Ahí está. Apretó los puños. Esos labios carnosos se tensaron. Y los seductores ojos verdes que acechaban mis recuerdos desprendieron chispas.

Dios, qué no daría por volver a tirármela.

El golpe del mazo contra la madera, agudo como la primera nota de una canción, desvió mi atención hacia el estrado, donde los miembros del consejo habían ocupado sus asientos. Mi padre estaba en el centro, recostado en su silla, con una leve sonrisa burlona asomando en las comisuras de su boca.

Habló con la misma gravedad que solía emplear en las cenas familiares. Formal, ejerciendo su poder. —Damos comienzo a esta sesión. Cada solicitante presentará su caso y responderá a las preguntas del consejo. Señora Winters, puede empezar.

Margaret Winters se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas y la mirada cálida pero aguda. Era conocida por su debilidad por cualquier cosa con pelo o plumas, pero no era ingenua. Ya había dado su apoyo al refugio de Frankie, pero no era el tipo de persona que dejaba que alguien pasase sin demostrar su valía.

—Me gustaría que ambos me explicaran por qué creen que su causa es digna —preguntó Margaret. Sonaba más como una tía amable que como una política; sin embargo, no iba a dejar que eso me engañara y me hiciera pensar que no ejercía el poder.

Frankie enderezó la espalda y pareció que el aire cambiaba, como si todos los ojos hubieran estado esperándola. No iba vestida para deslumbrar, con su camisa de poliéster y sus pantalones marengo ajustados, pero la pasión le sentaba bien. Se le ceñía como la seda.

—Concejala Winters —comenzó Frankie, con voz firme, baja y llena de convicción—, este refugio no trata solo de rescatar animales, trata de la comunidad. Se trata de dar a los niños un lugar donde ser voluntarios, de enseñar compasión, de crear vínculos que fortalezcan nuestros barrios.

Sus palabras envolvieron la sala como una caricia, persuasivas e íntimas. Se me encogió el pecho al verla, no por lo que decía —aunque lo decía muy bien—, sino por cómo lo decía. Con fuego, con ternura. Se creía cada sílaba, y sentí que me inclinaba hacia ella sin pretenderlo.

Margaret sonrió, asintiendo, claramente cautivada por ella.

Me ajusté los puños y cambié mi postura lo justo para proyectar seguridad, esperando mi turno. Cuando Margaret se dirigió a mí, su

expresión cambió: menos calidez, más escrutinio.

—Señor Moretti —dijo—, los hoteles no suelen causar el mismo impacto emocional que los refugios de animales. Convénzame de lo contrario.

Dejé que mis labios se curvaran en el amago de una sonrisa y le sostuve la mirada directamente. —Tiene razón, concejala. Pero lo que sí hace es traer gente aquí. Huéspedes que gastan dinero en nuestras tiendas, comen en nuestros restaurantes y... —dejé que mis ojos se desviaran brevemente hacia Frankie antes de volver a Margaret—, una economía mejor significa más dinero para apoyar causas por las que vale la pena luchar. Causas como la de la doctora Hayes.

Un murmullo recorrió la sala. Frankie tensó los hombros y, cuando sus ojos buscaron los míos, fue como una chispa saltando en un espacio abierto.

Ella respondió rápido. —Y sin embargo —dijo con fluidez, volviéndose hacia Margaret sin romper el contacto visual conmigo—, confiar en la generosidad por goteo no es lo mismo que construir algo duradero. Un hotel puede atraer visitantes durante una temporada. Un refugio sirve a esta comunidad todos los días, sin condiciones.

Sus palabras eran afiladas, pero su voz era de terciopelo. El contraste se me deslizó bajo la piel como el roce de unos dedos sobre la carne desnuda.

Me incliné hacia delante, con la mano apoyada en el podio que teníamos delante, orientando mi cuerpo hacia ella. —Con todo el

respeto —repliqué, con tono suave pero cortante—, un refugio no puede existir sin financiación. Sin infraestructuras. No soy su rival, doctora Hayes. Soy la razón por la que personas como usted pueden centrarse en hacer el bien.

Durante un instante, la sala se desvaneció. Solo quedaba ella: el destello de desafío en sus ojos, el acelerado subir y bajar de su pecho, la forma en que sus dedos se apretaban contra el borde del podio como si quisiera sujetarse para no caer.

Era un baile. Ella empujaba, yo retrocedía. Yo tiraba, ella giraba. Cada palabra entre nosotros era un roce de manos, cada réplica un giro del cuerpo. El aire se cargó, espeso por el ritmo de algo que ninguno de los dos se atrevía a reconocer pero que ambos sentíamos.

Margaret se aclaró la garganta suavemente, atrayéndonos de nuevo a la mesa. —Gracias, doctora Hayes. Gracias, señor Moretti. Su pasión es... evidente.

Robert Torres se inclinó hacia delante, y sus gafas reflejaron las luces fluorescentes mientras escaneaba sus notas. Donde Winters había sido amable, Torres era una cuchilla. Había estado de mi lado desde el principio —los negocios eran su evangelio; el crecimiento, su escritura— y lo manejaba con toda la sutileza de un martillo.

—Doctora Hayes —comenzó, con voz fría y precisa—, su propuesta es sentida, pero seamos prácticos. Un refugio no crea puestos de trabajo. No genera ingresos. Los hoteles sí. El comercio sí. Nos está pidiendo que elijamos el sentimiento frente al progreso.

Frankie levantó la barbilla un poco, con la columna vertebral como una barra de acero bajo la blusa. —Con todo el respeto, concejal, la compasión es progreso. Una comunidad que cuida de sus miembros más vulnerables, ya sean humanos o animales, es más fuerte, más sana y más resiliente.

Torres soltó una carcajada sin gracia. —Eso suena muy bien para un eslogan de campaña, pero yo no me presento a las elecciones. Dígame cómo piensa pagar el mantenimiento. Gastos veterinarios, comida, personal. ¿Va a organizar mercadillos de pasteles?

Las palabras aterrizaron como golpes, pero Frankie no se inmutó. En todo caso, su mirada se agudizó, atrapando la luz como cristal tallado.

—Además del préstamo que ya ha sido aprobado, he conseguido donantes privados —dijo con calma. Sus ojos se dirigieron a mi padre por un segundo—. Colaboraciones. Y no descartemos el hecho de que los refugios estimulan la economía. Los voluntarios se convierten en ciudadanos comprometidos. Los visitantes vienen a eventos de adopción y recaudaciones de fondos. Eso es tráfico. Eso es comercio.

Un murmullo recorrió la sala.

Debería haber estado disfrutando del momento —verla presionada, acorralada—, pero en lugar de eso se me aceleró el pulso. Verla mantenerse firme era como ver a alguien caminar a través del fuego sin quemarse. Estaba luminosa. Peligrosa.

Torres se volvió hacia mí, cambiando su tono como si acabara de pasar de una tormenta a la luz del sol. —Señor Moretti, sus números

son sólidos. Previsión de empleos, ingresos, beneficios fiscales. Es exactamente lo que este consejo necesita oír.

Incliné la cabeza, sin pasar por alto la forma en que Frankie se erizó ante el contraste. —Gracias, concejal. Mi intención ha sido siempre crear algo duradero aquí. Un crecimiento que no se limite a mis muros, sino que se extienda hacia fuera.

Dejé que mi mirada se posara en Frankie deliberadamente. —Ese crecimiento mejora las vidas, crea estabilidad para las personas de modo que no tengan que abandonar a sus mascotas y puedan permitirse esterilizarlas. En la economía adecuada, es posible que los refugios de animales ni siquiera tuvieran que existir.

Ella entreabrió los labios ligeramente, y por un momento pensé que podría gruñir. Pero cuando habló, su voz era queda, precisa, cargada de desafío.

—Algunos de nosotros vivimos en el mundo real, señor Moretti. —Sus ojos buscaron los míos, los sostuvieron, y el mundo se redujo a esa mirada imposible—. No soy un caso de caridad, ni su idea de último momento. Mi refugio proporciona ayuda en el mundo real cuando se necesita. Que es ahora mismo.

Un calor se desplegó en lo bajo de mi pecho, agudo y hambriento. No eran sus palabras, era el fuego que había tras ellas, el desafío, la negativa a doblegarse incluso cuando todas las ventajas eran mías.

Me eché hacia atrás, lento, deliberado, como si cediera terreno en un baile al que no tenía intención de rendirme. —Entonces demuéstralo —murmuré, lo suficientemente alto como para que se oyera.

Un rubor le subió por el cuello; no sabría decir si de rabia o de otra cosa. No importaba. Estaba ahí. Y cuanto más tiempo dábamos vueltas el uno alrededor del otro, más claro tenía que esto no era un debate. Eran preliminares, destinados a terminar solo cuando uno de los dos se rompiera por fin.

El mazo de mi padre volvió a golpear, sobresaltando a la sala. —Gracias, concejal Torres. Procederemos con lo siguiente.

Pero el daño ya estaba hecho. Puede que el consejo hubiera visto un debate sobre zonificación y desarrollo, pero entre Frankie y yo había sido un tira y afloja, y la tensión entre nosotros vibraba como un cable a punto de romperse.

Jennifer Liu ajustó su micrófono con una expresión más reflexiva que combativa. A diferencia de las formas afiladas de Torres o la calidez abierta de Winters, Liu era equilibrada y comedida. Todavía no había comprometido su voto con ninguno de los dos, lo que la convertía en la reina del consejo en el tablero de ajedrez. Quien la convenciera podría inclinar la balanza.

—Tengo preguntas para ambos solicitantes —dijo, entrelazando las manos—. Mi prioridad es el medio ambiente y la salud a largo plazo de esta comunidad. Señor Moretti, doctora Hayes. Convánzanme de que su proyecto hace algo más que tomar. Convánzanme de que devuelve algo.

Su mirada aterrizó primero en Frankie.

Frankie irguió los hombros. —El refugio puede construirse de forma sostenible: paneles solares, materiales reciclados, captación de agua. Pero más que eso, devuelve algo al crear vínculos entre las

personas y los animales. Ese tipo de conexión fomenta la empatía, y las comunidades empáticas cuidan mejor de su entorno. Es un ciclo: ama una cosa y aprenderás a cuidar del resto.

Varias cabezas en la sala asintieron, pero Liu solo ladeó la cabeza, esperando, sopesando.

Entonces fue mi turno.

—El hotel tendrá la calificación ecológica más alta —dije con fluidez, entrando en mi discurso—. Vamos a incorporar techos verdes, eficiencia energética de vanguardia, colaboraciones con granjas locales para los productos. Pero esta es la verdadera diferencia: la escala. Mi proyecto no solo inspira a unas cuantas docenas de voluntarios. Coloca a Brooklyn en el mapa como modelo de lujo sostenible. Manhattan está saturado, pero Brooklyn está lista para un auténtico renacimiento que atraerá los dólares del turismo que pueden reinvertirse en iniciativas como el refugio de la doctora Hayes.

Frankie me lanzó una mirada, afilada como un latigazo, pero no me inmuté. Acepté el desafío.

—El lujo no tiene por qué significar exceso —continué, dirigiendo mis palabras a Liu pero dejando que mi mirada rozara a Frankie como un toque deliberado—. Puede significar innovación.

Liu frunció los labios, pensativa. Sus ojos alternaban entre Frankie y yo, como si nos estuviera viendo pelear en un ring privado que nadie más podía ver.

—Doctora Hayes —dijo—, su propuesta apela al corazón. Señor Moretti, la suya apela al futuro. Aún no he tomado mi decisión, pero veo mérito en ambas partes.

Luego, más bajo, añadió: —La escala importa. El alcance importa.

Fue sutil, pero sentí el ascenso de la victoria. No estaba allí del todo todavía, pero sí un paso más cerca. Frankie también lo sabía; sus labios se apretaron en una línea fina, y sus manos se aferraron a la mesa frente a ella.

Y que Dios me ayude, pero al verla solo deseé poseerla más.

David Murphy se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa. A diferencia de Liu, él no era comedido. Era directo, pragmático, un hombre al que le gustaban más los números que los sentimientos. Su voto era todavía un cara o cruz, pero tenía el tipo de influencia que se dejaba llevar fácilmente si la comunidad se inclinaba hacia un lado u otro.

—Vayamos al grano —dijo—. Se trata de la gente. Puestos de trabajo, ingresos fiscales, beneficios reales para la comunidad. No de ideales elevados. —Señaló a Frankie—. Doctora Hayes, ¿por qué deberíamos darle terrenos municipales y permisos cuando su refugio, como organización sin ánimo de lucro, no generará ni un céntimo de vuelta a la economía?

Frankie levantó la barbilla, con una postura regia incluso bajo el aguijón de sus palabras. —Porque la comunidad no se mide solo en dólares, concejal. Se mide en vidas mejoradas. Las familias que adoptarán perros en lugar de comprarlos a criadores. Los ancianos

que encontrarán compañía cuando más la necesiten. Eso no llena las arcas de la ciudad, pero refuerza el alma de la ciudad.

Sus palabras rebosaban fuego, no la calidez educada que había usado antes. Sus ojos destellaron con algo feroz y, aunque se dirigía a Murphy, su mirada se deslizó hacia mí, como si me estuviera retando a estar a su altura.

Recordé lo que se sentía al tener las uñas de Frankie clavándose en mi espalda mientras se alzaba para recibir mis embestidas. Este tira y afloja me resultaba notablemente parecido, dadas las circunstancias.

Cuando Murphy me hizo un gesto, me incliné hacia delante, lento, deliberado, como entrando en su ritmo. —Concejal, mi hotel creará más de doscientos empleos permanentes, y cientos más durante la construcción. Atraerá a más turistas adinerados a Brooklyn. Y sí, generará ingresos fiscales.

Frankie emitió un sonido bajo, medio bufido, medio suspiro. Abrió los labios como si tuviera una réplica, pero intervine antes de que pudiera hacerlo. —Ella habla de salvar perros, y lo admiro. Pero yo ofrezco la infraestructura para salvar personas. Creo que la comunidad lo apoyará.

Sus ojos se encontraron con los míos, llameantes. La sala a nuestro alrededor se desvaneció, el tableteo de los teclados de los reporteros se hundió en la nada. Parecía un baile ahora, donde cada paso acercaba al otro con temeridad, cada palabra un nuevo roce de piel.

—Crees que el dinero puede reemplazar al corazón —dijo ella con una quietud gélida, con un tono más peligroso que un grito.

—Y tú crees que el corazón es suficiente para construir un futuro —repliqué, con voz baja y firme, dirigida más a ella que a Murphy.

Durante un segundo, ninguno de los dos respiró.

Murphy gruñó finalmente, echándose hacia atrás. —Argumentos interesantes. Doctora Hayes, su pasión es encomiable. Señor Moretti, sus números tienen sentido. Estaré muy atento a hacia dónde se inclina el público.

Pero apenas le escuché. El pulso de Frankie saltó en su garganta, y yo quise —*Dios, cómo quise*— presionar mis labios allí, saborear su espíritu de lucha directamente de ella. En lugar de eso, me recosté, aspirando aire como si fuera lo único que me impedía cruzar la mesa.

Y a juzgar por la forma en que sus dedos se curvaban contra la madera, con los nudillos blancos, ella también lo sentía.

Mi padre fue el último en inclinarse hacia delante y unir las yemas de sus dedos como un rey a punto de dictar sentencia. Su voz tenía esa autoridad suave y pausada que manejaba como una cuchilla.

—Señor Moretti —dijo, directo pero calmado—, su propuesta para el hotel es ambiciosa. Casi demasiado ambiciosa, dirían algunos. Una inversión de millones de dólares, cientos de empleados, clientela internacional. —Ladeó la cabeza, agudizando la mirada lo justo para que el golpe doliera—. Dígame, ¿cree de verdad que tiene la disciplina necesaria para llevarlo a término? El ocio nocturno y la hostelería no son lo mismo que crear una institución sostenible que sirva a esta ciudad.

Había oído argumentos similares cuando era un adolescente que soñaba con algo más grande que el papel que mi padre me tenía reservado, y hablaba con el mismo desdén. No me pasó desapercibido el parpadeo en la expresión de Frankie. Curiosidad, sorpresa, quizá incluso compasión.

Me eché hacia atrás, con lentitud, de forma pausada, manteniendo mi máscara intacta. —La disciplina nunca ha sido mi problema. La visión nunca ha sido mi problema. El hotel se construirá y prosperará.

Mi padre sonrió, pero era de ese tipo de sonrisa que hace que los hombres se retuerzan. —La visión sin control es el caos. Y el caos rara vez sirve a una comunidad —se volvió hacia Frankie, y su tono se suavizó como el terciopelo—. Doctora Hayes, por otro lado, su propuesta es modesta, contenida. Manejable. Un refugio construido por una mujer que claramente conoce sus límites.

El calor se arremolinó en lo bajo de mi pecho. Ira, sí, pero también algo más oscuro. Estaba disfrazando sus elogios con las mismas palabras que usaba para encadenar a mi madre, para encogerla en una caja lo bastante pequeña como para poder controlarla. Frankie no estaba hecha para vivir en cajas.

Su espalda se tensó y levantó la barbilla. —Con todo el respeto, concejal, yo no veo límites. Veo responsabilidades. Y me las tomo muy en serio.

Nuestras miradas se cruzaron a través de la sala. La carga entre nosotros era eléctrica, peligrosa, atrayéndome incluso mientras mi padre intentaba separarnos. Sostuvo mi mirada como si me estuviera retando a no desfallecer bajo la sombra de mi padre.

Por un instante que me dejó sin aliento, quise acortar la distancia, cerrar mi mano sobre la suya, demostrar que podíamos quemar todos los obstáculos, incluso a él.

Pero no estábamos en el mismo bando. Y no iba a perder ante mi padre.

En su lugar, sonreí, con una ironía lo bastante afilada como para cortar. —No confundas la ambición con el caos, padre. Si la doctora Hayes tiene visión, acabará necesitando escala. Y la escala requiere algo más que compasión. Requiere a alguien que sepa construir.

Frankie entreabrió los labios y se le cortó la respiración. Furia, probablemente, pero me halagaba pensar que sentía el mismo deseo que yo. Nunca había deseado tanto tirarme a una mujer. No para dominarla, aunque la idea trajera consigo un cuadro erótico de posibilidades. Sino para saber qué se sentía al consumirse juntos en la atmósfera.

Mi padre extendió las manos como para dar por terminado el enfrentamiento. —Bien, los argumentos ya han sido expuestos. El consejo deliberará y, dentro de una semana, volveremos a reunirnos para la votación. Hasta entonces... buena suerte a ambos.

No le di la satisfacción de prestarle atención.

La sala bullía mientras los reporteros garabateaban, los miembros del consejo barajaban papeles y la multitud se agitaba. Pero para mí, solo existía Frankie. Su mirada, el calor de la misma, el ritmo silencioso que nos atraía más y más como bailarines que se tambalean al borde de la capitulación.

Una semana. Dios me ayude, no quería que esto terminara.

Capítulo 20

Frankie

Para cuando logré salir de la sala de plenos y cruzar las puertas hacia el aire cargado del vestíbulo, todo mi cuerpo vibraba como si me hubieran conectado a un enchufe. Me había preparado para el debate, esperaba luchar con uñas y dientes por el refugio, pero no le esperaba a *él*.

No esperaba la forma en que las palabras de Gio me atravesarían, afiladas como el cristal un segundo y embriagadoras al siguiente; cómo cada mirada entre nosotros había tenido más carga que los micrófonos y las cámaras juntos. Era pasión, frustración, el subidón de mantenerme firme. Pero mi piel hormigueaba, sentía el pecho oprimido y la verdad me golpeaba con fuerza contra las costillas: esto no se trataba solo del refugio.

Las pesadas puertas de la sala se cerraron tras de mí, amortiguando el murmullo de las voces que aún bullían en el interior. Enfilé por un pasillo lateral, desesperada por tomar una bocanada de aire que no estuviera viciado, y me escabullí hacia un estrecho callejón trasero. El aire era más fresco aquí, penetrante con el aroma de la lluvia sobre el asfalto. Apoyé las palmas de las manos en las rodillas, forzando el aire a través del nudo que sentía en el pecho. Mi corazón no se había ralentizado desde el debate.

—Espera.

Su voz me envolvió antes incluso de que me diera la vuelta. Los pasos de Gio resonaron, constantes, deliberados, hasta que emergió del resplandor de la puerta, con la chaqueta del traje desabrochada y la corbata floja, como si acabara de librar una guerra y hubiera ganado. O perdido. Con él era difícil saberlo.

Se detuvo a un par de metros, con las manos metidas en los bolsillos como si no acabara de perseguirme, pero la forma en que sus ojos me recorrían, lenta y pausadamente, hizo que se me erizara la piel, como si estuviera pelando cada capa tras la que me escondía.

—¿Has venido a regodearte? —pregunté, inyectando firmeza en mi voz mientras me erguía.

—Creo que ambos sabemos que eso ha sido más bien un empate —dijo, concediendo el punto sin inmutarse.

Arqueé las cejas. La humildad no figuraba en el vocabulario de Gio Moretti.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —pregunté, buscando en aquellos ojos oscuros algún rastro del hombre que había conocido en Miami; el hombre que me hizo olvidarme de mí misma por una noche, antes de que el odio se instalara.

Ignoró la pregunta y su voz bajó de tono, aterciopelada y peligrosa. —Eres buena en esto. Mejor de lo que esperaba.

El cumplido me recorrió como una ráfaga de calor, pero me puse rígida, necesitando una armadura. —Gracias por la palmadita condescendiente en la cabeza —le solté, aunque mi tono traicionó la chispa que subyacía a mis palabras.

Dio un paso adelante, un movimiento deliberado, y el aire entre nosotros se tensó al máximo. —No me refería a eso. —Su mirada bajó hasta mi boca y luego volvió a subir, intensa y absorbente—. Tienes pasión. Es… fascinante.

Se me cortó la respiración. Mi cuerpo se inclinó hacia delante antes de que mi mente pudiera detenerlo—. No lo hagas —La palabra salió suave, rota.

Él arqueó una ceja, con la curiosidad brillando en su mirada—. ¿Hacer qué?

Tragué saliva, con la boca seca. Sentía el pulso en todas partes: en los oídos, en las muñecas, entre las piernas—. No me hagas recordar qué se sentía al creer que hubo algo bueno entre nosotros.

El callejón se quedó inmóvil, salvo por el débil zumbido de la ciudad a lo lejos. Se quedó petrificado un instante y luego, con tal cuidado

que resultó cruel, levantó una mano, dejando los dedos a escasos centímetros de mi mejilla. Podía sentirlo, el calor de su piel, su magnetismo, como si solo hiciera falta un pequeño movimiento hacia delante para que estuviéramos perdidos.

El pecho me dolía con el recuerdo de Miami. Su boca sobre la mía, su peso inmovilizándome, la forma en que lo había deseado de manera tan absoluta que me había asustado.

—Quizá ambos necesitemos recordar —murmuró. Su voz ya no era suave, era áspera, ronca, como si admitir aquel pensamiento le costara algo.

Durante un segundo agónico, pensé que acortaría la distancia. Pensé que le dejaría. Mi cuerpo lo gritaba, se inclinaba hacia él. Deseaba su tacto, sus labios, sus caderas entre mis piernas recordándome que fue algo más que el autodesprecio lo que me había impedido salir con nadie todos estos años. Era la certeza de que ningún hombre iba a estar nunca a su altura.

Pero entonces bajó la mano, retrocediendo ese centímetro imposible, dejándome suspendida en el dolor del *casi*.

El mundo volvió a ponerse en marcha. Sus ojos oscuros permanecieron fijos en los míos, escrutándome, antes de alejarse, reprimiendo el ardor como un hombre que tira con fuerza de las riendas de un animal salvaje.

Me quedé allí plantada, con cada nervio de mi cuerpo vibrando por el beso que no había llegado a ocurrir.

Quise decir algo. Seguir a Gio en su retirada y decirle: «No, no tienes derecho a provocarme así y luego retirarte». Pero ¿podía borrar diez años de caminos equivocados con un solo beso?

No. El pasado pesaba demasiado, y la guerra por los almacenes aún se cernía sobre nosotros como una sombra.

Se demoró un segundo más, con sus ojos oscuros buscando los míos, antes de dar un paso atrás, creando una distancia donde casi no la había habido. Podía sentir su calor incluso a un brazo de distancia.

Exhalé lentamente, saboreando el regusto metálico de mi propia contención, y deseé con cada fibra de mi ser no tener que hacerlo.

Mis tacones chasquearon contra el pavimento irregular mientras me obligaba a darme la vuelta, a marcharme antes de desmoronarme por completo. Cada paso se sentía como si arrastrara cadenas, pesado y deliberado, cuando lo único que quería era dar media vuelta y cerrar ese espacio imposible entre nosotros.

La lluvia arreció de nuevo y debería haberme despejado, enfriado el fuego que me arañaba el pecho. En cambio, solo agudizó el ardor. Aún podía sentir la cercanía de Gio aferrada a mi piel, el fantasma de su mano flotando junto a mi rostro, la promesa en sus ojos. Mi cuerpo temblaba ante la posibilidad desperdiciada de lo que casi fue; cada nervio me gritaba por haberme marchado en lugar de rendirme.

No miré atrás al doblar la esquina, por mucho que quisiera saber si Gio se había quedado mirándome, si se arrepentía de haberme dejado ir.

No se suponía que esto debiera pasar. Vine aquí a luchar por una causa, no a dejar que el hombre que me recordaba mi falta de dignidad me desnudara con apenas una mirada, una palabra, un paso más cerca.

Pero, Dios mío, la atracción era insoportable. El calor en la boca de mi estómago no era ira, por mucho que intentara desesperadamente llamarlo así. Era hambre. Un hambre vieja, familiar, temeraria. El tipo de hambre que me volvía débil.

Me rodeé el cuerpo con los brazos como si eso pudiera mantenerme entera, pero mi cuerpo me traicionó. Mi pulso seguía acelerado, mis labios hormigueaban como si hubieran sido besados. El dolor de la negación me acompañó por las concurridas calles de Manhattan, y la verdad que no quería afrontar me susurró en cada aliento tembloroso.

Todavía lo quiero…

Y eso me aterraba más de lo que jamás podría hacerlo el perder la votación.

Capítulo 21

Gio

Me quedé clavado en el sitio, con las manos hechas puños a los costados, mientras Frankie se alejaba. Tenía los hombros tensos y caminaba con paso rápido y firme, como si no pudiera esperar a librarse de mí.

Joder, si ella hubiera acortado la distancia cuando casi la toqué, habría estado perdido.

La llovizna caía sobre mi piel, convirtiéndose pronto en lluvia, pero no era suficiente para apagar el fuego que recorría mis venas. El pulso me seguía martilleando por la forma en que me había mirado —¿Me había deseado tanto como yo a ella?— y eso casi acaba conmigo. Estuve a punto de besarla. Casi me permito olvidarlo todo.

Exhalé con fuerza, con la mandíbula apretada, apartando la mirada de su figura en retirada. Esto era peligroso. Frankie no era solo una tentación, era una traición con patas. La mujer que se me había escapado de entre los dedos hacía diez años, llevándose consigo mucho más que mi confianza. Y ahora era el peón reluciente de Antonio. El arma perfecta de mi padre.

Tenía que recordarme eso. Recordar el escozor, no la dulzura. Cada vez que me dolía el pecho al recordar su risa, tenía que invocar en su lugar el recuerdo de su partida. Cada vez que mi cuerpo ansiaba la forma en que encajaba contra mí, necesitaba obligarme a imaginar lo que fue regresar a aquella suite de hotel en Miami. Había estado a punto de pedirle que se quedara, de decirle que dos días de gloria no eran suficientes, que necesitaba más. En cambio, me encontré con un cajón abierto, vacío de dinero, y el reloj de mi abuelo desaparecido. Las sábanas aún olían a ella.

Tengo que centrarme de una puta vez.

Solo conocía a una persona que me diría que hiciera caso a la cabeza en lugar de al corazón. Silas. Desde el principio, me había estado animando a usar la traición de Frankie en su contra. Aún no estaba del todo convencido, pero tenía una idea de cómo podía poner más distancia de por medio.

Su despacho estaba a solo unas manzanas. Él me ayudaría a recordar lo que importaba: ganar. Proteger mi legado. Evitar que mi padre me aplastara con Frankie a su lado.

Me metí las manos en los bolsillos y eché a andar; cada paso pesaba debido al esfuerzo de contenerme. Distancia. Eso era lo que

necesitaba. Distancia y un recordatorio del dolor que ella me había causado.

Porque si me permitía pensar en cómo me había mirado, temblando con el mismo hambre que me desgarraba a mí, estaría perdido.

Deseché el pensamiento al entrar en el despacho de Silas. Aquel hombre tenía una gravedad capaz de mantenerme los pies en el suelo. Lo único más afilado que su traje era su mente. Un vaso de whisky reposaba sobre su escritorio, ya a medio vaciar pese a que apenas pasaba del mediodía. Levantó la vista de un montón de papeles y sus ojos oscuros me recorrieron como si me estuviera tasando.

—Tienes un aspecto horrible —dijo a modo de saludo.

—Va acorde a cómo me siento. —Me dejé caer en el sillón de cuero frente a él, inclinándome hacia delante con los codos en las rodillas.

Apartó el archivo a un lado—. ¿Cómo ha ido el debate?

Solté una risa sin rastro de humor—. Digamos que ha sido un empate. Winters estaba con Frankie desde el principio, Torres me ha apoyado. Liu... ella es a quien pensaba que podría convencer, y quizá lo he hecho, ¿pero con mi padre dándose aires a favor de Frankie? —Apreté la mandíbula—. Arrastrará al resto con él si puede. Es lo que suele hacer.

Silas me estudió en silencio durante un momento, uniendo las yemas de los dedos—. No te gusta la incertidumbre.

—No me gustan las sorpresas —respondí con tono plano—. Especialmente cuando es mi padre quien las orquestra.

Su mirada se agudizó—. Entonces quizá sea el momento. Deja de andarte con rodeos y aprieta el gatillo contra Frankie. Revela lo que hizo. Acaba con esto de forma limpia.

—Eso no es limpio, es bajarse al barro con mi padre. —Un músculo se tensó en mi mejilla. Sabía que tenía un arma que podía terminar con esto, pero no sabía cuánto de mí quedaría si la usaba. Negué con la cabeza—. No puedo llegar a eso. Todavía no.

—¿A qué viene tanta duda? —Su voz era fría, inquisitiva.

Porque todavía me hace sentir vivo. Porque una mirada suya hoy casi ha desecho diez años de ira. Porque si la quemo a ella, también me quemo yo.

No dije nada de eso. En su lugar, me eché hacia atrás, forzando la calma en mi voz—. No quiero ir a ciegas. Quién sabe a qué juego está jugando mi padre. Necesito saber qué cartas tiene ella. Por qué me robó. Qué la llevó a eso. Si puedo investigar eso... —Entorné los ojos.

¿Entonces qué? ¿Encontraré algo que haga que todo esto esté bien? ¿O sabré de una vez por todas que es una criminal que se ha metido encantada en la cama con mi padre?

Era la analogía equivocada. Sentí náuseas.

Los labios de Silas se curvaron, sin llegar a formar una sonrisa. Aprobación, quizá—. Quieres una ventaja.

—Quiero claridad —corregí. Pero sí, puede que también necesitara una ventaja—. Tienes un investigador privado al que recurres, ¿verdad? Quiero respuestas.

Alargó la mano hacia su teléfono, escribiendo ya un mensaje—. Haré que mi investigador empiece esta misma noche. Siempre da prioridad a mis asuntos. Le pediré que rastree su pasado. Finanzas, antecedentes, contactos. Si hay trapos sucios, los encontrará.

—Bien. —Tuve que forzar la palabra. Salió más brusca de lo que pretendía. Me pasé una mano por la mandíbula, con el rastro de la mirada de Frankie todavía grabado en mí—. Porque fueran cuales fueran sus razones, se acabó el permitir que me pille desprevenido.

Silas me observaba con atención, como si viera más de lo que yo quería mostrar—. Asegúrate de lo que quieres, Gio. A veces la verdad no te da distancia, sino que te arrastra más hondo.

Sostuve su mirada—. No estoy seguro de cuánto más hondo se puede llegar.

Cogió la botella de whisky y me sirvió una copa. La acepté encantado, agradecido por sentir un tipo de quemazón diferente.

—Durante meses la has mantenido a raya, y ahora quieres saberlo todo sobre ella. ¿Qué ha cambiado? Y no me digas que el debate, ya has intentado esa excusa y no me la trago.

Pensé en sus labios entreabriéndose como un secreto a punto de derramarse, en el temblor de su aliento cuando me acerqué. Pensé en lo cerca que estuve de romper mis propias reglas.

—Casi la beso —admití, y la confesión me supo a grava en la boca—. Y eso significa que necesito distancia. La información me da distancia.

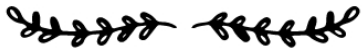
Silas no se rió. No se burló de mí. Me estudió de la misma forma en que estudiaba los balances de cuentas, buscando la línea débil a punto de romperse—. ¿Estás seguro de que estás preparado para la verdad? Puede que no te guste.

—Eso es lo que espero —reconocí.

—Muy bien. Te avisaré en cuanto mi contacto me responda —dijo—. Suele ser bastante rápido.

—Bien, porque la votación es en una semana y necesito saber qué voy a hacer al respecto.

Me bebí el resto de mi copa.



—Bastante rápido— resultaron ser dos días. Fui al despacho de Silas en el segundo en que me mandó un mensaje diciendo que ya tenía la información. No quería enterarme por teléfono.

El nudo en mi estómago se apretaba a medida que me acercaba al despacho de Silas, aunque me decía a mí mismo que era expectación, no nervios. Información; eso era todo. Datos fríos y limpios que atravesaran la niebla en la que Frankie siempre me dejaba sumido.

Aun así, el pulso me latía con más fuerza de la que me gustaba, como si estuviera a punto de entrar en una confesión en lugar de en una sesión informativa. Me metí las manos en los bolsillos, con la mandíbula apretada, recordándome que quería esto. Lo necesitaba. Lo que fuera que el investigador hubiera encontrado despojaría las últimas ilusiones que me quedaban sobre ella. ¿Y si una parte de mí se preparaba para algo que no quería ver? Bueno, eso lo enterraría profundamente.

—Muy bien, suéltalo —dije, sentándome al otro lado de su escritorio. Silas ya nos había servido a ambos una copa de whisky, pero no toqué la mía. Todavía no.

—Es bastante incriminatorio. —Silas abrió la carpeta como si fuera la revelación de un mago, con voz fluida mientras leía en voz alta—. Francesca Hayes, treinta y tres años, nacida en Rochester, Nueva York. Padres: Doug y Kathy Hayes, ambos fallecidos. Un hermano, Jake, de treinta y cinco años, que trabaja en una clínica de rehabilitación en el Bronx.

Me estaba preparando el terreno. No era una buena señal. Silas no era conocido por su naturaleza afectuosa. Incluso Dante solía bromear diciendo que era el hombre de hojalata, y eso fue antes de que Josie suavizara el carácter de Dante. Hice un gesto a Silas para que continuara.

—Arrestada en Miami, marzo de 2015, durante una operación encubierta. Estudiante de veterinaria por aquel entonces. Sorprendida entregando diez mil dólares a sospechosos de narcotráfico buscados por distribución de cocaína. Cumplió servicios comunitarios, nada de cárcel. —Golpeó la página con un dedo, con una aguda satisfacción en los ojos—. Parece que has tenido algo más que roces con una simple ladronzuela.

—No puede ser... —Negué con la cabeza. Nada de esto tenía sentido.

Le arrebaté el informe de la mano a Silas antes de que pudiera ponerse más engreído, escaneando las líneas rápidamente, buscando aquello que hiciera que todo encajara. Algo, lo que fuera, que explicara por qué el nombre de Frankie aparecía escrito en una página como esa. Pero el papel contenía datos secos, nada más. Sin contexto. Sin respuestas. Solo su nombre, donde no debía estar.

—¿Por qué demonios iba una estudiante de veterinaria a estar mezclada con narcotraficantes? —murmuré.

Silas se echó hacia atrás, haciendo girar su whisky—. Piénsalo. Los estudiantes de veterinaria tienen acceso a sustancias controladas. Pastillas, tranquilizantes. Quizá tenía algún negocio paralelo. O quizá solo quería una dosis para ella. El informe dice que estaba allí para pagarles, Gio. La misma cantidad que te robó a ti.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, pero negué con la cabeza—. No. Eso no cuadra. Si estuviera vendiendo, no me habría robado el dinero a mí.

Silas enarcó una ceja—. Así que es una adicta que te usó para pillar. Pasa todos los días.

Cerré el informe de golpe, negando con la cabeza aún con más fuerza—. Si eso fuera cierto, le habrían encontrado algo encima. No fue así. También se le sometió a un control de drogas que dio negativo. Está ahí mismo, en el informe.

—¿Y crees que es incapaz de ocultarlo? —replicó Silas.

—Me habría dado cuenta —espeté, más brusco de lo que pretendía. Me obligué a respirar, a aflojar mi agarre sobre la carpeta antes de romperla por la mitad—. No estaba consumiendo cuando estuvo conmigo. Ni de broma. Aparte de estar un poco alegre la primera noche, estaba sobria. Nada de energía maníaca, ni marcas de inyecciones ni llagas en la nariz. Tú no la conoces; ella no es de ese tipo de persona.

Silas me estudió por encima del borde de su vaso, pero no le di la satisfacción de darme por vencido. Porque de todas las cosas que no sabía sobre Frankie Hayes, sabía esto: dijera lo que dijera ese informe, no era toda la historia.

—¿Y acaso pensabas que era del tipo de persona que te robaría? Porque eso ocurrió —dijo él, dejando el vaso sobre el escritorio con un golpe sordo—. Lo tienes todo ahí, en blanco y negro.

—La dejaron libre con un delito menor —rebatí—. No es una criminal curtida.

—Solo porque no pudieron hacer que prosperaran cargos más graves. Si hubieras denunciado el robo, estaríamos mirando un expediente muy distinto. Joder, probablemente ni siquiera habría llegado a ser veterinaria, y tu hotel ya estaría en construcción.

Silas tenía razón, por supuesto que la tenía, pero cuando pensaba en Frankie pudriéndose en alguna prisión, mis entrañas se rebelaban.

—Necesito saber por qué, y este expediente no me lo aclara —dije, revisándolo de nuevo. Se me grabó la vista en las fechas del fallecimiento de sus padres. Con solo unos años de diferencia. ¿Había estado muy unida a ellos? Dudaba que a mí me importara cuando mi padre muriera, aunque él probablemente intentaría sobrevivir me solo por fastidiar. Mi madre, en cambio...

Si ella moría antes de que yo lograra arreglar lo que se había roto entre nosotros, no sabía qué haría. Pero con mi padre manejando sus hilos, no sabía qué se suponía que debía hacer al respecto, y tenía otros asuntos en los que centrarme en ese momento.

Luego estaba el hermano de Frankie. Trabajaba en una clínica de rehabilitación, pero no tenía más información sobre él. ¿Tendría eso alguna relación? ¿Tenía Frankie realmente un problema de drogas, uno que hubiera impulsado a su hermano hacia esa profesión para ayudarla? Si hubiera estado en rehabilitación, esos historiales estarían bajo llave.

—No importa el porqué —dijo Silas con calma—. Lo que importa es que sucedió. Es una ventaja, Gio. Limpia, innegable. Úsala.

Mi mente no dejaba de volver a Frankie: sus mejillas sonrojadas, su lengua afilada, la forma en que hablaba sobre salvar animales como si fuera la razón por la que estaba en este mundo. Esa mujer no encajaba en estas páginas—. No me da la impresión de que sea el tipo de persona que tontea con criminales. No a la ligera.

La mirada de Silas se agudizó—. Estás dudando. Todavía.

Cerré la carpeta de un golpe seco que resonó en el silencioso despacho—. No estoy dudando. Digo que no encaja. Si voy a usar esto, necesito saber qué significa realmente. De lo contrario, me estallará en la cara. No olvides que mi padre está metido en esto. Es su imagen la que está en juego y luchará a muerte para salvarla.

Silas se recostó en su silla, uniendo las yemas de los dedos—. ¿Así que me estás diciendo que tienes el arma perfecta y no vas a usarla? ¿Por qué, Gio? ¿Desde cuándo te echas atrás ante una victoria?

El calor me subió por el cuello y me puse en pie, descargando el puño sobre su escritorio.

—¡Porque ella no se lo merece! —grité—. Fuera lo que fuera ese lío en Miami, no me creo que eso la defina. No es ninguna adicta ni ninguna conspiradora. Es buena, Silas. Mejor de lo que nadie cree.

Durante un momento, Silas se limitó a estudiarme, haciendo girar el whisky en su vaso como si sopesara si presionar más o no. Finalmente, asintió brevemente—. Está bien. ¿Entonces qué vas a hacer? ¿Sentarte a esperar y dejar el futuro de tu hotel al azar?

Inspiré profundamente, irguiéndome y tocándome la muñeca izquierda. No había ninguna mención al reloj de mi abuelo en el informe policial.

—Quiero que tu investigador se encargue de otra cosa. Algo que importe de verdad. —Me encontré con sus ojos, desafiándolo a cuestionarme de nuevo—. Quiero que investigue a mi padre. Todo. Cada trato, cada sombra, cada jugada sucia. Si Antonio quiere entrometerse en esta pelea, entonces necesito saber exactamente sobre qué terreno estoy pisando.

Silas enarcó una ceja, con la curiosidad asomando en su rostro—. Interesante.

No pestañeé—. No. Necesario.

—Va a ser más difícil que la información que encontró sobre Frankie —señaló él.

—Tengo tiempo. —Cogí el vaso de whisky y me lo bebí de un trago. Tenía cuatro días hasta la votación, lo que probablemente no fuera suficiente, pero ya no sentía que esa fuera la verdadera batalla.

La disputa entre el hotel y el refugio apenas retenía mi atención. Era Frankie quien llenaba mi cabeza.

Capítulo 22

Gio

Aquella noche, al llegar a mi ático, me encontré caminando de un lado a otro del salón. Aún no había cenado y no tenía la menor intención de hacerlo.

El expediente de Frankie seguía pesando en mi mente; la impecable tinta negra se negaba a explicar a la mujer que yo había llegado a conocer. Silas quería que lo usara para hundirla, pero yo solo veía a otra persona atrapada en la órbita de mi padre: presionada, acorralada, anulada. Igual que mi madre.

Ese pensamiento me roía, más afilado que cualquiera de las advertencias de Silas. Frankie seguía luchando. Mi madre se había rendido hacía años. De repente, no pude soportar más el silencio que había mantenido entre nosotros. Antes de que pudiera convencerme de lo contrario, me vi marcando su número.

El teléfono pesaba en mi mano mientras me lo acercaba a la oreja, con las luces de Manhattan desplegadas bajo mis pies a través del ventanal de mi ático. Cuando escuché su voz —suave, refinada, vacilante—, estuve a punto de colgar. Habían pasado años. Demasiados.

—¿Gio? —susurró ella, como si el propio nombre fuera frágil—. ¿De verdad eres tú?

La culpa se me deslizó bajo la piel como una cuchilla. —Sí, Mamma. Soy yo.

—Es maravilloso volver a oír tu voz —dijo, con un tono cálido y melancólico a la vez—. Cuando te vi en la gala hace unos meses, tuve la esperanza de que vinieras a verme.

Cerré el puño de la mano que tenía libre. Habría ido a verla si mi padre no hubiera estado a su lado. Si Frankie no hubiera estado hablando con él, a punto de quedar atrapada en su red.

—¿Cómo estás, Mamma? —pregunté en lugar de ofrecer una explicación.

—Oh, ya me conoces —contestó ella con tono ligero y cuidadoso—. Hubo una gala benéfica la semana pasada, la organizó uno de los socios de Antonio. También he ido a un par de almuerzos. Nada muy emocionante.

Podía imaginármela, sentada con una postura perfecta y sus perlas, luciendo esa sonrisa ensayada que nunca le llegaba a los ojos. En realidad no había respondido a mi pregunta, y eso me preocupaba.

—Había pensado que podría trabajar más en el jardín —continuó—. Este año quería rosas. Y también dalias. Pero… bueno, Antonio hizo que el servicio plantara cipreses y un seto en su lugar.

Apreté la mandíbula. —Por supuesto —mascullé—. Hasta el jardín tiene que ser suyo, aunque no vaya a pasar ni un minuto en él.

Su silencio me indicó que había notado mi amargura, pero ella le restó importancia como hacía siempre. —Ha quedado muy impecable, al menos. Ordenado. A él le gusta así.

—Ya —dije con tono sombrío—. No me extraña.

Mi padre se empeñaba en tenerlo todo bajo su control; ni una hoja tenía permiso para interponerse en la visión del gran Antonio Moretti.

—No deberías dejar que te pase por encima de esa manera —dije, recorriendo el salón de punta a punta.

Su voz mantenía la misma calma ensayada que recordaba de mi infancia, esa que siempre significaba que estaba ocultando moratones invisibles. —El matrimonio es un compromiso, Gio. Es más fácil dejar que él haga las cosas a su manera. No quiero líos.

Algo se tensó en mi interior. Tuve ganas de gritarle, de arremeter contra la injusticia de todo aquello, pero mantuve la furia alejada de ella. Sabía cómo acabaría eso. De la misma forma que cuando estaba a punto de cumplir los dieciocho y marcharme de casa, desesperado por que escapara conmigo.

—Eso no es un compromiso, Ma. Eso es rendición.

Silencio. Después, a través de la línea, llegó el delicado sonido de su respiración, pausada y medida.

Me aclaré la garganta, buscando terreno firme.

—Espero empezar pronto las obras de un hotel aquí en Nueva York —le dije. ¿Cuánto sabía ella de mi vida? —No sé si lo sabes, pero tengo clubs por toda la ciudad y hoteles por todo el país.

—Has triunfado por tu cuenta —sonó orgullosa. Pero entonces volvió a percibirse esa fragilidad en su voz—. Sí, he oído algo sobre ese hotel.

Claro, por supuesto. Mi padre probablemente se habría pasado muchas noches despotricando contra mí en casa. En público, el hombre se mantenía sereno y compuesto. Incluso encantador. Pero en casa veíamos quién era de verdad. El monstruo tras la máscara.

—¿Sabes lo de las peticiones de los permisos? —No sé por qué pregunté. Quizá solo era un masoquista.

Hubo una pausa al otro lado. —He oído a Antonio mencionar algo, sí.

—Es más que algo. No se limita a oponerse a mí… —Apreté la mandíbula—. Está apoyando a mi oponente. Públicamente.

Quise hablarle de mi pasado con Frankie, pero me dio igual. Si mi padre no sabía lo que Frankie había hecho, yo no iba a ayudarle a señalar en esa dirección.

—No me gusta involucrarme en los negocios de tu padre —dijo ella en voz baja.

—No quieres involucrarte en nada —le espeté antes de poder contenerme—. No cuando está destruyendo a todos los que lo rodean. No cuando… —Se me quebró la voz, demasiado herido. Me pasé una mano por la cara—. Olvídalo.

Su respuesta llegó en un susurro, quebradizo como el cristal. —No quiero tomar partido.

Sentí como si se me hundiera el pecho. —Tengo que irme.

—Gio… —Vaciló, y por un instante escuché a la madre que podría haber sido, la que yo siempre había deseado. ¿Iba a pedirme que no colgara? ¿Se disculparía? ¿Había alguna posibilidad de que cambiara de opinión y lo dejara después de todo? —Te quiero.

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta como una piedra, pero forcé su salida. —Yo también te quiero, Mamma.

Era la única persona a la que le había dicho esas palabras jamás, y lo decía en serio, joder, incluso cuando la odiaba por quedarse.

La línea se cortó y me quedé allí, contemplando el horizonte de la ciudad con los puños cerrados y el corazón vacío. La ciudad bullía,

llena de vida, pero yo solo podía sentir la misma desesperación que arrastraba desde que la dejé atrás: la lacerante verdad de que ella no me había elegido a mí. Lo había elegido a él.

Capítulo 23

Frankie

Una semana después del debate, los escalones de piedra del ayuntamiento brillaban bajo el sol de finales de mañana, y los pies me pesaban más con cada paso. Ya tenía las palmas de las manos pegajosas y el estómago apretado y agitado, como si tuviera mil pájaros atrapados dentro. Maria seguía mi ritmo a mi lado, rozando mi brazo de vez en cuando, como si pudiera darme estabilidad solo con el contacto.

—Lo tienes dominado —susurró cuando llegamos a las puertas de cristal—. Respira hondo, Frankie.

Asentí, pero tenía la garganta demasiado seca para responder.

El vestíbulo era un torbellino de trajes, conversaciones entre susurros y el tenue eco de pasos rebotando en el techo abovedado. Mis ojos buscaron a Gio como los girasoles buscan el sol. Estaba de pie cerca del pasillo que conducía a la sala del consejo, alto e inmóvil, como si hubiera estado esperándome.

Maria notó la expresión de mi rostro, me apretó el brazo una vez y murmuró: —Voy a buscarnos sitio. —Luego se alejó, dejándome expuesta bajo su mirada.

Él acortó el espacio que nos separaba con unas cuantas zancadas decididas.

—Frankie. —Su tono era sereno, pero sus ojos se afilaron mientras escrutaban mi rostro—. Dime una cosa. ¿Por qué estás haciendo esto realmente? ¿Cuál es tu jugada?

Se me tensó la espalda.

—No hay ninguna jugada. —Las palabras salieron atropelladas, demasiado rápido, y me obligué a frenar, a enfrentar su sospecha cara a cara—. Se trata de los animales. Siempre ha sido así.

Podría haberlo dejado ahí, la pregunta estaba respondida, pero había algo en la forma en que Gio me miraba, como si estuviera buscando algo en mi interior. —Hay un perro al que abandonaron en el veterinario donde trabajo, el día antes de que fuera a ver el almacén. Un cruce de collie, con el carácter más dulce del mundo. Dios sabe qué le pasó. Tenía zonas de la piel en carne viva, un tajo en el costado que no le llegó a los órganos por poco gracias a las costillas. Veo muchas guarradas, Gio. He tenido que hacerme de

piedra. Y este perro se me metió bajo la piel. Le puse de nombre Asher. Significa feliz y bendecido.

Los ojos de Gio no se apartaron de los míos; era como si me estuviera mirando directamente el alma. Normalmente, yo habría rehuido la mirada. ¿Y si no le gustaba lo que veía? Ya sabía que yo era una ladrona, pero ¿y si me juzgaba comparándome con mi buena acción y me encontraba indigna? No sabía si podría soportar eso. Le dejé entrar de todos modos y seguí hablando.

—Quería quedármelo, pero no pude. En mi piso no admiten mascotas. Sigue en el refugio. Es el alma más hermosa que conocerás jamás. Nadie lo quiere. Envejecerá en una jaula a menos que podamos construir un lugar donde los perros como él tengan una oportunidad. Este proyecto... es por él. Por todos ellos. Hay cientos de perros y gatos ahí fuera en las mismas circunstancias o peores. Yo solo... solo quiero ayudar. Necesito ayudar, Gio.

El aire entre nosotros se volvió tenso, mi pulso martilleaba en mis oídos. Gio me estudió como si hubiera dicho exactamente lo que él pensaba que diría. Asentió una sola vez, con deliberación. —Buena suerte ahí dentro.

Eso fue todo. Sin ataques punzantes. Sin comentarios mordaces para desestabilizarme. Solo... buena suerte.

Parpadeé, desconcertada, y antes de que pudiera articular una respuesta, él ya se estaba dando la vuelta hacia las puertas de la sala.

Me costó todas mis fuerzas no desplomarme en el suelo allí mismo. O llamarlo y exigirle saber por qué me lo había preguntado, qué

quería decir.

Tomé aire como pude y me obligué a seguirlo a través de las puertas. Estaba a punto de descubrir si mi sueño se haría realidad o si todo este arduo trabajo no habría servido para nada. El estómago se me revolvió, tambaleándose como un barco sin ancla en medio de un huracán.

Dentro, la sala del consejo zumbaba con una energía contenida. Tomé asiento detrás de Maria, en la parte delantera. Gio se sentó en el lado opuesto, mirando al frente, con los hombros tensos.

La larga mesa de madera brillaba bajo la iluminación empotrada, con los micrófonos esperando como armas latentes. Los concejales que decidirían mi destino ya habían tomado asiento. Antonio Moretti estaba en el centro, llenando la estancia con su presencia de una forma silenciosa y autoritaria.

—Gracias a todos por estar aquí —comenzó Antonio, con voz pausada y seria—. Esta decisión no solo dará forma a un terreno, sino a los valores de esta comunidad. Cada uno de nosotros tiene el deber de sopesar los beneficios, los riesgos y las consecuencias a largo plazo. Dicho esto, escucharemos a cada concejal.

Entrelacé las manos en mi regazo, con los nudillos poniéndose blancos, y me atreví a lanzar otra mirada a Gio al otro lado de la sala. Su expresión era ilegible. Labios finos, ojos fijos en un punto, ni entornados ni muy abiertos. Sin emociones.

—Margaret Winters —indicó Antonio.

Margaret, toda ella perlas y lino planchado, se aclaró la garganta. —La propuesta de refugio de la doctora Hayes aborda una necesidad creciente de la comunidad y ofrece soluciones sostenibles. Voto a favor.

Se me cortó la respiración. Uno.

—Robert Torres.

Robert apenas me miró. —La propuesta del señor Moretti promete crecimiento económico y oportunidades laborales. Creo que eso pesa más que la alternativa. Mi voto es para él.

Se me cayó el alma a los pies. Uno a uno. Miré de reojo a Gio. Le dio un tic en la mandíbula, pero por lo demás, nada.

—Jennifer Liu.

Jennifer vaciló, hojeando sus notas. —Al principio me inclinaba por el plan del señor Moretti, pero... —sus ojos se dirigieron a Antonio por un segundo—, no se pueden ignorar los beneficios ambientales del refugio de la doctora Hayes. Preservar los espacios verdes es importante. Voto por la doctora Hayes.

Se me ensanchó el pecho, con un suspiro tembloroso de incredulidad. Dos a uno.

—David Murphy.

David se inclinó hacia delante, cruzando las manos. —Me ha conmovido el abrumador apoyo de la comunidad a este proyecto. Está claro cuál es la posición de la gente. Voto por la doctora Hayes.

Se me cerró la garganta. Tres a uno. Ya lo tenía. Las manos me temblaban en el regazo. Miré a Gio de nuevo, desesperada por leer algo —ira, sorpresa, lo que fuera—, pero era de piedra.

No necesitaba oír el último voto, pero aún no lo estaba celebrando, incluso cuando Maria se estiró y me dio tres palmaditas emocionadas en la pierna.

Finalmente, Antonio habló. —Aunque mi voto sea superfluo llegados a este punto, siento la necesidad de hablar. Hoy se ha hecho una gran justicia. La doctora Hayes ha presentado no solo un plan viable, sino uno con un impacto claro e inmediato en nuestra comunidad. Mi voto es para la doctora Hayes.

Cuatro a uno.

Ya estaba. Años planeando y dejándome la piel, semanas sintiéndome perdida mientras hacía campaña para conseguir votos, luchando contra Gio a cada paso, y en el lapso de cinco minutos, mi destino estaba decidido. El refugio existiría. Podría salvar a Asher.

El mazo cayó, y el sonido resonó como un latido. Estaba congelada, con el peso del momento oprimiéndome. Había ganado. De alguna manera, contra todo pronóstico, realmente había ganado.

Me giré instintivamente hacia Gio, dispuesta a... ¿qué? ¿Pedir disculpas? ¿Regodearme? Ni siquiera lo sabía. Pero él ya estaba de

pie, ya se estaba marchando. No me sostuvo la mirada, simplemente se dio la vuelta con una mueca. Sus anchos hombros se abrieron paso por la sala, y la puerta se cerró tras él antes de que yo pudiera encontrar las palabras.

Me quedé allí sentada, mirando el espacio que había dejado vacío, hueca y aturdida.

Entonces los brazos de Maria me rodearon, devolviéndome al presente.

—¡Frankie! —rio ella, sin aliento por la alegría—. Lo has conseguido. ¡Tenemos que celebrar!

Dejé que me abrazara, pero mis ojos permanecieron fijos en esa puerta cerrada. Debería sentirme feliz. Eufórica. Por fin había hecho realidad mi sueño.

Entonces, ¿por qué siento que acabo de perder algo?

Capítulo 24

Frankie

Más tarde esa misma noche, con Jake a mi lado, entré en el apartamento de Maria todavía aturdida. Olía a ajo y a pan caliente, esa clase de ambiente hogareño que debería haberme relajado al instante. Pero no conseguía quitarme esa sensación extraña del pecho; tal vez fuera la impresión del momento.

Sus hijos estaban desparramados en el sofá frente al televisor, y su marido, Don, llevaba platos de la cocina a la mesa del comedor como si fuera una noche cualquiera de diario. Salvo que esta noche no era ordinaria. Esta noche había ganado.

Me lo repetía una y otra vez mentalmente, intentando asimilarlo. Me costaba entender que ya no tenía que luchar más. Que ya no tenía que esforzarme.

Maria descorchó una botella de champán sin alcohol —ya que Jake y yo no bebíamos— y la espuma se le derramó por los dedos mientras reía. —¡Permisos concedidos! ¡Frankie Hayes, lo has conseguido!

Jake aplaudió con una sonrisa juvenil que no le había visto en años. —¡Joder que sí, hermanita! Sabía que lo lograrías.

Ella me tendió la primera copa y yo la levanté, sintiendo su peso fresco en mi mano. El corazón todavía me latía con fuerza por la adrenalina de todo aquello: la sala del consejo, los votos cayendo como fichas de dominó, la satisfacción petulante de Antonio al leer los resultados. Pero bajo la euforia de la victoria, había otra imagen que no podía borrarme de la cabeza: los ojos de Gio, oscuros e ilegibles mientras se marchaba sin decir palabra. La expresión de su rostro no era de decepción ni de derrota.

—Por el refugio —dijo Maria, alzando su copa.

—Por el refugio —repitió Jake.

Me obligué a sonreír mientras brindaba con ellos y sentía las burbujas hacerme cosquillas en la nariz al dar un sorbo. El júbilo me recorría a rachas, brillante y vertiginoso, pero entrelazado con algo más punzante. Porque ganar debería haber sido una sensación limpia. En cambio, venía ensombrecida por el recuerdo de Gio viéndome reclamar lo que él más deseaba, y esa punzada en el pecho me decía que una parte de mí odiaba verle perder.

El marido de Maria sacó una bandeja de nudos de ajo; su aroma era tan intenso que me rugieron las tripas, a pesar de que los nervios me habían quitado el hambre antes. Jake cogió dos, casi quemándose los dedos, y me tendió uno con una sonrisa pícara.

—Cuidado —dije, soplando el mío.

—Cielo santo, cualquiera diría que soy el hermano menor por cómo me cuidas a veces —replicó él—. Creo que puedo apañármelas con un trozo de pan caliente—.

Maria puso los ojos en blanco mientras me rellenaba la copa. —Ni caso. Esta noche eres la reina de Nueva York, Frankie. Deberías estar regodeándote en ello—.

Me reí, pero me salió un sonido más flojo de lo que pretendía. —Reina de Nueva York con permisos para un edificio inacabado. No es precisamente el palacio de Buckingham—.

Jake se reclinó en la silla, observándome. —Aun así, es la noche más importante de tu vida hasta ahora. Deberías estar flotando—.

Debería haberlo estado. Y lo estaba, en parte. Pero mi mano se deslizó hacia mi teléfono de todos modos, atraída por el peso en mi bolsillo. Antes de pensarlo demasiado, lo saqué y le envié un mensaje al hombre al que no podía quitarme de la cabeza.

FRANKIE: ¿Podemos hablar?

Los tres puntos de respuesta parpadearon casi de inmediato, tensando algo en la boca de mi estómago.

GIO: En mi club, Oro. Te pongo en la lista.

Me envió la dirección. Dejé el teléfono boca abajo sobre la mesa, con el calor subiéndome a las mejillas como si acabara de hacer algo escandaloso.

Jake no se dio cuenta, estaba devorando su segundo nudo de ajo. Maria empezó a hablar de todo lo que tendría que hacer, empezando por hablar con el señor Chen y formalizar la venta de la propiedad. Luego tendría que encargarme de asegurar el almacén para que fuera apto para albergar los cheniles y las jaulas. Todo era abrumador.

—Deja que Frankie respire un poco, cariño —dijo su marido, apretando la pierna de Maria y plantándole un beso en la mejilla.

—Perdona, ya sabes cómo me pongo de emocionada —dijo ella con una sonrisa—. Y ya que lo has conseguido... quizá podrías empezar a trabajar en ese otro asunto del que hablamos—.

Estaba intentando hacerse la interesante, lo que solo sirvió para captar más la atención de Jake.

—¿Qué asunto? —preguntó él, mirándonos a las dos.

—No es nada —negué con la cabeza.

—Solo creo que Frankie tiene que salir más —se encogió de hombros ella, como pidiendo perdón sin sentirlo en absoluto.

—Me alegra saber que no soy el único que piensa así —rio Jake.

—Nunca debería haber permitido que vosotros dos estuvierais en la misma habitación —bufé—. ¿Podemos dejar el tema, por favor? Esta es..., mi noche, supongo. Y declaro el asunto fuera de los límites.

—Bien dicho —le apoyó Don.

—Tú calla —replicó ella, apoyándose en él. Eran tan dulces juntos que me daba envidia.

Tras unos minutos más de charla y de que se terminaran las últimas gotas del champán sin alcohol, Jake apartó la silla.

—Debería irme. Mañana tengo turno temprano —me dio una palmada en el hombro, con un orgullo suave en la mirada—. En serio, Frankie. Estoy orgulloso de ti. Papá y mamá también lo estarían—.

Aquellas palabras me calaron hondo, cálidas pero pesadas, como siempre. Lo abracé con fuerza antes de dejarle marchar, tratando de no mostrar cuánto se me estaba revolviendo la emoción en el pecho.

Maria estiró los brazos sobre la cabeza y se acomodó de nuevo en el sofá. —¿Te quedas, verdad? Sacaremos el helado del bueno—.

Vacilé, sintiendo una pizca de culpabilidad empañando el brillo de mi victoria. —Creo que yo también me voy a ir a casa. Ha sido un día largo. Estoy agotada—.

—No me extraña, todo esto ha sido una locura —dijo, levantándose para despedirme.

Me dio un abrazo al salir, oliendo a burbujas de champán y a ajo. —Solo prométeme que lo celebrarás de verdad, Frankie. Te mereces disfrutar de esto—.

—Lo prometo —mentí, mientras ya visualizaba el brillo oscuro de Oro y al hombre que me esperaba allí.

Pedí un Uber y, por un segundo, me pregunté si no debería decirle simplemente que me llevara a casa. Pero no pude. Necesitaba ver a Gio. Nos dirigimos a Oro.

El asiento del Uber crujió mientras me recolocaba por décima vez, con las palmas de las manos sudorosas contra el bolso que llevaba en el regazo. El conductor no parecía notarlo, o quizá estaba acostumbrado a pasajeros que irradiaban nervios de camino a lugares como aquel. El mapa luminoso de su salpicadero descontaba manzanas una a una; cada giro me arrastraba más cerca de él.

Me dije a mí misma que aquello era por el refugio, por calmar cualquier tormenta que se estuviera gestando entre nosotros. Pero la verdad palpitaba justo bajo mi piel: quería verle.

Cuando el coche se detuvo, se me cortó la respiración. Oro no era solo un club nocturno, era un monumento. Un cristal negro se alzaba elegante contra el cielo de la ciudad; las letras doradas sobre la puerta captaban las luces de la calle como si fueran fuego. Un cordón de terciopelo mantenía a raya a la fila de aspirantes, cuerpos apretujados que intentaban sobornar, flirtear o abrirse paso. El portero me miró mientras me acercaba. No iba vestida para un club con mis sensatos pantalones negros y la misma blusa que me había puesto para la rueda de prensa porque era la mejor que tenía.

Yo no pertenecía a este lugar. Aun así, di un paso adelante.

—Esto... Gio ha dicho que estaría en la lista. Frankie Hayes —le dije al portero, que arqueó una ceja escéptica—. O tal vez Francesca.

Miró su tableta de mala gana para comprobar la lista. —Ah, por supuesto, doctora Hayes —asintió con educación. Gio había cumplido su palabra—. Pase, por favor.

Dentro, el espacio me tragó por completo. Oro no era ostentoso, como me había temido en parte. Era selecto. Paredes de color negro mate, lámparas con forma de gotas fundidas suspendidas en el aire. Cada detalle destilaba dinero y control.

Era muy diferente a su hotel en Miami. Aquel tenía tonos pastel para encajar con el estilo Art Deco de South Beach, con accesorios y muebles a juego; lujo envuelto en luz solar. Este era su gemelo oscuro, una guarida de riqueza, elegante y moderna. Opulencia con dientes afilados.

Definitivamente, yo *no* pertenecía a este lugar.

Recorrí la sala con la mirada y el corazón en la garganta hasta que lo encontré.

Gio estaba sentado solo en la barra, con la espalda erguida, el cuello de la camisa abierto y un vaso con algo de color ámbar en la mano. Giró la cabeza ligeramente como si ya supiera que yo estaba allí y, cuando nuestros ojos se encontraron a través de la extensión de mármol negro y la tenue luz dorada de las lámparas, fue como si el aire mismo se acercara más.

Por un segundo de locura, pensé en marcharme. En salir de nuevo por las pesadas puertas negras, pedir otro Uber y fingir que toda esta idea había sido un error.

Pero entonces levantó su vaso con el amago de una sonrisa y recordé por qué estaba allí. No solo por el refugio. No solo porque le debía algún tipo de tregua. Sino porque no podía dejar de pensar en él.

Mis tacones repicaron suavemente sobre el suelo de mármol mientras me obligaba a avanzar. Me senté en el taburete a su lado antes de que pudiera cambiar de opinión, con el pulso tan acelerado que podía oírlo por encima de la música.

—Enhorabuena —dijo Gio, aún mirando su vaso, con una voz que sonaba a terciopelo arrastrándose sobre acero.

—Lo siento —dije, más suave de lo que pretendía—. Sé que esto también significaba mucho para ti—.

Ante eso, se giró. Y la mirada de sus ojos casi me desarma. No era ira, ni siquiera la competitividad arrogante para la que me había preparado. Era... algo mucho más tierno que me hizo perder el suelo bajo los pies.

—Te lo merecías —dijo él—. Tu pasión, tu visión... es real—.

Tragué saliva, con la garganta seca. —La tuya también lo es—.

Se encogió de hombros, pero aquel gesto de desdén no llegó a sus ojos. De alguna manera estábamos más cerca ahora, con los hombros casi rozándose. El club rugía a nuestro alrededor —el estruendo del bajo, el tintineo de las copas, cuerpos apretujados en la pista de baile—, pero todo se sentía amortiguado, distante.

—Yo no tengo lo que tienes tú —admitió—. La diferencia entre nosotros es que tú sueñas con el servicio. Mis objetivos no son tan puros—.

Quise negarlo. Arremeter contra él y decirle: *«Sabes lo que he hecho, sabes quién soy. ¿Cómo puedes decirme que mis sueños son puros cuando están construidos sobre la traición? ¿Acaso no entiendes que soy una chica de clase trabajadora del norte de Nueva York que nunca debió haber llegado tan lejos?».*

Pero mientras lo miraba, no pensé en mis pecados. Pensé en lo que se sentía al notar que sus manos me tocaban como si yo valiera algo.

—No dejo de pensar en Miami —susurré; las palabras salieron de mí como una confesión. No me refería a cómo terminó aquello. Me refería a esos dos días perfectos antes de que Jake apareciera en la puerta, destrozado y asustado.

—Yo también —su voz era baja, ronca. Levantó la mano y rozó con sus dedos mi pómulo como si hubiera estado esperando una excusa para hacerlo—. Pienso en ello cada maldito día—.

Se me entrecortó la respiración. Su tacto era cálido, firme, y todo mi cuerpo se inclinó hacia él sin pedir permiso.

Entonces sus labios buscaron los míos.

El beso fue hambriento, inevitable: diez años de anhelo, arrepentimiento y asuntos pendientes chocando en un solo momento imposible. Me rodeó la nuca con la mano, atrayéndome más hacia él, y yo le agarré la camisa, necesitando sentirle aún más cerca. El contacto de sus labios era incluso mejor de lo que recordaba. Suave pero con el mando indiscutible de la situación. Me succionó el labio inferior y, joder, no sabía cuánto había echado de menos aquello.

Cuando nos separamos, ambos respirábamos con dificultad, con las frentes juntas como si ninguno pudiera soportar la distancia.

—No podemos dar marcha atrás en esto —advertí, aunque no tenía ninguna intención de parar.

—No quiero hacerlo —su agarre se estrechó, posesivo.

Su boca volvió a encontrar la mía antes de que cualquiera de los dos pudiera recapacitar, y esta vez el beso fue más profundo. Más rudo, cargado de todo lo que habíamos estado reprimiendo. Con su lengua en mi boca, jugando con la mía, deslizó la mano por mi pelo para inclinarme la cabeza, y yo dejé que tomara lo que quisiera porque, Dios, yo también lo deseaba. Podía devorarme hasta que no quedara nada de mí y se lo agradecería.

—Frankie —murmuró contra mis labios, con el aliento caliente—, dime que sientes esto—.

—Lo siento —jadeé, odiando de algún modo lo desesperada que sonaba y sin que me importara lo más mínimo.

Su pulgar rozó mi labio inferior, demorándose, y luego su mirada bajó a mi boca como si ya estuviera imaginando más. El club se convirtió en un ruido de fondo borroso; solo podía oír los latidos de mi corazón y el retumbar grave de su voz.

—Te quiero —dijo él, sin vacilar, sin dejar margen para que me equivocara con lo que quería decir. Sus ojos se clavaron en los míos, oscuros y ardientes—. Ven a casa conmigo esta noche.

La pregunta, que sonaba más a exigencia, no debería haberme desarmado así. Era directa, casi arrogante. Pero no había arrogancia en la forma en que su mano temblaba ligeramente sobre mi cadera, ni error posible ante la tensión acumulada en su cuerpo.

Debería haber dicho que no. Debería haber pensado en las consecuencias, en todo lo que nos complicaba. Pero mi pulso ya respondía por mí, fuerte e insistente, y el deseo delirante en mi interior acallaba cualquier motivo para resistirme.

—Sí —susurré. Mi voz era inestable, pero mi necesidad no lo era.

Tensó la mandíbula, como si se hubiera estado conteniendo y finalmente hubiera obtenido la respuesta que necesitaba. Se inclinó y me besó de nuevo, un beso de lengua y dientes, de labios exigentes. Me estaba reclamando, allí mismo, en su club y a la vista de todos, y me encantó cada segundo de ello. Se apartó con renuencia, como si de él dependiera, podría haberme tomado allí mismo. Sus labios rozaron los míos una última vez antes de alejarse lo justo para mirarme, como si quisiera memorizar el momento.

—Bien —dijo, con la voz ronca como la grava—. Porque no pienso dejar que te vuelvas a marchar.

Capítulo 25

Frankie

Las puertas del ascensor se abrieron directamente en el ático de Gio y, por un momento, se me olvidó cómo respirar.

No era por su tamaño —aunque era inmenso y reluciente—, sino por la sensación que transmitía. Madera cálida pulida hasta sacarle brillo. Un sofá de cuero de estilo *vintage* que parecía tan caro como acogedor. Estanterías repletas de libros antiguos cuyos lomos se habían ablandado por el roce de manos que realmente los leían, no solo para fardar. Fotografías de Italia en blanco y negro enmarcadas en oro macizo. Un carrito de bar tallado, resplandeciente con decantadores de cristal tallado y un rico líquido ambarino. Cada detalle susurraba herencia, dinero antiguo, pero también moderación. Lujo sin ostentación.

Mi espalda chocó contra la puerta en cuanto se cerró con un clic; su boca se aplastó contra la mía y todos mis pensamientos se dispersaron. Mis manos se deslizaron por la impecable tela de su camisa, el fino tejido fresco contra mis palmas, y su cuerpo caliente debajo.

—Esto es una locura —logré decir entre beso y beso, con mis labios rozando los suyos.

—Lo sé. —Su voz era como terciopelo contra mi piel mientras me presionaba con más fuerza contra la puerta—. No me importa.

Aquellas palabras desataron algo en mi interior. A mí tampoco me importaba. Ninguna de las razones por las que esto era una mala idea. Antonio, el consejo, nuestra rivalidad, el desastre de mi pasado; nada de eso importaba cuando las manos de Gio agarraron mi cintura como si él también hubiera estado hambriento de esto.

Me guio más hacia el interior, con nuestras bocas sin separarse apenas. El suave deslizamiento de los suelos de mármol dejó paso a una alfombra tupida que amortiguaba nuestros pasos. Mi cadera rozó una mesa con un cuenco de plata lleno de limones; el aroma era penetrante, mediterráneo, como las tardes de verano que solo había llegado a imaginar. Él olía a esa misma fantasía. Colonia especiada, cuero, algo distintivamente suyo, masculino y profundo.

Si me hubiera parado a pensarlo, habría imaginado que el apartamento de Gio se parecería a sus clubes y hoteles. El club de Miami era de colores frescos, rebosante de una riqueza evidente. El de Oro era oscuro y peligroso, negro mate y dorado. Ambos gritaban a los cuatro vientos que eran lugares hechos para los ricos y los bien conectados.

Pero, aunque su hogar era indudablemente lujoso, desprendía una suavidad tranquila. No era un lugar decorado para impresionar, sino más bien un refugio. Lo vi en el libro de su mesa de centro, que estaba boca abajo para marcar la página. Y en las viejas fotografías enmarcadas sobriamente en madera que descansaban sobre una mesa contra la pared, de una pareja en Italia en lo que parecían los albores del siglo XX. Sus abuelos o bisabuelos, probablemente.

No podía entretenerme en lo que significaba que Gio me hubiera permitido entrar en su santuario, no cuando sus labios bajaban por mi cuello y sus manos agarraban mi trasero.

—Dios, Gio —suspiré, hundiendo mis dedos en su pelo suave y oscuro. Él respondió mordisqueando el lóbulo de mi oreja, un movimiento que recordaba de hacía diez años y que sabía que me derretiría. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Para cuando llegamos al dormitorio, estaba temblando, no por los nervios, sino por el deseo. La cama era enorme, el cabecero tallado en madera oscura, las sábanas de un gris pálido y con un aspecto tan suave que no estaba segura de si querría irme de allí alguna vez. Su mundo era tan diferente al mío —elegante, controlado, ordenado — y aquí estaba yo, un desastre andante, a punto de arrastrarlo de nuevo al caos.

Miami me perseguía. El recuerdo de su tacto allí, las risas, la forma en que me había sentido como alguien digno de ser amado durante aquel fin de semana. Todo aquello quedó arruinado por el robo, la huida cobarde, la vergüenza que me ha ensombrecido cada día desde entonces. Casi me eché atrás, dispuesta a decirle que no me quería allí, pero su pulgar me rozó la mandíbula, dándome seguridad, y mi cuerpo se inclinó hacia él antes de que mi cerebro pudiera protestar.

Lo quería. Más de lo que quería respirar.

—Gio —susurré, y él me sostuvo la mirada con tanto fuego que mis rodillas casi cedieron. Estaba atrapada en su mirada, sus ojos marrones me mantenían en el sitio. Me pregunté si podía verme el alma por la forma tan intensa en que me miraba. ¿Acaso estaban mi culpa y mi vergüenza grabadas en ella, esperando a que se diera cuenta?

—Te quiero —gruñó, como si la idea de no tenerme fuera impensable.

Su boca volvió a estar sobre la mía antes de que pudiera dudar, su beso fue más rudo esta vez, casi punitivo, como si pudiera devorar diez años de silencio de un solo bocado. Sus manos enmarcaron mi rostro, fuertes y seguras, antes de deslizarse hacia abajo, con las yemas de sus dedos arrastrándose por mi garganta, mi clavícula, rozando mis pezones endurecidos, para luego rodear mi cintura. Me pegó a él por completo y sentí exactamente lo que yo le provocaba: su deseo era tan innegable como el calor que chispeaba bajo mi piel.

—Cielo santo, Frankie —murmuró contra mi boca, con un sonido bajo y gutural—. He pensado en esto... tantas veces. —Su mano me agarró la cadera y me empujó hacia la cama; sus besos me persiguieron a cada paso.

—Yo también —confesé, aunque una disculpa se me quedó atascada en la garganta. Sería tan sencillo decirle cuánto me avergonzaba haberle robado, confesarle que aún guardaba su reloj en mi cajón. Quería suplicar su perdón. Pero eso significaría detener lo que estaba a punto de suceder. Y lo necesitaba demasiado.

Mis rodillas chocaron contra el borde del colchón y él me empujó hacia abajo, no con fuerza sino con inevitabilidad, su cuerpo rodeando el mío, sus labios rozando la línea de mi mandíbula, el hueco de mi garganta. Cada beso era una reivindicación. Cada roce de sus dientes se sentía como una pregunta de la que ya conocía la respuesta.

«¿Vas a dejar que te posea?».

Mi respuesta era inevitable. *Sí.*

Su toque se volvió más lento mientras respiraba hondo, con la nariz hundida en mi pelo. Deslicé mi mano por su cuello, rodeando la parte posterior de su cabeza, con la otra en su espalda. Él se echó hacia atrás, mirándome. Su pulgar rozó mi labio inferior, con sus ojos oscuros abrasando los míos. El cambio me hizo estremecer. Recordaba cómo era esto, tener toda la atención de Gio.

Había una razón por la que no había podido conectar con nadie más, y no era solo mi culpa. El tira y afloja me mantenía enganchada a él: un minuto corriendo hacia lo inevitable, al siguiente haciendo que el momento se estirara tanto que el tiempo parecía detenerse.

Pero ya fuera buscando apasionadamente mi placer o manteniéndome suspendida en un estado de deseo profundo, la sensación era la misma ahora que entonces.

A la vez me adoraba y me desafiaba a resistirme.

No lo hice. No podía.

Rodeé su rostro con mis manos, pasando el pulgar por su mejilla barbada. Había envejecido desde la última vez que estuvimos juntos, pero no mucho. Seguía siendo igual de guapo, igual de intenso. La cicatriz que cruzaba su ceja derecha era tenue, y me pregunté ahora, igual que entonces, qué la había causado. Seguí la cicatriz con mi dedo índice.

Su mano se deslizó bajo el dobladillo de mi blusa, su palma áspera contra mi piel desnuda, haciendo que mi estómago se contrajera. Me besó con más fuerza, su lengua acariciando la mía con una especie de ferocidad que me dejó sin aliento. Eso era nuevo, ese toque de agresividad en sus movimientos.

¿Me besaba así por lo de Miami? ¿Porque le había traicionado? ¿O porque odiaba haber perdido contra mí en aquella sala del consejo y esto era una especie de catarsis retorcida?

Me quedé helada medio segundo, con las manos apretadas en su camisa.

¿Me merezco esto? ¿Me lo merezco a él?

Debió de sentirlo: la duda. Se apartó, con la respiración entrecortada y su frente pegada a la mía.

—No me detengas —susurró con voz ronca—. No te atrevas a detenerme, Frankie. Te quiero aquí conmigo. Yo... necesito esto.

Sabía que si le decía que parara, lo haría. El único peligro aquí eran mis propios pensamientos.

—Yo también te quiero —dije. Quizá estaba siendo egoísta, volviendo a su cama después de lo que había hecho. Ni siquiera me había explicado todavía. Pero allí estaba él, mirándome con un deseo punzante del que yo no era digna. No podía obligarme a decir que no, aunque fuera lo correcto.

Me dolía el pecho, desgarrado entre la culpa y el hambre. Su mano volvió a acariciar mi mejilla, su pulgar suavizando mi piel con una ternura que atravesaba cualquier duda.

Tal vez esto podría ser mi salvación después de todo.

Respondí a su beso con ternura, intentando infundir en él la disculpa que llevaba diez años atascada en mi garganta. Él presionó su peso contra mí, pesado y reconfortantemente sólido. Su erección se clavó en mi muslo y sus besos volvieron a ser rudos. Desesperados, absorbentes, como si necesitara recordarnos a ambos quiénes éramos, qué habíamos hecho y que, a pesar de todo, estábamos aquí.

No sabía si me estaba castigando o perdonando.

Solo sabía que no podía soltarlo.

Su boca reclamó la mía, urgente e implacable, y dejé que me inundara, porque la alternativa era salir a la superficie y recordar cada razón por la que no debería estar aquí. Sus manos me mapeaban como si estuviera volviendo a aprender un idioma que no hablaba desde hacía años; sus palmas se deslizaban sobre la tela, deteniéndose, apretando, como si no pudiera decidir si saborearme o consumirme.

Jadeé cuando sus labios bajaron más, sus dientes rozaron mi mandíbula antes de cerrarse sobre el punto sensible de mi garganta. Mi cuerpo se arqueó hacia él, un sí silencioso, incluso mientras mi mente susurraba todos los motivos por los que debería decir no. Gruñó algo bajo, incoherente, contra mi piel, y el sonido vibró a través de mí como una marca a fuego.

Sus dedos juguetearon con los botones de mi blusa, pausados, uno a uno; el susurro de la tela resultaba de algún modo demasiado fuerte en el silencio entre nuestros alientos. No tenía prisa y, sin embargo, no había nada casual en la forma en que retiró la camisa de mis hombros. Cada movimiento parecía una elección. Un desafío.

Temblaba, no de miedo sino de deseo, por el peso de su mirada mientras bajaba, deteniéndose sin tapujos. Nunca me había sentido tan expuesta, tan observada. Y una parte de mí, insensata y temeraria, quería ser suficiente para él, demostrar que podía ser digna de este momento, de él.

Su pulgar rozó el borde de mi sujetador y contuve el aliento. Sus ojos buscaron los míos, oscuros y escrutadores, como si comprobara si iba a echarme atrás. No lo hice. No podía.

—Gio —susurré, su nombre se quedó trabado en mi lengua, con sabor a rendición.

Algo en su expresión se tensó, un destello de crudeza que desapareció antes de que pudiera identificarlo. Entonces su boca volvió a estar sobre la mía, más ruda, más hambrienta. Entre beso y beso, le ayudé a quitarme el sujetador, y cuando su boca encontró la punta de mis pechos, todo lo que pude hacer fue jadear. Su lengua y

sus labios jugaban con cada uno de mis pezones por turnos, trabajándolos hasta que dolieron y me estremecí de necesidad.

Cuando sus manos encontraron el borde de mis pantalones, levanté las caderas y él me despojó de la ropa en un movimiento lento y deliberado, con sus ojos bebiéndome. Cuando estuve desnuda, sus manos me atrajeron más cerca de lo que parecía físicamente posible.

Y aun así, bajo todo aquel fuego, me preocupaba ese rastro de algo no dicho. ¿Y si aquello no era solo por mí, o por nosotros, sino por todo lo que le presionaba, filtrándose en la forma en que me tocaba?

Le dejé hacerlo, aunque eso significara que pudiera terminar abrasada.

Su boca devoraba la mía como si llevara años hambriento, y tal vez yo también lo estuviera, porque me aferré a él, tirando de su camisa, desesperada por igualar su urgencia. Los botones salieron rodando por el suelo mientras yo la abría de un tirón, presionando mis palmas contra las líneas duras de su pecho, con el calor de su piel marcándome. Si iba a tener esto, quería corresponderle. Quería demostrar que no estaba aquí solo para recibir.

Pero cada vez que lo intentaba, él me detenía. Cuando mis manos bajaban, me atrapaba las muñecas, inmovilizándolas sobre mi cabeza durante un latido antes de soltarlas, solo para estrecharme más contra él. Cuando intenté empujarlo hacia la cama, él invirtió el movimiento, acostándome a mí primero y situándose sobre mí con una mirada que me desafiaba a volver a retarlo.

—Déjame... —comencé, sin aliento, tirando de su cinturón.

—No —su voz era baja, cargada de determinación—. Esto es mío —dijo, cerrando sus dedos alrededor de los míos y apartándolos—. Tú eres mía.

Esas palabras me provocaron un escalofrío, mitad miedo, mitad hambre. Aun así, me resistí, elevando las caderas e intentando tomar el control de algún modo. Él gruñó, un sonido oscuro que nacía en lo más profundo de su pecho, y entonces su boca volvió a estar sobre la mía, con más fuerza, arrancándome de la garganta un gemido que no pude contener.

Su ropa desapareció en un abrir y cerrar de ojos hasta que no quedó nada más que piel, dejándome temblando. Su mirada me recorrió de arriba abajo, y juraría que podía sentirla con la misma nitidez que su tacto. Me besó trazando una línea por todo el cuerpo y, cuando intenté atraerlo de nuevo hacia arriba para mantener su boca unida a la mía, me sujetó las caderas con las manos, firme e inamovible.

—Gio...

—Chisss... —Su aliento estaba caliente contra mi vello púbico, sus ojos clavados en los míos—. No tienes que demostrar nada. Esta noche no.

Me separó las piernas, gimiendo ante la visión de mi excitación. Su boca tardó apenas un segundo en volver a mí.

Se me escapó el aire, y el sonido se convirtió en un grito cuando su lengua se deslizó contra mí, deliberada, devastadora. Arqueé la

espalda separándola de la cama y mis dedos se enredaron en su pelo antes de que pudiera siquiera pensar en detenerme. Él gimió como si mi reacción le sirviera de alimento, y la vibración hizo que me desmoronara de nuevo; cualquier resistencia se fundió en una necesidad absoluta.

Deslizó la lengua contra mí, manteniéndola plana y centrada en mi clítoris, frotándome hasta que me temblaron los muslos. Bajó más, saboreándome en la fuente de mi humedad y soltando otro gemido que me atravesó por completo, en un bucle de retroalimentación de puro deseo.

Yo quería dar, quería ganármelo, pero él hacía que fuera imposible pensar en otra cosa que no fuera lo bien que me hacía sentir, lo capaz que era de desarmarme por completo.

No podía respirar. No podía pensar. Lo único que existía era su boca sobre mí, su lengua incitándome a abrirme, elevándome más y más. Introdujo la lengua en mi interior, tentándome con lo que estaba por venir, y, cuando jadeé y me retorcí, regresó a mi clítoris, selló sus labios a mi alrededor y succionó. Mis piernas intentaron cerrarse de golpe, luchando contra sus fuertes manos y perdiendo la batalla. El placer era intenso, abrumador y punzante.

—Gio, por favor —gimoteé, sin saber siquiera qué estaba pidiendo. Pero él lo sabía, y me lo dio.

Me lamió y me succionó hasta que el mundo empezó a volverse blanco por los bordes. Mi orgasmo estalló dentro de mí. Grité mientras mis caderas daban sacudidas, pero él me sujetó con firmeza, codicioso de hasta el último temblor. Se apretó contra mi

entrepierna mientras yo me deshacía, agarrando su pelo y gimiendo por la intensidad.

Cuando los ecos del placer se desvanecieron, me desplomé contra las sábanas, temblorosa y sin fuerzas. Apenas tuve tiempo de recuperar el aliento antes de que Gio estuviera de nuevo sobre mí, gateando por encima, con la boca todavía húmeda por mis fluidos, besándome hasta que me supe a mí misma en sus labios.

—Dios, eso ha sido... —Busqué la palabra adecuada, cualquier palabra, para describir el placer que aún resonaba en mi cuerpo.

—Estás increíble —susurró con voz ronca contra mi boca, con las manos rodeándome la cara como si quisiera grabarme las palabras a fuego—. No me canso de ti.

Su contención se hizo pedazos. Lo sentí en la forma en que se apartó de mí el tiempo justo para coger un condón y ponérselo, en el sonido entrecortado de su respiración, en el calor de su cuerpo cubriendo el mío. Cada línea de su anatomía estaba presionada con dureza e implacable contra mí; su necesidad era innegable.

Por un instante, el pánico punzó los bordes de mi deseo. No estaba segura de si me merecía esto, no después de Miami, no después de lo que le había arrebatado. Pero cuando su mano se deslizó por mi muslo, enganchando mi pierna alrededor de su cadera, el miedo se consumió, reemplazado por el fuego.

Lo quería. Incluso cuando mi cuerpo aún vibraba con los restos de mi orgasmo, lo ansiaba.

Tiré de él hacia abajo, clavándole las uñas en los hombros, tratando de ir a su encuentro, de devolverle una parte de lo que acababa de darme. Gruñó contra mi cuello, un sonido crudo y gutural, y entonces empujó para entrar en mí.

El mundo se detuvo.

Jadeé mientras mi cuerpo se estiraba, ardía y lo acogía, todo a la vez. Él se detuvo, a medio camino, con la frente apoyada contra la mía y el pecho agitado.

Me llenaba de una forma tan completa que no podía respirar. Durante un largo momento suspendido, se quedó inmóvil, con nuestros cuerpos encajados, el aire entre nosotros espeso. Apoyó la frente contra la mía y sentí el estremecimiento de su pecho, la contención que le costaba no limitarse a tomar lo que tan claramente deseaba.

—Te sientes... —Se le quebró la voz, con las palabras atrapadas entre la devoción y la perdición—. Tan jodidamente bien.

—Y tú también —jadeé, con mi interior pulsando a su alrededor en una mezcla embriagadora de deseo renovado y la sensibilidad posterior al orgasmo.

Su pulgar me rozó la mejilla, tierno mientras el resto de su cuerpo temblaba por la fuerza. —Frankie... —Mi nombre fue a la vez una oración y una maldición.

Mis dedos se hundieron en sus hombros, con el calor de su piel resbaladiza bajo mis palmas. Cada terminación nerviosa gritaba

pidiendo que se moviera, pero otra parte de mí se resistía, temerosa de lo que significaba dejar que se acercara tanto. Temerosa de lo mucho que todavía lo deseaba.

—Muévete —susurré, desesperada, con la súplica arrancada de mis entrañas.

Me arqueé bajo él, incapaz de contenerme, y eso fue todo el permiso que necesitaba. Sus caderas empezaron a balancearse, despacio al principio, con deliberación, arrancándome un jadeo de los labios mientras me estiraba a su alrededor. Él ahogó el sonido con su boca, besándome como si quisiera consumir los pedazos de mí que nunca había sido capaz de entregarle.

El ritmo fue aumentando, constante, implacable, hasta que mi cuerpo dejó de ser mío, arqueándose, aferrándose, yendo a su encuentro. Yo era de Gio, su instrumento para tocarlo, su vasija para contenerlo. Cada embestida enviaba chispas que se dispersaban por mi interior, hasta que no pude distinguir entre el placer y el dolor, entre el querer y el necesitar.

Él estaba en todas partes. El roce de su barba incipiente contra mi cuello. El deslizamiento áspero de su mano sujetándome la cadera. El sonido profundo y gutural que emitía cuando yo me contraía a su alrededor. Era demasiado y, a la vez, insuficiente, y no quería que terminara nunca.

—Francesca. —Pronunció mi nombre como lo había hecho en Miami, mezclando asombro y ardor de una forma que se filtraba a través de mi piel y se instalaba en mi misma alma.

Mis pensamientos se fragmentaron. Estaba de vuelta en Miami, con el calor de sus manos sobre mi piel de entonces, con el peso de mi error después. No debería tener esto. No debería tenerlo a él. Pero la culpa se enredaba con la necesidad hasta que no podía separarlas. Tal vez no lo merecía. Pero ahora mismo, no podía dejar de tomarlo. Le arañé la espalda, echando la cabeza hacia atrás contra las suaves almohadas mientras me elevaba para recibir sus embestidas, obligándolo a ir más fuerte, más profundo.

—Mírame —exigió con voz baja y ruda. Me sujetó la mandíbula con la mano, inclinando mi rostro hacia el suyo y obligándome a sostenerle la mirada, que era oscura, fundida, infinita—. No te atrevas a apartar la vista.

Solo pude obedecer. No tenía ninguna otra opción ni deseo. Estaba más atrapada por su mirada que si me hubiera inmovilizado con las manos.

Su ritmo se volvió más brusco, casi punitivo, como si estuviera persiguiendo algo que no terminaba de alcanzar. El cabecero golpeaba suavemente contra la pared, su aliento quemaba contra mis labios, su cuerpo estaba resbaladizo de sudor. Y aun así seguía besándome, hambriento, desesperado, como si intentara reescribir el pasado con cada movimiento.

—Gio. —Su nombre apenas fue un suspiro, un recordatorio para mí misma de que, después de todo este tiempo, de todo mi esfuerzo por alcanzar la redención, esto era real. Gio estaba dentro de mí, encima de mí, ocupando cada uno de mis sentidos hasta que el pasado y el futuro se desvanecieron. Solo existía él, solo esto. Solo nosotros.

Fui la primera en quebrarme; el placer me desgarró en una ola violenta y mi grito quedó amortiguado contra su boca. Él no se detuvo, siguió empujando a través de la ola, manteniéndome ahí, hasta que el mundo se volvió borroso y yo no fui más que sensación.

El éxtasis abrumador cada vez que me penetraba, golpeándome tan hondo que me quitaba el aliento. Su piel húmeda de sudor rozando la mía. El sonido de su respiración, que llegaba en jadeos pesados. El sabor de sus labios mientras me besaba. Su colonia dio paso a algo más natural y primario.

Cuando él me siguió, lo hizo con un sonido ahogado, y todo su cuerpo se estremeció contra el mío mientras se enterraba profundamente. Se aferró a mí, con cada músculo tenso, como si soltarse significara perder algo.

Lo apreté contra mí, rodeándolo con mis brazos tan fuerte que pensé que podrían romperse. Ambos gemimos cuando volvió a empujar, sensibles hasta el borde de la incomodidad, pero sin llegar a cruzarlo. Otra embestida débil hizo que hundiera la cara en mi cuello mientras yo me estrechaba a su alrededor y arrancaba otro gemido de mi pecho.

—Joder —susurró con una última embestida, llegando tan al fondo como pudo y sin soltarme hasta que vibró.

Nos desplomamos juntos, enredados y temblorosos, mientras la tensión se drenaba de nosotros y el espacio entre ambos quedaba aniquilado.

Durante un buen rato, ninguno de los dos se movió. La habitación estaba cargada de calor, con el aroma del sudor y el sexo

impregnando las sábanas. El cuerpo de Gio me aplastaba contra el colchón; su peso a la vez me atrapaba y me mantenía en la tierra. Su respiración llegaba en ráfagas entrecortadas contra mi oído, cada exhalación lo bastante caliente como para hacerme temblar incluso después de todo.

No podía dejar de tocarlo. Mis manos recorrían su espalda, trazando la curva resbaladiza de sus músculos, memorizando los relieves de su columna, la fuerte flexión de sus hombros como si pudiera grabar el tacto de su piel en la mía. Volvió a buscar mi boca, con un beso duro y absorbente, rozando los dientes, enredando las lenguas, como si no acabáramos de exprimir hasta la última gota de fuerza de nuestros cuerpos.

De repente, nos hizo rodar, tirando de mí para ponerme encima y sujetándome con firmeza por la cintura como si se negara a soltarme. Apoyé las manos en su pecho, sentí su corazón aún tronando bajo mis palmas. Su mirada me mantuvo quieta, abrasadora, llena de algo peligrosamente tierno.

—Decir que esto es una locura se queda corto —masculló, pasando el pulgar por mi labio inferior antes de atraerme hacia abajo y morderlo suavemente.

Una nueva oleada de calor me recorrió, pero poco a poco, gradualmente, la urgencia empezó a remitir. Los besos se suavizaron, volviéndose persistentes en lugar de devoradores. Sus manos ralentizaron su reclamo inquieto, asentándose en un lento recorrido por mi espalda, con los dedos entrelazándose en mi pelo como si me quisiera más cerca, no solo con más fuerza.

Esta ternura era casi peor. Porque ya no se trataba solo de necesidad. No se trataba de ganar o perder, ni de demostrarse nada el uno al otro. Se trataba de recordar. La forma en que solía abrazarme, la forma en que solíamos encajar.

Me hundí en su pecho, dejé que su calor me rodeara. Por un instante fugaz y peligroso, me permití fingir. Fingir que no le había robado. Fingir que diez años de amargura y traición no habían tallado sus bordes irregulares en los dos. Fingir que esto solo era una continuación de Miami, de la perfección que perdimos antes de que yo lo arruinara todo.

Pero la verdad era más afilada. Cada roce amable de su mano por mi pelo, cada beso que depositaba en mi sien, solo me recordaba cuánto había tirado por la borda.

Cerré los ojos, debatida entre querer fundirme en él por completo y querer salir corriendo de mi propio cuerpo.

—Debería encargarme del condón —murmuró con pesar, como si no quisiera moverse.

Asentí, y él metió la mano entre nosotros para sujetarlo mientras yo me separaba de él. Al instante me sentí vacía.

Balanceando las piernas, lo dejé levantarse y me tumbé junto al hueco que había dejado en la cama. Lo observé mientras se movía: su espalda ancha, la forma perezosa en que movía las piernas. Se quitó el condón y desapareció en el baño privado. Sentí frío sin él, a pesar de que su dormitorio estaba a una temperatura agradable.

¿Era esta la parte en la que se suponía que debía irme? ¿Levantarme, recoger mis cosas y considerar esto como una noche de desahogo tras una dura batalla?

Cuando Gio regresó, todavía desnudo, con el miembro relajado pero turgente y el sudor brillando en su piel, sonrió. Los dientes blancos relucieron, los labios relajados, los ojos se le achinaron en las comisuras y sus cejas desiguales —una con cicatriz y la otra no— se inclinaron hacia abajo.

Y eso fue lo que casi me rompió. Porque quería conservar esto, conservarlo a él. Quería esta noche, esta ternura imposible, aunque supiera que no tenía ningún derecho a ella.

Capítulo 26

Gio

Me volví a meter en la cama con Frankie, y ella se quedó acurrucada contra mí, con su cabello pelirrojo desparramado por mi pecho como hojas de otoño.

Mi cuerpo aún vibraba por lo que acabábamos de hacer. Tenía cada nervio a flor de piel, cada músculo pesado, pero había una parte de mí que no estaba satisfecha, a pesar del potente orgasmo que me había dejado nublado y feliz.

Ni de lejos. No sabía qué significaba estar con ella así de nuevo, pero sabía una cosa con absoluta certeza: quería más. Una vez no había sido suficiente hace dos años, y no era suficiente ahora.

Se había quedado callada. Demasiado callada. Podía sentir su respiración, lenta pero irregular, como si estuviera intentando controlarse. ¿Se sentía como yo? ¿Este deseo renovado que ni siquiera un orgasmo potente podía aplacar? ¿O tenía alguna otra cosa en la cabeza? Pasé una mano reconfortante por su espalda, pero el patrón no cambió: contenía el aliento un instante antes de soltarlo de forma ligeramente temblorosa, desigual.

—Me sorprende que aún puedas pensar después de cómo te he hecho correrte —dije, dejando que la curiosidad me venciera—. ¿Te doy un céntimo por tus pensamientos?

Ella levantó la cabeza y, incluso con la tenue luz, pude distinguir el ceño fruncido entre sus cejas. Tuve ganas de alisárselo con los dedos.

Habló en voz baja, casi como si temiera romper un hechizo: —¿Qué vas a hacer con tu hotel?

De todas las cosas en las que podría haber estado pensando... Casi me echo a reír.

Esta era la Frankie de Miami. La mujer que balbuceaba sobre convertirse en veterinaria, con esas ganas de ayudar irradiando de su interior. La que preguntaba por algo más que las cosas superficiales, la que escuchaba cuando yo mencionaba que quería hacerme un nombre. La que me hizo creer, por un momento, que algo real entre nosotros podía existir.

Le aparté el pelo detrás de la oreja.

—Encontraré otro sitio —dije, con palabras firmes y seguras. Porque era la verdad: yo nunca perdía. Ni en los negocios, ni en la vida. Ni siquiera cuando parecía que ya me habían vencido. Perder los permisos y, por tanto, el almacén, era un contratiempo. Pero no había levantado mi imperio desde los cimientos para desmoronarme ante el primer signo de problemas.

Sus labios se curvaron, pero sus ojos permanecieron serios. —Suenas muy seguro.

—Lo estoy. —Mi pulgar rozó la línea suave de su hombro, deteniéndose en la leve marca que le había dejado—. ¿Y tú? ¿Qué va a pasar ahora con el refugio?

De repente, algo cambió en ella. Se retiró solo una fracción, lo suficiente para que el calor entre nosotros se enfriara.

—¿Puedo ser honesta? —preguntó, y yo asentí—. He luchado por esto durante tanto tiempo que no me parece real que por fin vaya a conseguirlo. Con el apoyo de tu padre, la financiación debería llegar. Es solo que… —Se interrumpió con un encogimiento de hombros, como si le faltaran las palabras.

El ácido me quemó el estómago al mencionar a mi padre. No me gustaba que estuviera trabajando con él. Él no hacía amigos ni se preocupaba por las buenas causas; solo le importaba quién podía servirle y cómo podía quedar él bien ante los demás. Mi mano se quedó quieta sobre su piel.

Debió de notarlo, porque levantó la barbilla, estudiándome con esos ojos perspicaces que siempre veían demasiado. —¿Qué pasó entre tu padre y tú?

La respuesta surgió con demasiada facilidad. Una sucesión de imágenes llenó mi cabeza: su mano apretando el brazo de mi madre con la fuerza suficiente para dejarle moratones. Su voz despreciándome hasta que me creía cada palabra. Sus amenazas, su control, su sombra cerniéndose sobre todo lo que yo deseaba.

Lo empujé todo hacia atrás, al rincón oscuro donde lo guardaba enterrado. —No quiero hablar de él.

Ella asintió, pero vi el retroceso en su postura, ese sutil distanciamiento. El hilo entre nosotros se aflojó. No podía permitir que eso ocurriera.

La agarré de la muñeca y tiré de ella suavemente hacia mí hasta que su muslo se deslizó sobre el mío, hasta que se le cortó la respiración. Mis labios rozaron su sien, luego su mandíbula, y después bajaron mientras la empujaba sobre su espalda, saboreando su piel con deliberado cuidado.

—No desperdiciemos esta noche hablando de él —murmuré contra su garganta—. Se me ocurren formas mejores de pasar el tiempo.

Su risa fue suave, entrecortada. —Eres insaciable.

—Culpable —dije, rozando su hombro con los dientes—. Pero no parece que te importe.

—Tal vez sí. —Intentaba bromear, pero el nudo en su respiración la delató cuando acaricié su pecho y le pellizqué el pezón.

—Mentirosa.

La bruma del orgasmo aún persistía, pero ahora nos envolvía en un tipo de calor diferente. Más suave, más perezoso, pero no menos peligroso. Me besó de nuevo, esta vez más despacio, con su sonrisa rozando mis labios como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Con mi boca sobre la suya, jugué con sus hermosos pechos. Encajaban perfectamente en mis manos, llenándome las palmas. Froté sus pezones duros y rosados, adorando la forma en que ella jadeaba en mi boca ante la estimulación. Pero pronto, usar las manos no fue suficiente; necesitaba tenerlos en mi boca.

Deslizándome hacia abajo, succioné uno de sus pechos, tomando todo lo que pude mientras movía mi lengua alrededor de su pezón. Amasé el otro pecho con la mano, presionando mis caderas hacia adelante para ejercer presión sobre mi polla, que se iba endureciendo lentamente.

Frankie se aferró a mí, tocando cualquier parte a la que pudiera llegar. Sus dedos se hundieron en mí mientras yo colmaba sus tetas perfectas con la atención que merecían, sin detenerme hasta que ella empezó a retorcerse de necesidad y casi a gemir.

—Debería ser yo... —jadeó—, debería ser yo la que te diera placer a ti.

—Te aseguro que esto es totalmente mutuo —dije con una sonrisa de suficiencia, deslizando mi mano por su muslo. Sus piernas se abrieron, su cuerpo mostrándome cuánto me ansiaba. Eché un vistazo a su coño reluciente. Incluso a la luz de la luna, podía ver lo empapada y necesitada que estaba.

—Solo quiero... —Su voz se apagó cuando mis dedos subieron por la parte interna de su muslo. Si hubiera sabido que podía interrumpir su hilo de pensamientos tan fácilmente, lo habría intentado durante nuestra competición. Quizás así habría tenido alguna oportunidad de ganar.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté, con los nudillos rozando su piel húmeda. Aún no estaba erecto del todo, pero estaba en camino.

—Quiero chupártela —soltó de golpe, con los dedos hundiéndose en mi espalda.

Mi mano se detuvo y mis ojos se clavaron en su rostro. Se estaba mordiendo el labio, avergonzada por su audacia. Eso no hizo más que volver su oferta más atractiva. Era una de las pocas cosas que no habíamos hecho en Miami, y ahora era lo único en lo que podía pensar.

—Bueno, si lo pones así... —me reí, besando su pecho de subida hacia su cuello hasta llegar a su boca. Succioné su labio inferior, dejando que mis dientes lo rozaran. Si alguien tenía derecho a morder sus labios perfectos, era yo.

Ella me empujó el pecho y dejé que me guiara para ponerme de espaldas. Me siguió, subiéndose encima de mí y besándome la garganta y bajando por mi pecho. No estaba acostumbrado a simplemente tumbarme y dejar que mis parejas sexuales hicieran todo el trabajo, pero Frankie había presentado un argumento convincente y no iba a interrumpirla, no cuando estaba dándome besos con succión contra mi estómago y recorriendo el vello de mi pecho con sus uñas cortas.

Su descenso fue rápido, y pronto estuvo tumbada boca abajo entre mis piernas, sosteniendo mi polla con su mano pequeña. Podría haberla rodeado con las dos manos y aun así no la cubriría entera.

Si no me hubiera corrido hacía menos de veinte minutos, habría estado como una piedra. El hecho de que estuviera duro como el acero se debía a lo jodidamente sexy que era Frankie. Cuando me metió en su boca, supe que no tardaría mucho en llegar al clímax.

Empezó despacio, moviendo la lengua alrededor de la punta mientras me acariciaba con la mano. Me succionó más profundamente, llevándome al interior de su boca, con los labios bien abiertos, desafiándome a llenarla. Agarré las sábanas debajo de mí mientras ella trabajaba con su lengua contra la parte inferior de mi miembro, y sus suaves succiones se volvieron más audaces a medida que yo crecía en su boca.

—Joder... —gemí.

En cuestión de minutos, estaba dolorosamente duro, viendo a esta pequeña pelirroja subir y bajar, metiéndome tan al fondo de su boca como podía y acariciando los pocos centímetros que no cabían. Me alegré de haberme corrido ya una vez, porque solo la vista podría haberme hecho pasar una vergüenza que no sentía desde que era adolescente. En lugar de eso, pude disfrutar de cada sensación, de cada lametazo de su lengua y del sellado de sus labios carnosos.

Y cuando me miró, con sus pestañas enmarcando esos hermosos ojos verdes, supe que no saldría de esto siendo el mismo hombre. Era una sensación similar a la que tuve en Miami, la de haber encontrado por fin a alguien a mi altura. En aquel entonces, con veintitantos años y justo al inicio de la construcción de mi imperio,

era mucho más idealista. Me engañé pensando que podríamos tener algo, solo para que me dieran una lección dolorosa sobre lo que conllevaba abrirse a alguien. Debería haber aprendido la lección. Pero no estaba seguro de haberlo hecho.

—Necesito follarte —gruñí, enredando mis dedos en su pelo y apartándola de mi polla. Se soltó con un chasquido, con los labios sonrosados y los ojos llenos de fuego. Necesitaba recuperar algo de control.

Frankie asintió, con los ojos vidriosos como si estuviera en la gloria solo por habérmela chupado.

Dios bendito, esta mujer va a acabar conmigo.

Se quitó de encima para que yo pudiera coger otro condón y me esperó en la cama, dócil y necesitada, con las piernas apretadas mientras se retorcía de excitación. Mi autocontrol se deshilachó.

—Ponte a cuatro patas —le ordené. Se tomó un momento para obedecer, lanzándome una mirada hambrienta.

—Dios, sí —dijo, dándose la vuelta y poniéndose en posición, sin ser consciente del efecto que estaba teniendo en mí.

La vista fue casi mi perdición. Empapada e henchida por la excitación, su coño estaba suplicando por mi polla. No iba a hacerla esperar más. Cubriéndome con el látex y deseando poder sentirla sin barreras, me arrodillé detrás de ella.

Agarrándome por la base, introduje la cabeza en su interior, observando cómo se abría para mí. Se rindió a mí como si estuviera hecha a mi medida, y me deslicé hasta el fondo, con mis caderas presionando contra su perfecto culo de melocotón. Afirmaba que no tenía tiempo para hacer cardio, pero, joder, o bien su trabajo había esculpido su cuerpo hasta la perfección, o su belleza natural eclipsaba cualquier foto de celebridad retocada y a cualquier influencer de fitness con exceso de filtros.

—Sienta tan bien... —dijo, empujando hacia atrás contra mí. Lo último que me quedaba de control se rompió en un instante.

La agarré por las caderas y tiré hacia atrás hasta que solo la punta de mi polla seguía dentro, y luego volví a embestir con fuerza, chocando contra su culo redondeado con un azote erótico. Lo hice una y otra vez, marcando un ritmo castigador que la hizo aferrarse a las sábanas y que a mí se me encogieran los dedos de los pies.

No podía estar lo suficientemente cerca, lo suficientemente profundo. Con cada embestida, la empujaba más y más contra la cama hasta que ella quedó tumbada boca abajo y yo la cubrí por completo, con mi pecho contra su espalda y el sudor lubricándonos.

Ella echó la mano hacia atrás, agarrándome por la nuca y manteniéndome cerca como si temiera que pudiera desaparecer. No me iba a ninguna parte. Me quedaría enterrado dentro de ella para siempre si pudiera.

Cuando su otra mano empezó a serpentear por debajo de ella, la detuve. Le saqué el brazo y se lo inmovilicé contra la cama.

—No —gruñí en su oído—. Has dicho que me sientes bien, así que demuéstramelo. Córrete solo con mi polla.

Ella gimió contra la cama, con el cuerpo sufriendo espasmos y retorciéndose debajo de mí. Le gustaba la idea.

—Eso es, nena —la animé.

Girando la cabeza lo justo para respirar, aceptó mis embestidas como si me necesitara tanto como yo a ella.

La embestí con fuerza, piel contra piel en cada movimiento, llegando hasta el fondo una y otra vez. Mi orgasmo estaba cerca, pero no iba a correrme hasta que ella se estuviera apretando a mi alrededor.

—¿Sientes lo bueno que es recibir mi polla? —gemí, con la nariz hundida en su espeso cabello. Olía a frutas y especias, como a sidra de manzana, pero de forma más sutil y profunda.

Ella asintió, gimiendo en respuesta. —Estoy tan cerca.

La follé con más fuerza, ambos sujetando al otro en su sitio, su mano enredada en mi pelo, mi mano rodeando su muñeca y mi cuerpo pegado al suyo. La posición la estrechaba más, sus paredes aferrándose a mí como si intentaran retenerme dentro. Yo estaba justo al borde del orgasmo.

—Lo estás haciendo muy bien para mí —la elogié, manteniendo el ritmo de mis embestidas constante—. Córrete para mí, nena. Déjame sentir esos espasmos de tu coño perfecto a mi alrededor.

Ella gritó, cerrando los ojos con fuerza. —Casi. Joder, Gio, voy a—

Su gemido se tragó su última palabra mientras temblaba y se retorcía bajo mi cuerpo. Sus paredes se contrajeron alrededor de mi miembro, provocando mi propia descarga en cuestión de segundos. Alcanzamos el éxtasis juntos, nuestros gemidos fundiéndose en un coro, nuestros cuerpos moviéndose al unísono. Incluso su coño me ordeñaba la polla, y cada espasmo perfecto me provocaba otra oleada de placer.

Su mano se relajó en mi pelo y yo le solté la muñeca, pero no nos movimos durante un momento. La besé donde pude alcanzar: sus hombros, su cuello, el lado de su cara. Ella soltó un ronroneo de felicidad absoluta desde el fondo de su garganta.

Finalmente, reuní fuerzas suficientes para salir, sujetando el condón en su sitio al hacerlo. Pero esta vez no tenía energía para llegar hasta el baño. Le hice un nudo y lo tiré sobre la mesita de noche para encargarme de él por la mañana. Usé mis últimas fuerzas para arropar a Frankie bajo las mantas conmigo. Ella se acurrucó en mis brazos.

—Me alegro de haberte mandado aquel mensaje esta noche —murmuró contra mi pecho.

—Sí, yo también. —Le planté un beso en la coronilla y nos quedamos profundamente dormidos.

El estridente zumbido de la alarma de un teléfono atravesó mi sueño como una sierra. Esa no era mi alarma; yo nunca me levantaba tan temprano. Gemí, hundiendo la cara en la almohada, pero Frankie se incorporó de golpe a mi lado. Giré la cabeza y me encontré con una visión de pelo revuelto y ojos muy abiertos.

—Mierda. Llego tarde.

Parpadeé ante la luz de la mañana que se filtraba por las cortinas, con cada hueso de mi cuerpo pesado por la falta de sueño y el exceso de ella. —Apenas ha amanecido —murmuré, con la voz todavía ronca. Su alarma seguía sonando.

—Lo sé. Puse la alarma a las seis. —Salió de la cama a toda prisa, caminando descalza por el parqué, hurgando entre montones de ropa descartada con una energía frenética—. Tengo que estar en el trabajo, Gio. Y tú vives en Manhattan. Voy a tardar una eternidad en volver.

Encontró su teléfono y apagó la alarma, gracias a Dios.

Me incorporé y la observé, divertido a pesar de su pánico. Frankie rebuscó en el montón de ropa varias veces, desnuda, con los pechos agitándose mientras se movía. Mi polla se espabiló al ver mis pantalones, mi camisa, su sujetador y sus pantalones. Volvió a revisarlos, notando que faltaba algo importante. Su ropa interior. Casi deseé poder simplemente volver a meterla en la cama y decirle que no fuera a trabajar, pero sabía que ella jamás aceptaría.

Me estrujé el cerebro, intentando recordar qué había hecho con esas prendas en concreto cuando la estaba desvistiendo. Imágenes

pasaron por mi cabeza, ninguna de ellas útil, pero todas eróticas. No ayudaba en nada a mi creciente excitación.

Algo suave me rozó la pierna. Tiré de las sábanas y sonreí.

—¿Buscas esto? —Colgué un trozo de encaje entre dos dedos. Ella alargó la mano para cogerlo, pero yo me lo llevé a la cara, oliendo su rastro en la tela.

Sus mejillas se encendieron mientras me arrebataba las bragas. —Eres imposible.

—Mmm. —La agarré por la muñeca, tirando de ella lo justo para besarle el hombro antes de soltarla de nuevo—. Y sin embargo, aquí estás.

Ella resopló, pero las comisuras de su boca se curvaron mientras se ponía las bragas. Salí de la cama y me puse unos pantalones de chándal, teniendo un cuidado especial con la cinturilla. Ella se puso el sujetador, robándome la vista de sus pechos perfectos y sus pezones rosados, que estaban lo suficientemente duros como para marcarse a través de la tela.

—¿Seguro que no puedes quedarte? —pregunté, usando todo mi autocontrol para no tocarme por encima del pantalón.

—Lo siento —respondió ella, mirándome. Sus ojos bajaron hacia la tienda de campaña que tenía en los pantalones. Al menos parecía tentada.

Encontré su blusa enredada a los pies de la cama. Sosteniéndola, la ayudé a ponérsela, alisando la tela sobre sus hombros. Mis labios rozaron el lateral de su cuello antes de dar un paso atrás. —Mejor.

Se dio la vuelta, mirándome con el mismo fuego en los ojos que yo sentía. La atraje para otro beso, acunando su rostro con una mano mientras la otra iba a su cintura, manteniéndola cerca.

Su suspiro se fundió con el mío cuando nuestros labios se encontraron, lento y persistente. Su cuerpo se ablandó contra el mío, y toda esa energía frenética desapareció durante un latido. Presioné mis caderas contra ella, sintiendo el dulce alivio de la presión donde más lo necesitaba.

Se apartó, sin aliento. —De verdad que me tengo que ir.

Maldita sea.

—Iba a prepararte el desayuno —dije, apartándole un mechón de pelo de la cara.

Ella se rió, con un sonido corto y arrepentido. El juego que yo estaba haciendo, intentando que se quedara conmigo, era obvio. —Podrás hacerlo la próxima vez.

—¿La próxima vez? —Arqueé una ceja, pero mi pecho se apretó de una forma que no esperaba.

Su sonrisa flaqueó y la duda brilló en sus ojos. Había confundido mi sorpresa con el hecho de no querer repetir. Y vaya si quería.

Le tomé la mandíbula, asegurándome de que me mirara. —Sí, Frankie. La próxima vez. Le diré al portero que no necesitas permiso. Puedes subir cuando quieras. Trabajo desde casa cuando no estoy en el club.

Fue una decisión impulsiva, pero su reacción hizo que valiera la pena.

Sus labios se entreabrieron, la sorpresa suavizó sus rasgos y luego volvió a besarme, largo y profundo. Hizo que el caos de la mañana se desvaneciera en un pozo de deseo y promesas de más. Cuando se apartó, la dejé marchar, aunque cada instinto gritaba que la retuviera aquí. Habría más ocasiones.

Me apoyé en el marco de la puerta mientras ella salía, echando ya de menos sus labios y la sensación de su cuerpo contra el mío. Debería haberme esforzado más en convencerla para un rapidito.

La puerta se cerró tras ella con un clic y el silencio se expandió en su ausencia. Por un segundo, consideré la posibilidad de volver a meterme en la cama y hundir la cara en las sábanas que aún olían a ella. Pero ya no había posibilidad de dormir. Mi cuerpo vibraba, demasiado inquieto, demasiado consciente de lo que acababa de pasar. Mi mano no sería suficiente después de una noche con ella, así que ignoré mi erección y me concentré en ocuparme de otros asuntos.

Fui a la cocina, concentrándome en preparar el desayuno. Para cuando la sartén estuvo caliente y rompí unos cuantos huevos en ella, dejando que el chisporroteo llenara el silencio, ya me había controlado. Los viejos hábitos me hicieron echar mano del teléfono, revisando los correos electrónicos mientras las tostadas se doraban.

Basura, actualizaciones de la junta, un borrador de un comunicado de prensa. Pero el asunto de uno de ellos me atrapó.

Hallazgos delicados. Necesitamos hablar en persona.

Del investigador privado de Silas.

Mi agarre sobre el teléfono se tensó. «Delicado» podía significar cualquier cosa. Mi pecho, todavía agradablemente cálido por los besos de Frankie, se quedó gélido.

Marqué su número. Respondió al primer tono.

—Señor Moretti. —Su voz era escueta, profesional—. No quería poner esto por escrito.

Me apoyé en la encimera, viendo cómo los huevos burbujeaban. —Pues cuéntemelo ahora.

Hubo una pausa. —No por teléfono. Querrá ver esto usted mismo.

Exhalé por la nariz, forzando una paciencia que no sentía. —Está bien. Venga a mi casa hoy mismo. Le enviaré la dirección.

Hubo otra pausa, como si no se hubiera esperado la invitación. —Entendido. Estaré allí sobre el mediodía.

Colgué, mirando el teléfono en mi mano. Se me había pasado el hambre; los huevos se estaban quedando correosos en la sartén.

«Hallazgos delicados». ¿Sobre Frankie? ¿Sobre Antonio? Fuera lo que fuera, significaba algo que podía hacer que el suelo temblara bajo mis pies.

Y después de lo de anoche, no estaba seguro de qué resultado me asustaba más.

Capítulo 27

Frankie

Debido a la hora punta de la mañana, mucha más gente entraba en Manhattan desde los otros distritos de la que salía, pero eso también significaba que pasaban menos trenes en la dirección correcta. Mi turno empezaba a las siete y media, lo que no me dejaba mucho margen después de haberme peleado por encontrar la ropa y de haber pasado demasiado tiempo besando a Gio. No es que me arrepintiera.

Cuando mi tren llegó a Queens, todavía tuve que coger un transbordo y luego caminar dos manzanas. En lugar de eso, las hice corriendo.

Para cuando finalmente llegué a la clínica, el pulso me latía con fuerza y ya llegaba veinte minutos tarde. Debería haber ido andando directamente. El timbre de la entrada tintineó tras de mí, agudo

como una reprimenda, y, efectivamente, el Sr. Treadwell me esperaba en el pasillo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Llega tarde —dijo él, con las cejas subiendo hacia su incipiente calvicie.

Abrí la boca, buscando desesperadamente una excusa, pero Santana, nuestra jefa de peluquería, se asomó desde la sala de estética con la maquinilla aún en la mano y un mechón de pelo pegado a la mejilla.

—No sea tan duro con ella, Sr. T. Frankie ganó a lo grande ayer en el ayuntamiento —dijo Santana, sonriendo como si llevara tiempo esperando este momento—. Si alguien se merece quedarse dormida, es ella.

Él resopló, claramente con ganas de insistir en su punto, pero sus palabras lo detuvieron. —Está bien. Pero si acaba dirigiendo ese refugio a tiempo completo, más vale que me avise con antelación. Encontrar a otro veterinario con su destreza no será fácil.

Una amenaza y un cumplido, todo en uno. Ese era uno de los talentos del Sr. Treadwell.

Un calor me subió por el cuello, mezcla de orgullo y culpa.

—Por supuesto. Usted será el primero en saberlo —prometí.

Me dedicó un breve asentimiento. —Felicidades, Frankie. —Luego se dirigió hacia los caniles, refunfuñando algo sobre papeleo.

Exhalé aliviada. —Gracias por el capote —le dije a Santana mientras se limpiaba las manos en el delantal y se acercaba a mí.

Me lanzó una sonrisa de estar muy satisfecha de sí misma. —¿No hay de qué? Pero ¿si de verdad quieres agradecérmelo? Suéltalo todo sobre la celebración de anoche.

Se me dio un vuelco el estómago y el rubor me invadió al instante. —No sé a qué te refieres.

—Mmm, sí. —Alargó el sonido, recorriéndome con la mirada de arriba abajo—. Llevas la misma ropa que ayer. Solo que ahora parece un poco más… usada. ¿Y ese pelo? Definitivamente no es fruto de una noche de sueño reparador.

Balbuceé, pero la sonrisa que asomaba a mis labios me delató. No servía de nada mentir. —Vale. Me he liado con alguien.

Sus ojos se abrieron de par en par, encantada. —¡Por fin! ¿Quién? Cuéntamelo todo.

Negué con la cabeza, intentando pasar de largo hacia mi despacho, pero me siguió como una sombra. —Es… alguien de mi pasado. Ni siquiera sé todavía qué significa.

No había tenido tiempo de asimilar todo lo ocurrido con Gio. Un momento estaba yendo a su club para, ¿qué? ¿Disculparme por haber ganado? ¿Comprobar que el gran Gio Moretti estaba bien después de perder? Y al segundo siguiente estaba en su cama pasando la noche de mi vida. Aún podía sentir sus manos sobre mi

piel, sus labios en mi cuello, su enorme polla… Corté ese hilo de pensamiento.

El día iba a ser bastante difícil tras ese beso de despedida que habíamos compartido; no necesitaba estar dándole vueltas también a recuerdos eróticos.

Santana se sentó en el borde de mi escritorio, ignorando los expedientes de los pacientes. —¿Te ha dado a entender que era algo de una sola vez? Porque, según mi experiencia, los ex, o lo que sea que seáis vosotros, no vuelven a liarse solo una vez.

Me coloqué un mechón de pelo tras la oreja y respondí en voz baja: —Dijo que puedo pasarme por su apartamento cuando quiera. No sé si se supone que eso significa algo, o si es simplemente… ya sabes.

Su sonrisa decayó un poco, y frunció el ceño mientras su estado de ánimo se volvía más protector.

—Así que, o este tío quiere una relación, o quiere sexo esporádico a la carta —me señaló con el dedo—. Asegúrate de que sea tu elección, Frankie. Protege ese gran corazón tuyo. Pero —chilló, interrumpiéndose a sí misma—, ¡sigo estando emocionada de que por fin estés saliendo con alguien!

Salir. La palabra hizo que se me revolviera el estómago, entre nervios y expectación. No sabía si eso era lo que estaba haciendo. No había planeado acostarme con Gio. No me parecía justo empezar algo así con él, no mientras su carísimo reloj de herencia seguía en el fondo de mi cajón. Pero, *Dios*, cómo lo deseaba. Solo tenía que decidir si tenía el valor de ser sincera con él.

Gio

El portero subió poco después del mediodía. Había estado intentando distraerme con el trabajo, buscando otros solares en Brooklyn para ubicar mi hotel. Estaba siendo difícil encontrar los metros cuadrados que necesitaba. Cogí el teléfono al primer tono.

—Sr. Moretti, un tal Sr. Glass está aquí para verle —dijo el portero cuando respondí.

El investigador privado de Silas.

—Sí, hágale subir —le indiqué.

Recibí al Sr. Glass en la puerta, evaluándolo. Vestía un traje arrugado, tenía un rostro curtido que hablaba de una vida dura y una reserva en los ojos que no traicionaba sus secretos.

—Sr. Glass —dije, estrechándole la mano.

—Moretti —respondió él—. Gracias por recibirme.

Entró y me siguió hasta el salón.

No se sentó de inmediato. Me miró como miran los hombres cuando saben que están a punto de soltar una bomba. —No pensé que querría que ni siquiera Silas supiera lo que he desenterrado.

Se me encogió el estómago. —Enséñemelo.

Se sentó en el sofá, dejó el maletín sobre la mesa de cristal y empezó a sacar carpetas amarillas. —He estado siguiendo el rastro de documentos de su padre. Me ha llevado unos días, y algunos favores pedidos, encontrar la prueba definitiva. Ha estado moviendo dinero a través de una red de organizaciones benéficas pantalla. Fundaciones falsas, programas comunitarios, lo que se le ocurra. En la superficie, parecen legítimas. ¿En realidad? No son más que lavanderías para él y sus amigos.

Las palabras se hundieron como plomo. Sabía que mi padre estaba metido en asuntos turbios. Antes de su carrera política, había sido el director general de la empresa constructora que mi abuelo había fundado. Él había levantado la empresa con trabajo duro y honesto, y mi padre había hecho muchos tratos bajo cuerda para duplicar los beneficios. Me toqué la muñeca izquierda. Mi abuelo había sido un buen hombre; me alegraba de que hubiera fallecido antes de llegar a ver en qué se había convertido mi padre. Pero eso no había sido suficiente para mi padre; él quería poder, no solo dinero.

Me froté la mandíbula, intentando mantener a raya las náuseas. —Así que apoyar el refugio de Frankie…

—Dudo que lo haga por la bondad de su corazón. —La boca del detective se torció—. Necesita organizaciones benéficas que den buena imagen, que atraigan la confianza real de la comunidad. Demasiadas organizaciones falsas en las cuentas resulta sospechoso. Pero ¿una que no esté vinculada a él? El proyecto de Francesca Hayes encaja a la perfección.

El pulso se me aceleró por la forma en que pronunció su nombre, como si fuera una criminal implicada en esto. —Su refugio es real. Lleva años luchando por él.

Pero incluso mientras la defendía, la duda se filtraba.

—Tal vez. —Deslizó otro archivo hacia mí—. Pero no podía ignorar la coincidencia. Me pidió que investigara a Hayes también, por una buena razón. No hay una prueba irrefutable; sus solicitudes de empleo y de préstamo son legítimas. No encuentro ninguna conexión entre ella y su padre antes de que empezara todo esto. Pero si estuvo mezclada con traficantes en Miami… —dejó la implicación en el aire—. Entonces el refugio podría ser una tapadera para otra cosa. O ella es una oportunista que busca llevarse una tajada.

Me puse tenso. —No. —La palabra salió de mí más cortante de lo que pretendía. Me obligué a bajar el tono—. Frankie no es así. Ella es… es apasionada. Pura. Si mi padre merodea a su alrededor, es porque quiere usarla. No al revés.

No podía reconocer la imagen que Glass pintaba de ella en la mujer que había tenido en mi cama anoche. Pero, por otro lado, todavía no lograba encajar lo que ella había hecho en Miami.

—¿Ha averiguado algo más sobre ella? —pregunté, sintiéndome sucio incluso por hacer la pregunta. Pero tenía que estar seguro.

—Solo me centré en su padre; fue un trabajo grande —dijo—. Pero también he traído el expediente de Hayes, y puedo profundizar más si lo desea. Puede que tenga que hacer algunas cosas no del todo legales para obtener más información.

—No quiero participar en eso —dije con un firme gesto de cabeza. Trabajar con un detective privado ya era una zona bastante gris. No iba a ensuciarme las manos. Yo no era mi padre.

El Sr. Glass me sostuvo la mirada, inescrutable. Luego cerró las carpetas, las apiló cuidadosamente y las empujó hacia mí. —Su padre. Y Hayes. Léalo todo, vea si puede encajar algo que a mí se me haya pasado por alto.

—Sí —asentí. Porque, sintiera lo que sintiera, tampoco era un maldito estúpido.

Acompañé al Sr. Glass a la salida, le estreché la mano y le aseguré que lo llamaría si tenía algo más que encargarle. Esperaba que no fuera así.

Me quedé mirando las carpetas sobre mi mesa de centro después de que se fuera. La que tenía el nombre de Antonio era gruesa, con los bordes desgastados de tanto manosearla. La de Frankie era más delgada, con su nombre mecanografiado en tinta negra y limpia sobre la pestaña. Puse la suya encima, dejando la mano sobre la portada.

No me importaba lo que sospechara el detective. Ella no era turbia. La estaban arrastrando a algo más grande de lo que imaginaba. No había forma de que Frankie fuera una mente maestra malvada compinchada con mi padre, a pesar de su pasado.

Y maldita sea si iba a dejar que Antonio la hundiera con él.

Cogí el teléfono, con el pulgar sobre su contacto, y escribí antes de que pudiera arrepentirme.

Gio: Ven a mi casa después del trabajo.

Necesitaba que supiera quién era Antonio antes de que aceptara su dinero, antes de que este pudiera manchar su refugio con sus crímenes. No había podido proteger a mi madre, pero sí podía proteger a Frankie.

Capítulo 28

Frankie

Como me había saltado el desayuno, para cuando llegó mi hora de comer, estaba muerta de hambre. El estómago me rugía con tanta fuerza durante la exploración de mi última paciente que la pobre gata había salido disparada de la mesa enviando todo por los aires. Les había pedido disculpas tanto a la gata como a su dueña, pero me había costado un poco convencer a la dulce criatura para que se dejara tocar de nuevo.

Estaba a medio desenvolver mi sándwich cuando el teléfono vibró.

Gio: Ven a mi casa después del trabajo.

Siete palabras. Eso era todo. Pero me provocaron un torrente de expectación y deseo tan fuerte que me olvidé por completo del

hambre. El pulso se me aceleró y tuve que releer el mensaje dos veces solo para asegurarme de que era real.

Lo de anoche no había sido cosa de una vez, entonces. No era algo que Gio fuera a ignorar y archivar como un error, ni una especie de premio de consolación por haberme llevado los permisos. Lo de anoche había significado algo para él, igual que para mí.

Llevaba todo el día luchando contra ráfagas de recuerdos, pero me resultaba difícil con el perfume de Gio aún impregnado en mi piel. Hacía tanto tiempo que nadie me tocaba de esa manera. Desde que *Gio* me había tocado así. Me había despertado, me había recordado lo que se sentía al experimentar un placer que te calaba hasta el alma. Anhelaba más, y lo iba a tener.

Respondí rápidamente, antes de empezar a darle demasiadas vueltas.

Frankie: Me encantaría. ¿Estaré allí sobre las siete?

Mi pulgar dudó sobre el botón de envío, con la mano temblando, pero una vez hecho, la anticipación burbujeó en mi pecho. Sin embargo, la culpa —por el reloj, por lo que había ocultado— me oprimía levemente los bordes del corazón. Era algo con lo que tendría que lidiar, pero podía permitirme otra noche de felicidad con Gio antes de que eso sucediera. No podía ahogar la oleada de calidez en mi pecho. Quería verme de nuevo. Mi teléfono vibró con su respuesta.

Gio: Perfecto.

Sonreí, a punto de guardar el móvil, cuando empezó a sonar. Fruncí el ceño al ver la identificación de la llamada: Antonio Moretti. ¿Qué quería?

Dudé un momento y luego deslicé el dedo para responder. —¿Diga?

—Francesca Hayes —dijo él, con voz suave y autoritaria, como la de un hombre nacido para dominar una sala—. Quería felicitarla por su rotunda victoria. La votación de ayer fue... extraordinaria.

El alivio y el orgullo recorrieron mi cuerpo. Después de la noche de ayer con Gio, por fin podía disfrutar de lo que había pasado. El refugio de animales iba a ser una realidad. Sería capaz de ayudar. Quizá incluso de acoger a Asher. ——Gracias, señor Moretti. Significa mucho para mí oírlo.

——Creía haberle dicho que me llamara Antonio ——me corrigió amablemente——. Al fin y al cabo, vamos a trabajar juntos.

——Antonio, por supuesto ——dije con una sonrisa.

——Debería estar orgullosa ——continuó——. Se plantó ante el ayuntamiento —mi ayuntamiento— y se los ganó, cuatro a uno. ¿Se da cuenta de lo raro que es eso?

Agaché la cabeza aunque él no pudiera verme, sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas. ——Solo les dije la verdad.

——Y eso es exactamente lo que esta ciudad necesita. ——Su voz se volvió cálida, casi paternal——. Autenticidad. Corazón. Ha cautivado

la imaginación del público, Francesca. ¿Sabe cuánta buena prensa ha generado en veinticuatro horas? Ya se habla del refugio como un símbolo de las segundas oportunidades. Exactamente el tipo de historia que Nueva York necesita.

No pude evitar sonreír. ——Eso es... increíble.

Por fin estaba empezando a asimilar cuánto bien iba a hacer este refugio. Y yo era la afortunada que iba a llevarlo a cabo. Nunca me había sentido tan bendecida.

——Lo es ——asintió Antonio——. Y por eso no quiero que espere. Cuanto antes empiece a montarlo, antes consolidaremos este impulso. Hay que aprovecharlo. Haré que mi oficina le envíe el acuerdo para la iniciativa benéfica de la ciudad, y mis amigos están deseosos de hacer donaciones.

Tragué saliva. Quedaba mucho por hacer. ——Aún tengo que finalizar la venta de la propiedad con el señor Chen. Me reuniré con él este fin de semana para firmar los papeles.

——Por supuesto ——respondió él, como si ya lo esperara——. Pero aún queda el asunto de constituir su organización benéfica y registrarla en el ayuntamiento. Ya he redactado los documentos. Una vez finalizada la venta, quiero que se ponga a trabajar en la construcción de ese refugio suyo. Para finales de mes, espero ver progresos. Esos animales la necesitan, Francesca.

El pecho se me ensanchó con algo que se parecía peligrosamente al orgullo. ——Empezaremos de inmediato. Gracias, señor Moretti. Antonio. De verdad.

——Se lo ha ganado ——dijo con firmeza. Luego, con un tono más suave, añadió——: Ha demostrado ser digna de la confianza de esta ciudad. Digna de la mía.

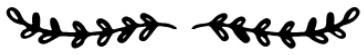
Por un momento, lo único que pude hacer fue apretar más el teléfono, asimilando sus palabras. Me envolvieron como la luz del sol. ——No le defraudaré.

——No creo que pueda hacerlo ——respondió Antonio con soltura ——. Estaremos en contacto.

La llamada terminó, dejándome mirando fijamente la pantalla, con el pulso aún acelerado.

No sabía qué había roto las cosas entre Gio y su padre, pero fuera lo que fuese, no podía borrar esto. Las familias eran complicadas. Pero ahora mismo, con los elogios de Antonio aún resonando en mis oídos, el mundo se sentía abierto de par en par, lleno de posibilidades.

Y más tarde, esta noche, volvería a estar en los brazos de Gio, en su cama. No recordaba la última vez que me había sentido tan esperanzada.



No podía dejar de sonreír durante el trayecto en ascensor hasta el ático de Gio. Mi reflejo en las puertas de espejo parecía ruborizado, casi infantil, como si me hubiera tragado el sol entero. Un permiso en la mano, un futuro refugio en el horizonte y ahora, Gio.

Su mensaje me había parecido una promesa, la prueba de que lo de anoche no fue solo un error imprudente, sino el comienzo de algo más.

Mañana. Mañana le explicaría lo que pasó en Miami, le devolvería su reloj. Esta noche me iba a permitir no tener cargas.

Cuando las puertas se abrieron y entré en su apartamento, apenas le di oportunidad de saludarme. Fui directa hacia su pecho, rodeé su cuello con mis brazos y le besé como si llevara todo el día esperando. Así era. Su boca se encontró con la mía con la misma hambre, el tipo de beso que me hacía encoger los dedos de los pies y borraba cualquier pensamiento racional.

Le acerqué más a mí, pensando que nos perderíamos aquí mismo contra su encimera de mármol, pero entonces sus manos se tensaron en mi cintura; no para atraerme, sino para mantenerme quieta. Sus labios se separaron de los míos.

——Frankie. ——Su voz era baja, ronca——. Tenemos que hablar.

Un escalofrío me recorrió el pecho. Forcé una risa, ligera, casual. ——Eso no es lo que una chica suele querer oír cuando aparece por tu casa.

Él no sonrió, se limitó a soltar mi cintura y retroceder. Fuera lo que fuese para lo que me había traído aquí, ya no parecía que fuera una repetición de la jugada.

Me señaló el sofá y, después de que yo me sentara, él se sentó en el de enfrente, cara a cara. No tuve la calma necesaria para disfrutar

de lo suave y cómodo que era. La forma en que estaba sentado, con los codos apoyados en las rodillas, me indicó que no se trataba de una charla trivial. Se me encogió el estómago mientras me acomodaba frente a él.

——¿Qué pasa? ——pregunté.

Esto tenía que ser por lo de Miami. Por haberle robado. Lo de anoche debió de ser un golpe de suerte, un momento de locura antes de recordar quién era yo. Ahora me iba a interrogar sobre lo que hice hace diez años. ¿Por qué no había sido sincera simplemente?

No estoy preparada. No sé cómo explicárselo todavía.

——Tengo que hablarte de mi padre. ——Se le tensó la mandíbula y su acento se agudizó con el filo de su ira——. No puedes confiar en él, Frankie. No da nada sin llevarse algo a cambio. Si apoya tu refugio, es porque saca algún beneficio de ello.

De todas las cosas que pensé que iba a decir... Tardé un momento en procesar el brusco giro en U que tuvo que dar mi cerebro. ¿Esperaba que esto fuera sobre mí, pero me había invitado para hablar de su padre? ¿Sobre cualquier rencor que hubiera entre ellos?

Sentí como si me hubieran echado un cubo de agua helada encima. ——¿Perdón?

——Me has oído. ——Su tono era cortante, demasiado cortante——. No hace esto por la bondad de su corazón.

——¿No crees que invertiría en un refugio de animales sin algún motivo oculto? ——pregunté, pero algo más pesado me abrumaba ——. ¿O es a mí a quien crees que no apoyaría?

——No le conoces ——dijo, pasándose las manos por el pelo——. Llegó donde está hoy mediante tratos turbios y favores. Piénsalo, ¿cómo pasamos de un punto muerto en los votos del consejo a que ganaras cuatro a uno? ¿Qué crees que pasó en esa semana para convencer a Jennifer de que te votara, llevándose a Murphy con ella?

Le miré fijamente, sintiendo cómo se me hundía el pecho. Por un momento, pensé que me estaba advirtiendo, quizá incluso protegiéndome. Pero la amargura de su voz, el desdén, lo retorcía todo.

¿Qué era lo que había dicho Antonio? ¿Que Gio haría cualquier cosa por ganar? Bueno, como no había podido impedirlo, había decidido sabotear las cosas ahora. ¿Fue por eso por lo que se acostó conmigo anoche? ¿Para tenerme comiendo de su mano y manipularme?

No quería creerlo, mi corazón buscaba esperanza, una explicación, pero mi boca ya se movía, con el dolor anulándolo todo lo demás.

——No soportas que haya ganado, ¿verdad? ——Las palabras salieron disparadas, temblando de rabia——. Estás tan acostumbrado a conseguir todo lo que quieres que no puedes soportar perder ante alguien como yo.

Giró la cabeza hacia mí con los ojos echando chispas. —¿Alguien como tú? ¿Qué demonios se supone que significa eso?

——Sabes perfectamente lo que significa. ——Me ardía la garganta ——. Clase trabajadora. No lo suficientemente buena para tu mundo.

Él extendió las manos, brusco, impaciente. —¡No se trata de eso!

——¿Entonces de qué se trata? ——Se me quebró la voz, más fuerte de lo que pretendía. Me puse en pie de un salto, fulminándolo con la mirada——. Porque desde donde yo estoy, parece que estás intentando sabotear mi relación con la única persona que realmente me está ayudando.

Se hizo un silencio pesado entre nosotros, solo roto por mi respiración entrecortada. Su expresión era sombría como una tormenta, ilegible, y eso solo hacía que el dolor se clavara más hondo en mi pecho.

——No lo entiendes ——dijo Gio, levantándose también, con las manos cortando el aire como si pudiera esculpir las palabras adecuadas para que cobraran sentido——. No se trata de que tú ganes o yo pierda. Se trata de mi padre. De lo que él hace.

Una parte estúpida de mí deseaba con todas sus fuerzas creerle. La forma en que me había tocado anoche, la forma en que me había besado, la forma en que me había hecho sentir. Pero ¿cómo podía confiar en eso?

¿Qué clase de hombre deja que una ladrona vuelva a su vida?

Todo era demasiado bueno para ser verdad. Debería haber sabido que no tenía sentido. Incluso me había dado carta blanca para

entrar en su ático cuando quisiera. Solo eso ya debería haber despertado mis sospechas.

Ahora lo veía claro, qué estúpida había sido.

Me crucé de brazos con fuerza sobre el pecho. ——Curioso, porque todo lo que oigo es que me dices que no me merezco aquello por lo que he luchado.

Se le tensó la mandíbula. Lo vi, el destello de frustración, la forma en que casi se muerde las siguientes palabras pero no pudo evitarlo.

——Estás tergiversando esto. No se trata de ti.

Claro, porque no valgo nada para un hombre como tú.

Caminó hacia el escritorio, abriendo un cajón de un tirón. Los papeles se desordenaron mientras sacaba una carpeta de manila, empujándola hacia mí. —Toma. ¿Quieres pruebas? Esto es de lo que trata Antonio en realidad. Léelo.

No la cogí. La carpeta flotaba entre nosotros como una acusación repugnante.

——¿Qué se supone que es esto? ——Mi voz temblaba, mitad de furia, mitad por el aguijonazo que sentía tras mis costillas.

——Pruebas. ——Su tono restalló como un látigo——. De un investigador privado. Está blanqueando dinero a través de organizaciones benéficas. No te está ayudando porque le importen

los perros abandonados o cualquier historia que te hayas montado. Te está usando. Antonio solo ve incautos.

Incautos. Ahí estaba la puta realidad de lo que pensaba de mí, justo ahí.

Abrí la carpeta y me encontré con un montón de páginas. Extractos financieros, documentos fiscales, notas sobre la vida social de Antonio y con quién se le había visto en cada evento. Se me nubló la vista, mi cerebro estaba demasiado saturado para dar sentido a los papeles. Todo me parecía tan mal. Turbio. No quería ver nada de esto. Si había alguien actuando con duplicidad aquí, era Gio. ¿Contratar a un detective privado para investigar a su padre? No podía imaginármelo.

Se me revolvió el estómago, pero el orgullo gritó más fuerte.

——¿De verdad esperas que me crea que un investigador ha encontrado pruebas condenatorias sobre tu padre, pero las autoridades simplemente... qué... nunca se han dado cuenta? ——Le devolví la carpeta contra el pecho con un empujón——. ¿Te oyes a ti mismo? Prefieres creer que soy una idiota ingenua a la que están usando, antes que aceptar que me he ganado el apoyo de Antonio.

——Frankie... ——Intentó agarrarme de la muñeca, con un contacto cálido y desesperado, pero me zafé de un tirón.

——No. ——Me ardía la garganta, con las lágrimas amenazando por salir, pero las obligué a retroceder——. No tienes derecho a hacer esto. No tienes derecho a hundirme solo porque no soportas que me valga por mí misma.

Abrió la boca, con alguna réplica en la punta de la lengua, pero yo no podía soportar oírla. Cogí mi bolso del sofá, con la correa casi enredándose en mis manos temblorosas.

——Guárdate tus dichosas pruebas para alguien a quien le importen ——solté con voz ronca——. He terminado.

No esperé su respuesta. El portazo detrás de mí fue la única respuesta que fui capaz de dar.

Capítulo 29

Frankie

No pegué ojo. Logré tragarme una barrita de cereales poco antes de medianoche porque me sentía desfallecer, y al final solo conseguí que me entraran náuseas. Intenté tumbarme en la cama. Cada vez que cerraba los ojos, la voz de Gio resonaba en mi cabeza, grave, dura, acusadora.

Te está utilizando. A medida que me acostumbraba al dolor en el pecho y la sangre dejaba de hervirme, tuve que hacerme la pregunta difícil. ¿Y si tenía razón?

No sabía qué desenlace era peor. O me estaba manipulando él, o lo estaba haciendo Antonio. O bien yo era una ingenua, como decía Gio, o él se había acostado conmigo como parte de un plan para sabotearme. Antonio no había sido más que elogioso, aunque un poco insistente. Me había advertido sobre su hijo y yo lo había

ignorado. ¿Qué error estaba cometiendo: ignorar las advertencias de Antonio o las de Gio?

Al amanecer, seguía hecha un lío, y la falta de sueño no me ayudaba a despejar la mente.

—¿Qué voy a hacer? —le pregunté a mi apartamento vacío. No iba a acercarme a las respuestas quedándome ahí sentada.

Le envié un mensaje a mi jefe para decirle que estaba demasiado enferma para ir a trabajar. No era seguro que viera a pacientes en este estado, y no podría vivir conmigo misma si cometía un error. En el trabajo, al menos. Dios sabía que ya había cometido suficientes errores para toda una vida. Solo tenía que asegurarme de no estar caminando a ciegas hacia otro.

Me metí en la ducha, lavando el rastro del contacto de Gio. Para desayunar, me obligué a tomar un batido de proteínas y me prometí comer mejor cuando pusiera orden en mi cabeza. Como la ropa que había llevado a la votación del consejo estaba en el cesto de la colada, oliendo aún a la colonia de Gio, mi única opción era mi segundo mejor conjunto: unos vaqueros oscuros y una gabardina sobre mi camiseta más profesional.

Me enfrenté a la hora punta para ir a Manhattan, apretujada en el metro con los trabajadores. Había mucha más gente que en mi viaje de ayer por la mañana en sentido contrario.

Dios, ¿cómo era posible que solo ayer estuviera saliendo a toda prisa de su apartamento, feliz, satisfecha y todavía deseándolo?

Fui al único lugar al que podía ir si quería tener alguna esperanza de obtener respuestas. Eran pasadas las nueve cuando terminé ante el despacho de Antonio Moretti, con las palmas de las manos húmedas y el estómago revuelto. Su asistente me indicó que pasara, y allí estaba él, sentado tras un escritorio que parecía digno de un museo: madera pulida, papeles apilados con perfecta pulcritud, una licorera de cristal llena brillando a su lado, como esperando el momento apropiado para ser abierta.

—Francesca —me saludó, poniéndose en pie lo justo para rozar mi mejilla con un beso. Su colonia era penetrante, fuerte, y pervivía incluso después de que volviera a su silla. No me gustaba ese olor—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

Me senté en el borde de la silla frente a él, intentando mantener la voz firme. —Quería preguntarle algo, y necesito que sea sincero conmigo.

Él arqueó una ceja, divertido, como si yo fuera una niña anunciando que había descubierto que la tierra era redonda. —Por supuesto.

Me sentía como una niña, corriendo a una figura de autoridad para chivarse. Pero ese no era mi propósito. Necesitaba saber qué estaba a punto de perder. Al hombre que me importaba o mi refugio.

Puede que ya haya perdido a Gio.

Me retorcí las manos en el regazo. —Gio… dijo que usted podría tener segundas intenciones al apoyar el refugio. Que las organizaciones benéficas en las que participa no son… no son exactamente lo que parecen.

Durante un instante, solo hubo silencio. Entonces Antonio soltó una carcajada, un sonido breve y cortante. —Ah. —Se echó hacia atrás, uniendo las yemas de los dedos—. Debería haberlo sabido.

No parecía culpable ni preocupado; era casi como si esperara que su hijo causara problemas.

—¿Estaba mintiendo? —pregunté, porque en realidad no había respondido a la acusación.

Los ojos de Antonio se entornaron ligeramente, con un cálculo evidente en su mirada.

—¿Cuándo, exactamente, le ha dicho Giovanni esas cosas? —preguntó con suavidad—. No sabía que pasarais tanto tiempo juntos.

El calor me subió por el cuello, delatándome antes de que pudiera pensar en una respuesta. Bajé la mirada hacia la madera pulida de su escritorio, buscando las palabras. —Simplemente… surgió. Coincidimos después de la votación.

Sus labios se curvaron, pero no había calidez en su gesto.

—Ya veo. —Se reclinó, tamborileando una vez con los dedos en el brazo de su silla—. Perdone, Francesca, pero es usted una mujer hermosa, así que no pretendo sugerir que la única razón por la que alguien se interesaría en usted sea por segundas intenciones. Pero Giovanni siempre ha sabido cómo… encandilar cuando le conviene. Si de repente ha decidido… ¿cómo diría esto con delicadeza? Seducirla —me estremecí—, tal vez se trate menos de usted y más de desprestigiarme a mí.

Se me revolvió el estómago, pero me obligué a sostenerle la mirada. —Eso no es lo que…

Antonio levantó una mano, interrumpiéndome con una delicadeza ensayada. —Por favor, no me malinterprete. No la estoy acusando de nada, ni juzgándola. Solo estoy preocupado. Gio siempre ha utilizado a la gente para librar sus guerras, y odiaría verla atrapada en medio. Si la ha llevado a la cama, pregúntese por qué. ¿Cuánto tiempo esperó antes de empezar a intentar convencerla de que yo soy el villano?

Las palabras escocieron, afiladas por la sugerencia, dejándome fría y aturdida. Me estaba diciendo exactamente lo que yo temía: que el único interés de Gio en mí era sacar ventaja. Antonio había descrito las acciones de su hijo a la perfección. Gio no me había dado ninguna muestra de desearme hasta que me presenté en su club. Claro, hubo algunos momentos mientras competíamos, pero una rivalidad apasionada no significaba que estuviera interesado.

Mi corazón aún quería aferrarse a la esperanza. No quería que Gio fuera el malo.

—Entonces… ¿no es verdad? —pregunté.

—Por supuesto que no —sus ojos se endurecieron, afilados como cristal roto—. Su refugio es una causa noble. Lo apoyo porque es bueno para la comunidad. Mi hijo, por otro lado… —Sacudió la cabeza lentamente, con el desdén curvando sus labios—. Siempre asume que todo el mundo juega a sus juegos sucios. Ve sombras en todas partes porque vive en ellas.

Era difícil negar la firme seguridad de Antonio. Pero cuando pensaba en cómo me había mirado Gio cuando estábamos en su cama, en cómo me había besado… Seguía queriendo creer que aquello significaba algo. Que no estaba simplemente atacando. —Dijo que usted me estaba utilizando.

La risa de Antonio esta vez fue baja, despectiva. —Es su forma de ser. No soporta ver que nadie más triunfe. Especialmente alguien como usted.

—¿A qué se refiere? —pregunté, preparándome para un insulto.

—A una mujer hecha a sí misma —respondió con naturalidad—. Francesca, lo que más lamento es haber consentido demasiado a mi hijo. Trabajé duro para conseguir mi fortuna y mi posición, y quise darle todas las ventajas que yo no tuve. Por desgracia, fui demasiado lejos. Todo fue demasiado fácil para Giovanni, y llegó a esperar que todo saliera como él quería. Tenía solo dieciocho años cuando intenté corregir su conducta, y eso resultó en que cortara no solo conmigo, sino también con mi querida esposa. Elena nunca se ha recuperado. Seguro que lo notó cuando la conoció, lo frágil que está mi mujer.

Tragué saliva y asentí. No era como si Gio no viviera una vida de lujo absoluto, tanto en casa como con sus clubes nocturnos y hoteles por todo el país. Había hecho alarde de tanto dinero en Miami que me había dejado boquiabierta. Así fue como supe que tenía fajos de billetes en su cajón. Ni siquiera estaban en una caja fuerte. Pero yo no había visto al niño mimado que Antonio describía.

¿Excepto que había pasado tres días enteros con el hombre a lo largo de diez años? ¿Realmente puedo decir que lo conozco mejor

que su propio padre?

Antonio no había terminado. —Usted es como yo. Ha trabajado duro para llegar a donde está hoy, a pesar de todos los obstáculos. Mi hijo podría construir su nuevo hotel en cualquier lugar. De hecho, podría no construir ni un hotel más y viviría rodeado de lujos por el resto de su vida. Ya le advertí una vez que mi hijo haría cualquier cosa por ganar. Ojalá hubiera hecho más para que entendiera que, cuando ve a una mujer joven y brillante como usted, intentando hacer algo bueno, no puede tolerarlo. Si no puede controlarla, intentará destruirla.

Me estremecí, recordando el fuego en los ojos de Gio, la carpeta que me había tendido como si fuera un arma.

—¿De verdad cree que sería capaz de hacer eso? —pregunté, sin saber por qué me aferraba con tanta fuerza. Tal vez había dejado que mi corazón se involucrara demasiado.

—Francesca. —El tono de Antonio se endureció de repente. Se inclinó hacia delante y su mano rozó el escritorio como si quisiera alcanzarme—. Es usted apasionada. Decidida. Admiro eso. No deje que él la ponga en contra de las personas que realmente quieren ayudar. Giovanni siempre ha sido difícil. Irrespetuoso. Incluso de niño, no sentía gratitud por lo que recibía. Siempre peleando conmigo. Siempre egoísta.

La aspereza de su voz me sobresaltó; la crueldad se entrelazaba en cada palabra. Me removí en el asiento. —Es su hijo.

—La sangre no cambia el carácter. —Antonio hizo un gesto con la mano, como descartando a Gio por completo—. Siempre velará por

sí mismo. Recuérdelo.

Me limité a mirarlo.

—Y —añadió suavemente, acomodándose de nuevo en su silla—, si no quiere fiarse solo de mi palabra, lo verá bastante pronto. Esta semana se publica un artículo, un reportaje de investigación sobre algunos de los negocios de Giovanni. Sospecho que arrojará más luz sobre la clase de hombre que es en realidad. Cuando lo lea, confío en que comprenderá por qué he intentado protegerla.

Se me erizó el vello de la nuca. ¿Cómo sabía Antonio eso?

Me levanté, repentinamente inquieta, sintiendo que las paredes del despacho se me echaban encima. —Gracias por su tiempo —logré decir, aunque sentía un nudo en la garganta.

La sonrisa de Antonio fue sutil, una hoja oculta en terciopelo. —Cuando quiera. Solo deseo lo mejor para usted.

Salí de su despacho con el pulso acelerado y la confusión apretándose más en mi pecho. No sabía a quién creer: a Gio con su amargura, o a Antonio con su pulcra seguridad. Lo único que sabía era que ninguno de los dos me hacía sentir a salvo.

Capítulo 30

Gio

Dos días después de haberme enfrentado a Frankie por las verdaderas intenciones de Antonio, seguía agitado. Pasé la mañana caminando por mi ático como un tigre enjaulado, reviviendo la discusión por milésima vez.

Ella se había tomado mis acusaciones sobre mi padre como acusaciones hacia ella. Cada vez que pensaba en cómo se había marchado furiosa, con los ojos echando chispas de dolor e incredulidad, sentía el mismo nudo de ira y preocupación apretarse en mi pecho. No le había mentido, pero ella no me había creído. Me dolía más de lo que quería admitir.

Mi teléfono vibró sobre la encimera, y el sonido me resultó irritante en medio del silencio. El nombre de Griffin iluminó la pantalla. Por un

segundo, consideré ignorarlo. Luego deslicé el dedo para responder, pasándome una mano por la cara.

—Café —dijo él, sin molestarse en saludar. Su voz sonaba demasiado alegre para lo lúgubre que se sentía la mañana.

—Hoy no —mascullé—. Estoy ocupado.

Hubo una pausa, seguida por el tono afilado de su risa. —¿Ocupado? ¿Haciendo qué? Has perdido la votación de los permisos, no es que tengas nuevos terrenos que preparar. No estarás todavía lamiéndote las heridas por eso, ¿verdad?

Apreté la mandíbula. —No se trata de los permisos.

—¿Entonces qué te tiene tan ocupado que no puedes tomarte un café conmigo? Sabes que soy una compañía encantadora.

Miré con el ceño fruncido a la habitación vacía. —Yo no lo diría así. Una compañía de locos, quizá.

—Lo que entiendo es que no soy aburrido —respondió él. Nadie acusaría jamás a Griffin de ser modesto—. Pero aún no has respondido a mi pregunta.

—No lo entenderías —murmuré. Griffin siempre había tenido esa actitud temeraria de quien camina entre las gotas de lluvia sin mojarse. Lo único que se tomaba en serio era hacer películas, e incluso entonces, nunca perdía su desbordante energía.

—Pruébame.

Estuve a punto de colgar, pero las palabras se me escaparon de todos modos. —Es Frankie.

Eso lo hizo callar un momento. Cuando volvió a hablar, su voz era más suave. —Ah. Así que la cosa va en serio.

Me puse a la defensiva. —Yo no he dicho eso.

—Por favor —bufó Griffin—. Nunca habías sonado tan miserable por nadie. Es más, nunca te había oído sonar tan miserable, y punto. ¿Ha robado algo más? Aparte de la votación de los permisos, por supuesto.

Agarré el teléfono con más fuerza, conteniendo el impulso de defenderla. Aún no sabía si era culpable o si la estaban utilizando. —No, es más complicado que eso.

Griffin soltó un bufido. —¿Te has vuelto a acostar con ella?

Mi silencio fue respuesta suficiente para él.

—¡Lo has hecho! —Se lo estaba pasando demasiado bien con esto—. Gio, qué perro eres, ¿qué has hecho? ¿Le has soltado el numerito del cachorrito triste? «Oh, me has ganado con los permisos, ahora necesito sexo para sentirme mejor».

Mi temperamento estalló. —Eso no fue lo que pasó.

Se quedó callado un instante, pero cuando volvió a hablar, por una vez parecía ponerse serio. —Entonces, ¿qué pasó? Porque si te tiene así de trastornado, sé que es grave.

Eso era lo que pasaba con Griffin: justo cuando te daban ganas de pegarle un puñetazo por ser un imbécil, te recordaba por qué era un buen cineasta. Veía directamente el trasfondo de las cosas. Bajo toda esa energía alocada, le importabas.

Vacilé, mirando el horizonte de la ciudad como si pudiera darme una respuesta. —No lo sé, las cosas se han... torcido.

—Vaya, de verdad que te ha dejado tocado, ¿eh? —Griffin soltó un silbido bajo—. Bueno, qué mala suerte, porque no vas a quedarte a solas para regodearte en tu pena. Ya no te lo pido. Café. Diez minutos.

—He dicho que estoy ocupado.

—No estás ocupado. Estás melancólico. Son cosas totalmente distintas.

Rechiné los dientes. —Griffin...

—No —me cortó—. O te vienes conmigo a la cafetería de la esquina o le digo a Silas que estás deprimido, y ya sabes cómo te va a juzgar.

A mi pesar, se me escapó una risotada. —Eres un imbécil.

—Se necesita uno para reconocer a otro —me devolvió con naturalidad—. Te veo en diez minutos.

La línea se cortó antes de que pudiera volver a protestar. Me quedé mirando el teléfono, con mi reflejo apenas visible en la pantalla negra. Diez minutos. Maldito sea, iba a ir.



Griffin ya estaba en la cafetería cuando llegué, con las mangas remangadas y un café del tamaño de su cabeza delante de él; a su lado había un expreso para mí. Me hizo una señal para que me acercara, con sus ojos perspicaces y esa sonrisa burlona tan exasperante.

—Ya era hora —dijo mientras yo me sentaba frente a él—. Venga, cuéntame, ¿qué pasa con la veterinaria?

Cogí mi taza, ganando algo de tiempo. —Como he dicho, es complicado.

Griffin resopló. —¿Vas a darme detalles de verdad o me los tengo que inventar? Porque puedo hacerlo, pero no estoy seguro de que te vaya a gustar. Abrimos la escena con Giovanni Moretti, desnudo en la cama. Sobre él, Francesca Hayes, pelirroja de armas tomar y maestra del crimen. Sostiene un látigo y…

—¿Quieres cerrar la puta boca? —Le lancé una mirada fulminante.

Su sonrisa se ensanchó. —Me callaré si dices algo de verdad en lugar de estar ahí meditabundo. Porque, joder, ¿tú y ella después de tanto tiempo? No pensé que volverías a por más.

Me eché hacia atrás en la silla con la mandíbula tensa. —Nos acostamos. Una vez. Dos veces, técnicamente, pero fue la misma noche. Lo que sea. Y luego discutimos.

—¿Por? —preguntó, con voz engañosamente casual.

—Mi padre —las palabras salieron más duras de lo que pretendía, lo suficientemente afiladas como para cortar el aire entre nosotros.

La sonrisa de Griffin desapareció por fin. —Ya, eso basta para pelearse.

No necesitaba contarle los detalles sobre mi padre; ya sabía lo suficiente. Cuando nos conocimos en la universidad, yo acababa de irme de casa con la promesa de no volver jamás. Más de una borrachera había terminado conmigo despotricando contra él. Todos teníamos nuestro pasado, y generalmente hacía falta alcohol para que habláramos de ello.

—Sí —suspiré.

Me estudió por encima del borde de su taza, tomando un largo sorbo antes de volver a hablar. —¿Has acabado con ella o todavía la quieres?

No respondí de inmediato, observando a una pareja de turistas que trasteaban con sus móviles junto al mostrador. Sentía el pecho pesado. Tenía que contárselo a alguien; mejor que fuera a Griffin.

—Quiero ver a dónde llega esto. No puedo explicarlo. Estar con ella me hace sentir que de verdad me importa algo que no son los negocios. No quiero que acabe engullida por los juegos de mi padre.

Él asintió, por una vez sin convertirlo en una broma. —Nunca te había visto tan protector con nadie.

Me removí en el asiento, incómodo por lo transparente que acababa de ser. Antes de que pudiera cambiar de tema, mi móvil vibró con un mensaje.

Silas: Mira las noticias. Ahora.

Había un enlace debajo. Se me encogió el estómago al abrirlo.

El titular me golpeó como un puñetazo:

—Giovanni Moretti: tácticas agresivas y conexiones familiares. El mito del hombre hecho a sí mismo.

El artículo se extendía debajo, lleno de citas y especulaciones, arrastrando mi nombre por el fango. Mi reputación —todo lo que había construido fuera de la sombra de mi padre— de repente ya no me pertenecía.

—Hijo de perra —mascullé, bajando por el artículo, con el pulso latiéndome cada vez más fuerte con cada línea.

Griffin se asomó por encima de la mesa. —¿Qué pasa?

—Alguien ha escrito un artículo para desprestigiarme —dije. Luego leí el texto en voz alta—. «Fuentes cercanas a la familia Moretti alegan que Giovanni Moretti aprovechó las conexiones políticas de su padre para asegurar los permisos de urbanización en un tiempo récord para sus docenas de clubes nocturnos por toda la ciudad» —Mi voz se volvía más bronca con cada palabra—. ¿Qué narices significa eso siquiera? Nunca he dejado que Antonio toque mis proyectos.

Griffin hizo una mueca. —Esto es feo.

Seguí bajando; las palabras se emborronaban y se enfocaban por turnos. «Los críticos califican las tácticas comerciales de Moretti de implacables, describiéndolo como alguien dispuesto a socavar a la competencia por cualquier medio necesario» —Apreté tanto la mandíbula que me dolió—. Esto hace que parezca una especie de mafioso extorsionando a la ciudad. ¿De dónde coño han sacado esto?

Griffin me quitó el teléfono antes de que rompiera la pantalla. Echó un vistazo al artículo con el ceño fruncido. —Tienen citas, Gio. No son solo especulaciones, son testimonios. Empleados anónimos del ayuntamiento, un par de "fuentes internas"... esto no es un blog cualquiera. Es un medio nacional. Quien haya filtrado esto buscaba sangre.

Me eché hacia delante, pasándome una mano por el pelo. —Esto no es solo mala prensa. Toda mi marca se basa en haberme hecho a mí mismo. En que salí a dentelladas de la sombra de mi padre. Si la gente empieza a creer que no soy más que otro niño de papá mimado...

Griffin intervino, con voz calmada pero firme: —Entonces dejarán de confiar en ti. Inversores, socios, todo el mundo. Te hace parecer un fraude.

Rechiné los dientes. —Yo he construido esto. Lo he construido todo yo solo. Y ahora algún imbécil rencoroso intenta echarlo abajo.

Griffin se recostó, estudiándome como si fuera un rompecabezas que aún no había resuelto. —La pregunta es: ¿quién quiere destruirte? ¿Y por qué ahora?

Yo ya sabía la respuesta, aunque no quisiera decirla en voz alta. La sombra de mi padre se alargaba más de lo que quería admitir.

Me quedé allí sentado, con la mandíbula apretada y el pecho ardiendo como si alguien me hubiera vertido ácido en los pulmones. El artículo se nublaba en mi pantalla, pero las palabras se grababan a fuego en mi cabeza de todos modos. Implacable. Agresivo. Conexiones familiares. Cada sílaba era como si alguien estuviera cincelando grietas en los cimientos que me había pasado años construyendo.

Griffin no dijo nada durante un minuto, simplemente dejó que me quedara allí hirviendo de rabia. Finalmente, exhaló. —Estás perdiendo el control, Gio.

—No estoy perdiendo nada —le espeté, aunque mi pulso estaba totalmente acelerado—. Es solo que... esto no debería ser así. He mantenido mi nombre limpio. Me he asegurado de que cada contrato tuviera el papeleo blindado, de que cada cifra cuadrara. Me he matado para cerciorarme de que nadie pudiera decir que llegué donde estoy gracias a él. Y ahora... —señalé el teléfono con el dedo —, esta sarta de mentiras hace que parezca que la única razón por la que tengo un solo ladrillo en pie es porque papá movió los hilos por mí.

Griffin tamborileó los dedos sobre la mesa, observándome con esa mirada fija y evaluadora suya. —Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

No tenía respuesta. Solo sentía ira. La necesidad de arrancarle la garganta a alguien y exigirle que me dijera de dónde demonios habían sacado la información. Porque si iba a acusar a mi padre de calumniarme en la prensa, necesitaría pruebas.

Mi teléfono volvió a vibrar, la vibración se sintió nítida contra mi palma. Un mensaje nuevo.

De Robert Torres.

Fruncí el ceño. Él era el único miembro del concejo que me había respaldado en la votación. El único que me había apoyado desde el principio.

Su mensaje era corto.

Torres: Deberíamos hablar. Tengo información que querrá oír. Nos vemos en Oro esta noche.

Me quedé mirando la pantalla, sintiendo cómo se me revolvía el estómago. ¿Información? ¿Sobre mí? ¿Sobre el artículo? ¿Sobre quién demonios había estado susurrando a los periodistas con los cuchillos en alto?

Griffin se acercó. —¿Qué dice?

—Torres quiere verme —Mi voz sonó monocorde—. Dice que tiene algo que debo saber.

Griffin enarcó una ceja. —¿Crees que está relacionado?

No lo sabía. Pero el momento era demasiado oportuno como para pasarlo por alto.

—Lo descubriré pronto —murmuré, guardándome de nuevo el teléfono en el bolsillo—. Me veré con él esta noche.

Capítulo 31

Gio

Me había quedado esperando a Robert Torres en uno de los reservados del Oro, después de pedirle a uno de mis empleados que lo hiciera pasar en cuanto llegara al club. La sala olía a cuero y a scotch, con el retumbar apagado de los bajos de la pista principal filtrándose por las paredes como si fuera un latido.

Torres se sentó frente a mí en uno de los sillones de respaldo alto con un vaso de Oban en la mano, sabiendo de sobra que la cuenta corría de mi parte. Parecía estar como en su casa, como si aquello fuera una segunda oficina en lugar de una discoteca. Mi discoteca.

Levantó el vaso hacia mí. —He visto lo de la prensa. —Su voz conservaba esa calma de político, suave pero afilada en los bordes —. No pinta nada bien para usted, Gio.

Forcé una media sonrisa, consciente de que no debía mostrar debilidad ni siquiera ante un supuesto aliado. —No se crea todo lo que lee.

—Es decepcionante —prosiguió él, ignorando mis evasivas—. Creía en su visión. Brooklyn no necesita otro proyecto benéfico de pacotilla que cierre en dos años. Necesita un pilar fundamental. Y su hotel —inclinó el vaso y el líquido ámbar captó la luz— era exactamente eso.

Tensé la mandíbula. —Sigue siéndolo. No me he rendido solo porque ese terreno en concreto no vaya a ser donde lo levante.

Se echó hacia atrás, observándome por encima del borde del vaso. Me preparé para el ataque. Los hombres como Torres o bien huelen la sangre en el agua o bien se encargan de verterla ellos mismos.

—Ahorre saliva. Sé que está limpio.

Aquello me dejó helado.

—No le habría apoyado de otro modo —continuó Torres—. No sin antes hacer mi propia investigación. Hice que le investigaran. Cada contrato, cada propiedad, cada trato. Está usted impoluto. No hay ni una mancha en su expediente.

Lo estudié, sintiendo un hormigueo de calor subiéndome por el cuello. Limpio. Claro. Pero oírlo así, expuesto, como si me hubiera desnudado sin mi consentimiento... no me sentó nada bien.

—Entonces sabe que ese artículo es pura basura —dije finalmente—. Pero alguien ha tenido que pasarles los detalles. Hay demasiada verdad mezclada con las mentiras. ¿Tiene alguna idea de quién ha podido ser?

Necesitaba hechos, una pista que seguir, lo que fuera.

Robert dejó el vaso sobre la mesa y entrelazó los dedos. —No —hizo una pausa antes de continuar con naturalidad—. Aunque no puedo evitar preguntarme si Antonio, o incluso Hayes, han tenido algo que ver.

El pulso se me aceleró. —Frankie no ha tenido nada que ver. —Las palabras salieron demasiado rápido, demasiado a la defensiva.

Robert enarcó las cejas y un destello de sorpresa rompió su máscara política. Ahí estaba la sangre en el agua, y la había vertido yo mismo. *Maldita sea.* —Interesante. Se apresura usted a defenderla.

Le sostuve la mirada. Echarme atrás ahora solo me haría parecer débil. —Porque la conozco.

Se inclinó un poco hacia delante y bajó la voz. —¿Ah, sí? ¿Sabe usted lo de la doctora Hayes?

El hielo me recorrió las venas. —¿Saber qué?

La sonrisa de Torres no llegó a sus ojos. —Lo de Miami. Lo del arresto.

Se me revolvió el estómago, como si el suelo acabara de desaparecer bajo mis pies. Por un segundo, lo único que oía eran los bajos atravesando las paredes, golpeándome el cráneo.

—¿Usted sabe eso? —Traté de mantener la voz firme para no delatarme. Era terreno peligroso. No estaba seguro de haberlo logrado.

—Por supuesto que lo sé. —Hizo girar el contenido de su copa, tan calmado como siempre—. No pensaría que iba a investigarle a usted y no a su oponente, ¿verdad?

Me recosté, obligándome a respirar. Mi mente iba a mil por hora. Había descartado a Torres como un simple político de nivel medio favorable a las empresas. Era mucho más astuto de lo que le había dado crédito.

No estaba seguro de quién corría más peligro: si yo, con mi reputación en juego y el enigmático interés de Torres, o Frankie, con su ficha policial enterrada en algún archivo. Seguía sin saber *por qué*. Por qué me había robado, o por qué se había mezclado con traficantes de drogas.

Torres entrecerró los ojos. —Sinceramente, no me parece bien que ella ganara la votación. Por derecho, debería haber sido usted. Las huellas de Antonio están por todas partes. Su dinero. Su influencia. Sus tácticas sucias. Como hijo suyo, estoy seguro de que sabe perfectamente cómo opera.

Cerré los puños contra los reposabrazos de cuero. No podía negarlo. Pero una cosa era saber que mi padre era un corrupto y otra muy distinta hablar de ello con un casi desconocido. No tenía ni idea de

cuáles eran las intenciones de Torres. Hasta que lo supiera, sería peligroso mostrar mis cartas.

—Justo o no, el voto fue para ella —dije, andándome con pies de plomo.

Robert se inclinó de nuevo, con ojos afilados. —¿Ve lo que está pasando aquí, verdad? Le han ganado la partida. Él. Ella. Y a menos que se mueva rápido, esto es solo el principio.

—Creo que eso es una exageración —dije, manteniendo a propósito una postura relajada y abierta a pesar de mi tensión.

—¿De verdad? —Enarcó una ceja—. Porque desde donde yo estoy sentado, está claro. Su padre ha puesto el ojo en la alcaldía, incluso en el senado, y ha encontrado a alguien que le ayude a llegar allí. Alguien muy inocente por fuera, pero una criminal a la que no le importa ensuciarse las manos. Son la pareja ideal.

Mi mente dibujó la escena con demasiada facilidad: la imagen de Frankie compinchada con mi padre. Desde luego me había tenido comiendo de su mano, hasta el punto de que me había alegrado de que ganara. Ella fue quien me buscó después de la votación. No tenía ninguna razón para hacerlo. Si había algo que no podía negar, era que ya se había saltado la ley antes; ¿qué le impedía hacerlo de nuevo?

Y, sin embargo, seguía viendo la pasión en sus ojos cuando hablaba del refugio y de todo el bien que podía hacer. La forma en que sus labios se habían entreabierto bajo los míos, suaves y hambrientos, como si me hubiera deseado durante años.

Dos Frankies. La ladrona que desapareció con diez mil pavos míos y se mezcló con traficantes de Miami. Y la mujer que había luchado como una fiera para construir un refugio que a nadie más le importaba, que se había acurrucado en mi cama y me había mirado como si yo fuera algo más que mi dinero.

Me pasé una mano por la cara. Dios. Ya me habían quemado antes, y me había costado años resurgir de las cenizas. Si ella me la estaba jugando ahora, no estaba seguro de tener fuerzas para recuperarme.

Pero la idea de que estuviera involucrada en los planes de Antonio hizo que se me encogiera el pecho. Manipulada. Utilizada. Solo un peón más en su juego. Eso encajaba demasiado bien con lo que sabía de él.

La mirada de Torres atravesó mi tormenta interna. —No parece usted convencido.

—No lo estoy. —Mi voz sonaba ronca—. Conozco a Frankie. No es... No es ningún cerebro criminal.

—Quizá no —dijo Robert con suavidad—, pero no puede usted ignorar sus antecedentes. Ni el interés de Antonio en ella. Lo uno no tiene sentido sin lo otro.

Odiaba cómo me calaba aquello, porque no le faltaba razón. Las pocas veces que había sacado a relucir el pasado, ella se había quedado fría, a la defensiva, levantando muros tan rápido que parecía que yo me hubiera imaginado haber estado alguna vez al otro lado. Ahora, solo oía silencio donde necesitaba respuestas.

La Frankie que sostenía en mis brazos no encajaba con la de aquel informe de arresto. Lo cual me devolvía justo al punto de partida. O era la mejor estafadora que había conocido en mi vida... o había algo más que se me escapaba.

Torres se bebió el último trago de su scotch y dejó el vaso con un ligero tintineo. Su expresión era aguda, decidida. —Sea como sea, no voy a renunciar a ese hotel. Brooklyn lo necesita. Y si tengo que arrastrarle a través del fuego para que se haga realidad, que así sea.

—No hace falta que me arrastre —le espeté. Ya le había cedido demasiado terreno—. Quiero ese hotel.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo él—. Hay que hacer algo.

—Desde luego —dije. Pero no estaba seguro de si su *algo* y el mío eran lo mismo.

—Yo me encargaré de poner la bola a rodar —dijo con una mueca burlona.

Me quedé mirando el vaso vacío que nos separaba, con el pulso martilleándome. Ya no sabía si estaba luchando a favor de Frankie o en su contra.

Capítulo 32

Frankie

Maria tamborileó con los dedos sobre el volante y su mirada se posó un instante en mí antes de hablar. —Bueno, estás terriblemente callada esta mañana.

El pequeño utilitario de Maria traqueteó al pillar un bache, pero apenas lo sentí. Llevaba con el estómago encogido tres días, desde que salí del ático de Gio sin mirar atrás. Iba de camino a formalizar la venta del almacén con el señor Chen.

Solté una carcajada que me sonó hueca incluso a mí. —Estar callada es más seguro. Si abro la boca, suelo acabar metiendo la pata.

Ella arqueó las cejas. —A ver.

Me quedé mirando por la ventanilla, viendo pasar Brooklyn: paredes llenas de grafitis, bodegas de barrio, la vida cotidiana que nada tenía que ver con áticos o hoteles de lujo.

—Nosotros... nos acostamos —admití finalmente, las palabras brotaron como si las hubiera estado reteniendo demasiado tiempo—. Gio y yo.

Los nudillos de Maria blanquearon sobre el volante. —¿Acostarse en plan...?

—Sí —dije rápidamente, sintiendo el calor subirme a las mejillas—. En ese plan. Y fue... Dios, Maria, fue mágico. Ni siquiera tengo otra palabra para describirlo. No fue solo sexo, fue... más. Como si realmente pudiera vernos juntos.

Su brusca aspiración de aire llenó el coche. —Frankie.

—Lo sé —la interrumpí, apoyando la frente contra el cristal frío—. Sé cómo suena. Una noche y, de repente, hablo como si fuera el hombre de mi vida. No me refiero a eso, pero fue algo especial. O al menos eso creía. Es como si no hubiera sido solo una noche. No dejábamos de buscarnos, como si no pudiéramos parar. Incluso durante la campaña para los votos del concejo, había química. Por no hablar de nuestro pasado. Cuando estaba con él, sentía que ya no estaba rota. Como si él me viera de verdad.

Maria se quedó en silencio un momento, con el zumbido del motor llenando el vacío. —¿Pero ahora...?

Solté una risa temblorosa. —Ahora, no sé qué pensar ni cómo sentirme.

—¿Tan mal, eh? —Me dedicó una sonrisa de comprensión—. ¿Qué pasó?

Me quedé mirando por la ventana el borrón de ladrillos y grafitis de Brooklyn. —Discutimos. Dijo cosas de Antonio, que la única razón por la que me ayuda es porque tiene segundas intenciones. Lo hizo sonar como si yo fuera demasiado ingenua para darme cuenta —se me cerró la garganta—, como si no fuera lo bastante buena para valerme por mí misma.

Maria emitió un sonido de asco. —Puaj. Ese hombre no sabe cómo lidiar con una mujer fuerte.

—No lo sé. —Mi voz se quebró, traicionándome—. Una parte de mí piensa que quizá tenía razón. Dice que su padre es un corrupto, que Antonio me está utilizando, utilizando el refugio. Pero cuando me enfrenté a Antonio, no parecía el monstruo que Gio describía. De hecho, pintó a Gio como el manipulador. Y después de todo por lo que he pasado, lo último que quiero es enamorarme de un hombre que miente solo para salirse con la suya.

Maria me lanzó una mirada rápida antes de volver a centrarse en la carretera. —Entonces, ¿a cuál de los dos crees?

Apreté los labios, deseando tener una respuesta.

—Si creo a Gio, entonces mi refugio está en peligro y, metafóricamente, me he acostado con el diablo. Si creo a Antonio,

entonces me he acostado literalmente con el diablo. Tenga razón quien la tenga, salgo perdiendo. Ninguna de sus historias encaja con lo que he visto de ellos.

—La familia puede ser complicada, quizá no sea tan sencillo con ninguno de los dos —sugirió ella. Deseaba con todas mis fuerzas estar de acuerdo.

—Yo también pensaba eso, pero entonces vi ayer el artículo sobre Gio.

Me miró sorprendida. —¿Qué artículo?

Me mordí el labio. —Era todo un reportaje sobre cómo ha usado el nombre de su padre para influir en acuerdos, pintándolo exactamente como aquello de lo que él acusaba a Antonio.

—¿Qué? —Parecía impactada.

—Sí, lo sé. —Saqué el móvil del bolso y busqué la pestaña que había dejado abierta—. No quiero creerlo, pero... en parte coincide con lo que decía Antonio.

Maria resopló. —Frankie, es internet. La mitad de lo que se escribe por ahí es basura.

—Aun así. —Mi pulgar vacilaba, los nervios me recorrían el cuerpo—. Escucha esto...

Deslicé el dedo por la pantalla, lista para leer en voz alta, pero se me cortó la respiración. Un nuevo titular había reemplazado al que estaba a punto de abrir. El artículo se había publicado hacía unas horas.

«Expuesto el pasado criminal de la fundadora del refugio».

El mundo se inclinó. El pecho se me oprimió como si hubiera caído a través de hielo agrietado en agua helada, sin saber dónde estaba la superficie.

Maria se dio cuenta al instante. —¿Qué? ¿Qué pasa?

Lo abrí, con los dedos temblando tanto que casi se me cae el teléfono. —Hay un artículo nuevo... es sobre mí.

Sus nudillos se volvieron aún más blancos en el volante. —¿Cómo que sobre ti?

Las palabras se volvieron borrosas mientras intentaba concentrarme en ellas:

La doctora Francesca Hayes, una veterinaria de treinta y tres años que recientemente obtuvo un polémico voto del concejo municipal para abrir un refugio de animales en Brooklyn, no es la heroína intachable que sus seguidores creen.

Se me revolvieron las entrañas. Me obligué a seguir leyendo.

Fuentes de Miami recuerdan el turbio pasado de Hayes; mucho antes de convertirse en una respetada veterinaria, era conocida por timar a ricos miembros de la alta sociedad durante las vacaciones de primavera, alternando en clubes nocturnos exclusivos para luego desaparecer con dinero y objetos de valor.

Casi se me cae el móvil. —Eso no es verdad —susurré. Sentí un calor abrasador en los ojos, picando por la incredulidad—. Eso... Dios, Maria, yo nunca...

—¿Qué dice? —exigió, buscando un lugar donde apartarse y aparcar.

Seguí leyendo, con el corazón desbocado.

El historial delictivo de Hayes incluye un arresto en Miami hace diez años, donde fue encontrada con 10.000 dólares en efectivo bajo sospecha de reunirse con conocidos narcotraficantes. Aunque no se descubrieron drogas en su poder, se declaró culpable de un delito menor y evitó cargos más graves.

Las manos me temblaban con tal violencia que el teléfono castañeaba. Me lo presioné contra el pecho, como si pudiera asfixiar las palabras antes de que quemaran más hondo.

Maria encontró finalmente un hueco y detuvo el coche.

—Enséñamelo —ordenó, tendiendo la mano para coger mi móvil.

No se lo di de inmediato, pero no tenía sentido intentar ocultárselo. Solo sería retrasar lo inevitable. Maria acabaría enterándose. Ahora

lo sabía todo el mundo.

Le entregué el teléfono. No pude mirarla mientras leía el artículo. Me limité a mirar fijamente por la ventanilla, con el cuerpo frío y entumecido.

Cuando terminó de leer, Maria me devolvió el móvil. Me miró con los ojos muy abiertos. —Puedes luchar contra esto. La gente no puede ir por ahí mintiendo sobre ti y calumniándote así para salirse con la suya.

Negué con la cabeza, incapaz de hablar. Estaba mirando la verdad, o la mayor parte de ella. Este era el último momento en que Maria me miraría como si no fuera una criminal.

—Frankie, ¿no lo ves? Esto es la prueba de que el artículo sobre Gio también es falso. Se están inventando cosas sobre los dos.

Se me cerró la garganta. Las palabras alojadas allí ardían, pero no pude contenerlas. —No todo es falso.

Ella giró la cabeza hacia mí bruscamente. —¿De qué estás hablando?

Apreté el móvil tan fuerte que temí que se hiciera añicos. —Yo... sí pagué a narcotraficantes. En Miami. No fue por mí, fue por mi hermano. Se metió en un lío enorme y pensé que, si conseguía sacarlo, todo se arreglaría. —La vergüenza pesaba sobre mi pecho —. Y el dinero... lo robé. A Gio.

Se quedó boquiabierta. —Tú... —Se interrumpió y exhaló con fuerza.

—Soy una ladrona —terminé por ella. Nunca lo había dicho en voz alta. Dicen que la verdad te hace libre. Yo solo me sentía condenada.

—Vale. Pero eso no te convierte en lo que este artículo describe. No montabas estafas. No timabas a gente rica. Intentabas proteger a tu familia.

Contuve las lágrimas. Maria era buena persona; por supuesto que quería creer lo mejor de mí. Pero eso no significaba que tuviera razón.

—Eso es cierto, pero aun así robé el dinero, aun así pagué a los camellos —dije.

—Estabas desesperada, asustada —dijo, siguiendo con mi defensa—. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—¿Ah, sí? —le pregunté, retándola a admitir que nuestra amistad la estaba cegando.

—Sí —dijo, sosteniéndome la mirada.

Negué con la cabeza, sintiendo el escozor del calor en las comisuras de los ojos. —No importa. Mira cómo suena. Mira qué aspecto tiene.

Maria me agarró la mano. —Frankie, escúchame. Sigues siendo la mujer que lucha por construir un refugio. Sigues siendo la mujer que salva a los animales callejeros que nadie más quiere tocar. No dejes que esta basura te convenza de lo contrario.

Sus palabras deberían haberme consolado, pero la vergüenza se aferraba con más fuerza, como si no quisiera soltarme.

—Nadie más lo va a ver así —señalé.

—Haremos que lo vean —prometió—. Y yo estaré a tu lado mientras lo hagamos.

Asentí. Deseaba creerla. Deseaba tener esperanza.

Mi móvil sonó con un mensaje. Probablemente el señor Chen, preguntándose dónde estaba. Nuestra reunión debía haber empezado hacía diez minutos.

Excepto que no era el señor Chen.

Asunto: Aviso importante sobre su préstamo

—Estimada Dra. Hayes:

Le escribimos para informarle de que, con efecto inmediato, su solicitud de préstamo comercial para el proyecto del Refugio de Animales de Brooklyn ha sido puesta en suspenso. Debido a las recientes informaciones en los medios de comunicación que plantean dudas sobre su historial financiero y legal, nuestro departamento de cumplimiento ha iniciado un proceso de revisión estándar.

Le informamos de que no se desembolsarán fondos hasta que esta revisión haya finalizado. Entendemos los inconvenientes que esto pueda causarle, pero como institución regulada, estamos obligados a

garantizar que todos los solicitantes cumplan nuestros requisitos de diligencia debida.

Nuestro equipo se pondrá en contacto con usted en caso de que necesitemos documentación adicional o aclaraciones. Mientras tanto, puede dirigir cualquier pregunta a nuestro departamento de servicios de préstamos.

Agradecemos su comprensión y colaboración.

Atentamente,

Janet Sidney

Oficial Superior de Servicios de Préstamos

Banco de Brooklyn».

—Yo... Ay, Dios. —Me tapé la boca con la mano, sintiendo subir la bilis—. Han congelado mi solicitud de préstamo. Pendiente de investigación.

Maria maldijo entre dientes. —Eso es una mierda. No pueden hacer esto.

—Pueden, y lo han hecho —dije, oscilando violentamente entre las ganas de llorar o de vomitar, y un entumecimiento que dolía de alguna manera, como si fuera sabañón.

Maria apretó el volante con más fuerza, con los nudillos blancos. —Vale. Respira hondo. Esto no es el fin del mundo.

—Para mí lo parece —murmuré, mirando por la ventana el borrón del tráfico que pasaba de largo—. Sin préstamo no hay refugio. Y ahora todo el mundo va a pensar que soy una... una criminal que entró en esta ciudad a base de timos.

—Frankie. —Su voz se volvió más aguda, cortando la espiral—. Mírame.

Arrastré mi mirada hacia su rostro. Ya había visto esa expresión antes, cuando la gente traía mascotas a la clínica municipal que estaban heridas y las posibilidades de sobrevivir eran de un cincuenta por ciento. No era una falta total de esperanza, pero el panorama era sombrío.

—Te has dejado la piel por ese permiso. El concejo lo sabe. La comunidad lo sabe. Te has ganado una credibilidad. Este artículo... —hizo un gesto con la mano como si quisiera espantarlo— ...no tiene la última palabra. Puedes luchar contra esto.

—¿Con qué? No puedo llamar al periódico y decir: «Hola, en realidad no soy una traficante de drogas, gracias por preguntar».

Maria soltó un bufido a pesar de la tensión. —No, pero puedes publicar tu propia declaración. Controla la narrativa antes de que ella te controle a ti.

Negué con la cabeza. —La gente ya se lo está creyendo. El banco se lo ha creído. ¿Qué oportunidad tengo contra esto? —Me detuve,

sintiendo que se me cerraba la garganta.

—Solo tenemos que lidiar con esto paso a paso —insistió Maria—. Lo que me escama es que esto no ha salido de la nada. Han tenido que sacar esos detalles de alguna parte.

Consideré sus palabras. La información sobre mi arresto se podía encontrar si alguien se ponía a excavar, ¿pero el resto? Tragué saliva con dificultad.

—Mencionan una fuente —dije finalmente, con el teléfono aún quemándome en la palma de la mano.

—¿Tienes a alguien en mente? Porque si podemos desacreditarlos, demostrar que esta historia es malintencionada, tienes una oportunidad de luchar contra esto, a pesar de que parte sea verdad.

Vacilé, con la sospecha que intentaba no nombrar arañándome el pecho. —Creo... creo que podría haber sido Gio.

Maria giró la cabeza hacia mí, con los ojos como platos. —¿Crees que él filtró esto?

Las palabras me supieron a veneno en la lengua. —¿Quién más sabía todo esto?

—¿Pero por qué? —Negó con la cabeza, como si no quisiera creerlo.

El dolor estalló en mi pecho, tan agudo que casi me mareé. Mi voz sonaba ronca, raspada desde dentro. —Debe haberlo hecho en

represalia por la pelea. Es el único que lo sabía. ¿Quién más puede relacionarme con Miami?

Maria abrió mucho los ojos. —Frankie, ¿estás segura? Es una acusación muy grave.

No pude responder. Mi corazón latía demasiado fuerte, mis pensamientos se fragmentaban. Solo podía ver la cara de Gio cuando señaló que yo había ganado por cuatro a uno. Solo podía oír el tono amargo de su voz cuando me advirtió sobre Antonio.

Todo se enredaba en una fea verdad: si él se hundía, se aseguraría de que yo me hundiera más fuerte.

Ella me puso la mano en el brazo, como si pudiera estabilizarme. Apenas sentía su contacto.

—Frankie —me instó.

Me mordí el interior de la mejilla hasta que me supo a sangre. —No lo sé. No quiero creer que lo haría, pero... estaba tan furioso por lo de su padre. Y si quería demostrar algo, si pensaba que yo estaba demasiado implicada con Antonio...

—Venga ya —dijo Maria con firmeza—. Eso no suena a él. Sé que es un pez gordo y todo eso, pero vi cómo te miraba durante la votación. Le importas.

Me abracé a mí misma. Deseaba tanto creerla. —Tal vez. Pero no puedo... no puedo quedarme aquí sentada preguntándomelo.

Necesito verle. Necesito oírlo de su boca.

Maria volvió a poner las manos en el volante. —¿Quieres que te lleve a su casa?

Negué con la cabeza. —No. Déjame en el metro. Perderías todo el día yendo a Manhattan y volviendo.

Me lanzó una mirada larga, como si quisiera discutir, pero acabó asintiendo. —De acuerdo. Pero llámame luego, ¿vale? No me importa lo que pase, llámame.

Asentí, aunque sentía el estómago en caída libre.

Se incorporó de nuevo a la calzada cuando hubo un hueco en el tráfico y se dirigió a la estación de metro más cercana. No hablamos hasta llegar allí, pero agradecí su presencia constante.

Cuando detuvo el coche junto al bordillo, busqué la manilla de la puerta, pero se me cerró la garganta. Me giré hacia ella en su lugar. —Maria... gracias.

Ella frunció el ceño ligeramente. —¿Por qué? ¿Por conducir diez minutos por Brooklyn?

Negué con la cabeza, tragando saliva para deshacer el nudo que se formaba. —Por creer en mí. Por no mirarme de otra manera después de todo esto. Tenía tanto miedo de que alguien descubriera lo que hice, lo que fui, y tú... —Se me quebró la voz—. Tú me sigues viendo a mí.

Su expresión se suavizó, perdiendo toda dureza. Se inclinó sobre la consola y me apretó la mano. —Frankie, no es solo que te vea. Es que te conozco. Tú no eres tu peor error. Eres la mujer que salva animales, que se plantó ante todo el concejo y que dijo la verdad cuando habría sido más fácil esconderse. Esa es quien eres.

Las lágrimas me quemaron los ojos antes de que pudiera detenerlas. Me incliné sobre el asiento y la abracé, aferrándome como si fuera un ancla en medio de la tormenta. Olía a café y a la loción de vainilla que siempre llevaba en el bolso. Consuelo. Hogar.

—Vas a superar esto —susurró contra mi hombro—. Y vas a descubrir la verdad. Sea lo que sea, aquí me tienes.

Asentí, apartándome y limpiándome los ojos. —Vale. Puedo hacerlo.

Me dio un último apretón antes de soltarme. —¡Claro que puedes! Ahora ve y dales guerra, Hayes.

Logré una sonrisa temblorosa y bajé del coche. La entrada del metro se alzaba ante mí, con el estruendo de los trenes resonando a través de las rejillas. Sentía las piernas inestables pero, mientras descendía las escaleras, enderecé los hombros.

Además, todavía tenía que avisar al Sr. Chen para que no tuviera que esperarme más.

Lo que fuera que me aguardara al otro lado —respuestas, desamor, quizá ambas cosas—, ya no podía seguir huyendo de ello.

Capítulo 33

Frankie

Para cuando el metro entró chirriando en Midtown, mis nervios estaban a flor de piel. Me había pasado todo el trayecto mirando mi reflejo en la ventanilla oscurecida, ensayando y descartando cada versión posible de lo que le diría a Gio.

Acusaciones. Súplicas. Exigencias. Todo se enredaba en mi mente hasta hacerme zumbar la cabeza.

El corto trayecto a pie hasta su edificio se me pasó como en un sueño.

Frente a su portal, me demoré en la acera con el móvil pesándome en la mano. Podría llamarlo, avisarle de que estaba allí y darle la opción de verme. Pero algo en mi interior se rebeló ante la idea. Si

de verdad él había filtrado esa historia, necesitaba verlo en sus ojos cuando se lo preguntara.

Entré y me acerqué al conserje del vestíbulo.

—Hola, soy Frankie Hayes, vengo a ver a Gio Moretti —dije, esperando que no me hubiera revocado el permiso de entrada.

El conserje me reconoció y me dedicó una sonrisa educada—. Por supuesto, Srta. Hayes. El Sr. Moretti dejó instrucciones: puede subir siempre que quiera.

Se me dio un vuelco el estómago. Logré articular un escueto «gracias» y subí en el ascensor, con el corazón golpeándome al ritmo de cada piso que dejaba atrás.

Cuando las puertas se abrieron al pasillo de su ático, el aire se sentía distinto. Había silencio, demasiada quietud.

—¿Gio? —Mi voz resonó en el espacio.

El silencio fue la única respuesta.

Entré. El lugar estaba impecable y el tenue aroma del café todavía flotaba en el aire, pero no había ni rastro de él. Caminé sobre los suelos de madera pulida hacia el salón, medio esperando que apareciera por la cocina, despeinado y gruñón por el sueño. Pero las encimeras estaban despejadas. La puerta del dormitorio estaba abierta y la cama hecha, como si nadie la hubiera tocado.

Un vacío se extendió por mi pecho. Toda esa energía nerviosa que había estado acumulando no tenía a dónde ir. Se me cerró la garganta mientras susurraba a la habitación vacía: «¿Dónde demonios estás?».

¿Debería esperar?

Estaba tan alterada que no había pensado bien en esta parte. No sabía cuándo volvería; podrían pasar horas.

Mientras deambulaba por el salón, demasiado inquieta para sentarme y demasiado ansiosa para irme, mi mirada se clavó en la mesa de centro. Había una carpeta manila gruesa, con los bordes gastados como si la hubieran abierto más de una vez. El informe sobre Antonio. Debería haberlo leído cuando Gio me lo enseñó, pero en aquel momento estaba demasiado disgustada. Quizá estuviera lleno de mentiras, o quizá Gio y Antonio fueran tan malos el uno como el otro.

La esquina de un papel asomaba y, en negrita, alcancé a ver mi propio nombre.

Se me hundió el estómago.

—¿Pero qué coño...?

Me quedé helada, con todos mis instintos gritándome que me diera la vuelta. Que fingiera que no lo había visto. Pero mis pies me llevaron hacia delante y mi mano tembló al alcanzar la carpeta. Me dije que solo echaría un vistazo, solo una ojeada, lo justo para confirmar que eran imaginaciones mías.

No lo eran.

Allí dentro estaba yo. Toda yo. Mi historial de detenciones en Miami, los documentos judiciales, la foto policial granulada que pensé que no volvería a ver jamás. Había información sobre dónde trabajaba Jake, cuándo murieron mis padres, incluso mis expedientes académicos. Me había mandado investigar.

Se me oprimió el pecho hasta que apenas pude respirar. La sangre me zumbaba en los oídos mientras pasaba página tras página; los mismos detalles condenatorios que había leído en el artículo estaban allí, plasmados con tinta fría y clínica.

Él lo tenía. Lo había tenido aquí todo el tiempo.

Me desplomé en el sofá con la carpeta apretada contra el regazo, sintiendo que el mundo se tambaleaba a mi alrededor. Me ardía la garganta, debatida entre la incredulidad y la traición. De aquí había salido la filtración. Ya no se podía negar.

El amargo pensamiento se abrió paso antes de que pudiera detenerlo: Antonio no había mentido. Gio realmente me usó y luego decidió destruirme.

Cerré la carpeta de golpe, con las manos temblorosas y la bilis subiéndome por la garganta.

—Dios, Gio... —susurré en el silencio, con la voz quebrada.

El clic de la puerta me sobresaltó tanto que la carpeta se me escapó de las manos y los papeles se desparramaron por la mesa.

—¿Frankie?

Me puse en pie de un salto, con el pecho agitado. Gio estaba en el umbral, con el pelo alborotado por el viento y la chaqueta colgada descuidadamente al hombro. En cuanto su mirada cayó sobre los papeles esparcidos, su expresión se tensó.

—¿Qué haces aquí? —Su voz era cautelosa, precavida, nada que ver con el hombre que me había besado hasta hacerme perder el sentido en esta misma habitación.

Me ardía la garganta—. He venido a hablar contigo. Pero entonces me he encontrado esto —señalé los papeles con el dedo como si pudieran quemarme si volvía a tocarlos—. Me has estado investigando. Todo lo que sale en ese artículo... está aquí dentro.

Él dio un paso más, con el rostro ensombrecido—. Frankie...

—No —le corté, con voz temblorosa—. No me digas que no es lo que parece. No me mientas más. Eres todo aquello de lo que me advirtió Antonio. Tú investigándome. Tú... destruyéndome.

Él frunció el ceño, con una chispa de asombro cruzando su rostro antes de transformarse en algo más crudo, con la boca torcida por la rabia.

—¿Crees que yo te haría algo así? —Su voz se quebró en la última palabra, ronca de pura incredulidad. Pero yo ya no podía confiar en él, aunque mi corazón buscara el suyo.

Las lágrimas me nublaron la vista.

—Ya no sé qué pensar —susurré—. Tú, Antonio... los dos decís que el otro es horrible. Pero tenías esta carpeta. Tú... —se me rompió la voz—. Me investigaste como si fuera una criminal.

Hubo un segundo en el que esperé que se explicara, que me dijera que todo era un error. Que volvería a mirar la carpeta y vería el nombre de Antonio. Que me había equivocado, que había alucinado que la carpeta era sobre mí por toda la locura de hoy. Incluso con el aguijonazo de la traición atravesándome el corazón, deseaba que Gio me estrechara entre sus brazos y me dijera que todo era un gran malentendido.

—Aquí la ladrona eres tú, no yo —sus palabras cortaron como el cristal, afiladas y despiadadas—. ¿Cómo se supone que voy a confiar en ti? Tú eres la que me robaste. Tú eres la que se mezcló con traficantes de drogas. Tú eres la que tiene antecedentes. Yo no.

Me encogí como si me hubiera dado una bofetada. Porque era verdad. Le había robado. Me habían arrestado. Era justo lo que le había estado diciendo a Maria: no importaba lo buenas que fueran mis intenciones, aun así había hecho algo malo. Oírle escupir aquellas palabras como si fueran veneno rompió algo muy profundo en mi interior.

Él no había terminado—. Y luego vuelvo a mi casa y te encuentro aquí sin avisar. ¿Qué pasa, pensabas que podrías sacarme todavía

más dinero?

La vergüenza me invadió, caliente y asfixiante. Las lágrimas caían más rápido, desdibujando su rostro mientras agarraba mi bolso.

—No he venido por eso —protesté, pero las palabras salieron ahogadas entre sollozos. Odiaba derrumbarme delante de él. Odiaba que me viera en mi momento más débil.

—Sabes que no puedo creerme eso —dijo él con los ojos entrecerrados y los labios finos.

No podía respirar, no podía quedarme allí ni un segundo más.

—Claro, ¿cómo ibas a confiar en una ladrona? —murmuré.

Huí del apartamento de Gio, aporreando el botón del ascensor como si eso fuera a hacer que llegara antes, con el corazón partiéndoseme en el pecho.

No miré atrás, y él no salió tras de mí.

Capítulo 34

Gio

La puerta se cerró de golpe tras ella, y el eco rebotó por todo el ático como un disparo.

Me quedé helado, con los puños apretados a los costados, mirando el desorden que había dejado sobre la mesa. El archivo estaba revuelto, con su nombre estampado en cada página. Sentía el pecho demasiado oprimido, como si las costillas no pudieran contener todo lo que me presionaba por dentro.

Había estado llorando. Lágrimas de verdad. Por un breve segundo, aquello me había destrozado. ¿Pero ahora? Ahora lo único que oía era su voz acusándome, como si yo fuera una especie de monstruo que movía los hilos tras su caída.

Si había una lección valiosa que había aprendido de mi padre, era que la gente como él tenía tendencia a acusar a los demás de las cosas de las que ellos mismos eran culpables. ¿Estaba Frankie en esa categoría? No había tenido problemas en trabajar con él, en defenderlo. Incluso había tenido la audacia de entrar en mi apartamento cuando yo no estaba y lanzarme esas acusaciones a la cara.

Me pasé una mano por la cara y murmuré a la habitación vacía: —Increíble.

No sabía qué me escocía más: si que pensara que yo era capaz de hacerle algo así, o que hubiera estado en mi apartamento hurgando en cosas que no eran suyas.

Mi mirada recorrió el espacio, afilada, inquisitiva. La botella de escocés que había abierto anoche seguía sobre la encimera. El clip de los billetes con el efectivo que no me cabía en la cartera, y que había soltado junto al sofá, brillaba donde lo había dejado. Nada parecía fuera de su sitio. Aun así, la sospecha persistía.

—¿Te has llevado algo, Frankie? —le pregunté al silencio con voz baja y amarga.

Casi me reí de mí mismo. ¿Qué demonios importaba? Ya me había robado una vez. Lo había admitido. Y yo la había dejado acercarse. Lo suficiente para tocarme, lo suficiente para llevármela a la cama por segunda vez e ilusionarme pensando, de nuevo, que podría ser algo más; lo suficiente para que ver sus lágrimas casi derribara mi armadura y me hiciera sentir lástima por ella.

Apoyé las palmas sobre la mesa, inclinándome sobre la madera como si pudiera sostenerme. Los papeles esparcidos me devolvieron la mirada. En una cosa tenía razón: la había investigado. Había visto el archivo y había sacado la peor conclusión de todas. O tal vez todo formaba parte de una artimaña cuidadosamente elaborada. No podía sentirme culpable por la necesidad de protegerme. Pero la forma en que me había mirado… como si le estuviera rompiendo el corazón.

No. No puedo permitir que me ablande. No por ella.

—Si me engañas una vez, la culpa es tuya —murmuré, sacudiendo la cabeza—. Si me engañas dos…

Me froté el esternón con los nudillos, sintiendo el ácido subirme por la garganta. Ella era la menor de mis preocupaciones ahora mismo. A ambos nos habían dedicado artículos en un lapso de dos días, pero mi asunto era mi propia reputación, no la suya.

Mi teléfono vibró sobre la encimera, rompiendo el silencio. El nombre de Robert Torres iluminó la pantalla.

Dejé que sonara dos veces antes de deslizar para responder. —Torres.

—¿Ha visto el artículo sobre Hayes? —su voz sonaba baja, casi engreída.

Al parecer, hoy no iba a escapar de ella. Rechiné los dientes. —Sí. Lo he visto.

Me giré hacia los ventanales, observando cómo la ciudad se extendía en cristal y hormigón. El artículo la retrataba no solo como una ladrona ocasional, sino como una maestra de la manipulación que se había abierto paso entre varias de las personas más ricas de la alta sociedad de Miami. Incluso después de todo lo ocurrido, me costaba verlo.

Robert soltó una risa seca. —Bueno, ha funcionado. Ya tengo a dos concejales inclinados a pausar su permiso. Volveremos a votar la semana que viene. Eso le da otra oportunidad con el almacén. Podría ser el golpe de suerte que estaba esperando.

—¿A qué se refiere con que «ha funcionado»? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Digamos que tenía un contacto en *The Herald* que me debía un favor —comentó con parsimonia, obviamente orgulloso de sí mismo.

Se me revolvió el estómago.

—¿Usted es la fuente del artículo? —pregunté.

Dios mío, Torres puede ser tan malo como mi padre.

—Lo negaré, pero creo que ya sabe la verdad —dijo, como si todo esto fuera un simple juego para él—. No puede sorprenderle, después de la reunión que tuvimos en su club anoche. Pensé que estaba de acuerdo con volver a encauzar el hotel. Era hora de combatir el fuego con fuego.

Hice un sonido de asentimiento vago para ganar tiempo.

No sabía que en aquel momento estaba haciendo un pacto con el diablo. Claramente, Robert Torres no era un hombre con el que conviniera enemistarse.

Robert llenó el silencio. —Vamos, Gio. Si juega bien sus cartas, la votación dará un vuelco y todo ese proyecto de refugio suyo quedará en nada. Esa es la oportunidad que hemos estado esperando.

Miré el archivo todavía extendido sobre la mesa. El rostro de Frankie me devolvía la mirada en fotos granuladas y actas redactadas en blanco y negro. Se la veía destrozada en su foto policial, avergonzada. No como una criminal endurecida.

—Eso de que estafó a la alta sociedad de Miami… ¿es verdad? —pregunté. Era imposible que Torres supiera que Frankie me había robado a mí.

—No es más que una conclusión lógica —se jactó—. Estaba pensando, con unos antecedentes como los suyos, ¿cómo consiguió esa cantidad de dinero? ¿Por qué estaba en Miami en primer lugar? Es una explicación tan buena como cualquier otra. Ya sabemos que fue arrestada; el robo no es algo que le vaya a venir grande.

—Ya —dije. Apreté los labios, mirando de nuevo su foto policial.

Dos veces la había tenido en mi cama. La Frankie de hace unos días había sido más cautelosa, más vacilante que la versión que conocí en Miami. Pero entonces, como ahora, tenía ese mismo fuego y esa

misma pasión. Nada de aquello me había parecido una actuación. Pero ya había terminado de dejar entrar a la gente para que solo se aprovecharan de mí. Todo el mundo miraba solo por sí mismo. Mi padre, Frankie, Torres; todos eran iguales.

—Entonces, ¿quiere construir este hotel o no? —insistió—. Porque, de un modo u otro, no veo a Frankie ganando esta votación de permisos por segunda vez. ¿Va a estar allí para impugnarla o tengo que buscar otro negocio que poner en el lugar de ese almacén que da asco verlo?

—Sí —dije lentamente por el teléfono, con la garganta apretada—. Allí estaré.

No era momento para sentimentalismos, ni para dejar que los asuntos de los demás fueran de mi incumbencia. Fuera cual fuera el juego que los otros estuvieran jugando, no importaba. Estar cerca de Frankie, dejarla entrar, me había ablandado.

—Bien —dijo Torres—. Nos vemos en la votación.

Colgó, dejándome allí mirando mi reflejo en el cristal de la ventana, en lo alto de Manhattan.

Debería haberme sentido triunfante. En cambio, me sentía vacío.

Unos días después, sentado en la sala del ayuntamiento, tenía los nervios tan tensos como cuerdas de piano. El aire olía a café pasado

y a demasiada gente amontonada en una sala demasiado calurosa. Crujían los papeles, chirriaban las sillas, murmuraban las voces, pero todo ello se fundía en un ruido estático. Tenía la cabeza demasiado llena.

El artículo desprestigiándome era pura basura: tratos sucios, vivir a costa de mi padre, distorsionar el sistema para conseguir lo que quería. Mentiras. Había pasado años intentando demostrar que no me parecía en nada a mi padre; trabajando más que nadie, construyendo más, yendo más rápido. Ahora, todo el mundo pensaba que él estaba limpio y que yo era el que no se detendría ante nada para triunfar.

Podía soportarlo. Crecer con Antonio Moretti como padre implicaba desarrollar una piel dura o acabar… bueno, como mi madre. Su juguete, una mujer débil y una pálida versión de lo que fue.

Por eso, cuando Frankie entró, pálida como la cera y con unas ojeras tan marcadas que delataban que no había dormido, el corazón se me encogió a mi pesar.

No me miró ni una sola vez, pero yo no podía evitar verla de reojo. Con los hombros hundidos, agarraba la carpeta que tenía delante con tanta fuerza que las páginas se arrugaban. Parecía que fuera a romperse si alguien respiraba demasiado fuerte en su dirección.

Me dije a mí mismo que no me importaba. Ella había tomado su decisión y yo la mía. Aun así, verla era como si tuviera un agujero ardiendo en el pecho.

Torres la había destrozado. Había sacado a la luz su arresto en Miami, presentándola como una mujer que se había ganado a pulso

el favor de la ciudad a base de estafas. Cría cuervos y te sacarán los ojos, tal vez, pero lo había hecho en mi nombre. Incapacitar a Frankie significaba aprovechar su caída para mi propio beneficio. Él me había hecho cómplice de las mismas maniobras sucias que tanto le gustaban a mi padre.

Y yo simplemente… lo estoy aceptando.

No podía dejar de reproducir nuestra pelea en mi cabeza, la forma en que me había mirado como si yo fuera el enemigo. Como si la hubiera traicionado, cuando era ella quien se había metido en líos con narcotraficantes, quien me había robado.

Los concejales fueron entrando, provocando una ola de tensión entre la prensa y los interesados allí reunidos. Habían venido a ver sangre. Solo que no sabía si sería la mía o la de Frankie.

—Aquí vamos —murmuré para mis adentros.

Margaret Winters entró primero, apretando su bolso contra el pecho como si en él llevara el destino de todos los gatos callejeros del distrito. Era de voz suave, pelo plateado y sagaz a la hora de olfatear cualquier cosa que oliera a injusticia. Siempre había sido cariñosa con Frankie, y ahora podía ver la tensión en su mandíbula. Estaba decepcionada. Guardaba las distancias.

Torres llegó a continuación, entrando con su arrogancia habitual, el traje impecable y una sonrisa ya preparada para las cámaras. El hombre apestaba a ambición y a colonia barata. Mi hotel era su billete dorado, y la ruina de Frankie no era más que un daño colateral.

Jennifer Liu se deslizó hasta su asiento con un montón de papeles ordenados. No malgastaba sonrisas, ni conmigo ni con nadie. Para ella, todo se reducía al impacto en la comunidad, a la sostenibilidad a largo plazo, al equilibrio. Y yo podía respetar eso, aunque no estuviera seguro de que fuera a votar a mi favor.

David Murphy entró como si se hubiera equivocado de camino al campo de golf, sonriendo, dando apretones de manos, dándose un baño de masas. Era el tipo de hombre que tanteaba el ambiente antes de decidir hacia dónde iba su voto. Lo que significaba que quien diera hoy un mejor espectáculo lo tendría en el bolsillo.

Y luego estaba mi padre.

Él no caminaba. Él se imponía. Tomó asiento en el centro del estrado con la soltura de un hombre que jamás ha cuestionado si la sala le pertenece. Su mazo golpeó el bloque, silenciando los murmullos, y el peso de su mirada recorrió la cámara como un frente de tormenta.

—Esta reunión —comenzó mi padre, con voz baja y controlada, pero teñida de irritación—, ha sido convocada a petición de mis colegas, que han insistido en volver a tratar la cuestión de los permisos del refugio Hayes. —Hizo una pausa, y su mirada recorrió a los demás miembros—. Un asunto que yo creía zanjado.

El reproche fue evidente. No estaba contento. Antonio Moretti no aceptaba de buen grado que le ganaran la partida.

Su voz cortó el aire de la sala. —Antes de proceder a la votación, permitiré que ambos solicitantes, el Sr. Moretti y la Dra. Hayes, hagan una declaración en su defensa.

Su mirada se clavó en Frankie, inmovilizándola como a una polilla contra un cristal. Conocía esa mirada. Dios, me había criado bajo ella: afilada, expectante, exigente. Era la mirada que significaba *soluciona esto o atente a las consecuencias.* Se me revolvió el estómago. Siempre había reservado ese tipo de furia para mí. Ahora se la estaba dedicando a ella.

Frankie se levantó lentamente, con las manos temblándole a los costados.

—Yo… —vaciló su voz—. No tengo nada que decir en mi defensa, solo que los animales de Nueva York se merecen este refugio.

Los murmullos recorrieron la sala. El ceño de mi padre se ensombreció, y su tono fue engañosamente suave al instarla: —¿Nada? Francesca, ¿seguro que no quiere usted negar estas… graves acusaciones?

Ella tragó saliva. Levantó la barbilla, con más firmeza esta vez, pero las palabras siguieron saliendo suaves. —No tengo nada que decir. —Luego se sentó, con los hombros tensos, negándose a mirarme. O a mirarlo a él.

A Antonio se le hincharon las fosas nasales, y un levísimo tic de frustración rompió su máscara de pulcritud. Me resultaba demasiado familiar. Demasiado maldita sea. ¿Cuántas veces me había encontrado yo donde estaba ella, ahogándome bajo su decepción? Ver a Frankie marchitarse bajo esa presión me escocía por dentro. Pero también me hacía preguntarme, ¿por qué no estaba luchando? Después de toda la pasión y el tiempo que había invertido en el refugio, ¿ni siquiera iba a intentarlo?

O es idiota, o esto realmente la ha destrozado.

Quizá la desolación que Frankie había mostrado al huir de mi apartamento había sido real. Pero aquello seguía sin ser culpa mía.

Empujé mi silla hacia atrás y me puse en pie, con las palmas de las manos apoyadas sobre la mesa.

—El artículo escrito sobre mí —dije, y mi voz resonó en toda la cámara—, ha sido una campaña de desprestigio. Lleno de mentiras, diseñado para destruir mi reputación y descarrilar este proyecto. Cualquiera que tenga dos dedos de frente puede verlo.

Las palabras eran comedidas, pero la ira palpitaba bajo ellas.

Mi padre giró la cabeza y su mirada se clavó en mí con la fuerza de un golpe. Por un momento, toda la sala desapareció y volvimos a ser solo él y yo; el hijo pródigo que se negaba a doblegarse y el padre que nunca me perdonó por ello. Si no estuviéramos en público, no me cabía duda de que me estaría gritando. Yo ya era demasiado mayor para que me pegara. No es que lo hiciera a menudo, solo en casos extremos.

—Una vez terminadas las declaraciones —dijo mi padre, apartando su mirada colérica de mí—, cada concejal tiene derecho a compartir sus ideas sobre el asunto y decir por qué solicitud de permiso vota. Me gustaría recordar a todos los presentes que esta es una decisión sobre el futuro de Brooklyn, no una sala de tribunales.

Estaba intentando influir en los votos, pero por las caras sombrías de los demás concejales, no estaba seguro de que lo estuviera

consiguiendo.

Margaret Winters se ajustó las gafas y se acercó al micrófono. Su voz era tranquila, pero firme. —Ambos artículos plantean cuestiones preocupantes. No voy a negarlo. Pero nuestro deber aquí es sopesar qué es lo mejor para esta comunidad. El refugio de la Dra. Hayes aportaría un beneficio inmediato a los animales abandonados, a las familias, a los niños que aprenden compasión a través del cuidado. Ese impacto no puede ignorarse. Por lo tanto, voto a favor del refugio.

Un murmullo atravesó la sala, jadeos, cuchicheos, bolígrafos rascando furiosamente mientras la prensa registraba cada palabra. Incluso yo parpadeé, sorprendido. Margaret Winters acababa de desafiar el peso del escándalo. Miré a Frankie, casi esperando ver el destello de una sonrisa, un indicio de que realmente era la estafadora que yo temía —o tal vez esperaba— que fuera. Pero en su expresión no había rastro de satisfacción. Se limitaba a mirar al frente.

Robert Torres parecía relajado en su silla, con una sonrisa afilada como un cuchillo. Cuando se acercó al micrófono, su voz destilaba una confianza untuosa. —Respeto a la concejala Winters, pero seamos sinceros. Uno de estos artículos es basura de tabloide, fácilmente descartable como un rumor. El otro… —levantó una impresión del artículo de Frankie, agitándola para dar énfasis— es verificable. La Dra. Hayes fue arrestada en Miami en relación con una redada de drogas. Los detalles son de registro público. Eso no es un rumor. Eso no es un desprestigio. Este consejo debe proteger su credibilidad. Voto a favor del proyecto hotelero del Sr. Moretti. No solo es la persona más digna de confianza aquí, sino que su hotel ayudará a estimular la economía.

Se recostó, engreído, como si ya lo tuviera todo atado. La mandíbula de Frankie se tensó, pero no se inmutó.

Antonio se aclaró la garganta. No debía hablar todavía, ya que como presidente su voto siempre era el último, pero ¿cuándo lo habían detenido las reglas a él? Su voz era acero recubierto de terciopelo.

—Aunque al concejal Torres le resulte fácil pasar por alto el artículo sobre Giovanni de una fuente de noticias *reputada*, yo no puedo hacerlo. Mi hijo ha forjado su fortuna basándose en mi nombre, mi posición y el poder que ambos conllevan. Eso no es un rumor, es la realidad. Siempre ha tenido todas las ventajas, y miren cómo las desperdicia. —Sus ojos se clavaron en mí como cuchillas—. Por el contrario, la Dra. Hayes, sea cual sea su pasado, busca dar, no quitar. Se merece nuestro apoyo. Mi voto es para ella.

Frankie tragó saliva como si hubiera tragado cristales rotos. Aquello debería haberla hecho feliz, pero no lo parecía.

Los murmullos estallaron en la cámara. La prensa casi se atropellaba, los flashes de las cámaras saltaban como disparos. Mi mandíbula se apretó tanto que me dolió. Que mi padre se pusiera del lado de Frankie no tenía nada que ver con su fe en ella, sino con su operación de blanqueo de dinero. Sospechaba, sin embargo, que disfrutaba mucho hundiéndome el puñal como propina adicional.

David Murphy se frotó la barbilla, claramente desconcertado por el circo que se estaba montando. —Yo… bueno, es difícil dadas las circunstancias. Pero el clamor público ha sido fuerte y, francamente, es más negativo hacia una veterinaria con antecedentes penales que intenta establecer una fundación benéfica que hacia un hombre de negocios acusado de… digamos, influencias cuestionables. Sea justo

o no, aquí la percepción importa. Voto a favor del proyecto hotelero del señor Moretti.

Eso suponía un empate a dos. Todas las miradas se dirigieron a Jennifer Liu. Su voto decidiría esto. Había apoyado a Frankie antes, pero no se dejaba avasallar y no me la imaginaba tomándose a la ligera la noticia del arresto de Frankie. ¿Pero sería eso suficiente para que se pasara a mi bando?

Volví a mirar a Frankie. Seguía igual, con esa misma expresión sombría y vacía de antes. ¿Dónde estaba la mujer que había tenido en mi cama? La que se preocupaba tanto por los animales, la que hablaba con tanta pasión. Por muy enfadado que estuviera, yo no quería esto. Era como si le hubieran succionado la vida.

Jennifer Liu se aclaró la garganta. Parecía descontenta, con la boca apretada. —Quiero ser muy clara: las noticias y rumores que rodean a ambas partes me parecen profundamente preocupantes. Los antecedentes de la Dra. Hayes plantean dudas graves y válidas sobre su juicio y credibilidad. Un refugio es una causa noble, pero simplemente no podemos confiar a alguien con antecedentes penales su gestión. La reputación del Sr. Moretti plantea las mismas dudas, y no aprobaré un proyecto que pueda implicar tratos poco limpios o nepotismo. No puedo, por conciencia, apoyar a ninguno de los dos. Me abstengo.

La sala estalló. Jadeos, voces superpuestas, la prensa zumbando como una colmena.

La mandíbula de mi padre se tensó, el músculo le temblaba mientras agarraba el borde de la mesa. Por un momento pensé que iba a partir el mazo en dos con sus propias manos.

—El consejo se encuentra en un punto muerto —dijo con una voz lo bastante afilada como para cortar cristal—. Dos votos a favor del hotel del Sr. Moretti, dos a favor del refugio de la Dra. Hayes y una abstención. Un empate. —Ni siquiera se molestó en ocultar el desprecio que destilaba la última palabra—. Por lo tanto, este consejo se verá obligado a volver a reunirse en una fecha posterior para determinar el curso de acción apropiado.

El mazo descendió con un golpe que resonó en toda la cámara. Los ojos de mi padre barrieron la sala, fríos y ardientes a la vez. —Hasta entonces, ambas solicitudes siguen bajo revisión. Este asunto no se ha resuelto.

El ruido de la prensa aumentó, los murmullos se convirtieron en preguntas a gritos, los flashes brillaban como una tormenta eléctrica. Los reporteros se amontonaban unos sobre otros buscando declaraciones, reacciones, cualquier cosa que pudiera dar una pista sobre hacia dónde soplaría el viento.

Mi padre no se quedó a atenderlos. Empujó su silla hacia atrás y salió a zancadas de la cámara, con pasos largos impulsados por la furia. No me miró. No miró a Frankie. Simplemente se fue dejando un rastro de pasos secos y una rabia apenas contenida.

Se me tensaron los hombros; el nudo de frustración y tensión en mi pecho estaba tan apretado que me pregunté si se me rompería una costilla.

Un empate. Después de todo aquello, nada. Ni victoria, ni cierre. Solo más espera.

Miré de reojo. Frankie no se había movido. Tenía las manos apretadas sobre la mesa frente a ella, con los nudillos blancos, pero su rostro… su rostro tenía una quietud que no era calma en absoluto. Estresada, frágil, pero no sorprendida. Como si hubiera esperado aquello.

Se me revolvió el estómago.

Por fin empujó su silla hacia atrás, apartándose de la prensa que pululaba por los pasillos como si pudieran hacerle daño. Se dirigió en línea recta hacia la salida por la que se había ido Antonio, moviéndose rápido.

Se me aceleró el pulso. El último sitio donde necesitaba estar era a solas con él. Cuando mi padre estaba con ese humor, destruía a cualquiera que se cruzara en su camino. Y por la forma en que ella había salido disparada, parecía que tuviera alguna cuenta que rendir…

Sí. Esto no me daba buena espina.

Capítulo 35

Frankie

Las cámaras me seguían como un enjambre de mosquitos, con sus preguntas afiladas e implacables.

—Señorita Hayes, ¿tiene algún comentario?

—¿Era usted culpable de los cargos en su contra?

—¿Sigue pensando que los ciudadanos pueden confiar en usted?

Mantuve la cabeza baja y me abrí paso entre la multitud, con el corazón martilleando y la garganta en carne viva. No me ha sorprendido la votación. Decepcionada, sí, pero no sorprendida. Esto era lo que me merecía, ¿verdad? Mi pasado arañando desde debajo

del parqué, arrastrándome de nuevo hacia abajo, por mucho que intentara liberarme.

Aun así, no ha sido agradable estar allí sentada mientras unos desconocidos me diseccionaban. No ha sido fácil oír a Torres usar mi nombre como si fuera una maldición ante toda la ciudad.

Empujé las puertas y salí al pasillo, dejando atrás el murmullo de los periodistas. Mis piernas me llevaban más rápido que mis pensamientos, persiguiendo el único salvavidas que me quedaba. Antonio.

Él ha sido el único, aparte de Margaret Winters, que ha hablado en mi defensa. El único que no se ha lavado las manos conmigo. Seguía teniendo poder y dinero. Si quería salvar el refugio, lo necesitaba. Necesitaba su respaldo, su influencia, su voz ahora que la mía no dejaba de quebrarse.

No creía que tuviera ninguna posibilidad de comprar el almacén ahora. Maldita sea, ni siquiera estaba segura de que alguien que prestara atención a las noticias quisiera adoptar una mascota que viniera de mí, pero tenía que intentarlo.

No era por mí. Nunca ha sido por mí.

Era por los perros abandonados por sus dueños, que vivían solo de restos de la basura. Por los gatos a los que trataban como si no fueran más que ratas, maltratados y carentes de afecto. Por Asher, el dulce y testarudo Asher, que seguía apoyando su cabezota contra los barrotes cada vez que lo visitaba, como si esperara a que le dijera que su familia por fin había llegado. Llevaba allí tres meses. En otros tres, lo sacrificarían.

La idea de que pasara el resto de su corta vida en una jaula, solo para acabar sacrificado porque nadie lo quería, me dejó vacía por dentro. No podía permitir que eso ocurriera.

Divisé los anchos hombros de Antonio al final del pasillo, entrando como una exhalación en su despacho como si el mismísimo diablo le pisara los talones. Me ardían los pulmones mientras me apresuraba para alcanzarlo.

—Señor Moretti... ¡Antonio, espere! —Mi voz rebotó contra los muros de piedra, temblorosa pero más fuerte de lo que me sentía por dentro.

Desapareció en su despacho y su secretaria intentó detenerme, pero pasé de largo.

El despacho de Antonio olía ligeramente a humo de puro y a cuero, como el poder reducido a su forma más desagradable. Ni siquiera levantó la vista cuando entré. Había papeles extendidos por su escritorio en pilas ordenadas, como si nada en su mundo se hubiera desmoronado.

—Tenemos que hablar —dije, avergonzada por lo mucho que me faltaba el aliento. Apenas he podido comer en días y eso me estaba debilitando tanto que incluso perseguir a Antonio por los pasillos suponía un esfuerzo. Si no hubiera sido porque mi vecino me traía comida, puede que no hubiera comido nada en absoluto.

Cerré la puerta tras de mí, con el pulso latiéndome en los oídos. Los reporteros seguían ahí fuera, con sus preguntas arañando las paredes, pero aquí dentro solo estábamos él y yo. Solo el hombre

que me había lanzado una cuerda cuando todos los demás se contentaban con verme ahogarme.

Necesitaba que me escuchara. Que viera más allá del lío de los titulares y recordara por qué esto era importante. Por los animales. Por el refugio. Por Asher.

Antonio seguía de pie, paseando detrás de su escritorio como una tormenta contenida en un espacio demasiado pequeño. Cuando por fin me miró, sus ojos destellaban con furia.

—Esos idiotas —espetó, señalando con el dedo hacia la puerta por la que yo acababa de entrar—. ¿Tiene idea de lo que me cuesta limpiar sus desastres? ¿Y ahora entra aquí a toda prisa, montando un espectáculo? La prensa está ahí fuera dando vueltas como buitres, y usted les sirve carne fresca.

—No me importa la imagen que dé —dije, aunque la voz me flaqueó —. Tenía que hablar con usted.

Soltó una carcajada brusca, pero no tenía nada de divertida. —¿Hablar conmigo? Debería estar de rodillas dándome las gracias. He sido el único en ese pleno dispuesto a mantenerla a flote. El único que no le ha dado la espalda cuando ha salido a la luz la verdad.

Sus palabras aterrizaron como golpes, y cada una de ellas me hacía sentir más pequeña, empujándome hacia el rincón de la habitación.

—Por eso estoy aquí —dije, porque aunque estuviera enfadado conmigo, y tenía todo el derecho a estarlo, tal vez aún apoyaría el refugio—. Su apoyo ha significado muchísimo para mí. Me ha

respaldado incluso cuando nadie más lo hacía. Todavía podemos hacer que este refugio funcione, aunque sea en otra propiedad. Incluso si tengo que dar un paso atrás y no dirigirlo yo misma. Los animales se lo merecen.

Él acortó la distancia entre nosotros, bajando la voz hasta convertirla en un rugido áspero. —El proyecto del refugio está muerto. El escándalo ha acabado con su credibilidad.

Se me encogió el estómago. —Pero... usted dijo que me ayudaría. Dijo que creía en la causa. —Mi voz se quebró, demasiado herida, demasiado desesperada.

Su risa cortó el aire de la habitación, afilada y sin pizca de humor.

—Creía en las ventajas fiscales. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Su pequeño refugio habría sido perfecto para mover dinero. ¿Pero ahora? Es usted mercancía dañada, y si me asocio con algo de esto, el riesgo de que la gente mire demasiado de cerca es muy alto.

Di un paso atrás, sintiendo que las rodillas estaban a punto de fallarme. —Me estaba utilizando.

Era justo lo que Gio había dicho desde el principio. Ha tenido razón todo el tiempo y yo he sido demasiado estúpida, demasiado orgullosa, para escucharle. Intentó avisarme.

—Por supuesto que la estaba utilizando. —Sus ojos brillaron con diversión, fríos y despiadados—. Igual que mi hijo la estaba utilizando. La diferencia es que yo soy honesto al respecto.

El pulso me retumbaba en los oídos.

—Gio no me estaba utilizando. —La negación brotó demasiado rápido, demasiado frágil.

La sonrisa burlona de Antonio se ensanchó, saboreando el quiebro en mi voz. —¿Acaso no? Se lo dije, Gio hará cualquier cosa por ganar. Se acercó a usted para que cambiara de opinión. Mi hijo aprendió del mejor. Primero el encanto, luego el chantaje. Está claro que no logró que cambiara de opinión, así que en su lugar la ha destruido en la prensa.

Se me oprimió el pecho; cada palabra se clavaba como un trozo de cristal bajo las costillas. Quería gritarle, decirle que se equivocaba, que Gio no era como él, que no podía serlo. Pero el hecho de que Gio hubiera tenido razón sobre su padre no lo convertía en el bueno de la película. Si algo he aprendido después de todo esto es que no puedo fiarme de mi instinto.

Sentía que el suelo cedía bajo mis pies, como si las propias paredes se inclinaran bajo el peso de las palabras de Antonio. El rostro de Gio no dejaba de aparecer en mi mente: su ira, su desprecio, el día que nos destrozamos mutuamente. Aún podía oír el tono con el que me había acusado, la forma en que me miró como si no fuera más que una ladrona.

Tal vez Antonio tuviera razón. Tal vez eran el mismo hombre, solo que cortados por el mismo patrón de diferentes generaciones: primero el poder, nunca la confianza. Pensé que Gio me había visto de verdad, que me había deseado. Pero quizá no fui más que una baza para él, tal como decía Antonio. Un peón en su eterno juego.

—Miente —susurré, pero incluso para mis propios oídos la protesta sonó débil. Frágil.

Antonio ladeó la cabeza, como un lobo que olfatea la sangre. —¿Miento? Dígame usted, Francesca. ¿Creyó Gio alguna vez en usted, o simplemente la sedujo y la dejó de lado? Los hombres como nosotros no perdemos el tiempo con causas perdidas. Nos deshacemos de ellas. Puede que mi hijo y yo estemos en bandos diferentes de esta guerra, pero jugamos al mismo juego.

Me presioné el estómago con una mano temblorosa, como si pudiera mantenerme entera físicamente. El aire parecía demasiado escaso, la habitación demasiado pequeña. La voz de Gio y la de Antonio se enredaron hasta que no pude distinguir una de la otra.

Retrocedí tambaleándome, golpeando el marco de la puerta con el hombro mientras buscaba a tientas el pomo. La habitación dio vueltas, el aire se volvió demasiado denso para respirar. No podía soportar ni un segundo más la cara de suficiencia de Antonio ni sus palabras envenenadas.

Para cuando llegué al pasillo, me temblaban tanto las manos que casi se me cae la correa del bolso. Ya no sabía qué era peor: la crueldad de Antonio o la punzante posibilidad de que tuviera razón.

Quizá ambos eran iguales. Padre e hijo. Distintas máscaras, mismo juego.

Gio

Vi a Frankie huyendo por el pasillo, con la cara manchada y los ojos rojos. Parecía desolada, destrozada, y supe que mi padre era el culpable. La ira me recorrió como un incendio forestal.

Ella no me ha visto. No ha mirado a nadie. Se limitaba a caminar más rápido, como si fuera a hacerse añicos si aminoraba el paso. La dejé ir. Solo había una persona a la que quería ver en este momento.

Para cuando entré en el despacho de mi padre, estaba deseando pelear. —¿Qué demonios le has dicho?

Mi padre ni siquiera se inmutó. Se reclinó en su silla, con las manos entrelazadas sobre el estómago, tan engreído como un rey inspeccionando su corte. —Le he dicho la verdad. Alguien tenía que hacerlo.

—¿Qué se supone que significa eso? —exigí. Si no hubiera habido un escritorio de por medio, puede que le hubiera soltado un puñetazo.

—Oh, por favor, ahórrate el dramatismo; no te pegaba cuando eras adolescente y te pega aún menos ahora —dijo, mirándome como si fuera un trozo de mierda que se hubiera encontrado en la suela del zapato—. Sé que te la estabas tirando. Muy hábil, intentar camelártela de esa manera. Supongo que deberíamos considerarlo un empate. Si no hubieras filtrado esa historia sobre ella a la prensa, yo habría salido victorioso. Ha sido una jugada maestra, digna de mi manual de estrategia.

Lo miré fijamente, preguntándome cómo podía correr la sangre de este hombre por mis venas.

—Yo no he filtrado nada, lo nuestro no era así. —En cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que me había delatado demasiado.

Los ojos de mi padre brillaron con un regocijo enfermizo.

—Oh, hijo —dijo, con un tono que chorreaba desdén—. Esa pequeña lagarta se te ha metido de verdad en la cabeza.

—Cállate —espeté.

—Siempre has sido demasiado blando, Giovanni. Igual que tu madre —dijo, como si la comparación con mamá fuera el mayor insulto que pudiera proferir—. La chica era un medio para un fin para ambos. Nada más.

La sangre me rugía en los oídos. —No es solo «la chica». Se llama Frankie. Y vale diez veces más que usted.

Él entornó los ojos y su boca se tensó en un gesto cruel. —No es más que una vulgar ladrona. Se arrimó a mí porque le ofrecí dinero. Imagino que buscaba lo mismo contigo. La gente es así, sin más. No sé por qué piensas lo contrario.

Las palabras calaron hondo, abriendo viejas heridas antes de que pudiera protegerme. Apreté los puños. Odiaba que supiera exactamente por dónde cortar. En mi cabeza chocaban imágenes de Frankie riendo en mi cama con su rostro desencajado por el dolor mientras me acusaba, el archivo abierto sobre mi mesa de centro.

—Ella no es como usted —dije entre dientes, aunque mi voz no tenía la determinación que deseaba—. Ella no es...

—¿No es qué? —interrumpió Antonio con suavidad—. ¿No es egoísta? ¿No es manipuladora? Despierta, Giovanni. ¿Crees que eres la excepción en su vida? No eres más que otra cartera a la que ha echado mano.

Quería borrarle esa expresión de suficiencia de la cara. Quería creer, sin asomo de duda, que mentía, retorciendo el cuchillo como hacía siempre. Pero ya tenía esas dudas, y ahora lo asfixiaban todo lo demás. Frankie me había robado una vez. Había huido. Tenía secretos.

¿Y yo había entrado aquí para qué? ¿Para defenderla?

Una vez le dije a Frankie que mi padre solo veía a pringados. Yo era el mayor de todos.

—Váyase a la mierda —le solté a mi padre, saliendo de su despacho y maldiciéndome por haber puesto un pie en él. He perdido de vista lo que era importante, me he dejado enredar con Frankie y con mi padre, atrapado en una red en la que no necesitaba estar.

Tomé la decisión hace mucho tiempo de no involucrarme emocionalmente con nadie. Ya es hora de que la cumpla de una maldita vez.

Tenía que olvidarme de Frankie, olvidarme de mi padre y concentrarme en el objetivo que siempre he tenido. Tengo que construir ese hotel, cueste lo que cueste. Y para eso, necesito una

estrategia. Puede que el almacén esté fuera de mi alcance si el señor Chen no quiere vender, pero no hay ninguna posibilidad de que Frankie consiga su refugio ahora que mi padre le ha retirado su apoyo.

Era hora de poner en orden mis prioridades. Me subí al coche y puse rumbo a Brooklyn.

Capítulo 36

Frankie

Apenas recordaba el camino desde el metro hasta mi apartamento; solo que el cielo se había oscurecido sin que me diera cuenta y que el aire tenía un ligero sabor a lluvia. Para cuando llegué a mi puerta, sentía que mi cuerpo funcionaba con el piloto automático, cada movimiento era mecánico.

Dentro, el apartamento estaba demasiado lleno, demasiado ruidoso con todos los recordatorios de lo que había perdido. Cajas apiladas en las esquinas. Mantas dobladas para los transportines. Un montón de correas sin estrenar, todavía con las etiquetas puestas. Un cuenco de agua que había comprado de oferta, imaginando a Asher bebiendo de él, moviendo la cola.

Ahora todo aquello resultaba ridículo. Una broma pesada a mi costa.

Dejé caer el bolso junto al sofá y me quedé allí de pie, mirando con la vista perdida el desorden que una vez fue una promesa. El móvil me vibró en el bolsillo. Lo ignoré. Vibró de nuevo. Y otra vez. Ni siquiera miré la pantalla. Fuera quien fuese, no me quedaba nada que ofrecer.

Me dolía el pecho, pero de una forma lejana, como si el dolor presionara contra un cristal en lugar de atravesarlo. Aturdida. Esa era la única palabra para describirlo. Como si mi cuerpo hubiera entrado en modo de autodefensa, bloqueándolo todo antes de que me aplastara.

El teléfono vibró una vez más, insistente, y lo saqué, no para responder, sino para silenciarlo. Llamadas perdidas de Maria y de Jake iluminaban la pantalla. Bloqueé el dispositivo y lo tiré boca abajo sobre la encimera, con el corazón latiendo con un pulso sordo.

Si me permitía sentir algo de todo aquello —la traición de Antonio, el silencio de Gio, la pérdida del almacén, los animales a los que les había fallado—, no estaba segura de si sobreviviría.

Así que no sentí nada. Simplemente me hundí en el sofá, contemplando las cajas que se suponía que significaban un nuevo comienzo, y dejé que el vacío me invadiera.

Los artículos destinados al refugio descansaban como testigos mudos en los rincones de mi apartamento. Objetos pensados para un futuro que nunca llegaría a ocurrir. Me abracé a un cojín, mirando fijamente aquel cúmulo de esperanza desperdiciada hasta que los golpes en la puerta me hicieron parpadear. Como no me moví, llamaron de nuevo.

—¿Frankie? —la voz de mi hermano llegó a través de la puerta—. Sé que estás ahí, tu vecino ha dicho que te ha visto entrar.

Antes de que pudiera procesar que tendría que levantarme y caminar hacia la puerta para dejar pasar a mi hermano, oí las llaves en la cerradura. Por suerte, le había dado un juego de repuesto para casos de emergencia.

¿Cuenta esto como una?

Jake entró antes de que yo pudiera decir nada. Su mirada recorrió las cajas y luego se posó en mí. Su expresión denotaba dolor, pero al principio no dijo nada. Simplemente se bajó la capucha de la sudadera y se puso de cuclillas frente a mí.

—Frankie. —Su voz era baja, cautelosa—. Cuéntame qué ha pasado.

Negué con la cabeza. Comparado con todo lo que Jake había pasado en su vida, las profundidades de las que había tenido que salir a gatas, esto no era nada. En realidad, no estaba peor que antes. Claro, ahora toda la ciudad sabía que era una ladrona, pero nada más había cambiado realmente.

—Venga —me animó.

—No es justo... cargarte con esto —mascullé, incapaz de mirarlo a los ojos—. Es una estupidez.

—No digas eso. —Me puso la mano en la rodilla, igual que solía hacer papá. También empezaba a parecerse a papá ahora que se

hacía mayor. Y tenía el mismo tono reconfortante.

—Ya has pasado por bastante, no necesitas cargar también con mi desmoronamiento. —Apreté el cojín contra mí.

—Oh, cállate, Frankie. —Ese era el hermano mayor que yo conocía y quería. Casi logré sonreír. A veces era difícil recordar que yo era la hermana pequeña.

Me había pasado la mayor parte de mis veintitantos apoyando a mi hermano, ayudándolo en las rachas malas cuando pensaba que volvería a consumir, quedándome al teléfono con él hasta altas horas de la noche mientras lloraba por lo mucho que había defraudado a nuestros padres, por cómo le había roto el corazón a papá.

Jake se sentó a mi lado en el pequeño sofá y me dio un toque con el codo. —Llevo limpio casi diez años, Frankie. Tienes que dejar de sentir que todo lo que hice fue responsabilidad tuya, o culpa tuya. Fue todo cosa mía. Nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que hiciste por mí, pero puedo empezar ayudándote con esto. Solo tienes que bajar un poco esos escudos con los que te proteges tan ferozmente y dejarme entrar.

¿Y no era ese el problema? Había bajado mis defensas lo justo para que Gio me apuñalara por la espalda a través de ellas. Pero cuanto más intentaba aferrarme al control, más se me escapaba de las manos.

Las lágrimas brotaron rápido, como si solo hubieran estado esperando permiso. Se me cerró la garganta, pero forcé las palabras, trozos rotos de todo lo que había estado reprimiendo.

—Me han cancelado el préstamo. El ayuntamiento me ha revocado el permiso. El proyecto del refugio ha muerto antes de empezar. —Me sequé la cara, pero las lágrimas seguían cayendo—. Antonio Moretti solo me apoyaba porque quería usar el refugio para blanquear dinero. Y Gio... Dios, Jake, pensé... pensé que teníamos algo real. Pero tenía ese expediente sobre mí. Todos mis peores errores. Y su padre dijo... —se me quebró la voz, y el resto salió en fragmentos—. Dijo que me estaba utilizando. Que nada de aquello era real. Y le creí. Creo que todavía le creo.

—Muy bien, esa es la versión corta; ahora cuéntame la larga —dijo él, tranquilo y comprensivo.

Negué con la cabeza, mirando fijamente el cuenco verde que había comprado pensando en Asher.

—Hablo en serio, llevas demasiado tiempo guardándotelo todo y necesitas soltarlo —dijo, chocando su hombro con el mío—. Mi terapeuta lo describió una vez como abrir un absceso. Dolor a corto plazo, sí, pero alivio a largo plazo. Lo digo en serio. No me iré de aquí hasta que me lo cuentes todo.

Inspiré temblorosamente, reprimiendo más lágrimas, y lo solté todo.

Jake permaneció en silencio, dejando que yo desgranara cada detalle escabroso. Le hablé de cuando volví a ver a Gio por primera vez, y cómo, aunque me sentía avergonzada, aquello despertó mi lado competitivo de inmediato.

Eso hizo reír a Jake. Le expliqué cómo habíamos compartido momentos mientras hacíamos campaña para los votos, Gio y yo, y cómo eso fue construyendo algo que no esperaba ni noté hasta que

me encontré con él en Oro aquella noche. Le ahorré a mi hermano los pormenores de la noche con Gio, limitándome a decir que parecía algo sacado de un sueño, y luego la forma tan brutal en que todo se había desmoronado. Las peleas con Gio, la forma en que Antonio se había vuelto contra mí. Para cuando terminé, tenía la voz ronca y no podía sostenerle la mirada.

Cuando finalmente habló, no lo hizo con tono de juicio, solo con una calma certidumbre. —Has estado cargando con todo esto tú sola. No me extraña que te estés rompiendo.

Enterré la cara entre las manos, deseando poder desaparecer. —Deseaba tanto que fuera real. Por una vez en mi vida, quería creer que me merecía algo bueno.

Jake no discutió ni me dijo que estaba equivocada. Simplemente se acercó, me apartó suavemente las manos de la cara y las tomó entre las suyas.

—Lo he arruinado todo —susurré, y las palabras me supieron a ceniza—. Como siempre hago.

—No —dijo Jake con firmeza, rozándome el hombro con la mano—. Tú no arruinas las cosas. Tú me salvaste, Frankie. Hace diez años, sacrificaste tu felicidad para salvarme la vida.

Negué con la cabeza. —Le robé a un hombre inocente.

La mirada de Jake se suavizó, pero su voz permaneció firme. —Robaste a un multimillonario para pagar a unos traficantes que iban a matar a tu hermano. Hay una diferencia.

Me reí con amargura, sacudiendo la cabeza. —¿La hay? Me convertí en una criminal. Demostré que era exactamente lo que alguien como él esperaría de alguien como yo.

—Creo que no entiendes lo mal que estaba —dijo él, y esta vez fue su turno de no poder mirarme a los ojos—. Si no se te hubiera ocurrido aquel plan para pagar a esos tipos... yo estaba aterrorizado. Me metieron una pistola en la boca cuando me encontraron. Pensé que me iba a morir allí mismo. Me dieron una última oportunidad para soltar el dinero, o iban a cumplir sus amenazas. Si no hubieras cogido ese dinero de Gio, yo me habría tomado el resto de mi reserva. Era una dosis lo bastante grande como para matarme, y pensaba que era mejor opción que me volaran la cabeza.

Jake nunca me había contado esa parte, y nuevas lágrimas corrieron por mis mejillas, con el miedo atenazándome el corazón. Él era la única familia que me quedaba.

—Jake —dije, estrechándolo en un abrazo. Él me rodeó con sus brazos y me acarició la espalda. No dije nada más; era demasiado difícil ponerle voz.

—Ya te he dado las gracias muchas veces, tantas que intentaste prohibirme que lo volviera a decir, pero gracias —dijo él, dándome un apretón antes de separarse—. Frankie, llevas diez años castigándote por salvarme la vida. ¿Cuándo vas a perdonarte a ti misma?

Tragué saliva, el nudo en la garganta me dificultaba responder. —Yo... no sé si puedo.

Se inclinó más hacia mí, bajando la voz, recordándome a cuando nos quedábamos despiertos hasta tarde en nuestro fuerte de mantas y nos contábamos secretos infantiles, como que Jake era quien había roto accidentalmente el jarrón de mamá, o que yo me había comido lo que quedaba de la mantequilla de cacahuete. Las cosas eran mucho más sencillas entonces. —En rehabilitación me enseñaron algo sobre el perdón. Que no puedes simplemente otorgártelo una vez y ya está. Tienes que seguir dándolo todos los días, a ti misma y a los demás a quienes has hecho daño, e incluso a las personas a las que has salvado.

Cerré los ojos, sintiendo el peso de los últimos diez años sobre mí. La verdad en sus palabras era sencilla, pero parecía imposible. ¿Podría realmente perdonarme? Ni siquiera estaba segura de saber cómo hacerlo.

—Sé que es difícil, créeme —dijo él—. He lidiado con muchísima culpa por lo que te hice pasar. Todavía me mata. A veces tengo que perdonarme cien veces al día, pero si no lo hago, sé que acabaré consumiendo de nuevo solo para escapar de ello. El caso es que mi droga preferida para escapar era la cocaína, pero la tuya es el sacrificio personal.

Aquello me dolió, y mil explicaciones y réplicas se agolparon tras mis labios. Pero, en lugar de eso, me quedé con esa sensación.

—¿Cómo te perdonas por algo que hizo daño a alguien que... te importa? —susurré.

Jake me apretó las manos con más fuerza, como si pudiera transmitirme parte de su entereza. —Empiezas diciendo la verdad —dijo—. Sigue diciéndola. Repara el daño donde puedas. Deja de

alejar a las personas que realmente pueden ayudarte a cargar con el peso.

—Reparar —repetí, sintiendo la palabra extraña y pesada en mi boca —. ¿Cómo reparas el daño cuando esa persona te ha herido a ti también? ¿Cuando te ha utilizado?

El pulgar de Jake trazaba pequeños círculos sobre mis nudillos. —Tú solo eres responsable de tus actos. Reparar no tiene por qué significar seguir en la vida de alguien. Pero sí puedes ser honesta. Das la cara. Vives de forma diferente. No huyes.

Pensé en Gio, en la forma en que me había mirado cuando nos peleamos, en aquella agudeza que sonaba a acusación y a dolor al mismo tiempo. Pensé en sus manos, en la forma cuidadosa en que me había abrazado en su cama, como si confiara en mí lo suficiente como para quedarme. La contradicción me hacía dar vueltas la cabeza.

—No sé si él me perdonará alguna vez —dije, y las palabras sonaron más como una plegaria que como una realidad—. No sé si yo me perdonaré alguna vez.

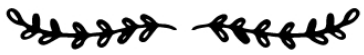
Jake se echó hacia delante y dijo en voz baja: —Entonces perdónalo tú de la forma en que quieres ser perdonada. No dejes que la culpa sea lo que te mantenga pequeña.

Quería creerle. Quería empezar a perdonarme en incrementos minúsculos, tal como él había aprendido en rehabilitación: un plato que se friega, una conversación honesta, un acto que concuerde con la disculpa que tengo en la boca. Pero el nudo en mi pecho era obstinado.

Más tarde esa noche, después de que Jake se fuera y el apartamento se sumiera en esa extraña penumbra, abrí el cajón donde había escondido las cosas que no podía afrontar. Mis dedos revolotearon sobre los bordes de metal frío de un reloj que nunca me había puesto en mi propia muñeca, del que nunca había sido capaz de desprenderme, como si tocarlo pudiera hacer que el tiempo avanzara de otra manera.

Lo saqué. Pesaba más de lo que recordaba, la esfera brillando tenuemente, un círculo de historia y errores envuelto en cuero. Le di la vuelta entre mis manos. La inscripción del reverso se empañó por mi aliento.

Aún no sabía cómo perdonarme. Solo conocía el primer y pequeño paso: el reloj estaba en mi mano, no enterrado en un cajón, ni vendido, ni escondido para salvar mi orgullo. Se quedó allí sentado, como prueba y posibilidad a la vez, y lo dejé sobre la mesa donde pudiera verlo, porque quizá el perdón empezaba por negarse a ocultar la vergüenza de la vista.



Al día siguiente me arrastré al trabajo. Me movía por la clínica como un fantasma habitando mi propia piel. Mis manos hacían lo que debían: poner un vendaje aquí, auscultar un corazón allá, pero no había ninguna chispa tras ellas. Ni satisfacción, ni orgullo. Solo memoria muscular. Los clientes sonreían, me daban las gracias, algunos incluso elogiaban mi trabajo, y yo asentía en respuesta, con cuidado de no dejar que mi rostro se desencajara.

Por dentro, me sentía vacía, como si las palabras de Antonio y de Gio hubieran escarbado en mí y hubieran extraído cualquier rastro

de lucha que me quedara. Cada sonido parecía demasiado agudo: el zumbido de la centrifugadora, el ladrido de un terrier nervioso, el tictac constante del reloj de la pared. Todo me recordaba que el tiempo seguía avanzando, pudiera yo seguirle el ritmo o no. Y aun así, cada pensamiento volvía al mismo dolor: el refugio que había perdido, los animales que no pude salvar, el reloj de Gio brillando en mi mesa como una acusación.

Estaba organizando el nuevo cargamento de comida para perros cuando oí los pasos del Sr. Treadwell resonando por el pasillo. Se me encogió el estómago. Había estado fuera la semana pasada. No lo había visto desde que salió el artículo sobre mí.

—Frankie, ¿puedo verla en mi despacho? —Su voz era escueta, cortante.

—Por supuesto —dije, tratando de mantener el tono firme. Me temblaban las manos mientras apilaba el último saco.

Una vez dentro, cerró la puerta tras de mí.

—Siéntese —dijo, señalando la silla frente a su escritorio.

Obedecí, jugueteando con el dobladillo de mi pijama sanitario.

—He visto los artículos —empezó, con la voz tensa—. No estoy nada contento con ellos. Si hubiera sabido que tenía antecedentes penales, nunca la habría contratado. La próxima vez que contrate a alguien, me aseguraré de hacer una comprobación de antecedentes a nivel nacional, no solo estatal.

El colegio de veterinarios había cometido el mismo error cuando obtuve la titulación y me dieron la licencia. Sin embargo, el miedo a ser descubierta nunca me había abandonado.

Se me secó la garganta. —Sr. Treadwell, por favor, puedo explicarlo. Yo no estaba...

—No puede explicar esto, Frankie. El Colegio de Veterinarios del Estado de Nueva York me ha llamado esta mañana. Han suspendido su licencia a la espera de una vista. Y he tenido que tomar una decisión sobre su empleo aquí.

Me tendió un sobre con el logotipo de la junta veterinaria impreso en el frente. No lo abrí.

El corazón me martilleaba, pero en el fondo de mi mente, sabía que esto iba a pasar. —¿Me está despidiendo?

Él asintió una vez. —Sí. No puede ejercer hasta que en esa vista se decida si se le restituye la licencia. Lo siento. De verdad, pero no puedo tener a alguien bajo investigación por actividades criminales en mi clínica. No es correcto, ni para los animales ni para el centro.

—Yo... —se me cortó la voz—. Solo quiero que sepa que no soy ninguna criminal experta. Robé porque...

Levantó una mano, cortándome. —Sé que cree que tenía una razón. No me importan las razones; me importan los hechos. Y el hecho es que sus acciones han puesto su licencia en peligro, y si no puede ejercer, no me es de utilidad. Hemos terminado aquí.

Me hundí en la silla, con las manos apretadas en mi regazo. La habitación se sentía más pequeña, el aire espeso y pesado. No podía respirar.

Tragué saliva con dificultad, intentando contener las lágrimas. —Así que... esto es todo. ¿No hay nada que pueda hacer?

Me dirigió una mirada plana, casi penosa. —Mire, me cae bien. Siempre ha demostrado tener mucho corazón, y creo que era usted sincera en eso. Pero tengo que considerar mi negocio. Si mantiene la licencia... quizá podamos tenerla en cuenta para cubrir sustituciones cuando necesitemos personal extra, si para entonces todo esto ha pasado, pero no puedo seguir empleándola. Lo siento.

Salí del despacho con los hombros temblorosos; de repente, las paredes de la clínica se sentían como una jaula. Mi sueño de ayudar a los animales, aquello por lo que había luchado durante años, se me escapaba de entre los dedos. No me enfrentaba solo a la pérdida de mi trabajo. Podía estar perdiendo toda mi carrera.

No me despedí de nadie, solo cogí mis cosas y me fui. Abrí el sobre al llegar a casa. La vista estaba fijada para dentro de dos semanas. Ya vería más adelante qué iba a hacer con eso y cómo iba a sobrevivir.

Entré en mi dormitorio y cogí el reloj de Gio.

¿Era este mi castigo? ¿La retribución que siempre había temido pero que secretamente sentía que merecía?

Cerré los dedos sobre el reloj y me metí en la cama, subiéndome las mantas hasta la cabeza.

Capítulo 37

Gio

Estaba sentado ante mi escritorio, con la vista fija en unos números en la pantalla que se negaban a cuadrar, por mucho que parpadeara. Sentía la cabeza pesada, y el cuerpo aún más, como si llevara días hundiéndome en esta silla. Lo cual no distaba mucho de la realidad. No había salido de mi apartamento desde que volví del almacén, desde que vi a Frankie por última vez. El café se había enfriado a mi lado, sin probarlo.

El zumbido de mi teléfono rompió el silencio.

Theo: Estoy en la ciudad. ¿Quieres que almorcemos?

Exhalé por la nariz, ya formulando la respuesta —*en otro momento, hoy no*—, cuando llegó otro mensaje antes de que pudiera pulsar

una sola letra.

Theo: Ni se te ocurra decir que no. Estaré frente a tu edificio en diez minutos.

Cerré los ojos, apretándome el puente de la nariz. Bastardo persistente. La idea de recibir compañía me crispaba los nervios, pero evitarlo solo provocaría más llamadas y golpes implacables en la puerta. Con un gruñido, me levanté de la silla, con las articulaciones rígidas tras demasiadas horas encorvado sobre la nada.

El traje colgado en mi armario me devolvía la mirada como un desafío. Lo último que quería era aparentar el papel de Gio Moretti, el hombre al que no le importa nada más que su imperio. Aun así, me quité la ropa de estar por casa que se me pegaba como un sudario de derrota y me abotoné una impecable lana merino azul marino. El nudo de la corbata se sentía como una armadura.

Para cuando cogí las llaves y salí del apartamento, casi podía fingir que estaba bien. Theo me recogió y caminamos hasta un bistró cercano.

El restaurante estaba tranquilo, escondido en una calle lateral, con un ligero aroma a ajo asado y madera barnizada. Me deslicé en el reservado frente a Theo, sintiendo el peso de la última semana oprimiéndome; el caos con Frankie todavía estaba a flor de piel.

—¿Cómo está Aster? —pregunté. Estaba de ocho meses, si mal no recordaba. Theo esbozó una sonrisa de enamorado.

—Está bien. Fuerte. El bebé no para de dar patadas. Se suponía que iba a estar en la ciudad más tiempo, pero he tenido que acortar el viaje para volver con ella. Si se pone de parto antes de tiempo, quiero estar allí.

—Vaya, sí, estás a punto de ser padre —dije, consciente de que estaba señalando lo obvio—. Eso tiene que ser un poco chocante.

—Dímelo a mí —se rió—. He tenido casi ocho meses para hacerme a la idea y todavía no me entra en la cabeza. Estoy aterrorizado, para ser sincero. No es que haya tenido un buen ejemplo de cómo ser padre. Ya sabes cómo va eso, padres de mierda.

Hice una mueca y asentí con la cabeza. —Sinceramente, no puedo ni imaginarlo: tener que ser responsable de una vida.

—Es una locura, pero estoy emocionado. Pero es como dice Aster: sabemos cómo amarnos el uno al otro, y eso es lo más importante que necesita un niño. El resto podemos aprenderlo de los libros para bebés. Dante también me ha estado dando consejos, pero creo que se ha pasado de la raya. Me envió un vídeo entero sobre la mejor forma de aliviar los cólicos. Duraba veinte minutos.

Solté una carcajada forzada. Mis amigos realmente se habían domesticado. Hace un par de meses, me habría sentido aliviado de que no fuera yo. Ahora casi me sentía... celoso. No porque Theo fuera a tener un bebé, sino por lo que dijo sobre Aster.

Sabemos cómo amarnos el uno al otro. No estaba seguro de si yo sabía siquiera cómo hacer eso.

—Sí, con dos hijos, ha asumido el papel de superpapá como si hubiera nacido para ello —dije. Dante tampoco había tenido un buen ejemplo paterno, pero de algún modo se las había apañado con Josie.

—¿Y tú? —preguntó Theo, reclinándose.

—Oh, ya sabes —dije con un gesto despectivo—. No conseguí los permisos para el hotel, así que supongo que voy a dejar que las cosas se calmen antes de buscar otra propiedad.

—Sí, Griffin me puso al corriente de eso —dijo, con un tono pesado, como si quisiera decir mucho más. Griffin era un bocazas.

El camarero se acercó a tomarnos nota. Yo pedí un solomillo con salsa de trufa y una guarnición de verduras asadas. Hacía días que no comía bien, y estar rodeado de comida me recordaba lo mucho que había descuidado mi cuerpo últimamente. Theo pidió salmón a la plancha y una ensalada de la huerta.

—¿Nada de carne? —pregunté. Ambos compartíamos el amor por la carne roja.

—Tengo que vigilar el colesterol —se encogió de hombros—. Tengo que asegurarme de seguir vivo lo suficiente para ver a mi hijo graduarse, casarse y tener nietos.

Aparté la mirada. —¿De verdad lo tienes todo planeado, eh?

—Ni mucho menos, pero soy feliz y sé lo que importa en la vida —respondió. Y entonces fue directo a la yugular—. Así que, ¿vas a contarme qué ha pasado con Frankie o tengo que sacártelo a golpes?

Suspiré, frotándome el puente de la nariz. No tenía sentido negarlo o evitar la pregunta. Theo era persistente. —Es una historia clásica, de verdad. Chico conoce a chica. Se acuestan. Ella le roba y aparece diez años después intentando comprar la misma propiedad. El chico se acuesta con la chica otra vez. La chica está compinchada con el padre de mierda del chico. La prensa se mete por medio y la reputación de todo el mundo queda arruinada. Y ahora ella me odia. El fin.

Theo levantó una ceja. —Sí, muy típico y aburrido.

—Un martes cualquiera —me encogí de hombros.

—¿Por qué te odia? —preguntó, clavándome una mirada de complicidad.

Vacilé. —Los dos dijimos... algunas cosas.

—Muy específico —se rió entre dientes. El sonido me crispó.

—Está bien, ¿quieres detalles? —pregunté, apretando los dientes—. ¿Qué tal el hecho de que dijera que soy igualito a mi padre?

Aquello le hizo callar.

Cogí mi vaso de agua y bebí solo para tener algo que hacer. Theo se mantuvo en silencio hasta que terminé. Inclinó la cabeza, estudiándome. ¿Y lo eres?

Un batazo de béisbol en la cara me habría dolido menos.

Tragué saliva, con la rabia y la vergüenza enredándose en mi pecho. Quería negarlo. Preguntarle a Theo a qué cojones estaba jugando haciéndome una pregunta así. Pero me habría convertido en el hipócrita definitivo. Yo mismo me lo había estado preguntando. Temiéndolo.

—Hice que un detective privado la investigara. Hice lo mismo con mi padre. La traté como a una adversaria comercial, la aparté en cuanto las cosas se pusieron difíciles, usé mierda contra ella, cuando en realidad yo…

Me interrumpí, sorprendido por lo que estaba a punto de salirme por la boca. Algo que nunca había dicho antes. Apenas me había permitido pensarlo.

—¿Qué? —insistió Theo.

—Cuando en realidad, me importaba —respondí, desviando la mirada.

—¿Ah, sí? ¿Solo te importaba? —preguntó—. ¿O la amabas?

Contuve el aliento. —Ni siquiera sé qué es el amor.

—¿Ah, no?

Se creía muy listo. Y lo era, pero eso no significaba que supiera ni un ápice de esto.

—¿Cómo supiste que amabas a Aster? —pregunté en su lugar.

Se frotó la barba de un par de días, meditando seriamente la pregunta. —Me llevó tiempo darme cuenta. Ya sabes cómo es, un mal ejemplo en casa, pensar que es más fácil no preocuparse por nadie. Pero Aster echó abajo todas mis defensas. Supongo que solo me di cuenta después de que lo fastidiara todo. Cuando ella ya no estaba, y sentí que ya no era una persona completa. Tuve que lidiar con algunas mierdas de mi familia, conmigo mismo. Fue duro. Pero ella hizo que valiera la pena. Podría sentarme aquí y ponerme poético sobre corazones que laten con fuerza y que la necesitaba como si fuera el aire mismo que respiraba.

Soltó una risita. —Y no me malinterpretes, a veces realmente se siente como toda esa cursilería. Pero, en última instancia, el amor es querer enfrentarse a las cosas difíciles porque la otra persona merece la pena. Se cuela bajo tu armadura por mucho que intentes mantenerla a raya. Y cuando no estás con esa persona, falta algo fundamental.

Me quedé callado y Theo me dio espacio para pensar, para digerir todo lo que había dicho. No estaba seguro de si lo de querer enfrentarse a los problemas era cierto. Quizá yo solo era un maldito cobarde. Pero el resto...

El camarero llegó con nuestra comida. Olía de maravilla, pero no conseguía decidirme a dar un bocado.

—Creo que sí la amo —las palabras se sintieron crudas, pesadas, como una confesión tallada en sangre y piedra—. La amo, Theo. Y lo he destruido todo.

Theo se inclinó hacia delante, con voz suave pero firme. —¿De verdad lo has hecho? ¿O simplemente te asustaste y recaíste en viejos patrones?

Negué con la cabeza, mirando a la mesa. —¿Viejos patrones? Me robó y trabajó con mi padre. No puedo confiar en ella.

—Entonces, ¿por qué la amas? —Sus ojos se clavaron en los míos, negándose a dejar que me escondiera.

—Porque es buena, fuerte, amable... —Las palabras se quedaban pequeñas para lo que estaba sintiendo.

—Eso no suena como alguien que robaría sin ninguna razón —dijo Theo, con tono calmado pero inquisitivo.

—Eso es lo que pensé yo también —admití, sintiendo que el nudo en mi pecho se apretaba—. No dejo de sentir que hay algo más en esa historia.

Theo se recostó, dejándome respirar. —Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

Me quedé mirando mi plato intacto, mientras el bullicio del restaurante se desvanecía en el fondo. No había una respuesta sencilla. Nada relacionado con Frankie había sido sencillo jamás.

—No lo sé —admití.

Theo cortó su salmón y dio un bocado. —¿Qué tal si empiezas intentando averiguar la verdad?

No sabía si Frankie querría siquiera hablar conmigo. —La última vez que hablamos, lo intenté. Le di la oportunidad y me la tiró a la cara.

—Pues inténtalo con más ganas —se encogió de hombros.

Tragué saliva. —Hice que ese detective la vigilara. No sé por qué. Quizá pensé que descubriría algo para justificar... no importa. Resulta que podría perder su licencia de veterinaria. Hay una audiencia la semana que viene. Me siento... responsable. Esa mierda sobre Miami se filtró a la prensa por mi relación con uno de los miembros del ayuntamiento.

—Eso es duro —dijo.

—Sí —suspiré—. Estoy pensando en ir.

—¿Por qué? —Cortó otro trozo de salmón. El rico aroma de mi solomillo y la salsa de trufa empezaba a resultarme apetecible.

—Si hablara en su favor, ella podría tener una oportunidad. De una cosa nunca he dudado: le importan los animales. Sean cuales sean los errores que haya cometido, no merece perder lo que más le apasiona.

Theo me dedicó una mirada larga y escrutadora. Finalmente, asintió. —Sí, eso me suena a amor.

Resoplé y corté mi carne. Estaba buena. Muy buena, incluso, pero no podía disfrutarla tanto como debería. Tenía otra cosa en mente.

—¿Sabes eso que dijiste sobre enfrentarse a las cosas difíciles? —pregunté.

—¿Sí? —Theo pareció curioso.

—Hay algo que tengo que hacer.

Capítulo 38

Gio

Unos días después, las cámaras ya se estaban instalando cuando Silas me encontró entre los bastidores del salón de actos del hotel que había alquilado. Los reporteros merodeaban como tiburones que olfatean sangre en el agua. Me sudaban las palmas de las manos y tenía la mandíbula tan tensa que temía que se me rompiera un diente.

—¿De verdad quieres hacer esto? —preguntó Silas, bajando la voz para que no se oyera más allá. Tenía los brazos cruzados y una expresión tallada en granito.

Me toqué la muñeca izquierda, buscando el reloj que no había estado allí en una década. Pero esta vez, no ardía de rabia ni de pérdida. —Sí. Quiero hacerlo.

Silas se acercó un paso, escudriñando mi rostro como si intentara leer algo escrito en él. —¿Entiendes que no hay vuelta atrás, verdad? Una vez que digas las palabras, quedará ahí fuera para siempre. Sin medias tintas. Sin control de daños.

Solté una risa sin humor. —¿Desde cuándo me da miedo quemar puentes?

—Desde ahora. —Su mirada se agudizó—. Esto no es solo negocios, Gio. Es tu familia.

Se me cerró la garganta, pero me obligué a sostenerle la mirada. —Debería haber hecho esto hace mucho tiempo. Cada día que lo dejaba pasar, me volvía más como él.

La expresión de Silas vaciló, solo por un momento, como si reconociera el peso de esa confesión. Luego asintió una vez, de forma lenta y deliberada. —Está bien. Entonces ve y acaba con esto.

Me ajusté la corbata, cuadré los hombros y caminé hacia el podio, con el resplandor blanco de las cámaras esperando para cegarme. La sombra de mi padre era alargada, pero yo iba a arrojar luz sobre ella de una vez por todas. Sin juegos, sin movimientos de ajedrez clandestinos y rastreros. Solo la verdad.

La sala se quedó en silencio cuando subí al podio. Docenas de objetivos se inclinaron hacia mí, y el zumbido de los micrófonos llenó el aire. Por una vez, no sentí la urgencia de encandilar, de seguir el juego. Mi voz era firme, casi demasiado tranquila teniendo en cuenta lo que estaba a punto de hacer, mientras abría la carpeta que tenía delante.

—Esta ciudad merece la verdad —dije, deslizando la primera hoja y levantándola para que las cámaras pudieran captarla—. Durante años, mi padre, Antonio Moretti, ha utilizado organizaciones benéficas como tapadera para desviar dinero a cuentas privadas. Ha evadido impuestos, ha manipulado contratos municipales y ha tratado el cargo público como su imperio personal.

Un murmullo recorrió a la multitud. Los reporteros se abalanzaron hacia delante, con los bolígrafos garabateando y los obturadores de las cámaras disparándose. Continué, depositando un documento tras otro sobre el podio; el sonido del papel golpeando rítmicamente como el latido de un tambor.

—Aquí está la evidencia. Cada cuenta, cada firma, cada transferencia bancaria. Ya he entregado copias a las autoridades. —Levanté la vista, enfrentándome al mar de luces intermitentes—. Los ciudadanos de esta ciudad merecen algo mejor que un liderazgo corrupto.

La sala estalló y las preguntas volaron todas a la vez.

—Señor Moretti, ¿es esto solo una estratagema para desviar la atención de su propia mala prensa? —gritó un reportero desde el fondo.

Me había preparado para ese tipo de preguntas, pero mi respuesta bien formulada no era rival para la pasión que sentía por dentro. No quería ir a lo seguro, no cuando por fin estaba diciendo la verdad.

—No puedo negar que los sucesos de las últimas semanas han influido en mi decisión de dar un paso al frente, pero no por un sentido de autopreservación —dije a la prensa que clamaba—. Sé

desde que era adolescente que mi padre estaba involucrado en sobornos y corrupción, primero en sus negocios y ahora en su cargo público. No dije nada porque...

Respiré hondo. No esperaba mostrarme tan vulnerable. —Porque tenía miedo. Y solo cuando salieron las falsas acusaciones en la prensa, junto con algunos asuntos personales, me di cuenta de que el silencio era complicidad. Así que no, esto no es una estratagema. Cualquiera que haya pasado más de cinco minutos conmigo sabe que nunca usaría el nombre o las conexiones de mi padre para beneficiarme, y me pondré gustosamente a disposición de cualquier autoridad que desee investigar las afirmaciones hechas en la prensa sobre mí.

Las expresiones de sorpresa en los rostros de varios reporteros fueron extrañamente placenteras, a pesar de que mi corazón seguía latiendo con fuerza como si me persiguiera un oso.

—Señor Moretti, ¿le preocupa el impacto más amplio que estas acusaciones tendrán en su familia? —gritó una mujer de aspecto sagaz desde la primera fila.

Apreté el podio con más fuerza; la madera se me clavaba en las palmas.

—¿Mi familia? No, no creo que esté destruyéndola en absoluto —respondí. Hacía mucho tiempo que no sentía que tuviera una familia. Solo estaba mi madre, y nuestra tensa relación. No era algo que supiera cómo arreglar, después de suplicarle que se marchara y que ella se negara—. Si las acciones de mi padre conducen a su caída, solo puede culparse a sí mismo.

Por sus expresiones, no me había ganado a todos los reporteros, pero mientras publicaran mis palabras tal y como las había dicho, la verdad permanecería independientemente de lo que pensaran al respecto.

—¿Por qué convocar una rueda de prensa para empezar? —preguntó un hombre de unos cincuenta años que vestía un traje de aspecto raído—. Tenía las pruebas; podría haber ido directamente a las autoridades y dejárselo en sus manos.

Asentí, tomándome un tiempo para pensar. —Consideré esa opción, pero conociendo las conexiones de mi padre, su cargo y los juegos que le gusta practicar, necesitaba asegurarme de que todo el proceso ocurriera a la vista de todos.

Un par de ceños fruncidos entre el público, pero sobre todo ojos muy abiertos y comprensión. El hombre del traje raído insistió con otra pregunta: —¿Está insinuando que no confía en que la policía haga su trabajo?

—En absoluto —la respuesta salió con facilidad—. Digo que no confío en que mi padre no intente manipular o amenazar a alguien para librarse de esto. Si todo el mundo ve la verdad en blanco sobre negro, no se podrá negar lo que ha hecho. He visto el poder que tiene la prensa en las últimas semanas y la influencia que puede ejercer sobre algo tan sencillo como la aprobación de un permiso. Les pido que hagan lo correcto.

—¿De eso trata todo esto? ¿De intentar conseguir la aprobación del permiso para su hotel? —preguntó otro reportero.

—Mis planes para construir un hotel en esta ciudad son irrelevantes y actualmente están en suspenso; esto trata sobre la justicia y la verdad. Trata de decir lo que debería haber dicho hace mucho tiempo —expliqué—. Gracias, no responderé a más preguntas.

Bajé del podio mientras los reporteros gritaban más preguntas que no pensaba responder. Silas estaba allí como una estatua guardiana, esperándome. Me dedicó el más ligero atisbo de asentimiento.

—De verdad lo has hecho —dijo. Percibí aprobación tras todo ese estoicismo.

—Sí, lo he hecho —sonreí.

El frenesí a mis espaldas no hacía más que aumentar, pero en mi interior había una extraña quietud. Por primera vez en mi vida, podía decir con sinceridad que no era el hijo de mi padre. Era dueño de mis propios actos.

Frankie

Maria deambulaba por el angosto apartamento como si fuera ella la que estaba a juicio y no yo. Sus tacones golpeaban los tablones del suelo combado mientras lanzaba instrucciones. Había venido para ayudarme a prepararme para mi audiencia.

—Mantén las respuestas concisas. No te pongas a la defensiva. Y, por el amor de Dios, Frankie, no pidas perdón por existir.

Me senté en el borde del sofá, aferrando una carpeta que pesaba más que un saco de ladrillos. Se me había hecho un nudo en el estómago hacía días. Cada vez que imaginaba al comité disciplinario —esas filas ordenadas de rostros severos, todos esperando para decidir si se me permitiría volver a ejercer—, se me cerraba la garganta.

—No estoy segura de que nada de esto importe —murmuré, mirándome la uña del pulgar mordida—. Ya han tomado una decisión. Solo soy...

—Para. —Maria chasqueó los dedos frente a mí, obligándome a levantar la vista—. No eres «solo» nada. Eres una veterinaria malditamente buena. Has salvado vidas, Frankie. Eso es lo que eres. Eso es lo que tienes que defender.

La convicción en su voz no me animó como se suponía que debía hacerlo. Me sentía hueca, como si alguien me hubiera vaciado por dentro. —Ya no sé si sigo creyéndome eso.

Maria suavizó la expresión y se puso en cuclillas frente a mí, con la mano cálida sobre mi rodilla. —Entonces toma prestada mi fe. Hasta que la tuya regrese.

Antes de que pudiera responder, mi móvil vibró en el reposabrazos. Un mensaje con un enlace a un vídeo.

Jake: Tienes que ver esto.

Hice clic en el enlace y el rostro de Gio llenó la pantalla. Se me cortó la respiración. Estaba ante un podio, con las cámaras flasheando, los

hombros cuadrados y la barbilla alta. Estuve a punto de cerrar el vídeo, con el pulgar suspendido sobre el botón de inicio. Era demasiado doloroso ver a Gio en mi pantalla, con un aspecto perfecto, guapo, bajo control. Estaba prosperando sin mí. No era ninguna sorpresa.

Pero Jake no me habría enviado esto si no fuera importante, no después de todo lo que le había contado. Me obligué a verlo, a pesar de la opresión en el pecho.

—Esta ciudad merece la verdad —decía Gio, con voz calmada pero con un toque de acero. Presentó las pruebas, una tras otra, exponiendo a Antonio Moretti por lo que era: un empresario y político corrupto. Iba a por todas, de pie allí con honor y dignidad mientras capeaba el frenesí de los reporteros, sus gritos y sus acusaciones.

Busqué al hombre que Antonio me había descrito, al que yo había visto cuando mis propias inseguridades me vencieron. El monstruo frío y despiadado que utilizaba a la gente. No estaba allí.

No, este era el verdadero Gio. El hombre de Miami que me había conquistado sin apenas intentarlo. El que me había tocado como si fuera algo especial, valioso. Este era el hombre que había intentado protegerme de Antonio desde el principio, y yo había sido demasiado cabezota para verlo.

Estaba siendo valiente, inquebrantable, admitiendo sus errores y negándose a que el miedo lo silenciara. En ese momento no era el hijo de Antonio Moretti. Era exactamente el hombre en el que yo había querido creer.

Me escocieron los ojos. Maria se inclinó, mirando la pantalla. —Madre mía. ¿Ese es Gio?

—Sí —dije, secándome los ojos y volviendo a poner el vídeo, esta vez con más volumen para que Maria pudiera oírlo todo.

—Acaba de dinamitar el imperio de su propia familia —comentó ella.

Tragué saliva, el nudo en la garganta era doloroso pero esclarecedor. —Ha sido muy valiente.

—¿Y? —preguntó Maria con suavidad.

—Y yo también tengo que serlo. —Dejé el móvil; mis manos temblaban pero mi voz se volvía más firme mientras hablaba—. Sin excusas. Sin verdades a medias. Merecen oír la historia real. No voy a guardarme nada. Si lo pierdo todo, al menos será con honestidad.

Maria sonrió como si hubiera estado esperando a que dijera eso. —Esa es la Frankie que yo conozco.

Capítulo 39

Frankie

Al día siguiente, mis pasos sonaban demasiado fuertes contra el suelo de linóleo mientras caminaba por el pasillo; cada pisada era como un redoble de tambor en mi pecho.

El Colegio de Veterinarios de Nueva York se encontraba tras las puertas dobles del fondo. Mi audiencia. El lugar donde decidirían si podía conservar la carrera por la que me había dejado la piel, o si todo terminaba aquí.

Gracias a Dios que Maria y Jake estaban conmigo, porque si no, no sabía qué habría hecho.

Me sudaban las palmas de las manos y los papeles de mi bolso se arrugaban un poco por la fuerza con la que los sujetaba, incapaz de

relajar los dedos. Quería parecer segura de mí misma, intocable, pero la verdad era que me sentía como una cáscara agrietada apenas unida por un hilo. Solo que, esta vez, no iba a ocultarlo.

Porque ayer había visto cómo era el verdadero valor: Gio de pie ante la prensa, con voz firme mientras desvelaba los crímenes de su padre. No se había amilanado. No se había escondido. Si él pudo hacer eso con el peso del apellido Moretti sobre sus hombros, yo podía entrar en esta sala y enfrentarme a mis propios errores.

Se me cerró la garganta, pero me obligué a respirar. El perdón no significaba borrar el pasado. Significaba aceptarlo, cada pieza astillada. Y eso empezaba aquí, con la verdad.

Apoyé la mano contra el frío bronce del pomo de la puerta y Maria me puso la mano en el hombro.

—Da lo mejor de ti —dijo, prestándome su fuerza.

—Pase lo que pase, estoy orgulloso de ti —añadió Jake.

Asentí y empujé las puertas para abrir.

La sala estaba tan fría que se me puso la piel de gallina en los brazos bajo la americana que le había pedido prestada a Maria, pero el verdadero frío provenía de los tres pares de ojos clavados en mí desde detrás de una mesa de aspecto oficial con patas de garra. Un tribunal de desconocidos que tenía todo mi futuro en sus manos.

Había sillas agrupadas a ambos lados de la sala con un espacio en medio, como en un juzgado. Muchos de los asientos ya estaban ocupados por personas que habían venido a ver el espectáculo. No miré a nadie; simplemente caminé hacia el frente, donde una pequeña mesa y una silla estaban preparadas para mí.

Maria me apretó el hombro antes de sentarse a mi lado.

—Tú puedes con esto —susurró.

Me puse en pie, con las palmas resbaladizas sobre la carpeta que agarraba, y me obligué a sostenerles la mirada. Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que podían oírlo.

—Señorita Hayes —dijo la presidenta del tribunal con sequedad, ajustándose las gafas—. Estamos aquí hoy para decidir si sigue siendo apta para ejercer la medicina veterinaria en el estado de Nueva York. Mientras que aquellos con cargos por delitos graves tienen prohibido ejercer, los delitos menores quedan a discreción del colegio.

No estaba segura de si me atrevía a tener esperanza, pero algo se agitó en mi pecho que podría parecerse a ella.

La presidenta continuó: —Tenemos aquí su historial de detenciones.

Se ajustó las gafas de nuevo, con los ojos fijos en el expediente como si el peso de mi vida fuera un fajo de papeles más.

—De acuerdo con el acta oficial del Tribunal del Condado de Miami-Dade —comenzó, con un tono cortante e impersonal—, fue usted detenida hace diez años durante una redada federal contra la distribución de estupefacientes. Aunque no se encontraron sustancias controladas en su posesión en aquel momento, llevaba encima diez mil dólares en efectivo.

Su voz no vaciló, pero las palabras parecieron resonar contra las paredes paneladas, grabándose en mi piel. Intentaba no pensar mucho en aquella noche; toda mi culpa se centraba en el momento en que le robé a Gio. De alguna manera, era más fácil pensar en eso que en el miedo.

—Posteriormente fue acusada de intento de posesión con intención de distribución —continuó, pasando a la página siguiente—. Los registros judiciales muestran que se declaró inocente y, debido a la falta de pruebas, fue condenada por un cargo menor de intento de posesión. Se le sentenció a doce meses de libertad condicional y cien horas de servicio comunitario. No constan más delitos en su historial.

Finalmente me miró por encima de la montura de sus gafas, con una expresión fría y comedida. —¿Es este un resumen fiel de los hechos, señorita Hayes?

—Esos son... los hechos —dije, tensando los músculos para no temblar.

Por primera vez, me di cuenta de que no solo había hecho algo malo, sino que había pasado por un trauma. Enfrentarme a esos traficantes, las circunstancias de la detención y la condena. No había ido allí para comprar drogas, sino para salvar a mi hermano. Lo

único que había hecho mal era lo único que ellos no sabían. El resto me había pasado *a* mí. Y con eso era con lo que intentaban hundirme.

—Además —dijo ella, mirando al hombre y a la mujer sentados a su lado—, a este tribunal no solo le preocupa su historial pasado con las drogas, sino también la tormenta mediática que esta información ha provocado. No podemos dar la imagen de que apoyamos a criminales, señorita Hayes.

—Lo entiendo. —El corazón me golpeaba el pecho.

—¿Tiene algo que decir en su defensa? —preguntó.

Se me secó la boca. Estuve a punto de quedarme callada y dejar que la vergüenza ganara. No quería exponerme ante ese grupo de personas preocupadas por su reputación y ante un frío acta judicial que decía en blanco y negro que yo era una delincuente. Casi me rendí, pero la imagen de Gio cruzó mi mente.

Él se había enfrentado a la prensa, había denunciado públicamente a su padre como un político corrupto y criminal. Todo lo que yo tenía que hacer era explicarme y aceptar las consecuencias.

Dejé la carpeta y entrelacé mis manos temblorosas frente a mí. —Sí. Tengo algo que decir.

Inspiré profunda y calmadamente y, por fin, conté mi historia. Toda ella.

—Hay detalles de esta situación que no encontrarán en el acta del tribunal porque, en aquel momento, intentaba proteger a alguien. El motivo por el que fui a ver a esos traficantes aquella noche no fue para comprar drogas, sino para pagar la deuda de alguien cercano a mí. —Miré hacia atrás, a Jake. Él asintió, dándome su bendición—. Mi hermano era adicto a las drogas y se había metido en un lío serio con esos traficantes. Vino a verme ese día porque amenazaban con matarlo. Él no estaba en condiciones de tratar con ellos, así que fui yo en su lugar.

El hombre a la izquierda de la presidenta se inclinó hacia delante. —¿Está diciendo que nunca ha comprado ni consumido drogas?

—Así es, señor —asentí—. De hecho, ya ni siquiera bebo alcohol. He pasado todos los controles de drogas que me han hecho mis empleadores y me someteré encantada a cualquier prueba en el futuro. He visto el daño que causa el consumo de drogas y no me interesan, ni me han interesado nunca.

—Ya veo —dijo él, entrecerrando los ojos—. ¿Tiene alguna prueba?

—¿Creo que tienen mis registros laborales? —Recibí un asentimiento como respuesta—. Entonces esa información debería estar ahí.

La presidenta señaló algo en un papel que tenía delante y, tras un momento de lectura, todos asintieron y murmuraron algo entre ellos.

—Continúe —dijo la presidenta.

Había una cosa que no sabían y era una estupidez decirla. Sabía que perjudicaría mis posibilidades, pero necesitaba soltarlo todo.

Saca el pus de la herida, Frankie.

—Hay otra cosa que no se refleja en las actas y que es importante que diga —hice una pausa un momento para aclararme la garganta —. Cuando apareció mi hermano, yo estaba en la habitación de hotel de un hombre con el que... tenía una relación. Jake apareció suplicándome ayuda.

Hice una breve pausa para recuperar algo de compostura mientras los recuerdos de aquella noche inundaban mi cabeza.

—Veníamos de una familia de clase trabajadora y yo todavía estaba en la universidad. No tenía diez mil dólares a mano, pero el hombre con el que tenía una relación, sí. Sé que esto perjudica mis posibilidades de mantener mi licencia, pero he guardado silencio y sentido vergüenza durante demasiado tiempo.

Inspiré con dificultad.

—Le robé el dinero y he pasado los últimos diez años ahogándome en la culpa por ello. Traicioné la confianza de alguien que me importaba. Volvería a proteger a mi hermano mil veces más, pero es el robo lo que me pesa cada día —dije, con la voz vacilante pero ganando firmeza con cada palabra—. No tenía dinero. No tenía poder. No tenía forma de salvarlo. Y no podía perderlo. —Tragué saliva con dificultad, luchando contra la vergüenza que me oprimía como un peso—. Le quité ese dinero a un hombre que tenía más que suficiente. Se lo entregué a los tipos que amenazaban con matar a mi hermano.

La sala se quedó tan en silencio que podía oír el zumbido de las luces del techo.

—Hace diez años —continué—, tomé una decisión. Una terrible. Incumplí la ley. Y he cargado con eso cada día desde entonces. Pero si la pregunta es si elegiría salvar la vida de mi hermano otra vez, aun sabiendo lo que me costaría... —Se me apretó el pecho, pero obligué a las palabras a salir—. Sí. Lo haría.

La tercera mujer se removió en su asiento, frunciendo el ceño. —¿Admite que cometió un robo?

—Sí —dije simplemente—. Lo admito. No me siento orgullosa de ello. Pero no estoy aquí para inventar excusas. Estoy aquí para decirles la verdad. Se merecen al menos eso.

El bolígrafo de la presidenta golpeaba suavemente su cuaderno. Su expresión no revelaba nada.

—Ese hombre a quien le robó, ¿es consciente del robo? —preguntó.

—Sí, señora —respondí.

—¿Y decidió no presentar cargos? —indagó.

—Sí, señora. —Asentí.

Ella emitió un murmullo pensativo.

Sentía las rodillas débiles, pero me mantuve en pie, sosteniéndoles la mirada, negándome a empequeñecer—. He pasado la última década intentando enmendarlo. Construyendo algo bueno. Cuidando de animales que no pueden luchar por sí mismos. Esa es quien soy

ahora. No soy perfecta. No estoy libre de manchas. Pero soy honesta.

Se me quebró la voz al final, pero no me retracté. Ya no me escondía.

—Si no tiene nada más que añadir, creo que tiene a alguien dispuesto a hablar en su nombre, ¿no? —preguntó.

Asentí y me volví hacia Jake. Se le veía tan estable. Limpio, fuerte, nada que ver con el hombre destrozado que recordaba de aquella noche en Miami.

Se puso en pie y se aclaró la garganta, con la mirada pasando fugazmente por mí antes de fijarse en el tribunal.

—Mi hermana me salvó la vida —dijo, con voz ronca pero segura—. Hace diez años, estaba en un camino que iba a terminar conmigo muerto. Ella intervino cuando nadie más pudo. No solo se enfrentó a esos traficantes por mí y puso en peligro su vida y su futuro; me metió en rehabilitación, se mantuvo a mi lado cuando intenté huir de ella y siguió apareciendo hasta que finalmente decidí desintoxicarme. —La emoción espesó su tono y tuve que secarme las lágrimas, pero él continuó—. Y no ha dejado de luchar. Por mí. Por cada animal que se ha cruzado en su camino. Por cada causa perdida. Si ese no es el tipo de persona que quieren ejerciendo la medicina veterinaria, entonces no entiendo nada.

El silencio que siguió fue insoportable. Jake me apretó la mano antes de sentarse.

—Gracias por su franqueza, señor Hayes —dijo la presidenta, barajando unos papeles—. Esta mañana también he recibido un documento elaborado por una tal Santana Ramirez, antigua colega suya. No solo ha prestado su apoyo personal, sino que también ha reunido declaraciones juradas y firmadas de sus antiguos clientes. No las leeré porque hay al menos cincuenta cartas aquí —sostuvo el montón de papeles—, pero todas expresan el mismo sentimiento: que es usted una veterinaria cualificada, con un trato excelente con los pacientes, y que la profesión sería más pobre sin usted.

Me faltó el aire, conteniendo las lágrimas. No tenía ni idea de que Santana hubiera hecho eso, ni de que tantos de mis clientes se sintieran así. Tendría que enviarle una cesta de regalo para darle las gracias, fuera cual fuera el resultado.

—Dicho esto —continuó la presidenta—, no solo fue condenada por un delito, sino que hoy ha confesado otro, haya intervenido la ley en el asunto o no. Esta es una situación grave, señorita Hayes, y tenemos que sopesar todos los hechos. El tribunal se retirará un momento a deliberar.

Las tres personas se levantaron y salieron por la puerta que tenían detrás. No fui capaz de leer en ninguno de sus rostros hacia qué lado se iba a inclinar la balanza.

Maria y Jake volvieron a mi lado, brindándome su apoyo.

—Pase lo que pase, deberías estar orgullosa de ti misma —dijo Maria, deslizando su mano en la mía, con un agarre cálido y firme. Jake cubrió mi otra mano, apretándola fuerte. Me quedé allí, sostenida entre ellos, mirando las baldosas del suelo y contando los segundos, con el corazón como un metrónomo salvaje en mi pecho.

Cuando la puerta finalmente se abrió y el tribunal regresó, pensé que las piernas me iban a fallar.

La presidenta se ajustó las gafas, con expresión indescifrable. —Señorita Hayes, el tribunal ha llegado a una decisión.

Contuve el aliento.

—Recibirá una amonestación formal por sus acciones pasadas —continuó—. Pero dadas las circunstancias, su franqueza hoy y el testimonio proporcionado, el tribunal ha votado a favor de permitirle conservar su licencia veterinaria.

Las palabras fueron como la luz del sol abriéndose paso entre nubarrones. Se me doblaron las rodillas y Maria me sostuvo, apretándome la mano hasta que me dolió. El brazo de Jake me rodeó los hombros, firme y protector.

No sollocé, no me desmoroné aunque quería hacerlo. En su lugar, logré articular un susurro. —Gracias.

Por primera vez en semanas, quizá años, sentí que podía respirar.

Gio

Me había escabullido en la sala de la audiencia tan silenciosamente como pude, deslizándome en una silla cerca del fondo, detrás de un grupo de hombres mayores con chaquetas de tweed. Nadie me

había notado, ni siquiera Frankie. Se había sentado a la mesa con la barbilla alta, pálida pero firme, con su voz resonando por toda la sala.

Me preparé para escuchar excusas, algún discurso cuidadosamente pulido destinado a convencer al tribunal. En cambio, dijo la verdad.

Por fin comprendí por qué me había robado. Se me oprimió el pecho y cerré los puños sobre el regazo. Recordé aquella noche, la traición, la rabia hueca que había arrastrado durante una década. Y ahora... esto.

No fue manipulación. Ni chantaje. Fue por su familia.

Jake se levantó a continuación, con la voz quebrada por la emoción mientras hablaba de cómo Frankie le salvó la vida, arrastrándolo por la rehabilitación y permaneciendo a su lado cuando nadie más lo hizo. Vi a Frankie limpiarse las mejillas con el dorso de la mano, intentando mantener la compostura mientras su hermano desnudaba su alma.

Algo en mi interior se rompió por completo. No había robado por codicia. No me había estafado. Había salvado a su hermano. Había hecho lo único para lo que yo nunca tuve el valor: luchar por la familia, costara lo que costase.

Pensé en mi madre, en todos los años que permití que mi padre pasara por encima de ella sin mover un dedo. La culpa se retorció con fuerza y profundidad. Había volcado mi rabia contra Frankie cuando la verdad era que yo había sido demasiado cobarde para defender a la persona que más me necesitaba.

Había venido porque tenía la intención de hablar en su favor, pero sabía que mi voz no era necesaria aquí. El testimonio de Frankie fue conmovedor, y el apoyo que tenía hablaba por sí solo. Los del tribunal serían unos necios si no la dejaran conservar su licencia.

Cuando el tribunal finalmente dio su veredicto, vi el alivio cruzar el rostro de Frankie, frágil e incrédulo. Maria y Jake flanquearon sus costados mientras salían, sosteniéndola como si pudiera desmoronarse sin ellos. Ella no me vio.

Me quedé sentado hasta que la sala se vació, luego salí detrás de ellos. Fuera, alcancé a ver a Frankie en la escalinata, con el brazo de Maria alrededor de sus hombros y Jake firme a su lado. Frankie tenía la cara manchada de llorar y las manos aún le temblaban mientras agarraba su bolso, pero parecía más ligera, más libre.

Había algo que tenía que hacer, pero primero tenía que hablar con ella.

Frankie

El aire de principios de diciembre me golpeó la cara al salir del edificio; el peso de la audiencia finalmente se resbalaba de mis hombros. Maria me apretó la mano por un lado y Jake por el otro, y su calor me mantuvo con los pies en la tierra.

Lo había logrado. Iba a conservar mi licencia. Aún podría ser veterinaria y cuidar de los animales. La conmoción y el alivio me dejaron mareada.

—¿Frankie?

Giré la cabeza, reconociendo la voz de Gio de inmediato.

Estaba cerca de los escalones, con su traje oscuro impecable contra la piedra pálida y los ojos fijos en mí como si hubiera estado esperando. Se me hundió el estómago, y la confusión se mezcló con algo peligrosamente parecido a la esperanza.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

Jake y Maria me miraron interrogantes y yo asentí.

—Te daremos algo de espacio —dijo Maria, llevándose a Jake con ella. Lo bastante lejos para no molestar, pero lo bastante cerca como para que yo siguiera sintiendo su energía protectora.

—Sí, hablemos —dije, escrutando sus ojos. Volver a ver a Gio hizo que todos mis sentimientos regresaran de golpe. Ojalá no hubiera estropeado las cosas entre nosotros. Con la mente más despejada, podía ver todo lo que antes se me había pasado por alto. Que él era el buen hombre que yo siempre había pensado, que realmente teníamos una conexión. Pero sobre todo, que me importaba mucho más de lo que jamás había querido admitirme a mí misma.

—He oído lo que has dicho ahí dentro —dijo él, con voz más baja, más suave de lo que se la había oído nunca—. Sobre tu hermano. Sobre Miami. —Hizo una pausa, observando mi rostro—. Ahora lo entiendo. Y lamento que me haya costado tanto tiempo.

—Gio, yo...

Levantó una mano ligeramente, no de forma brusca, solo lo suficiente para detenerme.

—Déjame terminar. —Sus ojos se suavizaron, y las sombras cambiaron tras ellos—. También entiendo por qué no pudiste decírmelo antes. Yo no había demostrado ser digno de tu confianza.

Se me cerró la garganta. Todas las noches que había imaginado lo que le diría si alguna vez tuviera la oportunidad, y ahora no encontraba ni una sola palabra.

Así que intenté algo sencillo. Un puente, no un muro.

—Íbamos a salir a celebrarlo —dije, con voz vacilante pero firme—. Si quieres unirte...

Su boca se curvó, triste, casi a modo de disculpa. —Ojalá pudiera. Pero tengo que estar en otro sitio.

Me obligué a asistir, a mantener la decepción bien guardada tras mi sonrisa. —Claro. Hombre importante, lugares importantes.

—Frankie... —empezó, pero no terminó.

En su lugar, me dedicó una última mirada, demorándose lo suficiente para que me doliera el corazón, luego se dio la vuelta y se alejó.

Ni siquiera me había dicho por qué había venido.

Me mordí el labio, intentando centrarme en el alivio de mi victoria en lugar de en la sensación de vacío de que Gio realmente estaba saliendo de mi vida para siempre.

Maria volvió a mi lado. —Jake ha ido a buscar el coche. ¿Qué quería Gio?

Negué con la cabeza. —No lo sé. Creo que tal vez se estaba despidiendo.

—¿De verdad? —Arqueó las cejas—. Ese hombre no tiene pinta de haberte olvidado. En absoluto.

Quería creerla. Pero todo lo que podía sentir era el eco hueco de él escapándose de mi alcance una vez más.

Capítulo 40

Gio

No había querido dejar a Frankie de esa manera, pero con todo lo que estaba pasando, sabía que debía actuar rápido para arreglar lo único que nunca había sido capaz de solucionar. No podía demorarme cuando el viaje a Long Island iba a llevarme unas cuantas horas. Tenía que volver a casa.

Durante todo el trayecto, lo único en lo que podía pensar era en que no había dicho todo lo que necesitaba decir. Ni a Frankie ni a mi madre. Estaba a punto de arreglar una de esas dos cosas.

Cuando llegué, las puertas de hierro forjado de la finca de Old Westbury chirriaron al abrirse como si no se hubieran movido en años, aunque sabía que sí lo habían hecho. Mi padre mantenía el lugar impecable, como todo lo que poseía. Controlado, intocable. Hasta ese chirrido era una afectación.

El camino de entrada era el mismo: serpenteando entre robles viejos, con la grava crujiendo bajo los neumáticos, y cada curva de la carretera acercándome más a una casa en la que había jurado que nunca volvería a poner un pie. Se me encogió el pecho cuando apareció ante mi vista, una extensa mansión colonial de ladrillo y piedra, con las ventanas brillando bajo la luz del atardecer. Por un segundo, volví a tener dieciocho años, maleta en mano, con la rabia en la garganta, jurando que nunca miraría atrás.

Pero la voz de Frankie no me abandonaba. Ella había luchado por su familia. Ahora era el momento de que yo luchara por la mía.

Me quedé sentado en el coche un largo rato, aferrado al volante, antes de obligarme a salir. El aire olía igual: a césped recién cortado y a brisa marina. Setos y cipreses flanqueaban ahora la fachada, donde mi madre había querido plantar flores. Probablemente mi padre contrató a alguien para que los mantuviera perfilados y podados al milímetro.

La puerta principal se alzaba imponente ante mí. Mi dedo sobrevoló el timbre y las manos me temblaron de verdad.

Lo pulsé y apreté los puños para recuperar el control de mí mismo.

Cuando la puerta se abrió, la señora Alvarez, la ama de llaves, estaba allí, con el delantal puesto y la misma boca severa con la que solía darme galletas a escondidas a espaldas de mi padre. Se le agrandaron los ojos. —Gio.

Esbocé una sonrisa forzada.

—Hola, señora Alvarez —mi voz sonó ronca, poco habituada a hablar —. ¿Está… está mi madre en casa?

Su rostro se suavizó, y la severidad se derritió. No hizo preguntas, simplemente se hizo a un lado y me indicó que pasara. —Está en el jardín acristalado. Vaya.

La casa olía a cera de limón y a madera vieja, exactamente igual que cuando era niño. Cada paso por el pasillo despertaba otro recuerdo: el bramido de mi padre desde su despacho, la risa suave de mi madre por las mañanas antes de que se fuera apagando con los años, el portazo cuando me marché para siempre.

Seguí la luz del sol hasta que la encontré.

Estaba sentada en el jardín acristalado, con un libro abierto en el regazo y las gafas apoyadas en la punta de la nariz. Su pelo tenía más canas que cuando me fui, recogido con pulcritud, pero su rostro… su rostro seguía siendo el de mi madre.

—¿Mamá?

Levantó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos. El libro se le resbaló del regazo al cojín.

—¿Gio? —Su voz se quebró.

Durante un momento, no pude hablar, no pude moverme. Luego logré dar un paso adelante. —Sí. Soy yo.

Durante un largo rato, ninguno de los dos habló. Me limité a quedarme allí, mirando a la mujer que una vez había sido todo mi mundo, antes de que mi padre atenuara su luz hasta que pensé que podría apagarse para siempre.

Finalmente, hice que mis pies se movieran y acorté la distancia entre nosotros. Me senté frente a ella. Tenía la garganta en carne viva y el pecho pesado. —He estropeado las cosas, mamá.

Sus ojos escudriñaron los míos, más agudos de lo que recordaba, más agudos de lo que merecía. Buscó mi mano; sus dedos estaban fríos, estables. —He visto las noticias, Gio. No las has estropeado sin más. Has tomado una decisión.

Sus palabras me golpearon con más fuerza de la que esperaba. —¿Una decisión?

—La de ser diferente a tu padre. —Su mirada no vaciló, aunque la boca le tembló ligeramente.

Tragué saliva con dificultad. —Tal vez. Pero puede que haya perdido a la única mujer a la que he amado en el proceso. —El rostro de Frankie cruzó mi mente, su voz a la salida de la audiencia, la forma en que sus ojos contenían tanto esperanza como distancia cuando me invitó a celebrarlo.

La expresión de mi madre se dulcificó, y el calor se abrió paso a través de años de represión. —Giovanni, el amor no consiste en no cometer nunca errores. Consiste en lo que haces después de cometerlos. —Cruzó la mesa con el brazo y posó la palma de la mano en mi mejilla, como solía hacer cuando era niño—. Tu padre nunca aprendió esa lección. Pero tú todavía puedes.

Me dolía el pecho. Me apoyé en su mano un segundo y luego me obligué a decir lo que había callado durante años.

—Te pedí antes que lo dejaras. Te lo supliqué. —Se me quebró la voz —. ¿Por qué no lo hiciste?

Su mano se retiró, entrelazándose en su regazo. —El mayor arrepentimiento de mi vida fue no haberlo hecho —. Tenía demasiado miedo. Miedo de lo que él hiciera. Miedo de lo que la gente dijera. Miedo a estar sola.

—No es demasiado tarde. —Las palabras salieron atropelladamente antes de que pudiera detenerlas—. Puedo protegerte ahora. Mantenerte. Ya no tienes que vivir bajo su sombra.

Sus ojos brillaron, pero sacudió la cabeza levemente. —No quiero ser una carga.

Me incliné hacia delante, agarrando sus manos con fuerza. —Nunca podrías ser una carga. Mamá, por favor —mi voz bajó a un susurro —. Déjame hacer esto. Puede que padre vaya a la cárcel por lo que he hecho, pero estos casos judiciales llevan mucho tiempo y me preocupa cómo va a pagarlo contigo hasta entonces. Déjame luchar por ti como debí haber hecho hace años.

Me miró fijamente y pude ver en sus ojos un miedo tan nítido como el que yo había sentido cuando vivía aquí. Le supliqué en silencio, deseando con todas mis fuerzas que me permitiera ayudarla, rescatarla.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Finalmente asintió, con un movimiento pequeño, como si tuviera miedo de tener esperanzas. —Está bien, Gio, iré contigo.

El alivio se expandió en mi pecho, tan feroz que casi me hace caer hacia atrás en la silla. Después de todo este tiempo, casi dos décadas de preocupación y angustia, por fin podía proteger a mi madre del monstruo que había atormentado nuestras vidas.

—Haz que la señora Alvarez te ayude a hacer las maletas. Coge todo lo que sea tuyo. Una vez que hagamos esto, no habrá vuelta atrás. Haré los preparativos: puedes quedarte conmigo por el momento, pero te buscaré tu propio apartamento. Has vivido bajo el capricho de otra persona durante demasiado tiempo. Te mantendremos a salvo. Tendrás todo lo que necesites.

Ayudé a mi madre a levantarse y ella me envolvió en un gran abrazo. Ahora yo era mucho más alto que ella, más corpulento, pero por un momento fue como volver a ser un niño, a salvo en los brazos de mi madre. Pero ahora era yo quien finalmente podía mantenerla a salvo.

Con mi madre a salvo, quedaba una última cosa por hacer.

Mientras ella hacía las maletas, saqué el móvil y busqué un número que no sabía que volvería a necesitar. Salí al pasillo y pulsé el botón de llamar en el contacto del señor Chen.

—Soy Gio —dije cuando respondió. Mi voz era firme, decidida—. Tengo una oferta que hacerle. ¿Puede reunirse conmigo esta noche?

Capítulo 49

Frankie

La copa de champán que tenía en la mano, llena de champán sin alcohol, centelleaba bajo la luz de la lámpara de araña; las burbujas subían como si estuvieran celebrando junto a mí. Maria y Jake brindaron conmigo ruidosamente, triunfantes, y la mesa prácticamente vibró con su energía. Maria se había empeñado en llevarnos a un sitio elegante, invitaba ella.

—Por Frankie —declaró Jake, con una sonrisa tan amplia que ocupaba media cara—. La hermana pequeña más cabezota del mundo y, al parecer, la veterinaria más dura del estado.

—Ya te digo —terció Maria con los ojos brillantes. Se inclinó sobre la mesa y me apretó la mano—. Lo has conseguido. De verdad lo has conseguido.

Sonreí, una sonrisa de verdad, y por una vez no me pareció mentira. Mi licencia estaba a salvo. Mi nombre estaba limpio. Había entrado en aquella audiencia con el peso de Miami sobre los hombros y había salido más ligera, como si por fin me hubiera librado de las sombras que arrastraba desde hacía años.

Y, aun así.

Incluso cuando el camarero dejó sobre la mesa platos que parecían obras de arte —pequeñas torres de pato asado, vieiras a la plancha con espuma de azafrán—, no pude evitar que un vacío doloroso empezara a extenderse. Porque le había pedido a Gio que celebrara esto conmigo. Le había ofrecido un lugar en esta victoria, la oportunidad de estar a mi lado. Y él se había negado.

Jake devoraba su plato como si fuera su última cena, gesticulando animadamente mientras le contaba a Maria una historia sobre uno de sus compañeros de trabajo. Su risa resonaba en la mesa, cálida y familiar. Maria echaba la cabeza hacia atrás y reía con él, mientras sus pendientes reflejaban la luz. Debería haber sido suficiente. Quería que fuera suficiente.

Cuando Jake se disculpó para ir al servicio, la risa de Maria se suavizó y su mirada volvió a centrarse en mí. Apoyó el codo en la mesa, con la barbilla en la mano y la mirada tan aguda como siempre.

—Vale —dijo, ahora en voz más baja—. Cuéntame por qué tienes cara de que alguien te ha robado el postre. Has ganado, Frankie. Deberías estar en las nubes.

Recorrí el borde de la copa con la yema del dedo. —Lo estoy. Es decir... lo estaba. Esto es algo enorme. Más grande de lo que pensaba.

—¿Pero?

Exhalé lentamente. —Pero no cambia todo lo demás. Gio no ha querido venir esta noche. Se lo pedí. Me dijo que no.

Maria apretó los labios y luego su expresión se suavizó con un aire de saber algo que yo no. —He intentado decírtelo antes: ese hombre está enamorado de ti.

Solté una risa corta y amarga. —No lo está. Si lo estuviera, estaría sentado aquí mismo.

—O —rebatió ella con naturalidad—, está enamorado de ti y le aterra lo que eso significa. Lo cual, si me preguntas a mí, suena muchísimo más a él.

Su seguridad me revolvió algo por dentro. —Maria... —negué con la cabeza—. No puedo. Ya he tenido mi milagro hoy. He conservado mi licencia. He dicho la verdad sobre lo de Miami. Por fin me he demostrado a mí misma que no estoy rota. Eso tiene que ser suficiente.

Ella no me soltó la mano. —¿Desde cuándo es ambicioso querer amor además de respeto? ¿Desde cuándo es ambicioso quererle a él?

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotras, pesadas como las brillantes lámparas de arriba. Se me cerró la garganta, pero logré esbozar una pequeña sonrisa, de esas que duelen más de lo que curan.

—Porque si empiezo a tener esperanzas en eso —dije en voz baja— y me equivoco, no creo que pueda sobrevivir a ello.

El rostro de Maria decayó, pero no discutió. Se limitó a apretarme la mano otra vez, como si pudiera infundirme fe por pura fuerza de voluntad.

Jake regresó con una sonrisa y se dejó caer en su silla como si acabaran de nombrarle rey del restaurante. —¿Qué me he perdido?

—María estaba intentando convencerme de que pida postre —dije a la ligera, apretando su mano una vez más antes de soltarla. La verdad de nuestra conversación permaneció grabada en mi palma, pero suavicé mi expresión hacia algo más relajado, acorde con la celebración.

—¿Convencerte? —Jake soltó un bufido, llamando al camarero con la mano—. No nos vamos de aquí sin haber tomado tres platos, tarta incluida. Lo de hoy es una victoria, Frankie. Tuya. Y pienso celebrarlo como es debido.

Maria se rió, levantando de nuevo su copa. —Me gusta este chico. Es un mandón.

—Es imposible —murmuré, pero sonreí a mi pesar. Durante el rato siguiente, dejé que su alegría me arrastrara; sus voces y sus risas

me envolvían como una manta que no me había dado cuenta de que necesitaba. Brindé cuando me lo indicaron, obligué a mi garganta a tragar bocados a pesar del nudo que sentía y hasta me reí con una de las imitaciones ridículas de Jake.

Pero cada vez que parpadeaba, veía el hueco donde Gio debería haber estado.

Más tarde, cuando retiraron los platos y un trozo decadente de pastel de chocolate desapareció entre los tres, Jake se echó hacia atrás, mirándome con más seriedad que antes.

—Bueno —dijo bajando el tono—, ¿vas a seguir intentándolo? Con el refugio, quiero decir. En otra parte.

La pregunta me dejó sin aire. Jugueteé con el tenedor, arrastrándolo por el plato vacío.

—No lo sé —admití, con la voz más baja de lo que pretendía—. Es difícil encontrar un local que sirva. Ni siquiera tengo trabajo, y con el préstamo revocado... —me callé, encogiéndome de hombros con impotencia—. No quiero rendirme. No puedo rendirme. Pero no sé cómo se supone que voy a hacerlo realidad.

La mano de Maria rozó la mía de nuevo, dándome firmeza. Jake se inclinó hacia delante con el ceño fruncido, pero también con orgullo en la mirada.

—Va a pasar, de una forma u otra —dijo mi hermano, con más fe de la que yo sentía—. No has llegado tan lejos solo para quedarte a

medias. Ya has desafiado las probabilidades una vez. ¿Qué es un milagro más?

—Eso espero —dije, pero no acababa de sentirlo. Ni siquiera tenía por dónde empezar. En lo único que podía pensar era en Asher, apretado contra los barrotes de aquella perrera atestada, con esos ojos oscuros siguiéndome mientras lo dejaba atrás. Aunque no fuera por mí, necesitaba que esto funcionara por él. Solo que no sabía cómo.



La victoria tenía un sabor dulce, pero el regusto era amargo y persistente, como una promesa que aún no había encontrado el modo de cumplir.

El pasillo olía ligeramente a canela cuando salí de mi apartamento a la mañana siguiente, con las llaves tintineando en la mano. La señora Rosen, mi vecina, estaba apostada ante su puerta con su bata habitual y unas gafas de dimensiones exageradas que se le resbalaban por la nariz. Se iluminó al verme.

—Francesca, querida —me llamó, levantando un cuenco tapado como si fuera una joya de la corona—. Hoy estoy preparando babka. Del bueno, con chocolate. Le guardaré un trozo.

Sentí un calorcito en el pecho. —Siempre me mima, señora Rosen.

—Bah. —Agitó la mano—. Está demasiado delgada. ¿A dónde va tan temprano?

Dudé un instante y luego le dije la verdad. —A Brooklyn. Al almacén. Yo... supongo que necesito ir a despedirme de él por última vez. Se suponía que iba a ser el refugio, pero... —se me cortó la voz—. Ya no va a poder ser.

Sus ojos, llorosos y agudos a la vez, me estudiaron como si pudiera ver cada grieta que yo intentaba ocultar.

—Bueno —dijo suavemente, alargando la mano para darme una palmadita en el brazo—. Entonces vaya y despídase. Pero no cierre su corazón. A veces una puerta se cierra con llave y no se encuentra la clave... pero se abre otra. Ya lo verá.

Tragué saliva para deshacer el nudo de mi garganta. —Gracias.

—Buena suerte, Francesca. —Me apretó la mano antes de desaparecer en su apartamento, tarareando ya alguna melodía de hace mucho tiempo.

En el trayecto en tren hacia Brooklyn, sus palabras me acompañaron, tan silenciosas y persistentes como el balanceo del vagón de metro. No fui capaz de ir directamente al almacén. Todavía no. Me bajé en una parada distinta y mis pies me llevaron al refugio donde estaba alojado Asher.

Estaba acurrucado al fondo de su jaula cuando llegué, con la cabeza apoyada en las patas. Su cola ni siquiera se movió al oír mi voz. Se me rompió el alma.

—Hola, pequeñín —susurré mientras me agachaba, abriendo la reja con la llave que uno de los voluntarios me había dado en la

recepción. Me conocían tan bien ya que no se molestaban en acompañarme.

En cuanto me senté, Asher se apretujó contra mi regazo con un gemido que era pura resignación y nada de alegría.

Le acaricié las orejas y hundí la cara en su pelo marrón. —Lo siento muchísimo —murmuré—. No te mereces esto. Ninguno de vosotros os lo merecéis.

Él solo suspiró, dejando caer su peso contra mí, y por un momento deseé más que nada poder llevármelo a casa a escondidas, sin casero, sin reglas, sin preocupaciones. Solo un sofá, una correa y amor.

Pero las reglas eran las reglas, y no podía permitirme perder el apartamento además de todo lo demás. Me dolió el pecho al ponerme en pie y animarle a entrar de nuevo; sus ojos me seguían como si supiera que lo estaba dejando allí otra vez.

—Volveré pronto —le prometí—. Encontraré la forma de salvaros.

La primera promesa sería bastante fácil de cumplir. Era la segunda la que me hacía sentir como si estuviera pisando hielo quebradizo en un lago helado.

Me obligué a salir por la puerta, con los hombros tensos por una pena que no lograba sacudirme, y finalmente me dirigí hacia el almacén. El lugar donde una vez imaginé nuevos comienzos ahora no era más que otra despedida. Al menos, en lugar de complicar las

cosas con Gio y acabar en otra pelea, esta vez podría hacer las cosas bien.

Capítulo 42

Gio

Con mi madre a salvo en mi cocina desayunando y mi plan en marcha, salí de mi apartamento a la mañana siguiente, decidido a ejecutar la parte final de mi estrategia. Había obtenido la dirección de Frankie del expediente que me había entregado el investigador privado, así que me dirigí directo a Queens.

Dentro del desgastado edificio, subí el estrecho tramo de escaleras, sintiendo cómo la pintura desconchada de la barandilla me rozaba la palma de la mano. La puerta del apartamento de Frankie estaba al final de un pasillo lúgubre, pero cuando llamé, no hubo respuesta. Ni rastro de pasos, ni una voz al otro lado. No la había llamado ni le había enviado un mensaje antes. Esto era demasiado importante como para no hacerlo cara a cara.

Estaba a punto de volver a intentarlo cuando una puerta rechinó al abrirse al otro lado del pasillo. Una mujer de aspecto frágil, con el pelo plateado perfectamente recogido con horquillas, asomó la cabeza mientras se le resbalaban las gafas por la nariz.

—¿Busca a Francesca? —preguntó, con la voz afilada por la curiosidad.

—Sí, señora. —Me erguí instintivamente, suavizando el tono—. Necesito hablar con ella. Es importante.

Ella entornó los ojos. —Le conozco. Es usted el chico Moretti. El de las noticias.

Ahí estaba: ese destello de sospecha. Le sostuve la mirada, negándome a flaquear.

—Culpable —dije a la ligera—. Aunque le prometo que no he venido a causar problemas.

Ella resopló. —Los problemas suelen seguir a hombres como usted. Francesca ya ha pasado por bastante.

—Lo sé. —Mi voz se suavizó, con un matiz de vulnerabilidad—. Y por eso necesito encontrarla. Le debo una disculpa.

Su mirada se demoró en mí, sopesando mis palabras frente a los titulares de prensa y el apellido familiar que yo cargaba como una maldición.

—No sé si debería decirle a dónde ha ido —murmuró.

Di un paso hacia delante, con cuidado de no agobiarla, y bajé la voz. —Por favor. No estoy pidiendo perdón. Solo la oportunidad de decirle lo que debería haberle dicho hace semanas.

Ella apretó los labios, pero algo en su expresión se ablandó. —Parece que lo dice de corazón.

—Así es.

Suspiró, mirando hacia el pasillo como si alguien pudiera oírla. —Está bien. Se ha ido a ese viejo almacén. Por el que ha estado luchando.

El alivio me golpeó el pecho. —Gracias.

—No haga que me arrepienta —me advirtió, antes de cerrar la puerta con un clic rotundo.

Me quedé en el pasillo un momento más, con el pulso acelerado. El almacén. Quizás, después de todo, el destino estaba de mi parte. Era perfecto.

Frankie

Sentada con las piernas cruzadas sobre el polvoriento suelo de hormigón, tenía mis planos dibujados a mano desplegados a mi alrededor como alas frágiles. Mis dedos recorrían las líneas de lápiz de los bocetos que había hecho, imaginando las filas de jaulas, las pequeñas salas de examen, el patio de recreo para los animales. Me permití un momento para saborear el sueño por el que tanto había luchado. Iba a tener que dejarlo ir. Había conservado mi licencia, gracias a Dios, pero sin el préstamo ni el apoyo de Antonio, mis sueños de abrir el refugio estaban perdidos. Tendría que trabajar otros veinte años para poder permitirme un lugar de un tercio de este tamaño, y para entonces todos los perros y gatos que necesitaban ayuda ahora habrían desaparecido.

Cuando la puerta rechinó al abrirse, me dio un vuelco el corazón. Me giré, entornando los ojos para ver mejor, y me quedé helada.

——¿Gio? —pregunté, incrédula—. ¿Acaso llevaba un localizador encima? ¿O es que al destino le encantaba reírse de mí?

Él entró, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, recorriéndome con la mirada como si intentara evaluar mi estado de ánimo. —Frankie —dijo en voz baja—. Te estaba buscando.

—¿Por qué? —Mi voz sonó más cortante de lo que pretendía—. ¿Cómo me has encontrado?

Dio un paso hacia mí, cauteloso pero firme. —Tu vecina me ha dicho dónde habías ido. Quería hablar contigo.

Fruncí el ceño, apoyando el peso en mis manos hacia atrás. —¿Hablar? Tuviste tu oportunidad ayer.

No había reproche en mi voz, solo confusión, quizás una curiosidad contenida. Ni siquiera podía empezar a sentir esperanza.

—Necesitaba decirte algo —dijo simplemente—. Lo he comprado.

Parpadeé, sintiendo cómo la confusión me oprimía el pecho. —¿Qué?

—El almacén —aclaró con calma, casi como si fuera algo sin importancia—. Con todo lo que ha pasado... Chen estaba dispuesto a vendérmelo sin permiso de obras.

Le miré mientras mi mente no paraba de dar vueltas.

—Enhorabuena por tu hotel —dije, con un tono plano y cansado. Él lo había ganado todo mientras yo volvía al punto de partida—. Pero pensaba que regodearte estaba por debajo de tu nivel.

Gio tensó la mandíbula, pero no pareció ofendido. Solo... paciente.

—No he venido a regodearme —dijo.

Tragué saliva, sintiendo cómo el vacío del almacén me pesaba. Quería estar enfadada, alejarlo, pero algo en su forma de estar allí, esa firmeza silenciosa, hizo que me doliera el pecho.

Se puso de cuclillas a mi lado en el suelo polvoriento, con los planos y croquis entre nosotros. —Lo he comprado para ti —dijo con voz baja pero firme—. Para tu refugio.

Parpadeé, sintiendo que se me secaba la boca. —Yo... no lo entiendo.

Se repitió, como si eso fuera a ayudar a que lo asimilara. —El almacén es tuyo. Te lo regalo.

Negué con la cabeza, retrocediendo un poco. —No puedo aceptar eso. Es demasiado.

—No lo veas como caridad —me interrumpió suavemente, levantando las manos—. Sé mi socia. La Fundación Moretti financiará la construcción y los costes iniciales. Tú lo dirigirás como quieras.

Le miré fijamente, con la incredulidad luchando contra algo más cálido, algo que no me había atrevido a esperar. —¿Por qué harías algo así?

—Porque te quiero. —Las palabras fueron firmes, seguras, y me golpearon como un maldito camión—. Porque he sido un imbécil que ha dejado que el miedo tomara sus decisiones. Porque te mereces salvar a cada animal de esta ciudad si así lo deseas.

Me quedé mirándole sin más. Se me cortó la respiración. Me centré en lo menos importante; era eso o perder la cabeza. —¿La Fundación Moretti? No... ¿Palazzo Nero?

Él negó con la cabeza. —La voy a crear yo. Con el dinero que habría gastado en el hotel. Resulta que construir algo con sentido es más importante que construir algo rentable. No quiero que mi apellido sea sinónimo de la corrupción de mi padre. Quiero honrar a mis abuelos y que vuelva a ser respetable.

Miré los planos y luego volví a mirarle a él. —Seguiremos necesitando el permiso.

—Volveremos a presentar la petición al ayuntamiento —dijo con determinación en los ojos—. Esta vez como un equipo.

Algo suave y certero floreció en mi pecho, una mezcla de alivio, incredulidad y una gratitud abrumadora. Tragué saliva, sin saber cómo responder.

Pero, en realidad, solo había una cosa que quería hacer. Antes de que pudiera pensarlo, me incliné hacia delante, rozando sus labios con los míos. Un beso suave. Cargado con todo lo que me había estado guardando. El anhelo, el miedo, la esperanza. La mano de Gio buscó la mía, entrelazando sus dedos con los míos, dándome seguridad. El polvoriento almacén se desvaneció a nuestro alrededor, dejándonos solos a los dos, con nuestras respiraciones mezclándose, en un momento íntimo y tranquilo.

Cuando nos separamos, apoyé mi frente contra su pecho.

—Te quiero —susurré, y las palabras casi salieron temblando por sí solas.

La sonrisa de Gio fue lenta, segura, iluminando su rostro de una forma que no había visto antes. Dios, era el hombre más guapo que había visto en mi vida.

Inclinó la cabeza, ensanchando su sonrisa. —Entonces... ¿estás lista?

—¿Lista para qué? —pregunté, medio sonriendo a mi pesar.

—Para enfrentarnos al ayuntamiento una última vez. Juntos —dijo, mientras su mano apartaba un mechón rebelde de mi cara y su pulgar se demoraba en mi mejilla.

Asentí, sintiendo un escalofrío de determinación recorriéndome.

—Sí —suspiré, con el corazón radiante—. Juntos.

Capítulo 43

Frankie

Una semana después, me encontraba frente a las salas del consejo, con mis dedos entrelazados con los de Gio. El aire de la mañana se sentía cortante contra mi piel, y mi estómago hacía ese extraño baile de mariposas que siempre hacía antes de algo importante.

Gio se inclinó, rozando mis nudillos con sus labios. —¿Estás nerviosa? —preguntó con una sonrisa socarrona asomando en la comisura de su boca.

Le apreté la mano. —¿Y si dicen que no?

Él ladeó la cabeza, con la mirada firme y segura. —No lo harán.

Fruncí el ceño y la incertidumbre se reflejó en mi rostro. —¿Por qué no?

—Por ti —dijo simplemente—. Su agarre se tensó apenas una fracción. Después de todo lo que has hecho, la lucha que has mantenido, la verdad que has demostrado, serían unos estúpidos si no apoyaran tu visión.

Solté un suspiro tembloroso. —Yo... espero que tengas razón.

—Tú eres la razón por la que deberían decir que sí —dijo con voz baja pero firme—. ¿Y sabes qué? No dejaría que nadie te arrebatara esto. Ni ahora, ni nunca.

Lo miré y sentí que el corazón se me ensanchaba ante la certeza en sus ojos. No estaba segura de qué diría el consejo, pero ya no tenía miedo de tener esperanza.

Las salas del consejo rebosaban de energía, haciendo que me hormigueara la piel. Las cámaras de los medios de comunicación hacían clic y lanzaban destellos, pero esta vez se sentía diferente. De apoyo, no depredadora. Me aferré al podio, dejando que mis manos me sirvieran de ancla, y eché un vistazo a la sala.

Antonio no estaba allí; su ausencia era clamorosa. Había sido suspendido a la espera de una investigación, y Jennifer Liu era la jefa interina por el momento.

—Doctora Hayes y señor Moretti —dijo ella, observándonos con interés—. Lo último que esperaba era veros a ambos en el mismo bando.

—Para nosotros también ha sido una grata sorpresa, concejala —dijo Gio, sonriendo.

—Tienen la palabra —dijo ella, haciendo un gesto con la mano para indicarnos que habláramos. Gio me miró y sonrió. Este era mi momento.

—Cometí un error hace diez años —dije, con la voz más firme de lo que esperaba—. Quebranté la ley para salvar a alguien a quien amaba. He pasado cada día desde entonces intentando enmendarlo, no solo por aquel momento, sino por cada momento en el que me he sentido indigna del perdón.

Sentí los ojos de Gio sobre mí, cálidos e inquebrantables, y eso me dio ánimos.

—Pero he aprendido que la redención no consiste en huir del pasado —continué, con la voz ganando convicción—. Consiste en elegir construir algo mejor a partir de los pedazos de lo que una era.

La sala estaba en silencio, pendiente de mis palabras. Pude ver a los miembros del consejo removerse en sus asientos, asimilándolo. Las cámaras soltaron destellos, capturando el momento, pero apenas me di cuenta. Mi atención estaba en el consejo y en Gio, cuya presencia me hacía sentir que podía mantenerme más erguida que nunca.

Inspiré lentamente. —Este refugio no es solo por los animales. Es por la comunidad. Es por demostrar que, incluso en una ciudad llena de errores y corrupción, podemos elegir hacer algo bueno. Algo duradero. Podemos proteger a los vulnerables y ofrecer nuevos comienzos.

El silencio se prolongó un instante más. Entonces, un leve asentimiento de Margaret Winters me llamó la atención. Sonreí levemente, dejando que la esperanza se filtrara.

Gio se acercó al podio a continuación, con una presencia imponente sin necesidad de gritar. Se me encogió el pecho; incluso después de todo, verle allí defendiéndome hizo que la sala se redujera a nuestro alrededor, como si solo estuviéramos nosotros dos y el refugio por el que habíamos luchado.

—La primera vez que Frankie mencionó su idea de abrir un refugio fue hace diez años —comenzó él, con voz tranquila pero resonante —. Desde entonces, se ha enfrentado a la adversidad y ha triunfado contra todo pronóstico. Ha demostrado ser una veterinaria excelente, ha trabajado incansablemente en las clínicas de la ciudad y ha salvado a todos los animales que se cruzaron en su camino. Frankie Hayes cuenta con mi respeto, mi admiración y, sí, mi respaldo financiero.

Un murmullo recorrió la sala. Le miré de reojo, captando la ligera curva de su sonrisa, y eso me produjo un anhelo reconfortante.

—Ha pasado años construyendo algo que importa —continuó, con la mirada recorriendo el consejo—. Algo que ayuda a quienes no pueden ayudarse a sí mismos. Para eso hace falta honor. Para eso hace falta valor. Soy el propietario del edificio que pretendemos convertir en un refugio de animales y pedimos una oportunidad de hacer lo correcto por esta ciudad.

Se inclinó ligeramente hacia delante, dejando que sus palabras calaran. —Sé lo que significa llevar un nombre como Moretti. Vivir bajo el peso de las decisiones de otra persona. Pero hoy, salgo de la

sombra de mi padre para defender lo que es justo. Y estoy al lado de Frankie, porque ella merece ver su visión hecha realidad, y porque la integridad importa más que cualquier otra cosa en esta sala.

Tragué saliva, con las manos temblándome ligeramente sobre el podio. Estaba brillante, carismático y completamente sincero. Cuando me miró, sentí la promesa allí mismo. No solo estaba apoyando el refugio. Me estaba apoyando a mí.

Los miembros del consejo guardaron silencio un momento más, asimilando lo que habíamos dicho. El corazón me martilleaba en el pecho.

Jennifer Liu se permitió una pequeña sonrisa. —Al no haber más peticiones que escuchar, someto este asunto a votación. ¿Concejala Winters? ¿Cuál es su voto?

—Siempre he creído en este proyecto y hoy me siento aún más orgullosa de votar que sí —dijo ella.

Exhalé un poco. Uno menos. Faltaban tres.

—¿Concejal Torres? —preguntó Jennifer.

La mirada de Torres saltó de Gio a mí. No parecía contento.

—Habría preferido un negocio rentable, que *pagara impuestos*, para la propiedad —dijo, suspirando—. Sin embargo, dada la implicación del señor Gio Moretti y la falta de otros solicitantes..., voto que sí.

—¿Concejal Murphy? —llamó Jennifer.

Murphy miró a su compañero de consejo y luego a la prensa que se había congregado.

—Sí. —El murmullo de aprobación de la sala hizo que mi estómago diera un vuelco.

—Tenemos mayoría, pero quiero que mi voto también quede registrado —dijo Jennifer, y su sonrisa se ensanchó—. Sí. La votación es unánime. El permiso para el refugio de animales queda aprobado.

Me golpeó de golpe. La incredulidad, la alegría y el agotamiento se mezclaron. Sentía las rodillas débiles. Miré a Gio, que estaba a unos pasos. Recorrí la distancia y me dejé caer en los brazos de Gio, que me esperaba, y dejé que me sostuviera. Me apretó fuerte.

Sentí que podría llorar, reír y gritar, todo a la vez.

—Lo logramos —susurré, casi para mis adentros.

—Lo logramos —dijo Gio, soltándome. De algún modo, mis piernas aguantaron.

Su mano buscó la mía, cálida y firme, dándome seguridad. La apretó una vez, en una celebración silenciosa y privada en medio del clamor de los reporteros y el personal del consejo.

Después de todos los errores, traiciones y miedos, los sueños por los que había luchado con uñas y dientes habían sobrevivido. El refugio

iba a ser una realidad. Teníamos los permisos y Gio aportaba la financiación.

Pero había un sueño que nunca me había atrevido a permitirme tener.

El amor.

Y gracias a Gio, también tenía eso.

Capítulo 44

Frankie

El almacén parecía diferente aquella tarde cuando Gio y yo entramos. Los últimos fragmentos de la luz del sol del principio del invierno se filtraban por los ventanales altos, con las motas de polvo brillando como confeti en la bruma dorada. El vacío no parecía desolador. Tenía aspecto de potencial. De una promesa.

Solo quedaba una cosa por hacer. Necesitaba enmendar un error cometido hacía una década.

—Tengo algo para ti —dije, y mi voz resonó en el espacio cavernoso.

Gio se giró hacia mí; su silueta destacaba nítida contra el cielo anaranjado que se desangraba a sus espaldas. Frunció el ceño, con la curiosidad chispeando en su mirada.

Metí la mano en el bolso y saqué la pequeña caja de terciopelo que había comprado para guardar lo que me había pesado en la conciencia durante diez años. Me temblaban los dedos al abrirla.

Dentro estaba el reloj de Gio.

—Nunca lo vendí —dije en voz baja, incapaz de apartar la vista de cómo la luz agonizante jugaba con la curva de la esfera—. No pude. Sentía como si estuviera vendiendo un pedazo de ti.

Contuvo la respiración. Por un momento, no se movió ni habló. Luego alargó la mano, con reverencia, y sacó el reloj de la caja como si pudiera romperse entre sus dedos. Su pulgar recorrió la correa de cuero gastada, los leves arañazos a lo largo del borde.

Se lo abrochó a la muñeca con deliberado cuidado.

—Gracias —dijo finalmente, con voz grave y densa. Tocó el reloj como si estuviera confirmando que era real, que yo era real—. No tienes ni idea de lo que esto significa para mí. Era de mi abuelo. Mis abuelos... lo eran todo para mí. Eran mi refugio cuando las cosas iban mal en casa.

Me mantuve en silencio, dándole espacio para que expresara lo que quisiera compartir.

Su mirada se demoró en el reloj y luego se alzó hacia mí, más oscura y seria de lo que jamás la había visto. —¿Ves esta cicatriz? — Rozó con un dedo su ceja derecha, donde la línea plateada cortaba el vello oscuro.

Asentí, sintiendo que se me cerraba la garganta. Siempre me había preguntado por ella, pero me imaginaba una historia sencilla. Un momento de valentía infantil que salió mal, tal vez. O un error estúpido cometido en la adolescencia. Pero incluso antes de que lo dijera, supe que era mucho más grave que eso.

—Me la hizo mi padre —dijo. Sin vacilaciones, sin ocultarse. Simplemente la verdad al desnudo—. Y eso ni siquiera se acerca a lo peor. ¿Los delitos por los que lo están investigando? —Soltó una risa amarga—. No han empezado ni a cubrir el daño que ha hecho de puertas para adentro. Sobre todo a mi madre, pero yo recibí algo de su ira antes de irme.

Una punzada de pesar me recorrió, aguda e implacable. —Gio, lo siento muchísimo por lo que él hizo. Y por haberte quitado el reloj. Pensé que no tenía otra opción, pero...

Él negó con la cabeza, interrumpiéndome con una mano levantada. —Frankie, no sigas. Ya te has disculpado bastante, ya te has castigado suficiente. Me has dado algo mucho más importante que un reloj.

Parpadeé, desconcertada. —¿El qué?

—Una causa. —Su voz se estabilizó, llena de convicción—. Coraje.

—¿Coraje? —cuestioné—. En todo caso, tú me has inspirado coraje a mí. Si no hubieras dado esa rueda de prensa sobre tu padre, puede que yo no hubiera luchado tanto en la vista judicial.

Una suave sonrisa asomó a los labios de Gio. —Solo fui capaz de hacer eso porque conocerte me cambió. Y si no hubiera escuchado tu historia en la vista, los extremos a los que llegaste para salvar a tu hermano, es posible que nunca hubiera rescatado a mi madre.

Sentí que el corazón se me ensanchaba hasta casi estallar. —Supongo que somos buenos el uno para el otro.

—Sí —respondió él.

Se acercó a mí; su mano era cálida y fuerte, envolviendo la mía como si buscara anclarse allí. Su pulgar acarició mis nudillos, lenta y deliberadamente.

——¿Estás seguro de esto..., de la asociación? ¿En lo personal y en lo profesional? —pregunté, porque mi voz necesitaba ser práctica incluso cuando todo mi cuerpo se llenaba de alegría y esperanza por lo que estaba por venir.

—Nunca he estado más seguro de nada. —Me atrajo hacia él hasta que pude sentir el calor de su pecho a través de su chaqueta—. Lo quiero todo contigo, Francesca Hayes. El refugio, la fundación, las peleas, las reconciliaciones. Todo ese futuro caótico y hermoso. —Su pulgar acarició el dorso de mi mano como si estuviera memorizando el mapa de mi piel.

Me reí, un sonido corto de incredulidad. —¿Incluso si no soy lo suficientemente sofisticada para tu mundo? —La pregunta quedó en el aire, ridícula y real a la vez. Por mucho que hubiéramos pasado, yo seguía siendo una chica de clase trabajadora del norte del estado de Nueva York, y Gio seguía siendo parte de la élite.

—No deberías juzgarte según los estándares del mundo superficial del que provengo —dijo, y el matiz de sonrisa en su voz me reconfortó—. Eres demasiado auténtica para eso. Demasiado honesta. Demasiado valiente. Vas a poner mi mundo patas arriba.

Sonaba orgulloso y un poco aterrorizado. Conocía esa sensación, como si estuviéramos al borde de un acantilado sujetos a un parapente, listos para despegar.

——¿Es eso lo que quieres? —susurré.

—Tú eres todo lo que quiero. —Las palabras fueron sencillas y firmes. Un ancla.

Se inclinó y su boca se posó sobre la mía, suave y apasionada. El mundo se redujo al sabor de sus labios, a la aspereza de la barba incipiente en su mandíbula, a el modo en que el polvo del suelo olía ligeramente a posibilidad. El beso fue lento al principio, cuidadoso como el de dos personas que vuelven a entrar en una habitación que solían compartir; luego se volvió urgente, como si todo lo que había estado separado durante diez años intentara recuperar el tiempo perdido. Le respondí con todo lo que tenía. Calor y disculpas y la feroz y temblorosa promesa de alguien que se había pasado una década aprendiendo a luchar por las cosas que importaban.

Me aparté, sin aliento, saboreándolo todavía en mis labios.

—Realmente vamos a hacer esto, ¿eh? —pregunté, sonriendo tanto que me sentía casi eufórica.

—Sí, así es —respondió él, tomándome de la mano.

—Tengo una pregunta. —Los nervios bailaban en mi estómago.

Él arqueó las cejas, divertido, indulgente. —Lo que quieras.

—¿En tu edificio permiten mascotas?

Eso me valió una sonrisa ladeada. —Frankie, por lo que pago de gastos de comunidad, si no las permitieran, podría obligarles a permitirlas. Pero sí, se puede.

Contuve una risa, con una calidez recorriéndome el pecho. —Bien. Entonces tengo un favor que pedirte.

Él ladeó la cabeza, curioso. —Dime.

—¿Estás libre mañana? —pregunté.

—Son muchas preguntas preliminares —se rió—. Pero por ti, siempre.

—Bien, porque quiero que vengas conmigo al refugio. Hay alguien a quien me gustaría que conocieras.

Sus ojos escudriñaron los míos; esa mirada aguda y calculadora de Gio Moretti se había suavizado ahora en algo más dulce, algo abierto. —¿Alguien? —repitió.

—Ya lo verás. —Sonreí, imaginando ya el momento, sabiendo de antemano que significaría más de lo que las palabras podrían

explicar.



El refugio olía vagamente a desinfectante y a pelaje húmedo, con el leve lamento de los perros enjaulados resonando por las hileras de cheniles. Me dolía el pecho como siempre que venía aquí, como si toda su soledad me oprimiera a la vez. Pero a diferencia de la última vez, la esperanza —y Gio— me acompañaban.

Guié a Gio por el pasillo, rozando sus dedos con los míos de vez en cuando para darme seguridad.

—Está en el último recinto —dije en voz baja, señalando hacia el fondo.

Cuando nos detuvimos, Asher estaba acurrucado en la esquina de su jaula, con el hocico metido bajo la cola. Su pelo, normalmente de un brillante marrón y blanco, se veía apagado bajo las luces fluorescentes. Al principio ni siquiera levantó la cabeza, y verle así me dio un vuelco al corazón.

—Hola, pequeño —susurré, agachándome ante los barrotes—. Soy yo.

Al oír mi voz, sus orejas se agitaron. Lentamente, se desenroscó y caminó hacia delante con una pesadez que me rompió el alma. Cuando abrí la puerta y me agaché más, apoyó la cabeza contra mi pecho como si hubiera estado esperando ese momento.

Le acaricié la cresta de pelo entre las orejas.

—Este es Asher —dije, mirando a Gio. Tenía un nudo en la garganta, pero me obligué a continuar—. Lo encontré en los escalones del veterinario donde trabajaba. Alguien lo abandonó allí, desangrándose. Tenía un tajo en el costado tan profundo que se le veía el hueso.

La mandíbula de Gio se tensó, con los ojos oscuros.

—Le di los puntos yo misma —continué, rascando suavemente detrás de las orejas del perro—. Me senté en el suelo con él durante horas hasta que pudo volver a ponerse en pie. Salió adelante, y quería ponerle un nombre que significara algo más que simplemente sobrevivir. Así que lo llamé Asher. Significa feliz y bendecido. Quería eso para él.

Por primera vez desde que entramos, su cola dio un tímido meneo. Gio se agachó a mi lado y, para mi sorpresa, este hombre feroz y autoritario se ablandó al instante. Alargó una mano, lenta y cuidadosa.

—Hola, Asher —dijo, con una voz más dulce de lo que jamás le había oído.

Asher olisqueó y luego se apoyó contra la palma de Gio como si fuera lo más natural del mundo.

Parpadeé con fuerza. —Le gustas.

Gio esbozó una pequeña sonrisa, sin dejar de acariciar la cabeza del perro.

—¿Cómo no le voy a gustar? Es fuerte. Ha sobrevivido a algo que la mayoría no aguantaría. Tiene garra. —Levantó la vista hacia mí y sus ojos se encontraron con los míos—. Me recuerda a otra persona que conozco.

El nudo de mi garganta casi acaba conmigo. Asher, ajeno a todo, hundió el hocico en el pecho de Gio y le lamió la mandíbula, moviendo la cola con más fuerza. Gio se rió, en un tono bajo y sorprendido, rodeando al perro con ambos brazos como si solo hubiera estado esperando una excusa.

Al verlos juntos, el nudo apretado que llevaba en el pecho desde hacía meses se aflojó.

Gio se acomodó en el suelo a pesar de que llevaba un caro traje de lana que debía de haberle costado cientos, si no miles, de dólares. Rascó la línea de la mandíbula del perro mientras Asher se apoyaba en él como si llevara toda la vida esperando este preciso momento.

Gio me miró, con el ceño fruncido. —Frankie, si le tienes tanto cariño, ¿por qué no lo has adoptado tú?

Se me escapó una risa amarga. —Porque en mi edificio no permiten mascotas. He suplicado, he ofrecido depósitos, de todo. No ceden. —Le di un tironcito en la oreja a Asher, sintiendo un vuelco al corazón cuando suspiró contra la palma de Gio—. Así que ha estado atrapado aquí todo este tiempo. Esperando.

No me pasó desapercibido el cambio en la mirada de Gio, aguda y perspicaz. Ladeó la cabeza hacia mí. —Así que lo que realmente estás diciendo es... que quieres que lo adopte yo.

El calor me subió a las mejillas.

—Bueno, yo... —vacilé, de repente nerviosa—. No adoptarlo exactamente. Más bien... ¿acogerlo por mí? Solo hasta que consiga un sitio que permita perros. Yo me encargaría de todo: paseos, comida, revisiones veterinarias. Tú no tendrías que mover ni un dedo. Vendría todos los días, dos veces al día si fuera necesario, y...

—Frankie. —La voz de Gio cortó suavemente mi verborrea. Levantó la mano, rozando mi muñeca mientras yo me callaba. Me dedicó la sonrisa más tierna del mundo y mi corazón dio un vuelco—. Por supuesto que lo cuidaré. Sería un afortunado. Pero... —miró a Asher, que ahora estaba desparramado sin pudor contra su muslo—, ¿tú yendo y viniendo todos los días, cruzando el río solo para pasear a un perro? Es un trayecto muy pesado.

Abrí la boca para protestar, pero él negó con la cabeza, con un destello de picardía asomando tras su seriedad. —No me importa cuidarlo. Pero puedo ofrecerte algo mejor.

Fruncí el ceño, intentando imaginar qué podría ser mejor que el hecho de que Gio se quedara con Asher por mí. —¿A qué te refieres?

—¿Por qué no te mudas conmigo?

Las palabras no se procesaron al principio. Parpadeé y luego me quedé mirando, con la garganta apretada. —¿Mudarme... contigo?

Literalmente acabamos de volver. Ni siquiera hemos tenido una cita de verdad desde... —Mi voz se apagó, impotente.

Él soltó una risita baja, mientras su pulgar seguía acariciando el suave pelaje del cuello de Asher. —Frankie, ya te he comprado un edificio y he prometido millones de dólares para apoyar tu causa benéfica. ¿Qué importancia tiene un poco de convivencia dentro de todo eso? —Su sonrisa se desvaneció para convertirse en algo más crudo y firme—. Ya hemos desperdiciado diez años. No quiero pasar ni un segundo más sin ti.

El mundo pareció inclinarse. Miré a Asher, que movía la cola como si estuviera de acuerdo, y luego a Gio, ese hombre imposible que me ofrecía todo lo que secretamente deseaba pero que nunca pensé que podría tener.

No sabía si mi corazón se estaba abriendo de par en par... o si finalmente estaba llegando a casa.

Lo observé fijamente; todos mis instintos gritaban que aquello era imprudente, demasiado rápido, una locura. Pero bajo ese ruido había algo más silencioso, más firme e innegable, como si el suelo por fin se mantuviera estable tras años de arenas movedizas.

Se me cerró la garganta. —Vale —susurré.

Gio arqueó las cejas. —¿Vale?

Asentí, con una risa temblorosa brotando de mi interior. —Sí. Me mudaré contigo.

Su sonrisa se ensanchó, amplia y juvenil, un destello de triunfo mezclado con alivio. Antes de que pudiera arrepentirme, me atrajo hacia él en el suelo. Asher metió el hocico entre nosotros, apoyando la cabeza contra mi pecho mientras Gio me rodeaba los hombros con un brazo. Los dos nos apoyamos en el perro al mismo tiempo, riendo suavemente mientras él se retorcía pidiendo más atención.

—Supongo que es oficial —murmuró Gio contra mi pelo—. Ahora somos una familia.

Levanté la cara y sus labios estaban justo ahí, esperando. El beso fue lento, de los que sellan un pacto, lleno de todas las palabras que no necesitábamos decir. Asher soltó un pequeño bufido, acomodándose sobre el regazo de ambos como si nos hubiera elegido a nosotros tanto como nosotros lo habíamos elegido a él.

Tras una década de lucha y vergüenza, me permití sentirlo: feliz y bendecida, exactamente lo que prometía el nombre de Asher.

Capítulo 45

Frankie

Hicieron falta menos de cinco meses para convertir el almacén en un refugio de animales totalmente operativo, gracias a la ayuda de Dante, el amigo de Gio, y de la empresa de construcción de su mujer, Josie. Abrimos justo a tiempo para la avalancha de cachorros y gatitos de finales de primavera.

Pese al estrés de ponerlo todo en marcha, nunca me he sentido más feliz. Vivir con Gio ha sido sorprendentemente fácil, y los desacuerdos nunca han derivado en peleas. Ya nos habíamos peleado lo suficiente para toda una vida.

Casi un mes después de la inauguración, el rabo de un cachorro de cruce de golden retriever golpeaba contra la mesa de exploración, marcando un ritmo constante de esperanza. Sacó la lengua mientras

yo le rascaba bajo la barbilla, y la familia de cuatro que tenía delante se acercó, con los ojos brillantes.

—Es perfecto —dije, y mi voz se cargó de calidez ante la evidencia —. Solo necesitaba algo de buena comida y mucho amor.

La niña juntó las manos bajo la barbilla como si llevara toda la vida esperando esas palabras. Sus padres empezaron con el papeleo de la adopción con uno de los voluntarios, y el niño, mayor y demasiado guay para chillar, se agachó de todos modos para frotar las orejas del cachorro, con una sonrisa que lo delataba.

Levanté la vista y vi a Gio cruzar las puertas principales. Traía dos bandejas portacafés equilibradas una sobre otra en una mano y una bolsa de bollería en la otra; Asher trotaba orgulloso a su lado como si hubieran sido un equipo desde siempre. Vestido con vaqueros y un jersey gris pizarra con las mangas remangadas hasta los antebrazos, iba informal, pero aun así lograba parecer recién salido de un reportaje de revista.

Me guiñó un ojo, pero no vino directo hacia mí. Se detuvo a saludar a los voluntarios, repartiendo café y bollos hasta que solo quedaron dos. Se paró a arrodillarse para dejar que un par de cachorros de pitbull se le subieran encima, mientras charlaba con el bombero jubilado que cubría los turnos de los fines de semana. Verlo moverse por el refugio, sin prisas, riendo, sintiéndose como en casa en medio de este caos, me aceleraba el corazón como si me estuviera enamorando de él de nuevo.

Cuando por fin llegó a mi altura, Asher se sentó frente a él, apoyándose contra su pierna como si ya tuviera dueño. Yo ya estaba sonriendo.

—Doctora Hayes —dijo con soltura, deteniéndose para rascar detrás de las orejas a una perra mezcla de terrier que se arrimaba a él como si lo conociera de toda la vida.

—Señor Moretti —respondí, intentando parecer compuesta aunque sentía mariposas en el estómago. Me resultaba un misterio cómo lograba seguir haciéndome sentir como una colegiala enamorada después de seis meses viviendo y trabajando juntos. Pero no lo querría de otro modo.

—Estás malcriando a mi personal —dije, señalando con la cabeza al grupo de voluntarios que sonreían detrás de él, dando buena cuenta de todo lo que les había comprado.

Dejó los cafés en el mostrador y me ofreció uno. —Me gusta causar una buena impresión —dijo—. Además, los sobornos funcionan.

—No necesitas sobornarlos —le dije, cogiendo la taza y notando el calor de sus dedos al soltarla—. Ya te quieren.

—Y hacen bien —dijo sin más, manteniendo la mirada en la mía un segundo más de lo necesario—. Pero ya sabes que en mi corazón solo hay sitio para uno. —Asher soltó un bufido de indignación—. Vale, dejémoslo en dos.

Me reí y le di una palmadita a Asher en la cabeza. Este perro nos tiene a todos totalmente dominados, y nunca deja que se nos olvide. No lo querría de otra manera.

—¿Cómo está nuestro chico? —preguntó Gio, agachándose para rascar detrás de las orejas al golden. El cachorro perdió

inmediatamente toda la dignidad y se puso medio panza arriba para lamerle la muñeca a Gio. No solo era un éxito entre mi personal; todos los perros y gatos lo adoraban. A veces pensaba que incluso Asher lo prefería a él, pero no podía culpar al perro. Comprendía perfectamente su atractivo.

—Se va a su hogar definitivo —dije—. Su familia está terminando de rellenar los papeles.

—¿Cuántos perros y gatos han sido adoptados ya desde que abrimos? —preguntó.

—Creo que nos acercamos a los cincuenta gatos y a unos setenta y cinco perros —dije radiante.

—Eres increíble, ¿lo sabes? —preguntó él, alargando la mano para apartarme el pelo de la cara.

—No podría haberlo hecho sin ti —sonreí, dejándome acariciar.

—Hacemos un buen equipo, ¿eh? —Me atrajo hacia él, rodeándome con el brazo para que pudiéramos contemplar lo que habíamos construido juntos.

A través de los amplios ventanales, el jardín, que empezaba a cobrar vida por sí solo, se extendía luminoso bajo la luz de final de la mañana. La idea que brotó de la rivalidad y de cumplir los estándares de Jennifer Liu se había convertido en algo más de lo que yo había esperado. Los niños del barrio se ponían de cuclillas en la hierba, dejando que cachorros patosos tropezaran y cayeran en su

regazo mientras los voluntarios vigilaban. Las risas flotaban en la brisa, mezcladas con el aroma a tierra, hierba y flores silvestres.

Junto a la puerta, una placa captó la luz del sol, brillando en bronce contra la piedra.

En honor a las segundas oportunidades.

Bebí un sorbo del café, dejando que el calor me reconfortara mientras leía de nuevo esas palabras. Durante un largo rato, no hablé. No hacía falta. La placa lo decía todo: el duelo, el ajuste de cuentas, la esperanza. El juicio de Antonio fue más rápido de lo previsto. Resultó que había amenazado y manipulado a más personas de las que el investigador de Gio pudo encontrar en su búsqueda inicial. Pero, afortunadamente, su campaña de terror terminó con una condena de diez años de cárcel.

La mano de Gio me acarició el brazo, dándome seguridad. —Parece que las segundas oportunidades también nos sientan bien a nosotros.

Una calidez me llenó el pecho. —Sí. Parece que todos a nuestro alrededor tienen una nueva oportunidad en la vida.

Señalé con la cabeza hacia las puertas por donde entraba Elena, la madre de Gio. Caminaba más erguida que nunca y llevaba un transportín pequeño en el brazo. Los suaves quejidos del interior me rompieron el corazón incluso antes de que hablara.

—Otra entrega —dijo ella, con voz firme pero teñida de tristeza—. El dueño no podía quedársela.

Fue mi primera contratación; no es voluntaria, sino una trabajadora asalariada que se encarga de la administración y de los ingresos. En los meses que llevo conociéndola, Elena ha salido de su caparazón y ha aprendido a vivir sin un tirano que decida cada uno de sus movimientos. Gio le ha comprado un apartamento en nuestro mismo edificio, así que está cerca pero tiene su propio espacio. Asher también la adora, y Elena ha empezado a referirse a sí misma como su abuela.

Elena puso el transportín sobre la mesa y yo lo abrí, tomando a la perrita temblorosa en mis brazos. Parecía un cruce de maltés, con el pelo enredado y sucio. Se acurrucó contra mi pecho, hecha un manojo de nervios y con los ojos muy abiertos, mientras la examinaba en busca de signos de enfermedad o heridas. Aparte de estar un poco delgada y necesitar un buen baño, estaba bien.

—Le encontraremos un buen hogar —prometí, acariciándole las orejas desgreñadas antes de mirar a Gio—. Tu madre ha estado increíble aquí. Tiene un don especial con los que están asustados.

La mirada de Gio se demoró en ella mientras ella extendía las manos, instando a la perrita a dejar mis brazos con gestos delicados y susurros suaves. La perra, recelosa al principio, se rindió a su caricia como si hubiera estado esperándola.

—Supongo que es solo que sé cómo se sienten —dijo ella, aceptando el cumplido con un encogimiento de hombros tímido.

Una sonrisa asomó a los labios de Gio, lenta y cargada de algo más profundo que el orgullo.

—Tienen suerte de tenerte —dijo él en voz baja.

Seguí su mirada y no solo vi a la mujer consolando a una perra asustada, sino a la madre que había sobrevivido a su propia jaula y por fin era libre.

—La acomodaré y le buscaré un chenil —dijo ella, llevándose a la perrita.

—Me vuelvo al trabajo —le dije a Gio.

—¿Comemos luego? —preguntó.

—¿Podemos pedir al...? —pero Gio ya estaba terminando la frase por mí.

—¿Al coreano de la Tercera? Tienes un problema con el kimchi y empieza a ser preocupante —se rio.

—¿Perdona? No es culpa mía tener buen gusto. —Negué con la cabeza.

—Lo que tienes es una tolerancia absurdamente alta al picante y una obsesión por comer lo mismo todos los días —rebatió él con una sonrisa.

—No puedo evitar estar hecha de otra pasta —me encogí de hombros—. Y tengo varios restaurantes locales en rotación, muchas gracias. Además, sabes que te encanta su pollo frito, así que deja de quejarte.

—Voy a perder los abdominales si sigo comiendo eso —dijo él, pasándose la mano por el vientre plano.

—Te quedaría bien el look de "cuerpazo de padre". —Si algo sabía con certeza, era que Gio nunca dejaría de resultarme sexy.

—Retomemos esta conversación cuando estemos en la mediana edad —bufó. Le dio una palmada en el costado a Asher—. Vamos, colega, dejemos que mamá trabaje. Hasta luego, cariño.

Se despidió con un beso y se marchó de momento mientras yo volvía a mis tareas. Fue un día relativamente tranquilo, puntuado por un almuerzo estupendo —Gio se pidió el pollo frito— y un par de consultas para adopciones de gatos.

Al final del día, el refugio había adquirido ese murmullo callado y pacífico que traía el momento de cerrar. El tintineo de los cuencos de metal al ser apilados, el arrastrar de patas cuando los animales se acurrucaban en sus camas, el murmullo bajo de los voluntarios dándose las buenas noches. Me apoyé en Gio, con nuestras manos entrelazadas mientras permanecíamos en el centro de la sala principal, con la luz dorada del atardecer extendiéndose por los suelos pulidos.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunté, con voz suave, casi perdida en el silencio.

Ladeó la cabeza, con un brillo de diversión en los ojos. —¿Sobre qué?

—¿Sobre no haber ampliado tu imperio hotelero?

Su risa estalló, rica y sincera, vibrando contra mi hombro. —He construido mi imperio —dijo, señalando con la mano los cheniles, la clínica y la sala de juegos tras el cristal—, solo que tiene pelo y cuatro patas.

Le di un toque con la cadera, sonriendo a pesar del nudo que sentía en la garganta.

Entonces se volvió hacia mí, más serio ahora, acariciándome los nudillos con el pulgar. —¿Y tú, te arrepientes de algo con respecto a lo nuestro? ¿De haberle dado una oportunidad a un tipo emocionalmente cerrado cuyo único objetivo era hacerse un nombre?

Me refugié en sus brazos, dejando que me abrazara, alzando mi rostro hacia el suyo. La pregunta no era una broma; había vulnerabilidad ahí, silenciosa y real.

—Vuelve a preguntármelo dentro de cincuenta años —susurré.

Su sonrisa fue lenta, segura, llena de promesa. —Lo haré.

Y cuando sus labios encontraron los míos, el mundo fuera del refugio se desvaneció, dejándonos solo a nosotros, el suave roce de su beso y el latido constante de un futuro en el que por fin creía.

Capítulo 46

Gio

El espejo frente a mí captó la media sonrisa de la que no parecía poder desprenderme mientras me ajustaba la corbata. El traje me quedaba perfecto —a medida, por supuesto—, pero hoy no se sentía como una armadura. Era como adentrarse en un futuro completamente nuevo.

Detrás de mí, la habitación zumbaba con voces, ese tipo de bromas distendidas que solo los hombres que se conocen desde hace años pueden permitirse.

—Gran día, Moretti —arrastró Griffin desde el sofá, sonriendo como el mismo diablo—. ¿Tienes pensado pedir consejo a nuestros dos expertos en matrimonios de cabecera antes de hacer alguna estupidez? Podría ahorrarte unos cuantos años de dolores de cabeza.

Theo sonrió con sorna sobre su vaso de scotch. —Claro. ¿Mi consejo? Duerme cuando ella duerma, come cuando ella coma y nunca subestimes el poder de decir «tienes razón», incluso cuando esté rematadamente equivocada.

—Me voy a casar, no a tener un bebé —me reí. Le había pedido matrimonio a Frankie a los tres meses de la apertura del refugio, organizándolo todo bajo la apariencia de una celebración por los tres meses salvando animales. Ella lloró, yo lloré y, cuando se lo dijimos, mi madre también lloró. Nadie me dijo que el amor incluiría tanto llanto.

Planear la boda no había sido difícil; estuvimos de acuerdo en casi todo y transigimos en lo demás. Lo único que me pilló por sorpresa fue cuando Frankie sugirió celebrarla en Miami. Habría pensado que nunca querría volver a visitar este lugar después de todo lo que pasó aquí. Pero cuando me dijo que quería borrar los malos recuerdos con una celebración de nuestro amor y del lugar donde nos conocimos, acepté de inmediato.

Dante se rio entre dientes, abrochándose los gemelos con esa calma metódica suya. —Ignora a Theo. El verdadero truco es recordar que esto es una sociedad, no una competición. No ganas por tener razón, ganas por estar juntos en esto.

—Vaya —dijo Griffin, con los ojos muy abiertos en una burla de reverencia—. Poesía por parte de Callahan y Navarro. ¿Qué será lo siguiente, una charla TED?

Theo le lanzó una servilleta hecha una bola mientras Silas negaba con la cabeza, ajustándose la chaqueta con su habitual y silenciosa

precisión. No necesitaba decir nada; su sola presencia me daba aplomo.

Theo se reclinó hacia atrás, observándome. —Entonces, ¿brindaremos pronto por los pequeños Moretti? ¿O vais a esperar?

Solté una risa breve, pasándome una mano por el pelo. —No lo hemos decidido. Por ahora, solo vamos a ser recién casados. Resolveremos la vida juntos antes de meter pañales en la ecuación.

—Justo —dijo Dante con un asentimiento.

Griffin sonrió con malicia. —De todas formas, ya sois padres de un perro. Estoy bastante seguro de que eso cuenta.

La habitación estalló en carcajadas y me sorprendí riendo también, con un sonido más ligero de lo que solía ser. Por una vez, no estaba preparándome para que algo saliera mal. Simplemente estaba... aquí. Al borde del mejor día de mi vida.

Griffin se recostó en su silla, con una sonrisa lobuna extendiéndose por su rostro. —Sabéis, con toda esta charla sobre amor, bebés y compañerismo, no olvidéis la verdadera presión de este momento.

Le eché una mirada suspicaz. —¿Qué presión?

Señaló con el pulgar hacia Silas. —El discurso del padrino. Este de aquí tiene que levantarse luego y decir algo sentido.

Theo soltó una carcajada. —Que Dios nos pille confesados.

Griffin se aclaró la garganta, se estiró la chaqueta y bajó la voz en una imitación perfecta de Silas: plana, cortante y totalmente impasible. ——Gio es un idiota, Frankie está claramente loca por casarse con él, pero bueno, al menos la bebida es gratis.

La habitación estalló en risas. Incluso Dante soltó una risa baja y, para mi asombro, la comisura de la boca de Silas se arqueó en algo peligrosamente cercano a una sonrisa.

—Nada mal —dijo Silas secamente—. Aunque yo habría añadido más palabrotas.

Negué con la cabeza, todavía riendo mientras el sonido se apagaba. Los demás volvieron a sus bromas, pero Silas y yo cruzamos una mirada en el espejo.

Levantó una ceja. —Los solteros de la Dominion Society están cayendo como moscas.

—¿Eso te molesta? —pregunté, ajustándome la corbata.

—No —dijo de inmediato, casi con brusquedad—. Yo no me voy a unir a vosotros, idiotas. No me encariño con la gente.

Me giré hacia él por completo, dedicándole el tipo de mirada que solía reservar para las negociaciones en la sala de juntas. —Te has encariñado con nosotros.

Sus labios se curvaron en un gesto irónico, amargo. —Eso no cuenta. Todos sois unos gilipollas.

Solté una risa suave, aunque algo pesado tiró de mi pecho. Pensé en la forma en que Silas siempre se mantenía al margen, en la fortaleza que había construido alrededor de su corazón mucho antes de que ninguno de nosotros lo conociera. Sus padres muertos antes de cumplir los dieciocho. Sin red de seguridad, sin un lugar blando donde aterrizar. Solo él contra el mundo.

No era de extrañar que no dejara entrar a nadie.

Aun así, de pie allí, rodeado de estos hombres que se habían convertido en mis hermanos, no pude evitar pensar que, lo admitiera o no, ya no estaba solo. Y yo tampoco.

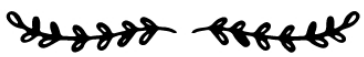
No solo tenía a los chicos, había recuperado a mi madre y estaba a punto de casarme con el amor de mi vida. Las cosas no podían ir mejor.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —me instó Silas.

—Sí, no puedo llegar después que la novia, mi madre me mataría —me reí, dirigiéndome hacia la puerta.

—¿Estás listo para esto? —preguntó Silas.

—Oh, no tienes ni idea —sonreí.



El salón de baile brillaba, cada superficie captando la luz de las lámparas de cristal de arriba. Mi hotel de Miami había acogido cien galas, diez veces más bodas de la alta sociedad, pero esta noche el salón no pertenecía a los invitados; nos pertenecía a nosotros.

Me detuve ante el altar, con mis hermanos de armas alineados a mi lado y Asher sentado orgulloso a mis pies con una pajarita diminuta sujeta al collar. Silas parecía imperturbable, Theo intentaba no sonreír con suficiencia, Dante se ajustaba los gemelos como si esta fuera su sala de juntas en lugar de mi boda, y Griffin me guiñó un ojo como un imbécil. De alguna manera, todo aquello me dio serenidad.

Entonces los brazos de mi madre me rodearon. Estaba mucho más fuerte ahora, más radiante. Me abrazó más tiempo del que esperaba, con su perfume tenue y familiar.

—Estás tan guapo —susurró con la voz entrecortada.

Tragué saliva con dificultad. —No llores, Mamma. Harás que yo también me derrumbe.

Me depositó un beso en la mejilla, con los ojos brillantes mientras me soltaba. —Nunca pensé que vería este día. Estoy muy orgullosa de ti.

—Jamás habría imaginado que tendría tanta suerte —dije.

Ocupó su asiento en la primera fila, secándose los ojos con un pañuelo. Los músicos cambiaron, las cuerdas crecieron en intensidad mientras la sala quedaba en silencio. Me giré hacia el pasillo.

Frankie

Las puertas se abrieron y di mi primer paso hacia la luz dorada, con la mano apoyada en el brazo de Jake. Mi vestido —raso blanco sencillo que acariciaba mi figura, ceñido a la cintura y con una falda que fluía como el agua— lo sentía mío de una forma que nada lo había sido antes. El encaje bordeaba el corpiño y unos tirantes delicados enmarcaban mis hombros. Había prescindido de la tiara y el velo, del brillo y el alboroto, eligiendo en su lugar unas cuantas flores frescas entretejidas en mi cabello, con suaves mechones rozándome las mejillas.

Caminaba como si finalmente creyera que pertenecía aquí, a esta vida, con él.

Jake caminaba a mi lado, erguido, con el orgullo escrito en cada rasgo mientras entregaba a su hermana. Me miró con una sonrisa que contenía más que gratitud; contenía asombro. Se me apretó el pecho de amor por él, por este momento, por todo lo que me había traído hasta aquí.

Y entonces estaba Gio.

Él estaba al final del pasillo, observándome como si yo fuera la única persona en el mundo. Con cada paso que me acercaba, reparaba en cómo se tensaba su mandíbula, en cómo sus ojos nunca se apartaban de los míos, oscuros e intensos y llenos de algo que hacía que mi corazón tartamudeara. El movimiento de mi vestido, la sonrisa nerviosa que no podía controlar del todo, las flores en mi pelo... Me pregunté qué vería él al mirarme.

Me había enfrentado a tanto para llegar hasta aquí. Dudas, miedo, la voz en mi cabeza que decía que no me merecía esto. Pero había elegido caminar hacia él de todos modos. Lo había elegido a él.

Para cuando Jake puso mi mano en la de Gio, pude ver todo nuestro futuro. Más perros, más buenas obras, más risas y lágrimas, nuestros hijos cuando estuviéramos listos y, sobre todo... nosotros. Cada día, a través de lo que sea que la vida nos lanzara.

La habitación pareció desvanecerse, dejando solo su mano en la mía, cálida y firme. Mis ojos brillaban por las lágrimas contenidas y le apreté los dedos, sintiendo el temblor en su agarre que me decía que él necesitaba ese recordatorio tanto como yo.

—Damas y caballeros, nos hemos reunido hoy aquí para celebrar la unión de Francesca y Giovanni...

El oficiante habló, pero las palabras eran un borrón, poco más que un ritmo bajo el latido de mi corazón. En lo único en lo que podía concentrarme era en él. En cómo subía y bajaba su pecho, en cómo sus ojos sostenían los míos como un ancla, en cómo este hombre —este hombre imposible, arrogante y hermoso— estaba a punto de ser mi marido.

Cuando llegó el momento de los votos, Theo cogió la caja de los anillos del collar de Asher y nos entregó las alianzas.

Gio tomó aire, con la garganta tensa, y cuando habló, su voz era más ronca de lo habitual.

—Frankie —comenzó—, entraste en mi vida cuando yo todavía estaba enterrado bajo las sombras. Mi nombre, mis errores, mi pasado... eran cadenas de las que no creía que llegaría a librarme. Y entonces apareciste tú. No intentaste borrar de dónde venía. No me pediste que fingiera. Simplemente te quedaste a mi lado, terca y feroz, hasta que creí que podía ser algo más de lo que había sido. Contigo aprendí que el amor es una acción. Es hacer lo valiente, lo correcto. Es elegir a tu persona cada día. Es ponerla por encima de tu pasado y de tu dolor. Tú eres mi futuro. Tú eres mi valía. Y pasaré cada día demostrando que merezco el regalo de ser tuyo.

Deslizó la alianza de oro en mi dedo, colocándola junto al anillo de compromiso con un rubí que me había dado tres meses atrás. Para sorpresa de nadie, Gio y yo nos movimos rápido una vez supimos que lo que estábamos haciendo era lo correcto.

Parpadeé rápido, dejando escapar una lágrima a pesar de mis esfuerzos, y tomé aire de forma temblorosa. Mi voz flaqueó al principio, pero luego se estabilizó.

—Gio, pasé mucho tiempo pensando que tenía que hacerlo todo sola. Que a lo mejor que podía aspirar era a la supervivencia. Entraste en mi mundo a la fuerza, arrogante e imposible y, durante un tiempo, pensé que solo ibas a darme la razón: que la gente se va, que te hacen daño, que confiar es un error. Pero tú me mostraste algo diferente. Me mostraste que las cicatrices no tienen por qué ser una vergüenza; pueden ser una fortaleza. Que el amor no borra de dónde vienes, sino que hace espacio para adónde vas. Contigo, no solo sobrevivo: prospero dichosa y plenamente cada día. Y estoy deseando vivir cada día caótico y hermoso del futuro a tu lado.

Puse la alianza de oro en su dedo anular izquierdo y entrelacé mis dedos con los suyos, sujetándolo con fuerza.

Para entonces mis mejillas estaban húmedas, y las suyas también, aunque sabía que él lo negaría si Griffin lo mencionaba alguna vez.

El oficiante se aclaró la garganta suavemente, sonriendo. —Por el poder que me ha sido otorgado, ahora os declaro marido y mujer.

—Por fin —murmuró Gio, y la risa recorrió la sala.

—Gio —le indicó el oficiante—, puedes besar a la novia.

Él no dudó. Me tomó el rostro entre las manos y me atrajo hacia sí, y el momento explotó como fuegos artificiales tras mis costillas. Me puse de puntillas, rodeando su cuello con mis brazos, y la sala rugió en aplausos, pero todo lo que yo sentía era a él, todo lo que saboreaba era a él.

No fue solo un beso. Fue una promesa. Feroz, absorbente, el tipo de beso que decía que cada pieza rota de mí finalmente había encontrado su par en las suyas.

Asher soltó un ladrido juguetón.

Cuando nos separamos, estaba sin aliento, riendo, con mi frente apoyada en la suya.

Caminamos por el pasillo, marido y mujer, con Asher trotando orgulloso a nuestro lado. Nuestro futuro nos esperaba y nunca había

estado más emocionada.

—¿Sin arrepentimientos? —pregunté con una sonrisa pícara.

—Vuelve a preguntármelo dentro de cincuenta años.

Suscríbete a mi *newsletter* y recibe el capítulo extra de este libro: www.anna-may.de/es

Descubre toda la serie « Los Juegos de los Multimillonarios »: https://www.amazon.es/dp/B0CW18NXNZ

Gracias

Gracias por comprar y leer mi libro. Espero que lo hayas disfrutado. Si te ha gustado, ¡me encantaría que dejaras una reseña en Amazon!

Si quieres leer los otros libros de la serie, puedes encontrarlos en este enlace:

https://www.amazon.es/dp/B0CW18NXNZ

Para estar al día de mis novedades y promociones, sígueme en mi página de autora de Amazon:

https://www.amazon.es/Anna-May/e/B08Q4HFPK3

Con mucho cariño,
tu Anna